





VIAJE Á AMÉRICA

VIAJE

Á

AMÉRICA

Estados Unidos, Exposición Universal de Chicago, México, Cuba y Puerto Rico

POR

Rafael Puig y Valls



BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE LUIS TASSO

Arco del Teatro, 21 y 23

1894

A mi hermano Mariano:

Cuando la fraternidad no es más que vínculo de la sangre, aun siendo rama de un árbol de tronco vigoroso, una ráfaga de viento puede derribarla; cuando el amor fraternal ahonda, y más que rama de árbol frondoso es raíz que penetra en el alma, las tempestades de la vida sólo pueden arrancarla con la planta entera.

Así ha ahondado tu afecto en mi alma; así ha arraigado en mi corazón el cariño de hermano y amigo que tu inagotable bondad me ha dispensado, sin desmentirse jamás, un solo instante, durante nuestra ya larga existencia.

¿Quién, pues, podría ocupar, con mejor derecho que tú, la primera página de este libro?

Que ella te recuerde mientras vivas, el inquebrantable y correspondido afecto de tu hermano

Rafael

De París á New-York



Es cosa vulgarísima hacer un viaje de París á New-York; el que pasa por el Havre sale ahora á las 12 y media de la noche de la estación de San Lázaro, situada en el centro de París. A las seis de la mañana pára el tren, que lleva el pomposo título de «tren directo de París á New-York», junto á la pasarela del trasatlántico, y á los pocos minutos cada pasajero ha colocado ya el equipaje de mano en su camarote, esperando, no sin alguna zozobra, la hora de salida que dicta la marea en las dársenas del Havre. Sería necesario ser muy exigente si no estuviera contento con mi suerte; embarqueme el 18 de marzo en el vapor más hermoso y nuevo de la Compañía Trasat-

lántica francesa, el *Touraine,* que está realizando su décimo tercer viaje con una velocidad pasmosa. A las 25 horas había andado 495 millas, según nota dada por el encargado de la corredera; hoy 21, tercer día de viaje, debemos haber andado ya más de 800 millas, y oigo decir á los compañeros de viaje que se *marean,* que el capitán se propone llegar á New-York el viernes próximo, ó sea en menos de siete días, desde el Havre.

Pocos vapores habrían realizado una travesía más rápida, y pocos también podrán ofrecer á los pasajeros mayores comodidades y garantías de seguridad.

El *Touraine* ha sido construído para pasaje numeroso y todo se ha sacrificado á la comodidad de los viajeros. Barco que salió á mediados de 1891 del astillero de Saint Nazaire, parece un palacio flotante que brilla al sol con el matiz nacarado del color blanco agrisado que domina en la cubierta, dándole un aire de limpieza que enamora.

La cubierta alta destinada á los pasajeros de primera, es un paseo de más de cien metros de longitud y cuatro de anchura que circuye los camarotes de lujo y los saloncitos de escribir; la inmediata inferior, en que pasean los viajeros de segunda y tercera, tiene iguales dimensiones y rodea la sala de conversación y los camarotes de primera; y en el tercer puente, el más retirado y menos sometido á la acción de los balanceos, está el comedor cruzado por tres mesas pa-

ralelas rodeadas por otras más pequeñas que le dan el aspecto de un gran salón de restaurant de las mejores fondas de París.

A las 6 y media de la tarde, cuando el camarero toca la campana, anunciando á los pasajeros que el servicio de mesa está dispuesto, el aspecto del comedor, iluminado con luz eléctrica, es severo, de gusto exquisito é irreprochable. La escalera monumental, de caoba barnizada, que le da acceso, con grandes espejos adornados de cornisas y cariátides del mejor gusto, tapizados los entrepaños con cueros repujados, llena de luz deslumbradora; el patio central, que remata una linterna de traza elíptica y cristales deslustrados, sostenidos los entrepuentes por vistosas columnas, de cuyos capiteles arrancan artísticos candelabros de luces eléctricas, dan al conjunto un aspecto tan hermoso que se llega á olvidar el mareo y el peligro del viaje, creyendo haberse realizado el cuento de hadas que levantó palacios del fondo del Atlántico.

En el centro del barco van las máquinas que mueven dos hélices poderosas, máquinas tan discretas que apenas dejan oir al viajero enfermo la vibración de sus palancas y articulaciones; y en el centro van también, y repartidos en sus puentes, los camarotes de lujo, que valen 3,000 francos por viajero; los destinados á dos pasajeros, que reciben luz directa por los costados, que cuestan 600 francos por

persona, y los de tres literas, situados en el centro, que reciben luz indirecta ó zenital eléctrica, que se pagan á razón de 500 francos por litera. Estos camarotes son llamados «primeras clases» y gozan sus privilegiados poseedores del confort de los elegantes salones ya descritos, de una mesa pantagruélica, de un servicio perfectamente organizado, y de cuanto puede exigir un potentado, en sus travesías por los mares.

Y si alguien duda de la necesidad de poseer un estómago de múltiples resortes para digerir los suculentos y copiosos manjares servidos á bordo del *Touraine,* si esta prosa no le parece indigesta, cuide de seguirme al través de un comedor que está constantemente en funciones, desde las ocho de la mañana, en donde sirven café completo, con pan, leche y manteca, té ó chocolate; almuerzo á las diez, compuesto de cinco hors-d'œuvres, y tres platos fuertes, tres postres y café; un tente en pie, ó lunch, á la una, que adornan suculentas tazas de té, frutas verdes y secas, compotas variadas, sandwichs, etc, y una comida fuerte á las 6 y media, espléndida, variada y ricamente preparada, regado todo con graves y medoc en el almuerzo y la comida, hasta las nueve de la noche, en que se sirve un té como fin de fiesta á tan aprovechados comensales. Y luego habrá quien dude de que el tipo del caballero particular pueda ser de carne y hueso como los demás mortales, cuando veo con mis propios ojos tantas personas que hacen

sus *quatre repas* y un té con una tranquilidad verdaderamente olímpica, á pesar del mareo y contra el mareo, según el parecer del buen doctor, que pasea el uniforme y su simpática persona por los salones del *Touraine*.

Después de esta reseña, muchos preguntarán, si son muchos los lectores de este libro: ¿Y la travesía? ¡Ah! la gente del buque y los que están acostumbrados á largas navegaciones dicen que el mar no puede estar mejor, y que el Atlántico no suele gastar mejor carácter que el que ostenta estos días, sin duda para no dar gusto á los que han creído que era peligroso embarcarse en el *Touraine* al verificar su 13.ª expedición. Yo, por mi parte, no quito ni pongo rey, aunque se me figura que siendo el barco de un porte tan espléndido que no figuraría desdeñosamente al lado de nuestro *Pelayo*, no debería moverse hasta el punto de tener unas tres cuartas partes del pasaje en las literas, y ponerme en el caso de hacer tales garabatos al escribir estas cuartillas, que temo van á arrancar venablos y centellas á los desdichados cajistas que se vean en el caso de traducirlas y componer las columnas de *La Vanguardia*.

. . . .

Interrumpida varias veces esta carta por los balanceos, he de añadir que los días se suceden y no se parecen; en la noche del 22 hemos tenido un *coup de vent* que nos ha tenido angustiados, y el 23 ha

nevado, manteniéndose los hielos y carámbanos todo el día en el solado de los puentes y en los barrotes de las barandillas. El termómetro marcaba 5 grados bajo cero. Hoy, 24, la niebla lo invade todo, la sirena pita cada dos ó tres minutos, y el pasaje, á pesar del evidente peligro que corremos, está contento porque el mar es bonancible.

Llegó por fin el día suspirado: luce el 25 de marzo y estamos ya á escasas millas de New-York. Vese ye tierra firme, la Long-Island, la primera tierra americana para la mayor parte de los pasajeros del *Touraine*, y todos contemplamos, extasiados, el nuevo continente tantas veces ansiado y tan penosamente conseguido.

Los emigrantes, alemanes é italianos, entonan en este momento un himno á la nueva patria, espléndida manifestación ,concreción vigorosa de sus bellas esperanzas.

Allá, con la vista fija en la proa del barco, todo el mundo espera con ansia que la estatua de la «Libertad iluminando al mundo» nos fije el término del viaje, y mientras los pasajeros de tercera dedican á la patria ausente su mejor recuerdo, los españoles que vamos á Chicago con las responsabilidades que ha de exigirnos algún día la patria querida, volvemos también la vista hacia el Este del mundo, en donde hemos dejado nuestras afecciones y nuestros recuerdos, para cultivar, en tierra extraña, cobijados por el

pabellón de España, los intereses que nos han confiado el Gobierno y los compatriotas que nos han honrado con su confianza y su amistad.

Y en este momento, cuando 3,000 millas de mar me separan de Europa, me parece haber echado un cable en este trillado espacio, cable amarrado en las oficinas de *La Vanguardia* y en el pabellón de España de la Exposición de Chicago, que manteniendo estrecha relación de afectos entre ambos puntos, explique periódicamente á esos lectores cómo se desarrollan en América nuestras simpatías, como se gestionan nuestros intereses y cómo se trabaja para enaltecer el nombre de España en aquella apartada región del continente americano. ¡Qué gran recompensa para todos, si tan ruda labor consigue prestigios, gloria y riqueza para la patria!

Cosas de España... y de los Estados Unidos



OLESTIA invencible suele ser, en todas partes, el paso de una frontera. Los españoles solemos ser tolerantes cuando se trata del país ajeno; cuando se trata del nuestro no hay palabra bastante dura en el diccionario para vituperar los procedimientos de los aduaneros españoles. Los extranjeros, que suelen ser pacientes en su patria, reprueban los minuciosos reconocimientos de los carabineros al llegar á la frontera española, que les parece ya país conquistado, y no hallando en nosotros respeto á lo que representa el cumplimiento de un deber, se desatan en improperios, lanzando sin rubor y en alta voz, para que la oiga todo el mundo, la frase ya rutinaria á fuerza

de puro sabida: *cosas de España;* pero tenga presente el español que emprenda un viaje á América por placer, estudio ó negocio, que las cosas americanas dejan tan atrás las nuestras en punto á fiscalización aduanera y sanitaria, que no hay, ni ha habido en el mundo, procedimiento inquisitorial que se parezca al que voy á historiar para enseñanza y ejemplo de los que creen de buena fe que todo lo extranjero es mejor y más digno de un pueblo culto que lo nuestro.

Llegué á la vista de New-York á las dos de la tarde del 25 de marzo último: una vez pasado el estrecho que forman los puntos avanzados de la costa en que están emplazados el fuerte Lafayette y el Hamilton, el *Touraine* paró sus hélices, acercóse un bote de vapor en que iba el empleado de la Aduana, que entró en el trasatlántico, posesionóse de una mesa, preparó su tintero y pluma, y con la lista de los pasajeros á la vista, abrió una información para cada uno de ellos, averiguando el nombre, la procedencia, la edad, la profesión y el número de bultos que constituían el bagaje de los que íbamos en el barco. Recibida la declaración *jurada,* firmamos un documento, que la mayor parte de los pasajeros no entendía, en que nos comprometíamos á probar que habíamos declarado la verdad bajo pena de comiso de todo aquello que no se había declarado.

La operación, tratándose de un barco que trans-

portaba más de cuatrocientos pasajeros, no podía ser corta, y más al ampliarse con una nueva visita que recibió el vapor á las cuatro de la tarde y que nos produjo un verdadero sobresalto. La Sanidad, representada por un subalterno, al tener noticia de que iban en el *Touraine* emigrantes alemanes procedentes de Hamburgo, y que uno de ellos presentaba síntomas algo alarmantes, fuese en busca del jefe, y con la amenaza de veinte días de cuarentena, estuvimos con el alma en un hilo, hasta que, previo reconocimiento muy detenido, la Sanidad de New-York contentóse con fumigar á los emigrantes y los bagajes, dejando salir á los pasajeros de 1.ª y 2.ª, que desembarcamos cuando ya anochecía.

Cuando se cruza el Atlántico y se han pasado horas de zozobra, el viajero cree haber ganado el derecho de que se respete su cansancio, su deseo de reparar las fuerzas perdidas y de hallar, en cómodo albergue, alivio á sus males y calma á su espíritu.

Al poco rato el vapor atracó, colocó rápidamente su pasarela, y con un: ¡Bendito sea Dios! pisamos tierra con satisfacción verdadera. La Trasatlántica francesa tiene en la dársena que ocupan sus barcos una inmensa nave de madera, cuyos cuchillos de armadura que arrancan del suelo forman una bóveda que abriga un espacio mal iluminado, sucio, ahumado, que parece bodega invertida de un barco carbonero. Hay allí una serie de compartimientos

clasificados, con iniciales, que el pasajero ha de buscar, si se le ha advertido de antemano que su bagaje irá á depositarse en el cajón cuya inicial corresponde á su apellido. No hay en aquella bodega ni una silla, ni un banco; cuando llegan los baúles, el viajero cansado se apoya en ellos y espera que la Aduana inspeccione los bagajes cuya declaración *jurada* firmó creyendo, quizá, que bastaría su palabra honrada, legalizada con su firma, para evitarse las molestias de una inspección tan minuciosa, que no hay maleta, baúl, saco de mano ó manta, que escape á la mano escrutadora y nimia, en detalles, del aduanero norteamericano.

Hora y media estuve esperando el baúl y la inspección; cuando pude salir con las consabidas señas puestas en los bultos, habían dado las ocho de la noche, con la inversión de cinco horas en lo que en todas partes puede hacerse, con mayor respeto á la dignidad humana, en dos horas escasas.

Y antes de que el presunto viajero español que entra por el puerto de New-York estudie con calma lo apuntado, si en algo estima sus intereses, voy á trasladar al papel alguna impresión que entiendo vale la pena de ser conocida.

Iban en el *Touraine* el arzobispo de Quebec y el obispo de Cythére; ambos en *tenue bourgeoise,* venían de Viena, y habían visitado también la Palestina y España. Para los católicos del mundo, el

español es un sér que se distingue por su altivez, su energía y su amor á la religión. A las pocas horas, sabiendo que yo era español, se mostraron tan deferentes conmigo y tan amantes de mi país que entablóse entre nosotros una verdadera y simpática amistad. Interrogáronme acerca de nuestros poetas y publicistas, conocían nuestros mejores filósofos, literatos y artistas clásicos, y no acababan nunca cuando se ponían á hablar de la conquista de México, descrita, al parecer con entusiasmo, por Prescott.

Aquellas altas dignidades de la iglesia llegaron á New-York acompañados de dos sacerdotes, sin que nadie fuera á recibirles, ni nadie se preocupara de aquel ejemplo de humildad cristiana, llevando modestamente el bagaje de mano, menos pesado, sin duda para ellos, que la responsabilidad de la cura de almas que ejercitan, con alta sabiduría, en las frías comarcas del Canadá.

Y mientras este alto ejemplo puede servir á todos de saludable enseñanza, el que no quiera dejar cuatro ó cinco dollars en las garras de algún cochero neo-yorkino, cuide de no salir de la aduana sin que, poniéndose de acuerdo con algún agente de hotel y sobre todo con el de la compañía llamada «Express», consiga impedir que sea atropellado de la manera más odiosa que cabe imaginar.

Para evitar las demasías de los cocheros se ha formado en las grandes ciudades norte-americanas

una compañía que envía sus agentes á los trasatlánticos y á los vagones de los ferrocarriles, que mediante un pequeño estipendio, unos cuarenta centavos de dollar, equivalentes á dos pesetas por bulto, y cangeando el talón ó chapa metálica numerada, de que hablaré luego, por un cartón que se ata en el asa del baúl y en que se consigna la dirección dada por el viajero, al poco rato se consigue tener el bagaje en el hotel, dejando al viajero en libertad de aprovechar los tranvías y ferrocarriles elevados que, por cinco centavos, ó sean veinticinco céntimos de peseta, puede apearse á pocos pasos del hotel, boarding ó casa á donde va á parar, sin verse obligado á gastar un duro y medio por una carrera de media hora escasa, que es lo que cuesta por persona un carruaje de dos caballos en New-York y Chicago.

Claro es que el que no sepa hablar inglés no tiene más remedio que acudir á los agentes españoles de dos hoteles modestos, pero bien situados en la calle 14, junto á la 5.ª avenida, llamado Hotel Español, y en Irving place muy cerca de Broadway, conocido con el nombre de Hotel hispano-americano. En New-York es completamente inútil hablar francés ó italiano, la inmensa mayoría de la población no conoce más idioma que el inglés, disfrazado con un acento sumamente duro que obliga á un verdadero y largo aprendizaje.

Pero no terminan aquí las desdichas del europeo

en New-York; el que va á Chicago ó á cualquier punto de los Estados Unidos, ha de empezar por entregar el equipaje al agente del «Express», que lo llevará á la estación de partida, tomar con anticipación el billete y el *Pullman-car,* que es un *sleeping* más lujoso y cómodo que el que circula por las líneas de Europa, en alguna agencia del Broadway, y cuidar de que se facture, para lo cual un mozo de la estación ha de poner una etiqueta numerada que corresponde al número de una placa metálica que se entrega al viajero, sin que se haya de pagar exceso de peso como no pase de 150 libras, que no rebasa casi nunca, el baúl ó mundo de uso corriente.

El coste de un viaje en ferrocarril norte-americano compensa en realidad, por su baratura, las molestias de cambio de procedimiento que se impone aquí al viajero. Mil millas hay de New-York á Chicago, ó sean 1500 kilómetros, y este recorrido, que costaría en España más de 60 horas y 40 duros, se hace en 27 horas y aun en 25, gastando 22 dollars por el pasaje, 5 ídem por el *Pullman-car* y 3 ídem por dos comidas y un almuerzo divinamente condimentados que se disfrutan tranquilamente en el vagón-restaurant. Y si tan repetidos cambios, gastos y mareos no han labrado ¡oh viajero! tu salud, llegarás con la ayuda de Dios á esta ciudad para visitar la gran Exposición de Chicago.

Pero antes de partir, justo será echar una ojeada á New-York, después pararse en las cataratas del Niágara, para entrar definitivamente en el primer centro pecuario del mundo, la gran ciudad del Estado Michigan.

New-York



El espectáculo más grandioso que New-York ofrece al viajero es el de la bahía, con su movimiento portentoso, sus ferry-boats, sus dársenas, sus flotas comerciales, sus edificios colosales que sobrecogen más que admiran, y el tráfico que revela el soberbio mecanismo del segundo puerto del mundo por su importancia y el primero por su belleza soberana. El conjunto del panorama no tiene rival; el que ha visto New-York desde la bahía, bordeada por el Hudson y el Harlem river, adornada con la estatua de la libertad iluminando al mundo, el puente suspendido que enlaza la ciudad á Brooklyn, los docks y almacenes, los buques que entran y salen, los

remolcadores que silban constantemente, las muchedumbres que van en los ferry-boats agitando los sombreros y saludando á los que llegan, los trasatlánticos franceses, ingleses, españoles, alemanes y norteamericanos, en sus desembarcaderos, amarrados á las dársenas adornadas con los pabellones de los respectivos países, y con los aparatosos anuncios de las Compañías navieras, los grandes edificios de la ciudad, cubiertos de cúpulas extrañas, con linternas que las rematan, amontonándose en el horizonte y proyectándose las unas sobre las otras, formando montón abigarrado y pretencioso, los letreros de caracteres colosales, pintados con colores chillones, como si los vecinos de aquella ciudad acusaran á la humanidad entera de padecer intensa miopía, todo sobrecoge el ánimo subyugado por aquella orgía de movimiento, ruido y color que forma un conjunto monstruoso, extraño, inusitado ante el que toda apreciación resulta incompleta y todo juicio imposible. Y mientras el viajero sigue con la vista las variadas siluetas que presenta la ciudad y el puerto, á medida que el trasatlántico va avanzando, camino de la dársena, el empuje simultáneo de tres remolcadores lo dejará atracado, en breve tiempo, para que el pasaje pueda desembarcar tranquilamente, y pisar, después de ocho días de zozobras, la tierra americana.

El recorrido desde el puerto á la fonda española de la calle catorce, atravesando calles mal ilumina-

das, sucias y poco concurridas, no da á New-York un aspecto lisonjero; la calle catorce, en cambio, con sus iglesias, teatros, establecimientos públicos y privados, ofrece ya al cansado viajero el espectáculo de una gran ciudad, de fisonomía inglesa, que á primeras horas de la noche se entrega al descanso, dejando abiertas las tiendas por puro lujo y reclamo más ostentoso que bonito.

La fonda española de la calle catorce, modestita como todo lo nuestro, ofrecióme buena mesa y limpia cama, calefacción bien entendida y confort suficiente para el que, acostumbrado, como yo, á disfrutar de todo, con lo bueno, cuando pasa, y resignado con lo malo y mediano, recordaba la movediza litera del *Touraine,* el ruido de la maquinaria y las maniobras de un trasatlántico en fatigosa lucha, durante ocho días, con las tornadizas aguas del Atlántico.

Levantéme remozado, contento y decidido á dar un vistazo á New-York, la ciudad europea de América, por excelencia, la que dando hospitalidad á todas las razas y á todos los intereses del mundo, ha conservado algo del viejo continente, rasgos fisionómicos, necesidades de otras costumbres aportadas con el bagaje de las preocupaciones, de los vicios, del modo de ver y sentir padecidos en otras playas, en el fondo del Este del mundo, iluminado aún en mi cerebro con los recuerdos de un continente adornado con las obras prodigiosas de artistas, gloria de

las naciones europeas, de Italia, Francia, España, Inglaterra... cuyos monumentos han dado á la arquitectura de los palacios y monumentos de New-York sus rasgos fisionómicos, su carne y sus huesos, sus líneas ornamentales y sus estilos más renombrados, pero, falto todo del rasgo genial que es emanación purísima del espíritu, y concreción hermosa de la labor del arte al través de los siglos y de la sangre ardiente de las razas artistas del mundo.

Basta echar una ojeada al plano de New-York para distinguir la parte vieja de la nueva, la obra de los primeros pobladores, encariñados con las rancias ideas de una urbanización enrevesada, de calles estrechas y tortuosas, de ventilación difícil y saneamiento imposible, de la gran porción de ciudad extensa, cuadriculada, con ejes normales al Hudson y al Harlem rivers, y un gran pulmón central, The Central Park, rodeado de avenidas majestuosas, adornado de estanques, lagos, arboledas, prados, estatuas, monumentos, cliché fastidioso de todas las grandes ciudades, aunque sin caer, en el afán de trazas y alzados, de colores, cenefas y combinaciones que dan al conjunto el aspecto de un cromo de dimensiones colosales, en que la naturaleza pierde el encanto de sus expansiones bravías y sus notas acentuadas y vigorosas. Pero prescindiendo de ese órgano expansivo, de ese generador de oxígeno empotrado, casi, en el centro y en forma de rectángulo, en las

grandes cuadrículas neo-yorquinas, el número de plazas de la primera ciudad americana resultan pequeñas, notándose el afán de aprovechar la península que forman los dos ríos que la abrazan y estrechan, fijando límites á su inmenso poder de expansión. Y como si un gigante, cansado de tanta monotonía, de tanta línea y ángulo recto, de tanta cuadrícula antiestética, atravesada en sus ejes principales, en sus trazas más holgadas por los ferrocarriles elevados, hubiera querido poner á su enojo, feliz expresión y rasgo permanente de sus osadías, cruzando con ondulante rasgo las calles y avenidas más concurridas de la ciudad neo-yorquina, surge en plano tan simétrico, la calle más irregular, más fastuosa, más larga y más extraña, que conoce el mundo entero con el nombre de Broadway.

El Broadway es como el Regent street en Londres, como los bulevares centrales en París, como la Rambla en Barcelona, la nota típica de New-York, el eje de giro de todo su tráfico, el centro de los negocios, el lugar más frecuentado y el punto preferido para localizar las tiendas más suntuosas, los bancos y las sociedades de crédito más en boga, los edificios de las compañías de seguros más repletas de millones, los restaurants y bars de moda, la vía que cruzan los tranvías de tracción animal más frecuentados y los coches de los potentados, de los ricos legendarios, cuyo activo asombra á tantas gen-

tes, y lugar preferido por la bohemia universal para paseo, en que desfilan, con su aire decidor y algún tanto desenvuelto, las bellezas neo-yorquinas que de las nueve de la mañana á las cinco de la tarde de los días de labor, van recorriendo tiendas y bazares con ansias verdaderamente pavorosas para los bolsillos de padres y maridos.

El Broadway y sus alrededores Wall Street, Broad Street, Nassau Street y Fulton Street, durante las horas de tráfico presentan una animación extraordinaria, sólo comparable á la City de Londres y al Downtown de Chicago. Formarse idea entonces de los edificios suntuosos del Broadway y de los palacios é iglesias, de las calles y plazas de aquel gran centro, requiere estar en posesión de una cabeza muy sólida para sobreponerse al ruido, movimiento y confusión de un tráfico abrumador, que alcanza su máximo entre Madison square y la calle que termina en la punta de la península formada por los dos ríos, llamada Batería.

Respecto á la belleza de los edificios principales del gran centro comercial de New-York, el europeo si va á América con los prejuicios del viejo continente, si no empieza por considerar que el yankee sacrifica gustoso las líneas y los adornos de los estilos arquitectónicos más preciados, á lo que entiende que mira como fin primordial, á lo útil y á lo cómodo, perderá lastimosamente el tiempo, tratando

de explicarse porqué se han mezclado en un mismo edificio detalles hermosos y bien concebidos, de estilos puros, con adefesios y composiciones extravagantes que parecen la obra caprichosa de un niño que deja correr el lápiz sobre el papel, sin preocuparse de las reglas establecidas y de los criterios adoptados, esquemas obligados de todo proyecto arquitectónico.

Si fuera posible prescindir del conjunto de aquellos edificios colosales, montón de sillería de arenisca roja con tonos negros, en que domina el cubo exagerado en todo, como signo de riqueza, ó valentía de raza, ó ambas cosas á la vez; si prescindiendo de la falta de harmonía que hay entre alzados que desafían las nubes, y puertas y ventanas achatadas que dan á la entrada principal del edificio apariencias de antro, y á las bocas de luz y aire, aberturas rasgadas en muros espesos que asemejan aspilleras de barbacana, y se fijara la vista en detalles atrevidos, en capiteles, frisos, aleros, dinteles bien dibujados y sentidos, en arcos caprichosos, en columnas y pilastras ampulosas y holgadas, en trazas movidas, huyendo de la forma rectangular y cuadrada que en nuestras calles resulta monótona, fría, y para el arquitecto pié forzado que mata todas sus iniciativas y fantasías, aun se hallaría materia sobrada para trazar un cuadro vigoroso y sentido de la arquitectura neo-yorquina, escasamente emancipada de los estilos

viejos de Europa, y menos atrevida que la de las ciudades del Far-West, que si admira como obra de cálculo, resulta como arte una cosa digna de severa censura.

Pero el que cruza por vez primera la quinta avenida, Madison square, la calle catorce, el Union square, y sigue el Broadway, echando una rápida ojeada al Grace church, al edificio de Welles and Standard Oil C-O., al Washington building, á la Subtesorería de los Estados Unidos, á la estatua de Jorge Washington, queda encantado, y especialmente ante una iglesia gótica, cuyo nombre no recuerdo, rodeada de un cementerio, con sus piedras tumulares, sus estatuas y sarcófagos suntuosos, rodeado por una verja de hierro, creciendo entre las tumbas plantas trepadoras adornadas de flores, que hizo brotar allí la mano piadosa de una madre ó de una esposa, nota extraña que parece el memento terrible que está allí perenne, para recordar á los que pasan, con la angustia en la frente, azorados y enloquecidos por la fiebre del oro, el fin de esta vida y el principio de otra, en que para nada nos servirá el bagaje de las riquezas acumuladas en los grandes centros comerciales del mundo, como no sea de estorbo para llegar más velozmente al término suspirado de la eterna dicha. Pero el viandante hostigado por el ansia de ver cosas nuevas, atraído por edificios tan variados, colosales, majestuosos, fíjase al fin

en una cúpula montada sobre base estrechísima de un edificio de no sé cuantos pisos que ostenta, en letras colosales, la palabra «The World», ya vista desde el puerto, antes de que atraque el trasantlántico á la dársena de su destino, nombre de un periódico famoso que tira, en sus ediciones diarias, más de sesenta mil ejemplares, vendidos á precios desconocidos aquí, á cinco centavos, ó sean veinticinco céntimos de peseta cada número, dando tanta lectura y tantas viñetas cada día, con tipos de imprenta pequeños, que no se comprende de dónde sacan tanto material que pagan generosamente sus editores, haciendo lucrativa y decorosa la vida de los que se dedican á la prensa diaria y periódica en el Nuevo mundo, y que con otros diarios de igual ó parecida importancia acusan la medida y los alcances de aquel gran centro comercial.

Y como mi estancia en New-York, solicitado por mis deberes perentorios en Chicago, me obligan á partir, sin que pueda formarme idea exacta de la vida, los recursos y las costumbres del gran emporio americano, sólo por no dejar solución de continuidad en mi viaje, doy esta nota fugaz y rapidísima de mi paso por New-York, que voy á enlazar con las dos visitas hechas á las cataratas del Niágara, maravilla del Nuevo mundo, cuya impresión voy á apuntar aquí, antes de entrar en la eterna rival de New-York, la gran Chicago.



Las Cataratas del Niágara

Las Cataratas del Niágara

El express del Illinois Central que sale á las seis de la tarde del New-York, llega á las ocho de la mañana del día siguiente á un punto del territorio canadiense, desde donde pueden verse las cataratas, casi á vista de pájaro. En aquella escotadura del terreno, el tren se pára breves instantes; los pasajeros, medio dormidos aún, bajan de los Pullman-cars, se acercan cuanto pueden al borde de la cortadura, y admirados ante aquel espectáculo grandioso, deslumbrados por los cambiantes de luz en los torbellinos de agua pulverizada que sálen del fondo del

cauce y atontados por el sordo ruido de las moles de agua que se precipitan por los acantilados del río, vuelven á ocupar su puesto en el vagón, sin haberse formado idea clara de lo que han visto, ni poderlo apreciar en la medida de lo justo.

Ver de esta manera las cataratas del Niágara equivale á no haberlas visto; las cataratas valen más que eso, y justo es dedicarles un día entero, para gozar de todos sus encantos y perspectivas.

Por eso, quise hacer una segunda visita más detenida, saboreada con calma, á conciencia, y con ansia de apreciar aquella maravilla, única en el mundo conocido, con todos sus perspectivas, sus colores, sus estremecimientos, sus furores y sus fuerzas colosales.

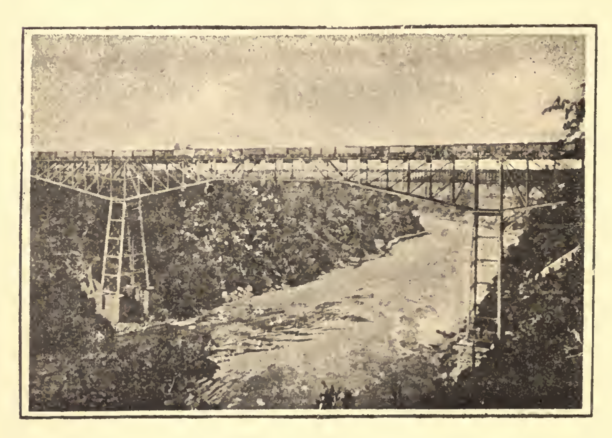
Estorba allí, cuanto constituye el marco de aquel cuadro colosal: estorban la población, los hoteles, las obras de arte, los silbidos y campaneos de los trenes que pasan, del tranvía que recorre la orilla izquierda del Niágara, en territorio del Canadá; que lo único á que aspira allí el hombre, es á quedarse solo con la naturaleza, para contemplar aquella escena, aquel fondo de valle, circo inmenso de rocas, acantilados terminados en arista, sobre que se despeña un mar airado, poderoso, inclemente, que ruge con iras de gigante, que echa espumas de agua pulverizada, humeante, como si el choque de las corrientes hubiera encendido intensa brasa en el fondo del cauce

que las convirtiera rápidamente en vapor, después de haber servido de poderoso ariete que abre cada día cauce nuevo á las tumultuosas aguas del Niágara.

Vistas las caídas desde la orilla canadiense, la cascada norte-americana, cuando el sol se pone, aparece arrebolada con todos los colores del arco-iris, y si el viento azota las espumas levantadas por el choque sobre roca dura, donde rebotan las aguas perdiendo toda su fuerza para transformarse en trabajo mecánico perforante, los arco-iris formados cambian de posición, se multiplican, cortan la caída y la segmentan, complaciéndose la luz en adornar aquellas aguas que llevan en su seno todas las majestades y todos los esplendores de la materia inerte. Y como si la naturaleza hubiera querido mostrar reunidas la fuerza portentosa de quince millones de pies cúbicos de agua que se despeñan por minuto de una altura media de 160 pies, con la gracia y belleza de corrientes divididas por el Goat Island, islote colocado en medio del río, convertido en parque, proyectando una gran masa de aguas contra el territorio del Canadá, que cae en forma de herradura sobre el cauce, y allí remansan las aguas impelidas por la catarata americana, chocando las corrientes con furia espantosa, arremolinándose, cambiando de color, mezclando sus espumas y sus detritus, surge de aquella confusión espantosa, de aquel

caos horrendo, la belleza apocalíptica que recuerda las convulsiones de los océanos del interior del globo terráqueo, cuyas sacudidas de gigante trazan sobre la tierra las pavorosas huellas del volcanismo.

Pero, no basta esta impresión de conjunto para saborear todas las bellezas del Niágara Falls: deje-



Puente sobre el Niágara

mos pronto la orilla izquierda del río, apartemos por un momento la vista del horseshoe, y de la caída americana, demos descanso al oído perturbado por el ruido mate, horrísono, de tantos metros cúbicos de agua que saltan vomitando espumas al fondo del lecho del Niágara, y pasemos á la orilla opuesta aprovechando un puente suspendido que es

una maravilla de elegancia. El Suspension bridge, visto de lejos, parece una línea recta, un trazo de tinta china que cruza un horizonte blanquecino; de cerca, resulta pasarela graciosísima mas digna de un pintor que de un ingeniero, que al dividir el hondo cauce del río, en dos partes, parece nota justa que corrige la obra de la naturaleza que resulta ser allí excesivamente monótona y descolorida.

Visto el cauce desde el Suspension bridge, la cabeza sufre el vértigo de las grandes alturas: si se miran las cataratas, píntanse sólo en la retina tumultos y nieblas que se levantan del fondo del río; si se mira á la parte opuesta, la vista descansa en un recodo que forma el valle, abrupto, casi cortado á pico y cubierto de vegetación vigorosa, de verde intenso, sobre el que se dibuja breve línea, de trazo negro que da paso á un ferrocarril; en el cauce, ruedan veloces las aguas formando espumoso oleaje; en las orillas, saltan pequeñas cascadas, signos de aprovechamientos industriales, y en la orilla derecha del puente, hállase la población sucia, fea, pueblo de mercaderes, plagado de bazares, de hoteles, de guías impertinentes, con toda la prosa de la vida, aumentada sin piedad en la tierra libre de América. Pasemos y pasemos aprisa, sigamos la calzada que guía al Prospect Park, dejémonos guiar por un plano inclinado que nos conducirá al cauce del Niágara, y aprovechemos el *round trip*, el viaje circular de

un vaporcito *The Maid of the Mist, La Doncella de la Niebla,* que va á dar un paseo por las corrientes impetuosas del río y á colocarnos lo más cerca posible de las cataratas, vistas de abajo arriba para poder apreciar toda la belleza de aquella masa colosal de agua, que forma cabellera inmensa, extendida, matizada de mil colores, que se desploma de más de cincuenta metros de altura. Desde el pie del funicular á unos cincuenta pasos se halla el vaporcito en tensión, un marinero me ofrece un impermeable, unos pantalones y un capuchón de lona embreada, y con tan rara indumentaria, me coloco en sitio preferente, para aprovechar la excursión. Sale en breve el vapor, atraviesa el río, toca en la orilla del Canadá, y trazando al río una diagonal, se dirige rápidamente á la catarata norte-americana; al poco rato, el barco entra ya en la zona de los remolinos y de las aguas pulverizadas, cuya intensidad crece hasta cegar la vista. El impermeable chorrea por todas partes, el vapor sacudido por el oleaje y las corrientes, avanza cada vez más, el ruido aumenta, la catarata avanza y el espectáculo crece, se desenvuelve, se apodera de todo mi sér, me subyuga y bajo la acción fascinadora de aquella maravilla gigantesca, me siento aturdido y espantado de tanta grandeza. El vapor se para, el temporal de viento y lluvia arrecia, las gentes se ponen el pañuelo en la boca, no hay quien resista largo tiempo las sacudi-

das del viento y una impresión tan honda, y cuando el barco vira y vuelve la popa á la catarata norte-americana, aparece con toda su belleza la herradura del caballo, formando circo de espumas, levantando chorros imponentes de agua, y mientras *La Doncella de la Niebla* desanda el camino recorrido, y busca vados relativamente tranquilos, entre las corrientes espantosas de ambas cataratas que chocan con furias formidables, en el cauce del río, aquel cuadro va difuminándose, el ruido decreciendo, las aguas tranquilizándose y el espíritu del viajero descansando de una tensión en que se confunden el temor, el espanto, la admiración y el placer.

No terminan aquí las siluetas y las perspectivas que ofrece pródiga la naturaleza al viajero, en Niágara Falls; falta ver la cueva de los vientos—The Cave of the Winds—que exige la serenidad de una cabeza segura y una pierna sólida, donde halló trágica muerte, en 1892, un inexperto viajero; el parque Prospect, desde donde se ve toda la catarata de la orilla norteamericana, dominándola á vista de pájaro y pudiendo contemplar la línea ondulada y sinuosa, intersección del plano inclinado con el plano de caída que forman las aguas en aquella catarata; nos falta recorrer el Goat Island, el islote que parece una barca holandesa anclada en medio del río, y cuyos flancos dividen la corriente principal del Niágara; hemos de cruzar aún una serie de puentes y pa-

sarelas, por cuya luz divagan corrientes de aguas bullidoras, para ver las islas llamadas tres hermanas, grupito de rocas, en cuyas grietas crece una vegetación vigorosa, acariciada constantemente por las brisas y rompientes de un cauce abrupto, y cuajado de piedras, y al llegar á la hermana más pequeña, gozar otra vez, y desde punto muy cercano, la perspectiva de toda la extensión mojada del río, la parte alta de la herradura del caballo, y el hermoso contraste que ofrece la tranquila acción de las aguas deslizándose sobre el cauce alto, con el impetuoso movimiento y choque en las caídas al desplomarse por los acantilados del abismo.

Todo este conjunto de cosas resulta pura y simplemente sublime; y por tanto, sería atrevimiento imperdonable pretender siquiera que pluma tan inexperta como la mía, pudiera dar idea aproximada de un espectáculo que la naturaleza, tan pródiga en América, ha adornado con todos los encantos y colores de su espléndida paleta.

No insisto, pues, ¡oh lector! en traducir lo que ha quedado grabado en mi imaginación con caracteres imborrables, porque cuanto mayor fuera el esfuerzo producido, resultaría mayor el contraste entre lo vivo y lo pintado; seguir, pues, camino del Far West, ha de parecer de buen sentido, y ya que tan suntuosos vehículos me ofrecen las compañías carrileras americanas, mientras sueño bajo dorados arte-

sonados de maderas preciosas, iluminados con luz eléctrica, el espectáculo que acabo de apuntar, se aproxima la hora de llegar á Chicago á las diez de la noche del 29 de marzo de 1893; mientras cruzan por cuatro líneas paralelas que siguen las playas del Michigan, trenes que pasan con velocidades espantosas, brillantemente iluminados, yendo para mí hacia ignotas tierras y produciéndome calofríos la idea de que el descuido más insignificante puede terminar mi viaje de manera trágica, y á las puertas ya de Chicago, y de su celebérrima Exposición universal.



Vista de la Exposición

Chicago

El tren del Illinois Central que sale de New-York á las seis de la tarde, llega á Chicago á las nueve de la noche del día siguiente. Sin embargo, muchos opinan, en los Estados Unidos, que los trenes no llegan casi nunca á la hora de itinerario; pero como yo llegué á las diez al punto de mi destino, no salí mal librado del viaje ya que la experiencia me demostró más tarde, que los itinerarios se dictan en Norte América por el gusto de no tenerlos nunca en cuenta para nada.

La idea que tengo de mi llegada á Chicago no

puede ser más confusa; mareado y rendido, no he conseguido averiguar jamás á que depót ó estación me apeé; lo que supe más tarde, fué que debí bajar en la estación de la calle 22, seguir esta vía hasta dar con su intersección en ángulo recto con el Michigan Avenue, retroceder á la calle 23, recorriendo un block ó una manzana de casas para dar con mi cuerpo en el Metropole hotel, y evitarme tres cosas desagradables: un verdadero viaje en coche, el susto de atravesar sitios oscuros junto al lago, que me daban la idea de estar en pleno campo á las diez de la noche, y una agarrada con el cochero que me pedía dollar y medio por una carrera que en Barcelona ó en Madrid no habría costado más allá de dos pesetas.

Mi primera impresión chicagoana no fué, pues, de las más halagüeñas; una estación con montantes y cubierta de madera, pésimamente alumbrada; un solado que se cimbreaba bajo mis pies, un portal con unos cuantos policemen de factura inglesa, club en mano y casco esferoidal en la cabeza, vigilando la concurrencia, tres ó cuatro carruajes de alquiler con sus ruedas metidas en el barro negruzco de una calle abandonada, tres cocheros que se quieren amparar de mi equipaje de mano y vacilan ante mi deseo de ir al Metropole Hotel, no son notas dignas de una gran ciudad. Al fin escojo á mi automedonte que gruñe entre dientes: ¿Metropole Hotel?..,

¿Metropole Hotel?... como si estuviera buscando una seña ingrata escondida en el fondo de su memoria velada quizás por los vapores del whiskey ó del brandy. Y como no acierta á resolver, me decido á intervenir entre tantas gentes que preguntan y nadie responde.—Twenty third street, corner Michigan Avenue... ¡Aoh! ¡yes! ¡Aoh! ¡yes!... Monto en el carruaje, y fiado en mi cochero empiezo á escuadriñar el terreno y á orientarme. Pasa un cuarto de hora y apenas consigo formar concepto del terreno que piso; en el fondo me parece percibir aguas en que riela la luz de las estrellas; de cuando en cuando una luz eléctrica de arco, montada sobre alto pie derecho, me deslumbra para entrar rápidamente en la sombra pavorosa de lo desconocido; el tiempo pasa, y con él va desvaneciéndose la tranquilidad de mi espíritu hasta que vislumbro ya calles alumbradas, anchas, en que transita poca gente; atravieso una gran avenida y doy por fin con un edificio que tiene apariencias de castillo medioeval que se llama el Metropole Hotel. Dobles puertas vidrieras montadas sobre ancha escalera, dan paso á un vestíbulo de bóveda rebajada, estucado con colores vivos y brillantes, espléndidamente iluminado y calentado al rojo. Es uno de tantos hoteles montados teniendo á la vista los dorados espejismos con que se han embriagado los burgueses yankees, ante los esperados prodigios de la Exposición universal. Me acerco á las oficinas del

manager que toma nota de mi nombre y apellido, me da una llave con una placa de latón de grandes dimensiones, y me meto en el ascensor, que pára en el quinto piso al pie de un cuarto interior, lleno de luz y escesivamente calentado, con el mueble cama plegado, dando á la habitación aire de salita de recibo de pocas pretensiones, pero aceptable, por su limpieza, sus muebles, que parecen recién salidos del taller, su piano de factura americana, y sus luces de incandescencia, que en forma de araña y palmatorias de paramento se han prodigado en la habitación. Me entretengo en cerrar los circuítos de las luces eléctricas, y con tanta luz, los reflejos sobre muebles barnizados dan aire de fiesta á lo que, visto más detenidamente, resulta modestísimo ajuar de un hotel de segundo orden. El calorífero, que parece la tubería de un órgano, presenta una superficie de calefacción tan extensa, y de radiación tan fuerte que, en noches de hielo, se duerme sin abrigo y aun con la ventana abierta; así la tuve por descuido durante la primera noche que pasé en Chicago.

Al día siguiente, contento de haber llegado al término de mi viaje oficial, faltóme tiempo para echar una rápida ojeada al centro de negocios de la ciudad, y al recinto inmenso de su Exposición universal.

Acompañado del Sr. Dupuy de Lome, delegado

general de España en la Exposición, y de D. Juan Cologan, capitán de Ingenieros militares, emprendí temprano mi excursión al centro de negocios, al celebrado Downtown de Chicago. El ferrocarril elevado que sigue la dirección norte-sur de la ciudad, tomado en la estación de la calle 22, twenty second street, nos condujo en menos de un cuarto de hora al pie de Van Buren, en el gran centro comprendido entre el lago Michigan y el río Chicago, con dos ramas; una al Norte y otra al Oeste, y la calle 12 que forman la zona de tráfico más típica, más americana y característica de la gran ciudad del Michigan.

Estoy, pues, ya, en el primer centro comercial del mundo; su fisonomía especial, su tráfico babilónico, sus edificios colosales, su atmósfera arrebolada de tintas negras que manchan un cielo gris, triste y descolorido, los rayos del sol que no logran dar á aquellas masas tonos de color acentuados, dominando siempre los colores sucios de areniscas rojas, de hierros pardos, de granitos en que domina la mica negra; de coches de-tranvía deslustrados por el uso, de grandes carros y coches que siguen su camino agobiados ya por la pesadumbre de los años; el arroyo ennegrecido por el detritus del humo que vomitan millares de chimeneas, las aceras sucias, desiguales y descuidadas de una administración comunal poco celosa; la indumentaria de las gentes, extraña

ridícula, pretenciosa á veces... cosas son todas que constituyen un portento de rarezas, la gran mancha abigarrada del Far-West americano, con todos sus alientos, sus grandezas, sus opulencias, sus miserias, sus ambiciones locas y sus osadías sin cuento y sin medida.

El que visita por primera vez el Downtown de Chicago, lo primero que se le ocurre preguntar es si aquella ciudad se ha construído para gigantes y por una raza superior que sólo concibe lo monumental y grandioso, cuya fórmula se sintetiza en su famosa osadía. «Todo lo americano es lo más grande del mundo.» «The greatest of the World.» El centro tiene realmente una fisonomía especial digna de un mundo nuevo, calcado en moldes distintos de los usados en el continente europeo. Aquellos macizos de edificación aplastan al viandante, la enorme desproporción que existe entre las dimensiones de las casas y la mísera gente que hormiguea al pie de obras monumentales levantadas por la soberbia americana, produce el efecto extraño de un estrabísmo intelectual que no caben juntos en el cerebro, sin tormento del espíritu, tan discordes elementos.

Cada paso en Wabash street y en State street es una sorpresa; aquellos edificios inmensos, The Auditorium, el Masonic Temple, los Bancos, las Sociedades de Seguros, el palacio de la Administración de correos, los hoteles Victoria, Palmer house, etc., con

sus grandes macizos de sillería, me parecían canteras desbastadas en cuyos estratos se habían entretenido razas gigantes en labrar con enormes martillos y cinceles, puertas y ventanas, columnas estrambóticas, frisos desproporcionados, paramentos lisos, desnudos, fríos, sostenidos por arcos de no se cuantos centros, casi siempre rebajados, haciendo oficio de espaldas colosales que sostienen la pesadumbre inmensa de una cantera de piedra de sillería. La arquitectura en Chicago exajera la nota yankee que florece raquítica en New-York. Los aires del desierto americano azotando las frentes de los hijos del Far-West producen obras más informes, de perfiles menos atildados, de líneas menos suaves, de ornamentación más sobria, más árida y ¿por qué no decirlo? menos culta que en la ciudad del Este; manifestación de razas enamoradas de las inmensas estepas, de las grandes altitudes, de los ciclones asoladores, de los blizzards que ciegan, hielan y matan; de todo lo grandioso aprendido en la escuela realista de una naturaleza que ostenta en las llanuras americanas bríos y fuerzas de una grandeza sublime.

El arte en Chicago no tiene grandes admiradores; lo que allí cuenta es, en todo orden de ideas y manifestaciones, lo grandioso, lo que puede apellidarse gráficamente un mammoth, el gigante de los animales, más pequeño sin duda que las osadías inagotables del genio yankee.

La descripción de los edificios del Downtown resultaría deslabazada y monótona: edificios de veinte y treinta pisos, en cuyos paramentos caben todos los estilos y adornos, rasgos geniales de trazo limpio y seguro con detalles nimios, pobres, llenos de incorrecciones, desdibujados y sin sentido; colores chillones, alternando con masas negruzcas, rojizas, de tonos sucios, concreciones de los vahos inmundos de la población más sucia de la tierra, que manchan las fachadas de las casas; talleres, bazares, librerías, pocas, muy pocas en número, restaurants, bars, tiendas inmensas, imitaciones del Grand Marché, Le Printemps etc., de París; grandes depósitos de muebles, edificios destinados exclusivamente á escritorios y oficinas, manifestaciones todas de un centro donde el agio disputa palmo á palmo el terreno para montar y encasillar, en el mejor sitio del mercado sus ideas, sus invenciones, su tráfico, sus monopolios y cuanto constituye la vida comercial é industrial de Chicago.

La extensión inmensa de una ciudad que no llega á tener dos millones de habitantes, las soluciones de continuidad que existen aún entre barrios poco alejados del centro, los parques inmensos enclavados en puntos distintos de la ciudad, la longitud y anchura de las calles recorridas constantemente por los tranvías de cable, la escasa densidad de una población en que cada familia ocupa una casa entera,

siendo una excepción el caserío alquilado por pisos, causas son que contribuyen á dar á Chicago un aspecto melancólico, pues sólo en Downtown y en centros especiales, alcanza tráfico suficiente para dar animación á la ciudad, cuyo perímetro inmenso puede contener cuatro veces, por lo menos, la población actual.

Los parques y jardines, más extensos que bien cuidados, numerosos, repartidos convenientemente para que los diferentes centros de población puedan disfrutar de sus paseos y arboledas; el Lincoln park, el Washington Park, el Garfield park, el Jackson park, donde se ha montado el inmenso mecanismo de la Exposición colombina, con sus estatuas y monumentos, con sus extensas praderías y rodales de árboles forestales que alternan con masas de flores y hojarasca variada; los recursos de una vialidad facilísima, motivos son de concurrencia en días festivos que dan á la ciudad atractivos y aires de alegría. El lago, el Michigan de horizontes infinitos, mar interior, tan grande como el Mediterráneo, en que navegan tantos barcos que convierten el puerto de Chicago en el más concurrido del mundo, no alcanza nunca, ni aun en los mejores días del año, cuando el sol y el aire ostentan sus mejores galas, el aspecto sonriente del mar latino que no refleja jamás las sombras de masas de humo, de gases y vapores de agua que dan á la naturaleza entera tonos grises co-

mo los que reproducen las aguas tristes del Michigan, impurificadas por la respiración inmensa y los detritus variadísimos de la ciudad de Chicago.

Reproducir ahora aquí lo ya repetido en libros, revistas y periódicos acerca de los recursos de Chicago, acumular cifras, datos estadísticos, impresiones gastadas por lo sobadas y repetidas, no sería plato de gusto para nadie; baste, pues, condensar lo más nuevo, lo menos conocido y más variado que he visto allí, sin que haya levantado en mi espíritu las oleadas de entusiasmo que durante tantos años han mantenido en Europa una opinión deslumbradora, sostenida por la opinión política y el afán de atribuir grandezas é iniciativas á las razas americanas, productoras de una civilización nueva capaz de regenerar la sangre del mundo entero, con el aliento gigante de un pueblo que se inspira en el principio, que llaman santo, de la libertad absoluta.

Los que me sigan en mi viaje al través del continente americano, descontarán en el camino muchas grandezas, dejando entre flores, abrojos y espinas muchas ilusiones y no pocas esperanzas.

Ingeniería municipal

INTERESA ya de tal manera la ingeniería municipal, que su tecnicismo informa ya el lenguaje de todos los pueblos cultos.

En este punto, he hallado en América cosas tan raras, y criterios tan nuevos, que han sido una verdadera revelación. Chicago es una ciudad de una fuerza expansiva maravillosa; hace pocos días tuve la fortuna, de conocer, en un banquete al general Suoy Smith, á quien fuí presentado, conociendo de antemano la accidentada historia de su vida, y como supo que me interesaban sus trabajos de ingeniería, tuvo la galantería de enviarme un folleto que, resumido, voy á exponer aquí:

Hace cincuenta años, cuando el general era teniente, fué destinado á custodiar el fuerte de made-

ra levantado para defender á la naciente ciudad contra las algaradas de los indios, y que ocupaba, según pienso, el emplazamiento del centro actual de Chicago, en Dearborn street. El general ha presenciado, pues, el inmenso desarrollo de esta ciudad y ha contribuído con su saber y su trabajo á crear los principios de la ingeniería municipal que se están poniendo en práctica, sin la preocupación de cosas que son para nosotros sagradas, y que no sabríamos tocar sin creer que cometemos una verdadera profanación.

Desde Europa, no es fácil formar concepto de la verdad de las cosas americanas, y admirados de lo que nos cuentan creemos, con cierta candidez, que Chicago está construída como una ciudad europea; ¡qué error! aquí no hay urbanización propiamente dicha, ni aceras, ni rasantes uniformes, ni cloacas, ni... iba á decir casas, porque lo que cubre el encasillado de esta superficie poblada, son: *cottages* que alternan con hoteles inmensos, casas de madera que se construyen en tres meses, y que forman el relleno de los espacios que circuyen las calles anchas, rectas, inacabables, cruzadas por cables-tranvías, moviéndose sin interrupción sobre rodillos cuyos ejes rechinan como protesta de tan ímprobo trabajo.

Claro es que hay en esto excepciones, y que, siendo Chicago una población de gente riquísima, en sitios preferidos, se han construído palacios, ho-

telitos primorosos de familias acomodadas y parques grandiosos que adornan el cuadro, siendo esto excepciones que informan la regla general de calles sucias, de aceras que cambian cada veinte pasos de rasante, formadas por cuatro tablas que se cimbrean y que esconden lo que no debe verse ni puede decirse.

Pero lo raro en todo esto es que, sentada la ciudad en un llano y á orillas del lago Michigan, los ingenieros que proyectaron la primera red de cloacas no acertaron con el desagüe apropiado á las necesidades del servicio, y hoy, con ser Chicago tan rica, no se atreve á emprender la regeneración del subsuelo, ante el importe de veinticinco millones de dollars, que costaría la urbanización completa de la ciudad.

El general Smith cita en su folleto dos ó tres proyectos que están en estudio sobre el particular; pero como no hallo en ninguno de ellos cosa alguna que ofrezca novedad, paso á otra materia, que la tiene en alto grado para los que en punto á vialidad no creemos que deba sacrificarse el ornato de las poblaciones al ideal americano de moverse con holgura, comodidad y rapidez. Y son en esto tan radicales los puntos de vista, que el general propone la construcción de tres grandes medios de comunicación para Chicago: la subterránea, la de nivel y una tercera á la altura de los primeros pisos. La subte-

rránea para viajeros, la de nivel para carros y camiones, y la última para viandantes; libres así de las ansias del tránsito rodado que, dice el general, sería *very enjoyed by the ladies*.

Figúrense mis lectores una ciudad que en vez de tener sus aceras montadas á unos cuantos centímetros por encima del arroyo, se alzaran á cinco metros de altura, y dígaseme si esto, que parece en Chicago aceptable y que es muy posible se realice en breve, no trastornaría por completo todos los puntos de vista de nuestra arquitectura, ingeniería y policía municipal, poniendo de golpe, en tela de juicio, cuanto hemos discurrido, pensado y sentido los europeos desde que el arte y la ciencia se compenetraron para construir las ciudades artísticas que son el orgullo de la raza latina y el modelo en que han hallado su mejor inspiración las razas sajonas.

Y que esto se hará en América lo dicen los *elevados* de New-York que siguen los ejes de las mejores avenidas, enseñoreándose de toda la ciudad que llenan de humo, polvo y ruido, encaramándose como Asmodeo para visitar todos los hogares que domlnan con un desenfado digno del procedimiento americano, en que la libertad no puede representarse por curvas que se tocan tangencialmente, sino secantes que producen choques diarios y éxitos que sólo favorecen al más fuerte.

Si en Barcelona se intentara construir un ferroca-

rril elevado que siguiera los ejes de las ramblas y del paseo de Gracia, sin considerar la belleza de nuestras mejores calles y más preciados puntos de vista, se produciría una verdadera revolución que se llevaría de cuajo todas las simpatías de la ciudad.

Y dejando á un lado tan extraños procedimientos, voy á decir algo, aunque ligeramente, de los edificios de 10, 15 y 20 pisos que en New-York y Chicago se levantan, sin preocupaciones arquitectónicas, ni más objetivo que sacar de una superficie determinada la mayor renta posible. Los negocios exigen centros de contratación, comunidad de ideas y sentimientos, algo que la distancia relaja y que la facilidad y el contacto de las gentes afina y perfecciona. Por esto los hombres de negocios necesitan tener sus despachos y oficinas, con todos sus anexos, en los centros de población. Chicago lo tiene en Downtown, y lo que no alcanza en superficie de nivel, lo consigue superponiendo pisos y aprovechando los recursos de los procedimientos de construcción modernos y los mecanismos de la ingeniería.

Una casa de 20 pisos sin ascensor sería un pájaro sin alas, una aspiración sin realidad posible; así como una balumba tan enorme de pisos que espanta, resultaría una torre de Babel moderna si no se conocieran, aunque sea empíricamente, las fórmulas de resistencia de materiales que son la garantía de los éxitos alcanzados en América al construir los edifi-

cios que son el orgullo de los yankées y el pasmo de las gentes. Pero lo que debe averiguar el europeo es, si hay, en todo esto, algo nuevo, y si lo nuevo ofrece garantía bastante y capaz de sostener la legitimidad de ese orgullo de raza que tanto desdén muestra por todo lo que no es americano, como si la mecánica y la construcción no las hubieran aprendido en nuestros libros y fundido sus obras al calor de nuestro espíritu y con el trabajo maravilloso de los siglos, acumulado por las razas pobladoras del mundo antiguo.

Y, ¡coincidencia singular! mientras el pueblo americano muestra su genial poderío enseñándonos esas moles sentadas sobre emparrillados de acero, rellenos de hormigón, formadas de columnas y tirantes metálicos que parecen desafiar el poder destructor de los tiempos, los autores de estas obras, con la experiencia de los resultados, han llegado á convencerse de que lo único nuevo que habían practicado es peligroso, y muestra ser tan deficiente que han de cambiar de rumbo, si la estabilidad de esos grandes edificios ha de ser una verdad y una garantía de que alcanzarán vejez larga y provechosa.

«The Auditorium», que es hotel, teatro, casino, centro de oficinas... todo en una pieza, se hunde lentamente, y no porque se haya traspasado el límite asignado á la carga por pie cuadrado (un metro= 3'28 pies) que las experiencias practicadas para el

suelo de Chicago, dicen que está comprendido entre 2.500 y 4.000 libras por pie cuadrado, sino porque, situada la ciudad sobre un subsuelo flojo, filtrado por las aguas del Michigan, cuando es de igual resistencia en toda la superficie, estando bien repartidas las cargas, el suelo cede lentamente y los edificios tienen un asiento uniforme, bajando y hundiéndose; pero cuando la resistencia del terreno es desigual, la plataforma de acero se rompe y el edificio se resquebraja, causando su ruina. Pero no es este el único peligro á que están expuestos esos grandes edificios; las masas metálicas se dilatan y contraen con los cambios de temperatura, y en este país donde el termómetro trabaja en escala tan extensa, cuyos límites pueden fijarse entre 26 grados de frío y 50 de calor, los aceros, con sus empujes incontrastables lo rompen todo, aun sin contar con los incendios que doblan los pies derechos y columnas, derribando los edificios con una rapidez aterradora.

Pues bien, el autor de esos emparrillados de escuadrías poderosas sobre que descansan los edificios de 10 á 20 pisos, reniega de sus antiguos amores, y vuelve la vista á nuestros procedimientos, aconsejando que se funde sobre roca, que en muchas partes se halla aquí á 60 pies de profundidad (18'59 metros), ó á lo menos en el banco de arcilla compacta hallada encima de la roca, profundizándose siempre á un nivel inferior al que algún día puedan llegar los

drenes de saneamiento, por considerar, con razón, que el empleo de vigas de grandes escuadrias en la zona de tierras mojadas por las aguas del Michigan, alcanzarán una duración larguísima, montando así grandes columnas de mampostería bien enlazadas y espaciadas de manera que las cargas puedan repartirse con arreglo á lo que exija la estabilidad del edificio.

Véase pues, en punto á ingeniería, á que queda reducido lo que puede llamar la atención de los inteligentes en Chicago; los elevados, los funiculares, la toma de aguas en el lago, las plantas de luz eléctrica, las grandes estaciones de fuerza para transmitir la energía, los depósitos de cereales, los mataderos de ganado y los procedimientos de conserva; el desenvolvimiento prodigioso de los caminos de hierro no tientan mi pluma, porque siendo todo ello interesantísimo, no daría á estas páginas un solo dato que no fuera ya relatado y conocido, y por tanto, el atractivo de la novedad.



MIDWAY PLAISANCE

Los preparativos de apertura de la Exposición

Faltan veinte días para abrir el certamen colombino y las salas de los edificios están casi vacías, la urbanización en mantillas, la ornamentación interior esbozada, los trabajos de jardinería en proyecto, y los palacios, con sus ropajes sucios de invierno, no tienen prisa, al parecer, en remozarse para recibir á los ilustres visitantes que acudirán á las fiestas inaugurales del 1.° de mayo.

Las razones que se dan para cohonestar estas faltas son de distinto orden: algunas se confiesan en

alta voz, y otras se susurran en voz baja como si fueran insidiosa murmuración de la maledicencia. Hace un mes, este mar interior que se llama lago Michigan, con sus horizontes infinitos y sus tempestades que levantan olas que ya querría ostentar el Mediterráneo en días de temporal, estaba helado en toda su extensión; los fríos de este invierno, de 22 grados bajo cero, con nevadas excepcionales, han entorpecido de tal manera los trabajos de la Exposición que, toda la buena voluntad de la Dirección general, no ha bastado para resolver las dificultades propias de una labor que asustaría á gente menos emprendedora y dispuesta que la pobladora de las inmensas llanuras del Illinois. Llenas las calles de nieve, teniendo que emplear el hacha para cortar el hielo en las fundaciones, ateridos los obreros de frío espantoso, congelados los materiales, el paro absoluto se impuso cuando el 1.° de mayo se acercaba con una rapidez que no permitía cálculos, ni ofrecía medios de salvar dificultades invencibles.

La segunda razón se funda en el cosmopolitismo de este pueblo, formado de una masa que ha olvidado la noción de patria, y que sufre aquí los horrores de un clima ingrato, con la idea de formar un capital que, en poco tiempo, le consienta vivir con holgura en el país de adopción ó en la tierruca cuyo recuerdo calienta siempre el corazón humano.

Chicago tiene cerca de dos millones de habitan-

tes, en su mayoría irlandeses, alemanes, franceses é italianos; la gran masa obrera, aluvión que el hambre ha lanzado sobre las costas americanas, no se ocupa, ni preocupa de la idea pura y patriótica encaminada á conmemorar el hecho más glorioso de la especie humana; la Exposición no ha sido para ella más que un medio de conseguir en pocos meses, de acumular en algunas semanas, la suma de dollars codiciada y que los usos corrientes de la vida no pueden proporcionarla; y las sociedades obreras, forzando cada vez más sus aspiraciones, se han declarado en huelga repetidas veces, poniendo á los contratistas en apuros tales, que bien podría ser que las sumas colosales empleadas en construir una ciudad de palacios, en área inmensa, esfuerzo colosal de un pueblo enamorado de todo lo que se pinta en la retina con dimensiones extraordinarias, se convirtiera en un fracaso espantoso que arruinará á muchas gentes y postrará, por mucho tiempo, las energías de esta raza. Como ejemplo diré que un simple peón gana aquí, por hora, treinta y cinco centavos, equivalentes á catorce pesetas por día de trabajo de ocho horas. Los carpinteros ganan cincuenta centavos por hora, ó sean cuatro duros por las ocho horas, pagándose doble las extraordinarias, y aun me han asegurado que los contratistas, agobiados por los delegados y comisarios de las naciones expositoras, que van á exigirles las multas consignadas en los contratos si

no entregan los edificios dentro de los plazos estipulados, han llegado á subastar los jornales á cinco y seis duros por cada ocho horas.

Á pesar de esto, las huelgas se repiten, las ambiciones aumentan, y á lo mejor, cuando parece que el trabajo cunde, estalla una nueva discordia que pone en tela de juicio la posible solución de este problema económico llamado Exposición de Chicago.

Decíame un amigo que ha vivido muchos años en este país, ocupando un alto puesto en el mundo diplomático: esta Exposición no es obra de una aspiración de la gran nacionalidad americana, ni de los estados de la federación, ni es empresa comunal, ni negocio particular, y sin embargo, todos estos organismos se han fundido en un pensamiento para cooperar en tan grande obra por más que no ha habido en la labor común igual lealtad, ni se han empleado análogos esfuerzos para conseguir la realización de la empresa.

En Barcelona hubo lucha de personalidades, aquí lucha de intereses, del Este contra el Oeste, de New-York contra Chicago; mostrándose las Cámaras vacilantes é indecisas al votar una subvención deficiente; los Estados de la Unión, al acudir al certamen lo han hecho á remolque, y sólo el municipio y la suscripción pública han rivalizado aquí para sostener el pabellón local. Aun hay quien asegura que por falta de recursos dejan pasar los días sin

mostrar la vitalidad económica que parece ser el nervio de este pueblo y el espíritu de sus empresas y negocios; y en verdad, que si esta suposición es falsa, no se compadece la arrogancia de otros días con la falta de entusiasmo y de trabajo que se nota en todos los centros de la Esposición, observándose además una especie de desencanto y de fatiga que parece precursora de éxitos dudosos ó de convencimientos fatalistas, desencanto contagioso que crece en mi pensamiento cuantas veces recorro salas que no se llenan, pabellones que no se acaban, y observo tramitaciones que no se simplifican, negociados que no se compenetran; como si los diferentes centros administrativos fueran organismos independientes, sin engranaje ni enlaces, cabos sueltos de una cadena sacudida con escasa voluntad y más escaso entendimiento.

Que aquí pasa algo anómalo y raro, no me cabe duda; que quizá no sé interpretarlo, tampoco me cuesta trabajo creerlo; pero, aun teniendo tan legítimo temor, no he de negar que sería necesario cerrar los ojos á la luz y quitar atributos á la razón para aceptar, sin reparos, suposiciones optimistas que no hallo medio, hoy por hoy, de justificar con fundamentos sólidos y vigorosos.

No piensa, sin embargo, así la gente del país, que trata de sacar provechos tangibles del certamen colombino. Figuran, en primer término, los fondistas

que, sin encomendarse á Dios ni á los santos, van á doblar desde 1.° de mayo los precios de las habitaciones y de la manutención. Esto significa, pura y simplemente, pagar ocho dollars diarios por un cuarto de 5.°, 6.° ó 7.° piso, con las comidas correspondientes, sin vino, por supuesto, que aquí se paga á precios fabulosos.

Las casas de huéspedes exigen dos ó tres dollars diarios por un cuarto regularmente alhajado, sin manutención; los cafés, licores, gastos de peluquería, limpiabotas, etc., distan mucho de parecerse á los precios europeos, y por tanto, el que se decida á visitar la Exposición de Chicago es necesario que haga buena provisión de dollars, si no quiere concretarse á vivir muy modestamente, y á sufrir toda clase de impertinencias y desazones.

Además, el europeo que está acostumbrado á reglamentaciones provechosas ha de cuidar aquí de estudiar los organismos del país para evitar gastos y disgustos; el que espera en un ferrocarril la señal de marcha, toque de campanas y silbatos, corre el riesgo de quedarse en tierra; llegada la hora de marchar, el jefe de tren levanta el brazo y el maquinista actúa sobre los embolos, sin señal previa, ni preocuparse de si los viajeros están ó no en los vagones.

Para ir á la Exposición, la compañía Illinois Central ha construído seis líneas paralelas que recogen

los pasajeros de las estaciones de la ciudad; pero, como pasan por las mismas líneas un gran número de expresos que van á diferentes puntos de la república, si no se tiene mucho cuidado en reconocer los trenes-tranvías, se corre el riesgo de salir de Chicago para ir á la Exposición y encontrarse, bien á pesar suyo, á cincuenta millas de donde quería ir, sin que nadie se haya preocupado de asesorar al extranjero, ni de ejercitar las más elementales reglas de hospitalidad.



Palacio de la Electricidad

Suma y sigue

Transcurren los días de tal manera que bien puede decirse que se suceden y no se parecen; que llueva en abril dos días seguidos no causará á nadie maravilla, que nieve luego dos días más en esta ciudad de Chicago, de latitud aproximada á la de Madrid, si se consulta actualmente el aspecto hermoso y sonriente de los plátanos de los paseos de España que dan sombra á tantas flores, ya parecerá más extraño; pero, que llueva en *todos los edificios* de la Exposición colombina, sin que se ponga al mal remedio *eficaz*, ni crea la gente que van á exigirse responsabilidades

por los daños que se causen á los que creyeron alcanzar aquí para sus obras, trabajos y proyectos, hospitalidad más á cubierto de la intemperie y de la acción destructora de las aguas, pocos días antes de abrirse el gran certamen por el presidente Cleveland y el duque de Veragua, esto ya es más duro y más difícil de creer, sobre todo para aquellos que veían un motivo de reclamación diplomática en las goteras malhadadas de la nave central de la Esposición de Barcelona, y se figuran que aquí todo se hace bien por ser extranjero, americano del norte y quizá republicano.

Hace ya tres semanas que me he encargado del servicio de «Manufacturas» de la sección de España; en este intervalo ha llovido varias veces y las goteras no se repasan, sin que Mr. Alisson, jefe del departamento, haga caso, al parecer, de las reclamaciones de nuestro delegado general Sr. Dupuy de Lome, de las mías, ni de nadie. Y lo más serio del caso es que cada día son más numerosas, siendo ya difícil averiguar si se pretende poner remedio á mal tan deplorable, si es posible instalar en estas condiciones, y si podré hallar sitio para los objetos desembalados que esté garantizado de la acción invasora de las aguas.

La tormenta última, ciclón poderoso que ha causado estragos en varios Estados de esta república, ha venido de perlas para explicar de algún

modo el atraso en que se halla la vialidad de la «ciudad blanca» y cuanto se relaciona con su desenvolvimiento. Ayer nevó todo el día como si estuviéramos en enero, y con este motivo, los diarios de hoy, curándose en salud, dicen que en semejantes condiciones no es posible trabajar, que el personal dedicado á vialidad ha debido ocuparse en reparar los estragos del viento y de la nieve, y que con los días buenos, la Exposición se llenará de flores y verdura, de caminos inmejorables, y de instalaciones portentosas, en menos tiempo del que se necesita para llenar de noticias rimbombantes los diarios de 40 páginas y de letra menuda que, cual el *Chicago Herald*, el *Chicago Post* y otros, se convierten en heraldos de maravillas y en mágicos prodigiosos del gran certamen americano.

Y por cierto que magias y magias portentosas se necesitan emplear para resolver el pavoroso problema de llenar en pocos días, en horas ya, salas inmensas, en urbanizar millones de pies cuadrados de paseos que no pueden atravesarse, hoy por hoy, sino con zancos; sin un árbol, ni una flor, mostrando en todas partes un abandono cruel, cuando el presidente va á salir de Washington y el duque de Veragua de New-York para abrir esta *World's Fair*, esta feria del mundo destinada á mostrar á todos la potencia colosal y creadora del pueblo yankee.

Pero la invención más prodigiosa de estas gentes

no está en lo que ha hecho y hace Edisson en Menlo-Park, ni en las fundaciones de casas que sostienen 20 pisos, ni en sus *ferry-boats* que transportan sobre los ríos trenes enteros; todo esto es una pequeñez al lado del mecanismo asombroso de sus aduanas, mecanismo que sólo pude entrever en New-York y que hace dos semanas estoy estudiando con una paciencia y un cariño que si no temiera pecar de inmodesto, diría que merece una cruz laureada. ¡Válgame Dios! ¡qué complicación y qué obstruccionismo! De sobra sabe todo el mundo que las mercancías se declaran al entrar en New-York y que las destinadas á la Exposición sólo pagarán derechos en caso de que se vendan, volviendo libres de toda carga á los respectivos países las que hayan servido únicamente para ser expuestas. Pues bien, la administración de aduanas ha establecido un régimen tan riguroso en el recinto de los edificios que no puede abrirse una sola caja sin ser escrupulosamente registrada, debiendo seguirse el siguiente procedimiento para que puedan instalarse los objetos que envían las naciones al certamen.

Y al llegar aquí, pido á mis lectores paciencia y resignación; se trata pura y simplemente de facilitar un estudio comparativo, y deducir si se ha hallado en el mundo un procedimiento más inquisitorial y riguroso para evitar que los expositores extranjeros que han pagado á la gran nación americana el ho-

menaje de su respeto y consideración, al celebrar las fiestas del centenario, enviando sus mejores obras, defrauden los intereses públicos en una proporción relativamente escasa, vendiendo á espaldas de la administración de aduanas lo que no esté debidamente registrado.

Llegan las cajas á los respectivos edificios, y enseguida el inspector les pone un cartel conminatorio notificando que pagará una multa de mil dollars ó sufrirá la prisión subsidiaria correspondiente; el que abra la caja sin su permiso. Avisado oportunamente, empieza la operación, se levantan los tornillos de la tapa y se apodera de la lista expresiva de los objetos, contenidos en la caja, exigiendo la inspección de todos los objetos, uno por uno, poniéndoles una etiqueta numerada cuya cifra apunta en una libreta en que constan el número de orden de la comisión española, la procedencia y la relación detallada de los objetos y su valor.

Al terminar la operación, me entrega un impreso que he de llenar y devolverle el día siguiente, detallando el número de orden y el total de las cajas abiertas que van al depósito, con destino al embalaje y reimportación de los objetos á España.

Esta visita, exacta y minuciosa, objeto por objeto y libro por libro, separando los encuadernados de los que no lo están, sin consentir, ni una sola vez, que quede sin abrir un solo libro ó caja, ha de pro-

ducir un retraso tan considerable en la instalación general, que si no se modifica el procedimiento, no veo medio de que este certamen adquiera condiciones presentables hasta fines de junio.

Pero todas estas minucias, que podrían calificarse gráficamente de otra manera, resultan cómicas á veces, sin perjuicio de resultar, en otro orden de ideas, una verdadera expoliación.

Cómico resulta, por ejemplo, exigir á los delegados generales que pongan su retrato en los pases, como si la galantería y la honradez internacional no supusieran el convencimiento de que las personas designadas por los respectivos gobiernos para representar á las diferentes naciones que han concurrido al certamen, no han de abusar de la franquicia concedida; y cuando los delegados se resisten á aceptar semejante... llamémosle acuerdo, los diarios combaten la resistencia y discuten la orden como si se tratara de renovar la guerra de Secesión; en cambio, ya resulta menos chistoso que el catálogo prometido en inglés, francés, alemán y español se publique sólo en inglés y que se exija á los que quieran figurar en él, la enorme cifra de cinco dollars por línea, y como si esto no bastara, las luces eléctricas de arco voltaico ofrecidas hace poco á 60 dollars cada una por seis meses, se aumentan hasta 100, resultando que las instalaciones extensas, pagarán, por este sólo concepto, una cantidad tan crecida, que temo ha de costar

muchas resistencias y muchos disgustos figurar en este gran concurso, que hasta ahora va resultando excesivamente húmedo, cuajado de contrariedades y resistencias y bastante carito.

Es de esperar que estos males hallen enmienda en la fecunda labor y grandes energías de esta poderosa república.



Palacio de la Administración

Apertura de la Exposición

No es cosa fácil dar idea de un acontecimiento que será una de las páginas más hermosas de la historia de América. Acabo de llegar de la fiesta inaugural, nervioso y fatigado de emoción, y ante estas cuartillas de papel, siento el dolor de no saber expresar en pocas líneas y describir con palpitante interés, la apoteosis más grande de este siglo, dedicada á una gloria española que inició en el mundo la esplendorosa civilización moderna, espíritu de una sociedad nueva que elabora en estas regiones, ante mis pasmados ojos, algo que no comprendo y que

encierra elementos de vida que van á transformar por completo las civilizaciones de los diferentes pueblos de la tierra.

La inauguración de hoy, con su aparente sencillez, ha sido un portento; este pueblo, que no tiene noción clara del arte, ha hallado en esta fiesta la nota justa, sintética, que se ha llevado de cuajo todas las simpatías y todos los corazones.

Una gradería levantada á espaldas del palacio de la Administración, dominando la dársena, cerrada al Este por hermosa columnata; Manufacturas y Agricultura al Norte y Sur formando el marco grandioso de la esplanada en que se apiña abigarrada multitud, entre la que se levantan erguidas: columnas rostrales, mástiles rematados por carabelas, estatuas y fuentes monumentales, la de Colombia tronando y dominando las aguas surcadas por lanchas eléctricas y góndolas venecianas, fué el punto preferido para celebrar la fiesta inaugural. Ocupadas las graderías por el cuerpo diplomático, los delegados y comisarios de todas las naciones, á las once entraban Cleveland y el duque de Veragua, acompañados por los altos funcionarios de los Estados Unidos y las comisiones de la Exposición, en el sitio preferente de la gradería.

La multitud alborozada empezó á gritar y silbar como sólo sabe hacerlo el pueblo yankee, y una orquesta situada en la parte más alta de la escalinata

inauguró la fiesta con la marcha colombina de Paine. En seguida el pastor Milburn, anciano venerable, dirigió á Dios una oración impetrando la protección del cielo; Miss Jessie Couthair, luciendo la mantilla española, adornada con peineta y claveles rojos y amarillos, leyó el poema de Crouffut titulado *La profecía;* la orquesta tocó la sinfonía de Rienzi; monsieur Davis, director general de la Exposición, dirigió un discurso al presidente Cleveland, y por fin, este ilustre hombre de Estado hizo un brevísimo discurso á la multitud, enalteciendo el gran certamen y la obra grandiosa del pueblo americano. Y mientras la gente entusiasmada agitaba los sombreros en señal de júbilo, la orquesta tocaba el *Dios salve á la Reina* que es también himno nacional de esta república, la artillería saludaba con repetidas salvas, los mástiles de todos los edificios se coronaban de banderas, estandartes, flámulas y gallardetes, y en medio de aquel entusiasmo y ruido atronador de voces, cañonazos y campanas, los tres mástiles puestos al pie de la tribuna se coronaban: la central, con la bandera de la Unión, y los laterales con los estandartes de Castilla y de León con sus castillos y leones rampantes, y el de los Reyes Católicos con la cruz verde sobre fondo blanco, bajo cuyos brazos se leen las iniciales de Fernando é Isabel.

Los que han vivido en lejanos países y han gozado alguna vez la emoción honda que causa la vista

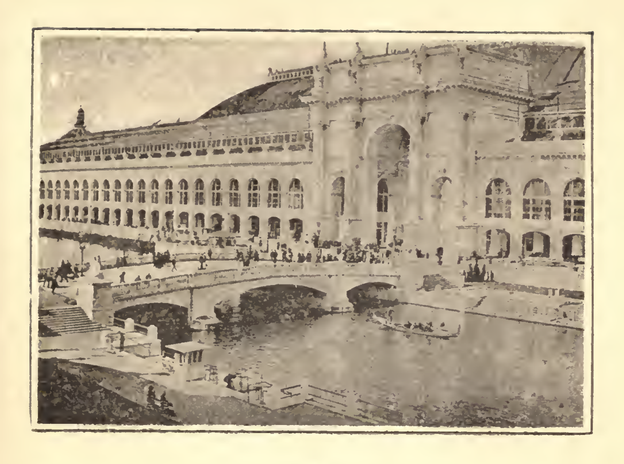
de la handera gualda y roja en tierra extraña, comprenderán que la colonia española que ve hoy tan enaltecido el pabellón de la patria, al levantarse los estandartes medioevales en sitio preferente y verlos en todas partes, en la Exposición y en la ciudad, haya recibido una sacudida que ha pasado de los ojos al corazón y del corazón á la lengua y á las manos, para aplaudir con toda el alma las grandezas de este pueblo que no escatima, él tan intransigente, tan absoluto y tan enamorado de su civilización apenas esbozada, con sus vehemencias juveniles y arrebatos mal comprimidos, el pleito homenaje debido á una de las glorias más puras de la tierra, y á un pueblo que posee la historia de los descubrimientos, conquistas, colonizaciones y desfallecimietos más heroicos que registra el gran libro que narra los acontecimientos del mundo.

Cleveland ha entrado en Manufacturas después de haber inaugurado la gran máquina motriz de la Exposición, y bajo la rotonda central, las delegaciones de todos los países, presentadas por los embajadores han ofrecido sus respetos al Presidente de la República. La delegación española ha sido presentada por el delegado general Sr. Dupuy de Lome, habiendo oído de Cleveland frases de grandísima simpatía que hemos escuchado todos con vivísimo placer y honda gratitud. El Sr. Dupuy se ha hecho eco de los votos de España, con sentido acento, y se ha despedi

do dando un *shake-hands* á la inglesa á todos los que habíamos sido presentados.

No había terminado aún para mí la fiesta de hoy; motivo de júbilo ha sido también para los españoles ver colmado de obsequios al duque de Veragua y á su ilustre familia, y observar en su semblante señales inequívocas de vivísima complacencia.

A los ojos de muchas gentes, la fiesta de hoy habrá sido espectáculo sublime, para los españoles, alegría honda, fiesta de familia que calienta y aviva la fibra delicada que vigoriza todos los organismos, porque alienta grandes y hermosas esperanzas.



Palacio de Manufacturas

La sección española de Manufacturas

El palacio de Manufacturas es para mí el edificio más notable de esta Exposición; cubre una superficie inmensa, tiene proporciones de una belleza espléndida, luces en sus arcos no sobrepujadas hasta ahora, disposición arquitectónica bien sentida y equilibrada en el conjunto y los detalles; y la nave principal, cubierta de cristales, llena de aire y luz, inmensa, tan inmensa que achicaría los monumentos más altos y notables del mundo al cobijarlos, por exigencias quizá de administración, por necesidades que no sintió el ingeniero y el arquitecto al proyectarla,

queda desfigurada por una galería que la circuye, corta los puntos de vista en los ejes de las puertas y arroja sombra en vastas superficies de la planta, con menoscabo de las instalaciones que ocupan las galerías, por el pie forzado de que naciones más avisadas ó expositores más diligentes han ocupado ya los sitios descubiertos y vistosos.

A España, por haber vacilado tanto tiempo en aceptar la invitación del Certamen, la ha tocado en suerte un buen pedazo de sitio cubierto, sitio lleno de sombra y triste que nadie acierta á comprender como teniendo el autor del proyecto ideas tan grandiosas en su cerebro, pudo concebir el pensamiento tan mezquino de una galería de diez y nueve pies de altura, formada de pies derechos y tablones de canto, con cuchillos de arcos escarzanos que acaban de achicarla, resultando un contraste tan grande entre esta fealdad y la belleza del edificio, que cuesta trabajo creer que ambas cosas sean fruto del mismo autor, y que aun siendo aquella impuesta, la haya consentido y realizado.

España no forma, pues, en la nave central, en el gran espacio cubierto de Manufacturas que extasía y enamora; España está en un sitio modesto, espacioso, demasiado quizá, formado por cuatro patios, uno grande, dos medianos y otro chico, interrumpidos por las galerías y una serie de obstáculos que, poniendo en pugna las necesidades de una buena

instalación con las condiciones del local, nuestra sección de Manufacturas resulta algo así como puesto de feria replanteado sin atender á las necesidades del estudio y de una ordenada clasificación; y como tenemos de muchas cosas un poco, este poco agranda el defecto que sólo en algún patio queda oscurecido por las grandes instalaciones de los fabricantes de Cataluña y la belleza de los productos presentados. Porque no olviden los que lean estos renglones que, siendo escasa la concurrencia de Cataluña para llenar los 23.000 pies cuadrados de terreno que alcanzó el señor Dupuy de Lome, con perseverante tenacidad, de la dirección del Certamen, la del resto de España es tan menguada, que sin el esfuerzo de esas provincias, la sección de Manufacturas habría sido un fracaso tan manifiesto que, en mi concepto, deberíamos haber abandonado el local para no llenar de ridículo la consideración de España ante el mundo entero.

Cuando llegué á Chicago, á fin de marzo, el señor Dupuy de Lome no tenía noticia del espacio que necesitaban los expositores españoles de esta sección, ni sabía yo tampoco las condiciones del local en que debía trabajar y de buen número de los objetos que había de exponer. Pero como la Dirección del Certamen exigía la cifra exacta de los pies cuadrados de superficie que á juicio de la Delegación debían ocupar las secciones españolas, la petición se hizo sin

datos suficientes para poner en relación el espacio pedido con los productos que debíamos exponer, corriendo así el peligro de que si pedíamos poco espacio, resultara la sección deslucida por defecto, y si pedíamos demasiado, lo quedara también por exceso. Al obrar, pues, sin conocimiento de causa, sólo por casualidad podíamos salir airosos, y como el azar favorece pocas veces á los que fían demasiado en las veleidades de la fortuna, al tener mucho espacio y poca cosa relativamente que instalar, he debido buscar toda clase de recursos para mitigar algún tanto el efecto que produce la Sección que, según acabo de indicar, resulta deficiente en la cantidad y la calidad de productos expuestos.

Los que se dedican al servicio de Exposiciones saben que una buena instalación, entendiendo por tal la que clasifica, califica y sabe sacar partido de los productos que ha de exponer, ha de meditarse y dibujarse en el plano del local, replanteándola luego y modificando sólo aquellas cosas que la vista del objeto expuesto indique claramente el error padecido. Proceder de otra manera es consentir que una Exposición se convierta en feria, que puede hablar á los sentidos y aun al espíritu del que sabe sintetizar; pero, poco ó nada al que se distrae fácilmente y saca sólo partido del análisis, teniendo á mano los objetos que ha de comparar, y á la vista, los juicios que ha de resumir. Y si á todo esto, por causas diver-

sas se suma la multiplicidad de objetos y la escasa, cantidad de los que podían agruparse, ni aun buscando afinidades más ó menos racionales, se comprenderá lo difícil de conseguirse, en la Sección que estudio, la ordenada clasificación de objetos, en lucha con cuantos han intervenido en la construcción del fac-simil de la mezquita de Córdoba que formó la ornamentación del local, albañiles, carpinteros, yeseros y pintores, que han invadido el local hasta el día 6 de junio, en que se derribó el último andamio, para poblar de arcos y columnas que se cuentan por centenares, las superficies ya cubiertas por las galerías bajas del palacio de Manufacturas.

He sido, sin embargo, injusto al decir que la suerte no me ha favorecido, porque las instalaciones más grandes, enviadas por las casas catalanas, han podido colocarse ventajosamente, excepto una, que es la de la casa Tayá, que está bajo galería, dándose el caso de que todas han hallado emplazamiento ventajoso y único, porque de no caber en los sitios en que están, no habrían podido instalarse.

Y hechas ya estas salvedades y la de que están en un mismo local los productos que corresponden á Manufacturas y á Artes liberales, por tener en este departamento espacio tan limitado que no ha habido medio humano de agrupar en él lo que al mismo corresponde, descartada la nota amarga que parece ser sino fatal de esta Exposición, voy á decir ya

algo concreto, empezando por el patio de honor, el mayor y más desahogado, de diez metros de ancho por unos veinticinco metros de largo, ó sean doscientos cincuenta metros cuadrados de superficie en números redondos, donde he podido colocar las instalaciones más grandes y más vistosas de Cataluña, con la de la Felipa Guisasola, que merece puesto preferente por la belleza y ostentación de las obras de arte que ha traído á este Certamen. Y al dar á ese patio preferencia y al llamarle de honor, no vaya á creerse que valen menos los restantes de la Sección, ni que considere de mayor importancia los productos que en él se han expuesto: que sólo el mayor espacio, la luz, la orientación y la facilidad de acceso motivan su preferencia, formando un conjunto vistoso y de grandísimo valor artístico é industrial.

Tiene este patio forma rectangular, con una puerta central de arcos árabes policromados, al Sur; dos puertas de comunicación que dan paso á la Sección italiana, al Oeste; y arcos de las galerías que simulan la mezquita cordobesa, en los lados restantes del rectángulo.

Cruza la puerta principal la instalación de la Felipa Guisasola, compuesta de dos ánforas montadas sobre pedestales tapizados, uno de estilo Renacimiento y otro griego, que se ofrecen al público por 40,000 el primero y 20,000 dollars el segundo. Detrás de estos cuerpos avanzados, que admiran extasiados

cuantos entran en la Sección de España, sin darse cuenta exacta de su valor artístico é industrial, ya que se ha de repetir á cada momento que aquellas obras delicadas son un compuesto de acero montado de oro y plata, dignas de figurar en un museo ó en un palacio de magnates, está la vitrina llena de objetos primorosos: ánforas, relojes, marcos, puños, brazaletes... productos escogidos que la casa Guisasola expone á la ansiedad de estas gentes, que lo ven y tocan todo con la curiosidad de un niño al formar el primer juicio, en los albores de su inteligencia.

Adosados á los paramentos están las panas y los veludillos de Parellada y Compañía, puestos en una vitrina de manera que los colores, debidamente graduados y convenientemente repartidos, conserven al producto el matiz, el brillo y las singulares condiciones de apariencia que convierten un género barato en decorativo, destinado á tapizar muebles y habitaciones con poco gasto. Sabido es que los veludillos se cortan mecánicamente, y que este procedimiento constituye un privilegio especial de la casa.

En el espacio comprendido entre las dos puertas que facilitan el acceso á la Sección italiana ,de 15 metros de anchura, se apoya la instalación de la casa Sert hermanos é hijos, que figuraba en la Exposición de Industrias artísticas de Barcelona, sin tener las condiciones de luz y local que tiene en la uni-

versal de Chicago. Puestos los tres cuerpos del mueble en un solo paramento, luciendo en el centro el tapiz Smirna ya conocido en Barcelona, las tapicerías en el fondo, las alfombras de vivísimos colores formando columnas cilíndricas en los costados, los pañuelos de lana y seda de dibujos preciosos con las mantas de armiño grandísimas y ostentosas en los compartimientos laterales, adosadas á las tapicerías de malla metálica son elementos que, combinados artísticamente, dan al conjunto un aire de riqueza y una intensidad de color que llama poderosamente la atención del público, convencido de que no hay en la Exposición de Chicago instalación que presente mejores productos en su género, ni á precios más ventajosos.

Sigue la instalación de Godó y C.ª, que expone muestras de yute, hilados y tejidos, ó sea hilos en rama y sacos, puestos en forma tan artística que no puedo menos de felicitar al autor, anónimo para mí, que ha sabido hacer con productos tan bastos un mueble tan vistoso, y un conjunto de instalación y productos tan lucido.

Sigue luego el mueble de Santacana y C.ª, con tres piezas de algodón blanqueado, notables por su baratura.

En el otro ángulo se ha puesto la instalación de la casa Hijos de Ignacio Damians, tan conocida en Barcelona por los que se dedican á construir:

presenta multitud de productos artísticos de latón, bronce y otros metales, esmeradamente fabricados, puestos en una instalación lujosa en que los fondos y cortinajes de peluche realzan los colores y matices amarillos y bronceados de los objetos expuestos.

Al lado y adosada á las columnas de la ornamentación general, hállase el armario de nogal mate de tres cuerpos, que se expuso en Barcelona y París, de la casa Fábregas Rafart, de fondos amarillos que realzan los tonos negros y brillantes de las sederías, rasos y sargas que fabrica y presenta con exquisito buen gusto.

Viene enseguida el escaparate de la casa Castañé y Masriera, vitrina que acaba de instalarse, con tejidos de hilo, holandas y granos de oro, sábanas de Holanda y pañuelos de hilo, que forman una hermosa colección.

El armario de la casa Marqués, Caralt y C.ª, adosada también á las columnas, ofrece un ejemplo de que no hay producto ingrato en manos de una persona hábil y de buen gusto, porque los hilados y torcidos de cáñamo é hilados de lino que presenta, están dispuestos de manera que forman una interesante colección, siendo muchas las personas á quienes interesan las materias textiles que honran la Sección española.

Pocos fabricantes de tejidos de algodón se han atrevido á luchar con los americanos del norte; sin

embargo, la casa Ferrer y Vidal, cuya instalación se halla en este patio, ha presentado una colección completa de tejidos de estambre estampados, y tejidos de estambre y seda estampados también, que llaman preferentemente la atención por la belleza del color y la finura del tejido, estando conformes cuantos la conocen en que puede competir con lo mejor que se hace fuera de España.

El escaparate de Torrella hermanos, montado con arreglo á los dibujos de la casa, atrae las miradas codiciosas de las señoras yankees, encantadas ante los primores de las muselinas de seda, bordados mecánicos al realce y pañolería de aquella casa, y que se llevarían de cuajo para adornar sus casas y personas.

En un pequeño fanal están las cintas de Monjo y C.ª, sociedad en comandita, que es lástima, dada la belleza del producto, no haya enviado mayor cantidad de cintas de seda y gró para poder formar una instalación más ostentosa.

Cierra, por fin, este patio, el escaparate de Juan Vidal, con sus valiosos trabajos de zapatería. La indumentaria del calzado, desde los tiempos más remotos de la historia, y la colección moderna, que es una manifestación del buen gusto y arte con qne la casa Vidal fabrica el calzado fino, que parece ser su trabajo predilecto, llenan el mueble, que ofrece un bonito aspecto.

Rodea el patio descrito ya, la galería que cruza el palacio de Oeste á Este y de Norte á Sur, en la intersección Sudoeste del palacio de Manufacturas. La galería contigua al patio, si bien no recibe luz cenital directa está perfectamente iluminada, de modo que resultan bien instalados los hules de la Viuda de Juan Rovira y C.ª, las gorras de uniforme de Faugier, las persianas, de Carlos Cid, las esteras de Pérez é hijo, la mesa muestrario de papel de Torras hermanos, Torras y Juvinya y Torres y Morgat, el mueble caprichoso de los fabricantes de papel Sobrinos de Bartolomé Costas, la instalación de perfumería de José Font, con los muebles comprados ó construídos por la Delegación para los géneros de José Dalmau, Viuda de José Tolrá, Lucena y C.ª, Salas Puigmoler y C.ª, José Soler, Camilo Mulleras, Gómez Rodulfo, Margui y Esqueña, con todo el ramo de zapatería económica de Miguel Malé, Fernández Palacios y otros, tintas de Francisco Arroyo, velógrafo Pedrola, pintura submarina de Porta, imágenes en talla de madera de Vila y Roqué, Llovet y Renart, Francisco Serra y Rosés y Alsina, la estatuaria en cartón-piedra de Vayreda y C.ª, las imitaciones de bronces, marfil, etc., de Oliva y Martí, las mantas y los casimires de Herederos de Juan Vicente, las arañas para gas de Closa Florensa,—que no he hallado personal *americano* que supiera montarlas, con las fotografías á la vista, lo que parecerá á muchas gen-

tes inverosímil,—y muchos más que sería prolijo enumerar.

En el patio Noroeste de la Sección, instalé el mueble perteneciente al Instituto industrial de Tarrasa.

En el centro del patio se levanta la instalación de base elíptica, cuyo zócalo, imitación de nogal con molduras mecánicas, sostiene el andamiaje donde se han colocado los tejidos de lana de los diez y nueve fabricantes agremiados, que constituye una parte importantísima de la agrupación industrial de Tarrasa. Rematan el mueble los sesenta pañolones de igual tamaño y variados colores que forman un friso ancho y vistoso que dá realce á los cortes de pantalón, que, en número crecido, y superpuestos, rodean la instalación, y al rótulo que, colocado normalmente á la superficie curva sobre que tienen asiento los géneros, lleva la enseña de aquel importante centro industrial.

En el mismo patio y formando un tablero apaisado, construído según la base del plano que me facilitó el gremio de fabricantes de Sabadell, está expuesto el hermoso muestrarío enviado por las veintiuna fábricas de dicha ciudad que han tenido el buen sentido de enviar á esta Exposición, sin alardes ni aparatosos muebles, los géneros de lana y pañería que compiten con lo mejor que existe en este Certamen. Cuatro mantas puestas en el centro

del bastidor cortan la monotonía de los tableros tan magistralmente montados, con gradaciones de color que envidiaría un pintor de nota, y dos más, puestos en los extremos, encuadran el bastidor general, lleno de luz y de colores salientes de vigorosa entonación. Las instalaciones de Sabadell y Tarrasa llaman poderosamente la atención de los peritos en la materia; *reporters* de periódicos industriales y políticos, aficionados y traficantes en estos géneros, las honran con calurosas manifestaciones y se hacen lenguas de la perfección, belleza y baratura de los productos expuestos. Si he de creer lo que aquí se me ha dicho y repetido, los géneros finos de lana catalanes pueden hallar en América mercados extensos, habiéndoseme presentado algunos comisionistas que desean circular muestrarios por las principales ciudades de esta república y las de la vecina de México, haciéndome proposiciones, bajo la base de un tanto por ciento de venta, y sin otra remuneración que pudiera hacer creer que se trata de alcanzar por medio de promesas de negocio, pocas veces cumplidas, un sueldo ó remuneración conseguido á expensas de los fabricantes de Cataluña.

En este mismo patio he puesto, como producto similar, aunque en clase basta, los paños bastos y finos, bayetas y estameñas, mantas, capotes y fajas fabricados en Cuenca por la casa Pérez Muñoz y hermanos. Estos géneros, buenos por su clase y no-

table baratura, fabricados con las lanas que crían las altas sierras de la meseta central de España, así como los paños pardos y negros, y las bayetas moradas y encarnadas de la provincia de Soria, y las mantas de lana y los casimires de los Herederos de Vicente Juan, de Palma de Mallorca, quizá no hallen aquí fácil mercado por ser los géneros bastos materia que se fabrica ya en todas partes, no digo en la América del Norte, que lo acapara todo y pretende vivir con recursos propios, cerrando á cal y canto sus fronteras con derechos prohibicionistas más que protectores, sino en México, en la Argentina y en el Brasil, si no hay, en lo que exponen, algo que sirve de relleno y que exponen en condiciones de dudosa procedencia.

Queda ya sólo en este patio la instalación de la casa Ferrando, de Valencia, que expone abanicos de pacotilla, panderetas adornadas con cintas y pinturas; objetos, en fin, de mercader que viene á la Exposición en busca de algunos dollars y sin cuidarse gran cosa de medallas, diplomas ni mercados que hallar en su camino y marcha trashumante al través del mundo de las Exposiciones.

Queda, sin embargo, en este patio, algo que se relaciona con Artes liberales, puesto en las hornacinas del fondo, de lo que daré algunos detalles cuando me ocupe en tan interesante materia.

El tercer patio, separado del anterior por ancho

pasadizo, tiene en su centro la instalación de cueros repujados, tan conocida y acreditada en Barcelona perteneciente á Fargas y Vilaseca, que tiene su fábrica en la Sagrera de San Martín de Provensals. Esta instalación debía estar cubierta con un velarium de cuero también, cuyo dibujo y color producían un bellísimo efecto; pero circunstancias especialísimas han motivado otro emplazamiento en donde brillaran por su color, dibujo y labrado.

Rodean esa instalación los muebles enviados por todos los ebanistas que no la tienen propia, que son: Pascual Maté, Ruiz Valiente, García Portas, Anido Sánchez; los pianos de Montano, de Madrid; Gómez é hijo, de Valencia; Ballarín, y González é hijos, con sus hierros repujados; Riquer y C.ª, y Alejo Sánchez, con las incrustaciones de oro y plata sobre hierro de su reputada casa de Eibar.

Este patio, pequeñito, rodeado por tres paseos y en cuyo fondo, perfectamente iluminado, y bajo galería he puesto la instalación de la casa Carlos Butsems, ventajosamente conocida en Cataluña por los que se dedican á la construcción de casas y hoteles en que se emplean baldosas, baldosines, balaustres, bañeras fabricadas con pasta hidráulica, notables por la belleza del color y su textura compacta, no resulta tan bello como sería de desear, por no haber enviado nuestros ebanistas á esta Exposición lo que saben hacer y hacen cada día con un gusto y une

perfección inimitables. Y sin embargo, la arquilla de Riquer, con sus herrajes repujados, es un verdadero primor; la mesa y el jarro con flores de hierro forjado y repujado, los candelabros, el tocador y demás objetos pulidos y niquelados de González é hijos, y los hierros de Ballarín, son dignos de alabanza por el esmero y el gusto con qué han sido tratados; pero en lo demás hay algo de pacotilla y pobre que, en mi concepto, no debería haberse enviado á esta Exposición, incluyendo en ello los pianos de Madrid y Valencia, que no competirán seguramente, ni en cantidad ni en calidad, con los grandes envíos de las casas europeas y americanas que se dedican á la fabricación de estos instrumentos.

En uno de los ángulos de este patio está instalada la casa Alejo Sánchez, con sus inscrustaciones de oro y plata en los varillajes de los abanicos, puños de bastón, gemelos de teatro, marcos de espejo y retratos, hecho todo á la perfección, perfección minuciosa que no aprecia el vulgo que pasea su mirada indiferente por estas preciosidades de la industria cosmopolita, preguntando precios por capricho y comprando á veces, y á precios fabulosos, obras de pacotilla, reproducciones hechas hasta la saciedad, de escaso valor en Europa, y que aquí se venden extremadamente caras. Me consta de ciencia cierta que se han dado 1,200 dollars por una estatua picaresca de mármol de Carrara, que se daría en Florencia por 200.

En el cuarto patio, lindante con la sección de Persia, se halla la bonita instalación de Jaime Pujol é hijo, que los barceloneses han podido apreciar á primeros del mes de enero último en el Palacio de Ciencias, al hacer ostentosa manifestación de la importancia que tienen las pequeñas industrias y como se codean, por su importancia económica, con las de más alto vuelo, cuando están dirigidas por manos tan expertas como las que forman aquella razón social.

No deja de ser pintoresco, á mi juicio, el conjunto variado de industrias reunidas en el patio que describo; al lado y normalmente á la instalación Pujol, las cartas de Olea, de Cádiz; las de García Fossas, de Igualada; las de Juan Roura y Presas, y el mueble caprichoso de Sebastián Comas y Ricart.

Dejando un paso intermedio entre la exposición de lentes y gemelos de la casa Falk, de Madrid, hállanse los vidrios muselinas de Venancio N. Díaz, y formando marquesina, apoyada en cuatro columnas de hierro fundido, los vidrios de colores de Rigalt y C.ª; y en el otro costado del patio las preciosas acuarelas de Ginés Codina y Sert, dedicadas á las artes suntuarias, montadas sobre basamentos de madera dibujados por el señor Espina, alternando con grabados de loza y cristal que, con la casa Falk, tienen el patio lleno de gente que admira también, en el centro del mismo, los vidrios de colores de Amigó y C.ª, montados verticalmente sobre una base trape-

zoidal, de modo que los rayos del sol, al herirlos por la tarde hacen resaltar la belleza de la composición y la viveza de los colores.

Junto á este patio quedan perfectamente iluminadas las instalaciones de Orsola, Solá y C.ª, que reciben luz cenital; débilmente inclinada, la hermosa mesa tocador de mármol del escultor cubano Triscornia; los techos artesonados de Juan Coll, que compiten con los que presenta Alemania, y algunas más que forman ya, en el interior de la galería, como son la instalación de la Sociedad Artística y Arqueológica de Barcelona, extraviada durante tres meses, y que hasta hace unos quince días no ha entrado en esta Sección; los objetos arqueológicos de Máximo Fernández, de Madrid, compuestos de un tapiz antiquísimo, un bargueño, un cañón, un cuadro de azulejos que, con la colección de papel sellado de Ramona Méndez, constituyen un pequeño centro arqueológico muy chico, pero muy interesante, y que se ha llevado á Manufacturas para no dejar un cabo suelto en el palacio de Arqueología y Etnología, perdido entre las grandes instalaciones europeas y americanas. También están entre dos patios contiguos y regularmente iluminadas las instalaciones de Lucas y C.ª, Cabot y Alabau, Falomir é Ibáñez, de Castellón de la Plana, Valderrama, de Santander, y otros que sería monótono relatar.

Queda el patio pequeño y el box de cerámica, en

donde se ha puesto algo de lo que debía estar en Artes liberales y que por falta de espacio ocupa un rectángulo pequeño de Manufacturas. En el centro he construído un mueble especial para las casas Montaner y Simón, y Espasa y C.ª, editores tan conocidos en España y en América por sus trabajos tipográficos y artísticas encuadernaciones; en un ángulo están los muebles con los libros editados y tan conocidos en América del Sud por Antonio Bastinos, y los anuarios comerciales de Bailly-Balliere, de Madrid; en un paramento el espejo decorativo de Amigó, recubierto en parte para ocultar el daño sufrido en el viaje, los proyectos decorativos de A. y C. Castelucho; en otro ángulo la instalación del Centro Asturiano de la Habana y el mueble con muestras de litografía de Ruiz y C.ª, de la capital de la grande Antilla, y enfrente, adosada al muro, la vitrina que contiene el sinnúmero de libros enviados al Certamen, en prosa y verso, didácticos y literarios, de arte y música, cuya enumeración se llevaría una hoja entera de este libro. Encima van las fotografías enviadas por la Asociación de Ingenieros industriales de Barcelona, que, con una carta de Cuba, los perfiles del Instituto Geográfico y Estadístico, la colección de obras del laborioso é ilustrado contador de la Diputación, Sr. Torrens y Monner, los libros del Ateneo Barcelonés, las fotografías y los libros del Fomento del Trabajo Nacional, el título y las car-

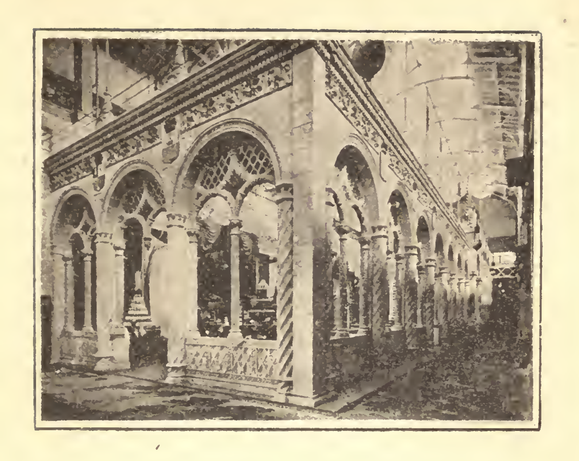
petas de esa Universidad, constituyen un centro interesante que llama la atención de los concurrentes.—En un box bien iluminado he reunido los productos cerámicos de la conocida casa Pickman y C.ª, de Sevilla, cuyo *panneau* de azulejos esmaltados colocado en el centro atrae por su color, brillo y artística disposición; así como los platos, ánforas y tibores de Díaz Álvarez, de Sevilla; los azulejos de estilo morisco y del Renacimiento de Jiménez Izquierdo, y las mayólicas hispano-arábigas que reproduce Ros y Urgell en su fábrica de Valencia, que se llevan el corazón de las señoras americanas, que las encuentran *very fine*.

A espaldas de esta instalación y bajo galería, poco iluminada, hállase la exposición de muebles de la casa Tayá, de Barcelona, y los entarimados ó pavimentos de maderas de Rosell. La fama de esos industriales la acredita cada día la exposición de la calle de Fernando, como está acreditada en la Habana por haber decorado espléndidamente los salones del Centro Asturiano de aquella capital.

Falta ya poco que añadir á todo esto, si no he de cansar la atención de los lectores con listas interminables de nombres: las fotografías, los grabados, modelos de encuadernaciones de Sarradó, Balet, Tersol, Rieusset, dibujos de Lange, los proyectos de arquitectura de Ramón Salas, Villar Carmona, García Faria, Arsenio Alonso, han tenido que

colocarse en Manufacturas, pero he cuidado de ponerlos en sitios vistosos y lo mejor iluminados posible.

Los que visiten esta Sección hallarán, sin duda alguna, faltas y errores que manos menos torpes no habrían cometido; por otra parte ¡qué obra humana no los tiene! pero difícil será desconocer, si alguien se toma la molestia de estudiar la gestación dolorosa de las instalaciones españolas en esta Exposición, que sólo la voluntad más enérgica, sostenida por esa fuerza poderosa que se llama el cumplimiento del deber, pudieron llevar á término una obra en que confieso humildemente haber sentido, al realizarla, desfallecimientos tan hondos y desesperaciones tan crueles, como no los he tenido jamás en la accidentada vida del funcionario público que, en España, se ocupa seriamente en el servicio que se le tiene confiado.



Sección española de Agricultura

La sección española de Agricultura

He intentado varias veces explicarme la razón en que se fundan los directores de este Certamen para considerar como hortalizas los viñedos. Y como no he hallado solución al problema, me limito á recordar que el edificio de Agricultura no cobija los vinos de país alguno, y que, en cambio, las aguas minerales, los chocolates, las pastas para sopa y los productos de la pesca, en conserva, dominan allí como en casa propia, sin protesta de la gente americana que no se fija en tan nimios detalles.

Digo esto para que los viticultores no se asunten,

ni se crean preteridos si empiezo este estudio por la sección cubana, digna de ello por su importancia, la belleza extrínseca é intrínseca de las instalaciones, y la serie de datos económicos que debo á la exquisita galantería del Comisario, representante de la Cámara de Comercio de la Habana, don Rosendo Fernández, y del Jurado español don Calixto López.

No ha sido España afortunada en la concesión de terrenos en el edificio de Agricultura; los productos de nuestra tierra están fuera de los centros del mismo y poco favorecidos por la concurrencia, afanosa siempre de lo ostentoso y privilegiado. Y, sin embargo, el que pasa por el estrecho pasadizo del ala noroeste del palacio, hállase sorprendido por una instalación que recuerda los claustros de las iglesias españolas, rica, elegante, adornada en sus ojivas con vidrios de colores, de columnas en espiral rematadas por sencillos capiteles, imitación feliz del claustro de San Jerónimo de Valladolid, rematada por blasones, flámulas, banderas y gallardetes que resumen la heráldica de nuestra nacionalidad.

El recinto tiene forma rectangular, dividida en dos porciones iguales, separadas por ancho pasadizo con las instalaciones de Cuba agrupadas en una de ellas, y las de España, Filipinas y Puerto Rico en la otra. Fácil es resumir lo que hay en Cuba, porque hay poca cosa, pero bien y espléndidamente instalado.

Poco digo y, sin embargo, representa una gran riqueza que ofrece utilísimas enseñanzas.

Empiezo á traducir del inglés las leyendas de las hornacinas laterales, que serán una revelación para muchas gentes.

«Producción de caña de azúcar en la isla de Cuba durante el año 1892,—974,000 toneladas.

Producción de tabaco durante el mismo año,—27.600,000 kilogramos. Precio del millar de cigarros, pesando unas 13 libras, en las primeras fábricas de la Habana, 45 duros. La misma mercancía puesta en los Estados Unidos, 110'20 dollars, recargo debido al bill Mac-Kinley y que representa un término medio de 168 por 100 sobre el valor del producto.

Exportación de minerales de la isla de Cuba durante el año 1892:

Hierro—300,000 toneladas.
Manganeso—85,000 toneladas.

La segunda leyenda explica la resistencia opuesta por los cubanos á exponer en este Certamen. El bill Mac-Kinley es un enemigo feroz de nuestras Antillas, y se ha necesitado todo el esfuerzo de la Cámara de Comercio de la Habana para conseguir que los mejores tabaqueros de Cuba se decidieran á presentar las hermosas muestras de sus productos, que miran con ojos codiciosos los que aquí fuman y mascan el tabaco con una voracidad encantadora.

Sigan leyendo mis lectores y sabrán por informe de don Calixto López, peritísimo en cuanto se relaciona con los intereses cubanos, que la isla exporta por los puertos de Baracoa y de la Habana, en cocos, piñas, naranjas, plátanos y otros frutos de menor importancia por valor de 5.000,000 de duros; que el 90 por ciento del azúcar de los ingenios de aquella isla se consume en los Estados Unidos de América; que en tres años de estar en vigor el bill Mac-Kinley, la exportación del tabaco torcido ha bajado un 60 por 100, mientras aumentó la del producto en rama en el doble por lo menos, y como la fabricación triplica el valor del producto, fácil sería calcular la pérdida que esto significa para la masa obrera y los patronos de la isla, en beneficio de los Estados Unidos, cuyas aduanas son una valla poderosa é infranqueable para todo producto fabricado fuera del territorio federal.

Y, á pesar de todo esto, la industria tabacalera de Cuba, decidida ya á luchar en los Estados Unidos, ha presentado una riquísima colección de muebles, construídos con maderas preciosas de la isla, que representan en su continente y contenido valores de 3, 4 y 5 mil duros cada uno.

No sé si olvidaré algún expositor: tomé nota de todos ellos y fijé mi atención en un fenómeno singular, que ofrezco á mis lectores como estudio digno de atención.

Los campos de Cuba se dividen, para los efectos del cultivo del tabaco, en las zonas llamadas respectivamente: llano y pinar, es decir, tierra llana y tierra ligeramente ondulada.

Los tabacos del llano expuestos á luz intensa toman una coloración extraña, mejor dicho: se deco-



Sección española de Agricultura

loran en algunos trozos de la superficie, convirtiendo la homogeneidad del color pardo negruzco del tabaco en un abigarramiento extraño que recuerda el color del lagarto. Los puros que experimentan este cambio de color se dice que *lagartean,* y desde luego descubren, por ese solo fenómeno, su procedencia; los tabacos que lagartean proceden invariablemente

de la zona llana; los de la del pinar conservan su color y su mérito, porque el lagarteo no sólo influye en el aspecto, sino también en el gusto del tabaco, debido quizá á que siendo el cambio de coloración producto de la conversión de substancias activas en cuerpos neutros, la nicotina se hace preponderante y con ella el gusto astringente, que satura y fatiga fácilmente el paladar. Así lo creen personas competentes, ya que la rica hoja tan conocida en el mundo con el nombre de «Vuelta de Abajo», según análisis efectuado en el laboratorio de don Calixto López, no llega á tener 1 por 100 de nicotina, siendo debido á esto que el tabaco de aquella procedencia se distinga por su suavidad, buen gusto y no cansar al consumidor.

Y con esa explicación ya será fácil clasificar y estudiar las instalaciones de la isla de Cuba y conocer la procedencia del tabaco, sin necesidad de recorrer los campos y las fábricas de la isla. Hallo en primer término la primorosa instalación de «La Comercial», de Fernández Corral y C.ª, cuyos tabacos en su generalidad proceden del llano; sigue la casa Bances y López, conocida en los mercados con el nombre de Calixto López, cuyos tabacos han resistido la acción de la luz en los tres meses de exposición, presentando clases comprendidas entre 35 y 800 duros el millar.

Si el Jurado inspecciona la sección cubana con

algún discernimiento, verá que la marca «Flor de Cuba» emplea tabaco de las dos procedencias, llano y pinar; García Cuervo, de Santiago de las Vegas, pinar únicamente; L. Carvajal, llano y pinar; H. Upman, tabaco superior bajo todos conceptos, lo mismo que la marca «La Rosa» de Santiago, siendo ya menos importantes «La Carolina», «La Flor de Trespalacios», J. Inclán Díaz y C.ª, Juan Cueto y hermano y F. P. del Río y C.ª, Habana, aunque todos emplean buen tabaco, en la tripa y capa, que es lo que recomienda especialmente el tabaco de Cuba, cuya elaboración compite ventajosamente con la producción del resto del mundo.

La casa Salomón hermanos, de la Habana, presenta dos cajas de hoja de la Vuelta de Abajo; el producto está tan acreditado que no necesita acudir á ninguna Exposición para mejorar su crédito y aumentar su venta.

Sigue, como importantísima, la producción azucarera; pero no busque el visitante instalaciones ostentosas como las que honran la industria tabacalera, ni en gran número, pues sólo hay una muy modesta de Guanajay que produce azúcar centrífugo de 98 grados, es decir, azúcar casi puro que derrotará al azúcar común y al de remolacha cuando las amas de casa conozcan la diferencia de dulce que existe entre ellas, y otra instalación poco ostentosa, pero rica en datos económicos, del ingenio «Carmen», de Crespo.

Unas cuantas fotografías, unos cuantos botes de azúcar centrífugo y estas noticias, que copio sin comentario, constituyen la nota preeminente de estas instalaciones.

Producción diaria del ingenio «Carmen», de Crespo: 600 sacos de 325 libras de peso unitario; producción anual alcanzada en cuatro meses, 72,000 sacos de 23.400,000 libras de peso.

Abunda, y toma cada día incremento, la producción de cacao, crema de cacao, vermouth y ron de caña, ginebras, coñacs, anís escarchado y alcohol de caña para usos industriales y medicinales, habiendo presentado hermosas instalaciones Trespalacios y Aldabó, Bacardí y C.ª, Díaz Santacana y la marca «El Infierno».

Y al pensar que toda esa inmensa riqueza puede aumentarse de un modo extraordinario, es triste cosa observar que los que emigran á la América continental olvidan que hay en Cuba muchos campos que roturar y muchas fortunas que hacer, arrancadas del seno de la tierra patria, menos mortífera y menos ingrata de lo que se supone; que en todo país lejano se levanta la leyenda de la exageración, con sus preocupaciones y desencantos, propios de todo lo que aleja de la familia y la patria pequeña.

La agrupación de Cuba, ostentosa, limpia, simétrica, formada de colecciones que honran á los que han gestionado los intereses de la gran antilla espa-

ñola, rodeada por la decoración ejecutada por el tallista italiano Ferrari, que dibuja primorosamente y pule, talla y abrillanta el boj como si fuera cera, resulta un contraste desfavorable para España. Es achaque nuestro y sobre todo de la población rural, cuidar poco de lo externo; aun hay quien cree, en las montañas y en las llanuras de nuestra península, que el buen paño en el arca se vende, y mientras Cuba ha empleado las mejores maderas de sus bosques y los más inteligentes ebanistas de sus ciudades para levantar verdaderas obras de arte á la poderosa industria tabacalera, las colecciones de la metrópoli, mezquinas, mal pintadas y peor construídas, conteniendo productos valiosos y ricos, parecen ser, ellas que deberían serlo casi todo, la cenicienta de la casa.

Y con ser tanto lo que podíamos haber enviado á esta Exposición, no para alardear de lo que tenemos, sino para buscar los mercados que nos faltan, previo el estudio de las necesidades de las naciones del continente americano que podemos satisfacer, el poco espacio que tenemos hemos debido compartirlo con Filipinas y Puerto Rico, quedando para la península un rincón que ha embellecido, aun contando con tan pobres elementos, la práctica, la discreción y el acreditado *savoir faire* de nuestro inteligente comisario de Agricultura, don Vicente Vera.

Pero como Puerto Rico ha venido á esta Exposi-

ción con un presupuesto copioso, los productos farmacéuticos, los alcoholes diversamente aromatizados, los cafés, los cacaos, los azúcares que constituyen sus más valiosos elementos de producción, se han presentado con lucimiento, pudiendo ostentar al pie de la colección de cafés la fórmula americana por excelencia: «The coffee of Portorico is the best of the World».

Pero, dejando á un lado esas disquisiciones, mejor que todo eso, mejor que el afán inmoderado de publicidad, que raya aquí en lo ridículo, ha de ser para mis lectores el conocimiento de los siguientes datos económicos:

Producción media anual de Puerto Rico:

Café, 30,000 toneladas.

Azúcar, 60,000 íd.

Tabaco, 3,000 íd.

La colección de cafés, que ha parecido excelente á los peritos jurados, está compuesta de muestras de varias clases, presentadas por Lorenzo Joy, de Ciales; Miguel Perla, de Puerto Rico; Rosés y C.ª, de Arecibo; Julián Rivera, de Coamo; Bultmann y C.ª, de Aguadilla; Moral González, de Mayagüez; Fitle, Lunt y C.ª, de Ponce, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Cuba, que tan poca importancia ha dado á sus azúcares, se halla supeditada á los de la pequeña antilla, que presenta una colección completa y tan

buena, que personas inteligentes le conceden el primer lugar entre las que figuran, con mayores prestigios, en la Exposición de Chicago.

Consulto mis apuntes y leo entre las casas que figuran en el Certamen como productoras de azúcar centrífugo las de Cintrón de Yabucoa, Sobrinos de Esquiaga, Hòrtensia Arribàs, Cristóbal Vallecillos, etc., etc.

No me parece tan lucida la instalación tabacalera: ni en cantidad, ni en calidad, puede atreverse Puerto Rico á rivalizar con Cuba, y las casas de López, Albarado, Sánchez y hermanos, Modesto Bird y otros, no tienen más pretensión que dar fe de vida y ocupar un segundo lugar en el concurso de esta poderosa industria en el mundo.

Como productos secundarios ofrece Puerto Rico una variadísima colección; dejando á un lado su abundantísima fabricación de alcoholados de malagueta, cremas de todas clases, ron de infinitas marcas, fríjoles, arroz en cáscara, adriote (materia colorante), jabón, almidón de yuca, algodón en rama, y cera, queda aún un artículo importantísimo, el cacao, que abunda en la isla, y se considera de excelente calidad.

Sitio importante y preferente ocupa la industria rural filipina, ceñida á tres artículos que son, mejor dicho, pueden llegar á ser tres veneros inmensos de riqueza, capaces ellos solos de convertir las Filipinas

en un centro comercial de primer orden: el tabaco, el azúcar y el abacá.

Ya sé yo que la Compañía General de Tabacos de Filipinas no aspira á competir con los tabacos antillanos; lo que sí observo, es que sus precios, que oscilan entre cinco y cien duros el millar, pueden ser un incentivo poderoso para abrir mercados en países cuyos habitantes fuman y mascan el tabaco de las clases más bajas con una fruición envidiable, y que los millones que envía España á los Estados Unidos para comprar hoja para tripa, pueden tener más lógico destino en nuestras posesiones de Ultramar y en los mercados de la metrópoli que, tarde ó temprano, concederá á nuestros desdichados labradores la libertad de cultivar, en los campos que devasta la filoxera, la preciosa planta, el frugal tabaco que se adapta á todos los suelos y á todos los climas, ofreciendo una variedad inmensa de productos más ó menos suaves, más ricos ó más pobres en perfumes, pero siempre pródigo en bienes para el que lo cultiva.

El azúcar filipino ha sido aquí una revelación, así como el abacá, que con su fibra larga y resistente, es objeto de codicia para esta raza yankee que se enamora de los textiles que no conoce, y que va á ensayar con la avidez que siente por todo lo que cree objeto de explotación apropiada á las necesidades de su industria.

Y ya en tercer término, que justo es, vaya la madre patria acompañando á sus hijas predilectas, voy á echar una rápida ojeada á los cajones que constituyen las colecciones peninsulares, ricas algunas de ellas por su calidad; pobres, pobrísimas por su cantidad y su instalación, figurando en primer término



Palacio de Agricultura

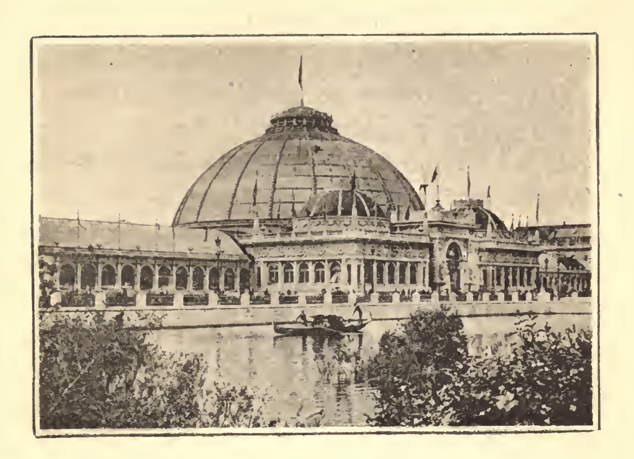
las frutas secas de Tarragona, almendras, avellanas, nueces, algarrobas, que no tienen rival aquí, que son, con los aceites y aceitunas, y los frutos ultramarinos, las mercancías que pueden hallar en América, mercados importantísimos; porque pensar que las gramíneas: trigos, cebadas, maíz, han de hacer la competencia á los inmensos graneros americanos, es

pensar en lo imposible; imaginar que nuestras frutas: naranjas, limones, peras y manzanas, riquísimas en Florida y California, han de derrotar las producciones de este país, supone un desconocimiento profundo de lo que produce la agricultura americana sobre la que se han dicho y repetido cosas verdaderamente inexplicables, como se han dicho y escrito sobre vinicultura errores que pueden perjudicarnos extraordinariamente porque alientan esperanzas, y consienten ilusiones perturbadoras para el régimen del cultivo de las tierras españolas.

Las observaciones juiciosas del señor Vera hechas en el fecundo campo de esta Exposición, prueban hasta la evidencia que los únicos frutos y productos que podemos aspirar á introducir aquí son: con el café, tabaco, azúcar y abacá, el aceite de oliva que hemos presentado limpio y bien filtrado, cuando creían en América que en España sólo se producían aceites crasos, sucios, llenos de sedimento, ingratos al gusto y á la vista; las aceitunas de mil variedades puestas en botes elegantes, las avellanas, las algarrobas, las judías del campo de Tarragona, los chocolates—y si esto no es agricultura yo no tengo la culpa de que lo sea para los americanos,—de tantas marcas como existen en España, las pastas para sopa que han de competir en bondad y baratura con las pastas italianas que tienen aquí mercados provechosos, y las conservas alimenticias de pescados y frutas

que hemos presentado haciendo airoso papel, precursor de más preciados frutos, si sabemos aprovechar las condiciones de estos mercados, y el conocimiento que aquí se ha adquirido de nuestra producción rural é industrial.

No lo olviden los que han acudido á este Certamen con tan buena voluntad y mejor deseo; no lo olviden el campo de Tarragona, las comarcas olivareras, los que fabrican chocolates y pastas para sopa en el centro de España, los que elaboran conservas en el noroeste de la península, los que han enviado aguardientes, ron y anís, porque los demás, los que han venido con cervezas y sidras, los que han expuesto aguas minerales, los que han traído trigo, centeno y maíz, como elementos de información, como dato y quizá como ensayo, podrán ofrecer al mundo americano objetos de estudio, cuyo resultado práctico no vislumbro, ya sea que esté enfermo de peligrosa miopía, ya sea que mi escaso entendimiento no sepa descubrir, en el desenvolvimiento de nuestra producción, los dilatados horizontes que quisiera poder ofrecer, como estímulo y esperanza, á la población rural é industrial de España.



Palacio de Horticultura

La sección española de vinicultura

La importancia de este cultivo y la de la concu rrencia de expositores españoles á este certamen, me obliga á meditar lo que voy á decir en este capítulo, temiendo estar desacertado é influir en la opinión con escaso buen sentido.

Vine á Chicago con todas las preocupaciones y los errores que circulan y se propagan como artículo de fe en Europa, formando entre los que se figuran que los vinos americanos no pueden beberlos sino las personas de paladar avezado á los caldos de California, y que, con tratados de comercio ventajosos

y propaganda juiciosa, conseguiríamos aquí un mercado poderoso, capaz de asegurar la viticultura en nuestro país y permitirnos prescindir del mercado francés, tan veleidoso y tan inseguro siempre, y especialmente en los tiempos actuales.

¡Qué error, y qué desencanto! El vino de California es un caldo que no puede desdeñar nadie, el *goût de renard,* tan constantemente atribuído á los vinos americanos, no he sabido hallarlo en ninguno de los que he bebido hasta la fecha, y desde que estoy aquí bebo cada día vino de California, y muy barato por cierto, á 20 centavos media botella, imitación del claret ó del sauterne, con bouquet muy pronunciado, color inmejorable y condiciones que no desdeñaría el vinicultor español más celoso de la buena crianza de sus vinos. El champagne (1), con gusto pronunciado de moscatel, muy espumoso y bien presentado, se bebería en nuestro país con deleite, y quizá alcanzaría mercado más seguro que en los mismos Estados Unidos, que prefieren las marcas europeas, Moët Chandon, Clicquot, etc., *dry* y *extra dry,* fabricadas especialmente para los paladares estragados por las bebidas alcohólicas de la gente yankee de todos los estados y todas las categorías del país.

Y si alguien ahonda un poco en esta materia y

---

(1) La visita del autor á California modificó algunas de las opiniones apuntadas en este párrafo, conforme lo verá el lector más adelante.

estudia algo las condiciones de la extensa comarca de la América del Norte, en donde se cultiva la vid, quizá hallará el triste antecedente de que en California se arrancan ya muchas viñas, que se produce tanto y tan bueno, que la baratura, está matando rápidamente la viticultura californiana y que aquí, donde la cerveza alcanza tanto predicamento, sólo cambiando radicalmente las costumbres del país, sólo consiguiendo que los 64.000,000 de habitantes de esta gran República beban vino, podrá esperarse un cambio en el modo de ser del mundo vinícola, más amenazado cada día por el desarrollo de nuevos centros de producción, y el trabajo de selección y elaboración á que se dedican los cultivadores de varios países con un éxito que juzgo pavoroso para la riqueza de España.

Ayer pregunté al Comisario general de la República Argentina qué podría hacerse para introducir los vinos españoles en la América del Sur, y me contestó categóricamente y sin vacilar un instante:--Nada; la República Argentina produce ya tanto vino, y de tan buena calidad, que en breve pensará lo qué ha de hacer para dedicar sus caldos á la exportación.

Las cepas que cultiva han sido importadas de Francia, y me citó las variedades más conocidas que se han aclimatado allí perfectamente.

Y si á los nuevos centros de producción americanos sumo los ya conocidos de África que producen

vinos similares á los andaluces, será lícito preguntar si á los vinos españoles les cabrá la suerte que cupo á nuestras merinas que, ensayadas y cruzadas en Francia, Inglaterra, Alemania y en varios puntos de América, y muy especialmente en las Pampas de Buenos Aires, y Australia, lo único que nos queda de aquel don de la naturaleza es el recuerdo y el nombre que conservan todas las naciones para designar el hermoso vellón que ha enriquecido y enriquecerá á tantas comarcas de la tierra.

¿Será todo esto una amenaza también para Francia? que duda tiene; pero nuestra vecina tiene sobre nosotros dos ventajas inapreciables:

1.° Su mercado interior, con sus 36 millones de habitantes, que consumen una cantidad inmensa de vino, bebiéndolo de buena calidad, con un promedio superior al que consume el pueblo español, sobrio quizá en demasía, y

2.° El crédito que disfrutan sus marcas, que responden á bouquets perfectamente conocidos y que dan nombre á diferentes comarcas, viniendo en segundo término la firma del vinicultor, que sólo siendo un gran cosechero se puede imponer una firma en los mejores mercados del mundo.

No he de insistir en la primera ventaja, cuya importancia salta á la vista; siendo ya feliz preocupación de nuestros legisladores el medio de aumentar el consumo del vino en la península, disminuyendo

las gabelas impuestas á este caldo, y favoreciendo, por medios indirectos, la venta de uno de los productos más importantes del territorio nacional, por más que en la última reunión de Cortes no se haya conseguido gran cosa en este sentido.

La segunda, siendo para nosotros de difícil vencimiento, es quizá de más importancia que la primera. Bien claramente lo dicen los 2,500 expositores con unas 40,000 botellas de vino, que exponen sus productos en la Exposición de Chicago; con elocuencia desconsoladora lo manifiestan los cosecheros que han venido con 2 ó 3 botellas mal tapadas, como si el corcho bueno fuera en España un producto extraño, que ansiando un premio olvidan que, en lo que se refiere á vinos y á un comercio regular que pueda influir en los mercados españoles, sólo las marcas acreditadas que respondan á una producción cuantiosa pueden tener significación en las Exposiciones destinadas á enseñanza y á mostrar lo que podemos hacer el día que las necesidades de los pueblos abran mercados á nuestros caldos, encasillados, formando tipos de marcas fijas, de vinos bien criados, de bouquet conocido y que el consumidor conozca sin necesidad de leer la etiqueta de la botella ni el nombre del vinicultor. Esto, que lo han hecho los franceses, y que responde á un principio económico bien entendido, en España empezamos sólo á plantearlo, exceptuando Andalucía, con sus hermosas bodegas, la

Rioja, algunos centros de Cataluña, aun poco importantes en número y calidad, y la Mancha y Valencia, que debe mejorar aún sus vinos si han de resultar criados con ventaja para el viticultor y el vinicultor.

De todo lo expuesto se deduce, en mi concepto, que sobran en este certamen muchas botellas mal acondicionadas y que no responden, ni en cantidad ni en calidad, al principio esencial que lo condensa todo: *la creación de buenas marcas;* y éstas no pueden existir sin la calidad y la cantidad que mantengan á los mercados constantemente abastecidos y en condiciones tales, que la competencia de los productos similares no sea posible en la mesa del consumidor, siempre satisfecho de la bondad y el precio del vino que consume. No olviden los productores españoles que cada día será más dura y más difícil la lucha por la existencia; que el vino flojo, que en tanta cantidad producimos, ha de consumirse en la península é islas adyacentes; que los únicos vinos que hemos de exportar, *sin encabezarlos*, son los de alta y regular graduación natural, que por estar bien criados y proceder de comarcas acreditadas puedan hacer la competencia como vinos de postre á todos los vinos del mundo; que los de color, entre los que llevan ya gran ventaja á los catalanes los de la Rioja, por su baratura y buen gusto, podrán competir ventajosamente con los franceses y aun más con los americanos, porque la gente rica de todos los países, por

lujo, por tener más educado el paladar, y sobre todo, por el mérito real del producto, preferirán siempre los vinos del Sur y centro de Europa á los que se crían, interviniendo la química muchas veces, en centros agrícolas menos favorecidos por la naturaleza para el desarrollo de la vid.

No es fácil, ni me siento tampoco dotado de fuerzas suficientes, para proponer la modificación que ha de establecerse en el estado legal de la propiedad rústica española para favorecer el establecimiento de marcas, de tipos fijos que respondan á la cría racional de los vinos en cada comarca. Pero sí creo que los cosecheros de algunos centenares de cargas que pretendan criar vinos de exportación, sin tener presente que se han de sujetar, en todos sus procedimientos, á lo que la técnica del arte y los consejos de la experiencia local les dicten, que los criadores que insistan en vivir desligados de toda mancomunidad de procedimiento, cuando éste resulte bueno, y quizá de relación económica cuando los fundamentos de la asociación resulten sólidos y honrados, en un país como el nuestro, donde la propiedad rústica está tan dividida, los males que lamento, y conmigo todos los que dedican su atención á esta clase de estudios, no tendrán remedio; y tengamos presente todos que cada año, cada día perdido representa una victoria para nuestros adversarios y una derrota para nosotros.

Todo esto veo, con sentimiento, en nuestra her-

mosa colección de vinos en Chicago: mucho vino, muchos nombres y pocas, poquísimas marcas, porque el vino andaluz de tan rico abolengo, que beben estos yankees con tanta delicia y cerrando los ojos con beatitud, no forma más, ni significa otra cosa que el crédito de una comarca española relativamente poco extensa, y todos sabemos qué extensión tan enorme alcanza el area de la vid en España y cuánto vino queda en nuestras bodegas, esperando colocación.

Por lo demás, ¿quién va á disputarnos el primer puesto en el gran campo de la Exposición de Chicago? Nuestros vinos de postre, algunos de pasto, los embotellados hace 20, 30 y hasta 100 años, ¿quién va á atreverse á competir con ellos? Sí, alcanzaremos muchas medallas y muchos diplomas, volveremos con un botín de victorias *platónicas* asombroso, nadie dudará de que hemos merecido el primer lugar, y de que nuestros vinos son ya, en algún renglón y pueden llegar á ser en muchos de los restantes, los mejores del mundo; pero, yo preferiría volver con más mercados sólidos asegurados, con más convencimiento de que hacemos lo posible para merecerlos y ganarlos, con estudios detenidos de lo que nos conviene hacer para derrotar noblemente á nuestros adversarios, porque así nuestro porvenir sería menos incierto, y nuestro presente más fecundo, para que algún día podamos aspirar y conseguir realidades que pongan término á las desdichas de la patria.



Palacio de Maquinaria

Las secciones españolas de Máquinas y Minas

Él papel de Jeremías, en un siglo y unos tiempos en que todo el mundo pretende conocer lo que conviene á sus intereses, me parece tan desairado que casi me falta valor para decir cuanto se me ocurre, al echar una ojeada á las misérrimas instalaciones españolas de Máquinas y Minas de esta inmensa Exposición.

En Maquinaria, un motor de gas de cuatro caballos de fuerza, dos máquinas de coser, una de regruesar, otra de hacer tapones, una bomba de doble

efecto de la conocida y acreditada casa Escuder; las prensas de Valls hermanos para la fabricación de fideos y pastas para sopa, la máquina de cascar almendras de Puig y Negre, la de hacer barquillos y hostias de Duart é hijo, el auto-regulador manométrico de Ferrer Ganduxer, y poco más, constituyen todo lo que hemos sabido presentar en este Certamen.

Los que conocen el desarrollo de la metalurgia y la construcción de máquinas en España, los que no hayan olvidado que nuestros grandes cruceros movidos por máquinas de once mil caballos se han construído en Cataluña, alabarán, sin duda, el esfuerzo de industriales más modestos que los aludidos y que han hecho cuanto han podido para sostener el prestigio de España en la Exposición de Chicago.

En Minas, nadie creería, por lo que aquí hemos expuesto, que somos una nación esencialmente minera, y de tal modo me voy acostumbrando á ver Río Tinto entre las instalaciones inglesas, así lo he visto en París y en Chicago, que ya voy dudando de mis escasos conocimientos geográficos, como dudo también de que Almadén sea la primera mina de cinabrio del mundo, y los criaderos de Bilbao los mejor explotados, y la metalurgia del norte y noroeste de España una de las industrias de más porvenir y... pero, qué más, si no hay en Chicago, español medianamente ilustrado y conocedor de los recursos

mineros de nuestro país que no se escandalice del insignificante concurso que al estudio de la minería presta aquí la sección española, como si no fueran importante factor en los mercados del mundo sus mercurios, cobres, hierros, plomos, fosforitas, zinc y otros metales de aplicación creciente por el desenvolvimiento que alcanzan las industrias eléctricas destinadas á agotar, con sus cables marinos, pilas y acumuladores, los hierros, cobres, plomos y zincs de todas las minas de España.

La sociedad «Altos Hornos y Fábricas de hierro y acero de Bilbao» ha presentado la instalación más importante de la sección española, montada en un gran armario acristalado que contiene todas las piezas rectas, en ángulo y planchas, que fabrica aquella importante colonia industrial. Sus hierros comerciales, que exporta á Cuba, Puerto-Rico y Filipinas, sus planchas, piezas angulares y de variado perfil que usa la marina militar, y los tramos metálicos, ya en servicio desde larga fecha, constituyen su abolengo industrial, para honra suya y de la patria.

Y ya que he de describir con alguna extensión la factoría de Pullman, y tengo á la vista las fotografías de los Altos Hornos de Bilbao, los lingotes que produce y los hierros de pudlaje, los aceros en varios perfiles, las planchas que fabrica, siendo tan necesario conocer lo que tenemos en casa, no ha de parecer ocioso que dedique cuatro líneas á una Com-

pañía que tiene invertido un cuantioso capital en sus fábricas de Guriezo y Baracaldo, llamadas respectivamente «Merced» y «Carmen», y que, situada la última en una comarca esencialmente minera, presta al país y á la riqueza patria un concurso valioso, digno de loa y fama.

Produce aquella casa industrial unas 300,000 toneladas, término medio anual, de lingote destinado á la fabricación de unas

12,000	toneladas	de hierro de pudlaje.
15,000	»	de aceros en varios perfiles.
6,000	»	de planchas.
45,000	»	de carriles y viguería.
6,000	»	en piezas de fundición.
3,000	»	en puentes, armaduras y calderas, y
1,000	»	de maquinaria.

Trabajan en aquellas fábricas unos 3,000 obreros, destinados al servicio de tres altos hornos que producen 300 toneladas de lingote al día; de cuatro máquinas soplantes, tres verticales y una horizontal, que representan una fuerza de 2,000 caballos; de gruas hidráulicas; de catorce hornos de pudler con dos martinetes y el correspondiente tren de desbaste; de cuatro trenes de laminación con ocho hornos de recalentar; de dos sierras para cortar en caliente, tres tijeras para cortar en frío, un taller de empa-

quetar y once tornos para el suministro de cilindros; del taller Bessemer y el horno Siemens Martín, capaz de producir doce toneladas en cada operación; de dos grandes cubilotes para fundir hierro; de un taller de laminado de acero con tres hornos de recalentar, que trabajan á tiro forzado, dos de recalentar sistema Siemens Martín, y al de dos máquinas de vapor reversibles de 2,000 caballos una y 8,000 la otra.

Además de tan completo *outillage,* del que sólo menciono lo más importante, la fábrica tiene un personal inteligente y honrado, que bajo el patronato social ha fundado:

Una sociedad de socorros para los obreros enfermos y el sostenimiento de escuelas;

Una caja de ahorros, cuyos ingresos cobran un tanto por ciento de interés;

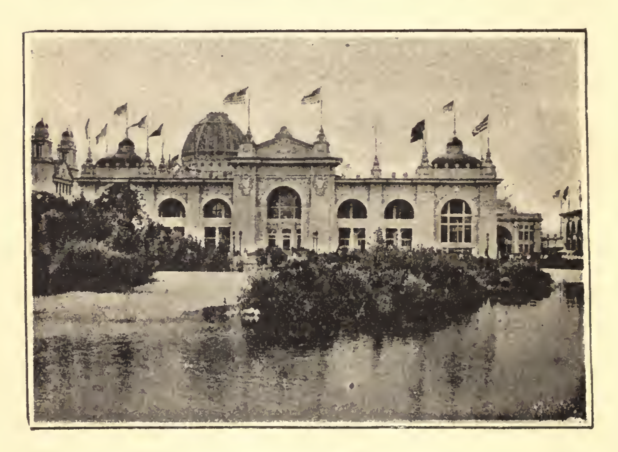
Una sociedad cooperativa para la compra de comestibles buenos y baratos, y

Una escuela de Artes y Oficios, iniciada por la Sociedad Altos Hornos, sostenida por la Diputación provincial y el Ayuntamiento de Baracaldo, y enaltecida por la inteligencia obrera, ansiosa de mejorar su condición por modo honrado y digno.

La fábrica de pólvoras «Santa Bárbara», de Oviedo, cuya instalación quizá debería estar en Manufacturas, presenta una colección completa de los explosivos que fabrica, imitación, como es natural, de los

mismos, pues no son las Exposiciones polvorines de guerra, figurando entre ellos: pólvoras de cañón, granadas, prismáticas y para cañones de tiro tápido, pólvoras sin humo, de mina y de caza, en serie tan detallada, que su relación sería interminable.

Las sales de Onofre Caba están muy bien presen-



PALACIO DE MINAS

tadas, brillando por su blancura, grano fino y, según dice el fabricante, su pureza. La purificación de las sales marinas resulta siempre un elemento importante de higiene pública.

También figuran las salinas de Cádiz de la compañía «Unión», que ha alcanzado muchos premios en diferentes exposiciones.

Las colecciones de fosforita concrecionada, cinabrios de Almadén, Aller y Mieres, calaminas, piritas de hierro, etc., no pueden ser más pobres en cantidad ni estar peor presentadas; sólo un ejemplar, un bloque de galena de la mina Arrayanes de Jaén, hace alguna figura entre tanto ejemplar desmedrado y pobre de la sección española.

De Cataluña he visto poca cosa, algunos mármo les jaspeados de Tarragona, por cierto pobremente presentados; los minerales de hierro de Celrá con sus rubios avenados de indudable porvenir, y paren ustedes de contar.

Como elemento técnico, el plano geográfico de España y su carta geológica, con multitud de memorias explicativas escritas por nuestro respetable Cuerpo de Minas; algunos hornos; planos de minas de Almadén y especialmente de varios pozos de las mismas, es cuanto ha llamado mi atención.

Más notables y mejor presentadas me han parecido las colecciones de la Cámara de Comercio de Santiago de Cuba, del Real Colegio de Escuelas Pías de la Habana, del catedrático de Paleontología de la Habana, Vidal y Careta, las fotografías de calcedonia cúbica, cuarzo estalactítico y una bonita colección de piritas de hierro y manganeso de Tirso Roca, etcétera, etc.

Es también notable un bloque de asfalto bituminoso de la mina «Ángela Elmira», de Cuba, presen-

tado por Antonio Ragusa, que me ha parecido digno de mencionarse por su composición:

Asfalto.	70	por 100
Agua.	5	» »
Silice.	25	» »

Y siendo todo esto lo más notable, juzguen los inteligentes en achaques de minería por lo que falta, del poco lucido papel que en este ramo hace España, en la Exposición colombina.



Palacio de Transportes

Las secciones españolas de Guerra y Marina

Debo á la cariñosa amistad del Comisario del Ministerio de la Guerra, D. Juan Cologan, distinguido ingeniero militar que ha instalado primorosamente la colección de piezas y modelos de los museos de artillería é ingenieros del ejército, enviada á Chicago por nuestro ramo de guerra, la relación, razonada para hacer resaltar su importancia, de los objetos expuestos, con singular lucimiento, en el edificio de Transportes de esta Exposición Universal. He cui-

dado siempre, al escribir estos artículos, de que precediera, al juicio formado, un estudio serio de los asuntos tratados, para que, donde no llega mi competencia, la sustituya otra más autorizada por ser propia de especialistas y de personas de reconocido saber y experiencia. Y hecha esta salvedad de una vez para siempre, que no padezco el achaque tonto de quererlo tratar y saber todo, haciendo justicia á cuantos amigos me han ayudado con su valiosa colaboración alcanzada con el continuo trato y cruce de ideas, observaciones y comparación de objetos, creo que todos estos elementos reunidos servirán para que los benévolos lectores de este libro, formen, al fin de la jornada, concepto claro de lo que significa el concurso de España en la Exposición de Chicago, y del resultado probable obtenido para honra patria, por los diversos elementos acumulados en las secciones españolas de la misma.

Una de las colecciones más notables del cuerpo de artillería es la de piezas antiguas prestadas por el museo de Madrid, presentando fases interesantísimas y dignas de estudio, de la fabricación de cañones desde fines del siglo XV hasta principios del presente.

Bombarda verso. . .	Hierro forjado. Duelas, manguitos y aros.
Medio ribadoquín. .	Principios del siglo XVI. Hierro forjado de una pieza.

Medio cañón bastardo. Sacre.. . . . . Falconete.. . . . Sacabuche. . . .	Piezas de bronce construídas entre 1500 y 1530.
Cañón de hierro batido de los llamados de 12 libras. .	Hierro forjado. Construído por D. Manuel de Anciola en Tagollaga, en 1763.
Obús de hierro batido de los llamados de 6 libras.	Hierro forjado. Construído para el Pretendiente en Tagollaga y en 1837.

La fundición de bronce de Sevilla presenta:

Un cañón de bronce comprimido de 15 centímetros, que proyectó el coronel Verdes. Pesa tres toneladas y se emplea en servicios de plaza y sitio.

Un obús de bronce comprimido de 15 centímetros, que, para plaza y sitio, con peso de una tonelada y cureña de eclipse, proyectó el comandante Mata, y

Un mortero de bronce comprimido, de 15 centímetros que pesa 475 kilogramos y sirve para sitio y plaza, proyectado tambien por el comandante Mata.

El esfuerzo de nuestros artllleros, encaminado á aprovechar las grandes existencias de bronce de cañones antiguos que tenemos, fabricando piezas de bronce comprimido, merece un elogio incondicional, porque no sólo muestran su patriotismo aliviando las cargas del Tesoro, sino grandes condiciones de in-

teligencia y conocimientos técnicos, al vencer las grandes dificultades que se presentan cuando se quieren fabricar piezas aceptables, compatibles con las exigencias modernas de la artillería. Y que estas dificultades se han vencido, lo dicen los datos que he podido hallar y que al parecer demuestran que las recámaras resisten, en buenas condiciones, las altas temperaturas producidas por la deflagración de la pólvora, soportando las rayas, sin contratiempo, el paso del proyectil. Las experiencias verificadas al ensayar estos cañones, haciendo unos 300 disparos, han demostrado que las piezas han resistido tan intenso trabajo sin experimentar, sus condiciones balísticas, grandes modificaciones. A pesar de esto, las personas inteligentes opinan que, el empleo de este metal, se limitará á ciertos y determinados calibres, siendo el máximo admitido para cañones, el de 15 centímetros; en cambio, en los morteros, por sus especiales condicio nes, podrá emplearse el bronce sin limitación alguna.

Se emplea, pues, para cañones de mayor calibre, el acero, denominado metal guerrero por excelencia, como lo demuestra Krupp en su cañón monstruo de 122 toneladas, y las planchas de blindaje modernas, atribuyéndose á la asociación del acero y el niquel, los grandes progresos alcanzados en la fabricación de éstas últimas.

La fábrica de Trubia presenta:

Un cañón proyectado por el capitán Sangran para

la artillería de montaña de Filipinas. Es muy ligero y ha demostrado en las pruebas poseer excelentes condiciones. Se exhibe sobre polines por estar aun en estudio el proyecto de cureña.

Un cañón de acero, montado en su cureña, proyectado por el coronel Sotomayor. No es esta pieza, la de campaña que dió tanta fama á aquel distinguido artillero, y que hoy constituye el cañón reglamentario de las baterías de á caballo, sino una modificación del mismo, en que el mecanismo de cierre ha sufrido algunas alteraciones para la adopción del estopín de percusión, con la idea, según se me indica, de aplicar la pólvora sin humo.

Pero no son únicamente las condiciones excepcionales de esta pieza las que han dado á su autor tanta fama y popularidad, si no la prueba ó el resultado de los esfuerzos titánicos hechos por el coronel Sotomayor, para emanciparnos del extranjero, en la fabricación del material de guerra. Este resultado alcanzado ya casi en España, se debe al coronel Sotomayor, á cuyo nombre parece justo asociar los de Ordóñez, Mata, Plasencia, Verdes, Francés, Sangran, Ferrer, Lerdo, Milán, Rivera, Freyre, cuyo cierre se ha aceptado en los Estados Unidos para algunas piezas, Marcilla y Brull que han perfeccionado gran parte del armamento moderno.

La fábrica de armas de Toledo, exhibe:

Una rica colección de reproducciones de espadas,

dagas, alabardas y chuzos, figurando, entre las primeras, las de Isabel la Católica, Hernán Cortés, El Gran Capitán, Pelayo, Felipe II, etc., etc., y una preciosa rodela, copia del siglo XV, de acero repujado, cincelada, incrustada y damasquinada en oro y plata.

La Pirotecnia militar de Sevilla expone preciosos estuches con espoleta, estopines, cartuchos y balas para fusil; el Parque de Barcelona diferentes fases de fabricación del Baste para el cañon de montaña Plasencia; el Parque de Sevilla, juegos de armas, un carretón de trinchera y atalajes y monturas que han llamado la atención por su buen material y excelente mano de obra; la fábrica de armas portátiles de Oviedo, cuatro panoplias formadas con las variadas piezas que el arte transforma para fabricar el fusil que ha usado últimamente nuestro ejército y que hoy se está reemplazando para no quedar rezagados, en este período de constante progreso. S. M. el Rey, el precioso modelo de un cañón de bronce, y el Museo de Ingenieros del ejército una colección de modelos, conocidos ya, en su mayor parte, en Barcelona, que llama vivamente la atención del público por la perfección con que está hecho, y sobre todo, por el sistema de decorado que da á los modelos un aspecto de realidad, en los territorios, fielmente representados. Puedo citar entre ellos los de Cartagena, Jaca, Bilbao, obras del canal de Vento para el abastecimiento de aguas de la Habana y la batería de Podaderas

de Cartagena, que por su tamaño y la perfección del tallado del mar y las rocas, y la ingeniosa disposición de las piezas movibles que constituyen la batería propiamente dicha, atrae constantemente la atención de la concurrencia.

Se expone también en esta sección una colección de armas, herramientas, equipos y monturas del arma de caballería, instalada con mucho gusto y arte en muebles remitidos de España.

De esta colección ha merecido entusiastas elogios la montura flexible de bandas automáticas del comandante Valdés por las condiciones de adaptabilidad á caballos de distinta configuración.

Por último, hallo en esta sección una colección numerosa de libros escritos por oficiales del Ejército. Pasan de trescientos los volúmenes expuestos, y aunque su número y la extensión de las obras impida formar concepto de su contenido, sin embargo, por los títulos que aparecen escritos en los Catálogos, la variedad de los asuntos tratados y la significación de los autores, conocidos en el Ejército y fuera de él, nadie juzgará que sea inmerecida la calificación de notabilísima con que puede honrarse la Sección técnica y bibliográfica de los institutos armados de España.

Forma sección aparte, en el edificio de Transportes, la Marina de guerra española, y quien no conozca su valimiento y su significación en el mundo, desco-

noce ciertamente la historia universal. Agrúpanse en la sección tres elementos importantes: un precioso modelo de la carabela Santa María, lazo curioso de la historia marítima de la patria, entre la marina de guerra y la comercial; algunos ejemplares, modelos de antiguos navíos y otras embarcaciones de interés histórico, y algunos modelos de la Trasatlántica española que preside el busto del insigne naviero Antonio López.

Como elementos varios, cuento, como más notables, las jarcias de la fábrica de Cartagena; las lonas y redes de Pedro Alier, de Barcelona; los modelos de cañones para la marina, sistema Hontoria; una ametralladora, de valor histórico, construída el año 1830 en Cartagena, y el cañón de tiro rápido Sarmiento, de mecanismo sumamente ingenioso y probado con gran éxito.

Falta ya sólo citar el solígrafo de Ristori, que inspecciona automáticamente el ánima de los cañones con precisión admirable, y que ha sido juzgado muy favorablemente; y la obra de Arqueología naval, considerada como un trabajo de primer orden, de Rafael Monleón.

Grato es para el que esto escribe, trasladar aquí, la impresión favorabilísima que ha causado en Chicago, la fecunda y patriótica labor de los soldados de la patria.



Palacio de la Mujer

Las secciones españolas de Señoras y Forestal

La modestia no es virtud americana, y así como estas gentes creen de buena fe que sus hombres y sus cosas son lo mejor del mundo, de la misma manera y con igual buen sentido opinaban que la mujer española, embrutecida por la domesticidad y la esclavitud, no servía más que para dar hijos al mundo, y doblar humildemente la cabeza ante su dueño y señor, el hidalgo altivo de las leyendas patrias.

Colocada la mujer española en nivel tan bajo,

creyóse que la preciosa decoración que había de encuadrar los bordados, las pinturas, los libros, y la música que enviaban las señoras españolas, sería un pabellón de colores brillantes que escondería lo vil de la mercancía, y las *ladies managers* no creyeron nunca que la señora Dupuy de Lome pudiera presentar un conjunto de trabajos que respondiera á los ideales de una época de civilización y progreso, negado hasta hace poco tiempo, á la mujer española.

Pero, en esto, como en muchas otras cosas, han cambiado de opinión las señoras americanas; lo que parecía ancho espacio para el trabajo de la mujer española, resultó menguado; la decoración que debía serlo todo, queda siendo lo que debía ser: un marco digno del cuadro que con singular pericia ha montado nuestra compatriota la señora Dupuy de Lome, y como los materiales de que dispuso son una hermosa muestra de que la mujer española sintetiza todos los encantos, que nadie más que ella es hermosa, buena, digna é inteligente, la instalación española de Señoras honra á nuestra patria, poniendo un reparo, que no podrá ya negarse, á la murmuración y á la falta de conocimiento que ostentaron hasta ahora, con notoria injusticia y ligereza, las ladies americanas.

La instalación montada delante del portal del sur del Palacio de Señoras, reproduce, en escala reducida, el claustro típico de San Juan de los Reyes, de

Toledo. Sus anchos ventanales en ogiva dan paso á la escasa luz que, por deficiencias del edificio, recibe del salón central, la puerta de entrada y las ventanas mezquinas del Palacio, y encerradas dentro de cristales de una sola pieza, aparecen, en democrático conjunto, las obras de S. M. la Reina Cristina, las infantas de España, las damas de nuestra aristocracia, las señoras de la clase media y baja, sin más preeminencia que la revelada por el mérito del trabajo expuesto, y que constituirá siempre, pese á la estúpida manía igualataria de la época, la aristocracia del espíritu, la más alta, la más pura, la única que sólo puede transmitir la alta soberanía de Dios.

Guiado por la bondad de la comisaria señora Dupuy de Lome, llamó mi atención la preciosa acuarela de S. M. la Reina; dos acuarelas bien sentidas de la Infanta Paz, que revela además en sus poesías la belleza de su alma; dos bordados modelo de Dolores Sivilla y Enriqueta Menchaca, tan primorosos y acabados que se han puesto en una vitrina especial á petición de las señoras americanas; bordados, en forma de medallones del Rey, la Reina y el Rey Alfonso XII, de María Gutiérrez de Diego; los bordados en blanco de Águeda de Cansegundo, de Salamanca; Luisa Robres, de Alicante; Polonia Prieto, de Madrid; Juliana Grajera, de Villafranca de los Barros, y Exuperancia González Sánchez, de Ciudad Rodrigo.

Los encajes y las blondas de la Viuda é hijos de

José Fiter, en blanco y negro; las blondas y los encajes hechos á mano de la Viuda Vives, tan conocidos en Barcelona, y cuyos géneros han causado aquí verdadera admiración; los encajes á mano de Virginia Rodríguez Sampedro, y los que ha enviado la comisión de señoras de Palma de Mallorca y Tenerife, todos son notables y dignos de figurar entre los mejores de esta Exposición.

Entre las composiciones musicales presentadas, figura, en primer término, Luisa Casagemas, con su «Schiava é regina,» cuyas dos partituras han sido premiadas por su música agradable y bien escrita; siendo también notables las obras de Rosa Mestres, Ascensión Martínez y otras.

En el Congreso de religiones han llamado la atención los libros de las señoras españolas, entre las que sobresalen las que han dedicado sus estudios á la filosofía, teología, poesía é historia. El número total de libros expuestos en la biblioteca es de 283, en cuyas portadas figuran los nombres ilustres de Santa Teresa, Concepción Arenal, Pardo Bazán, Duquesa de Alba, Biedma, Isabel de Faber, Coronado, Juana de la Cruz, García Balmaseda, Gayangos, Guerrero de Flaquer, Gómez de Avellaneda, Grases, María de Agreda, Massanés, Pilar de San Juan, Barrientos, y otras que sería prolijo enumerar.

En pedagogía, la cartilla sistema Fræbel, de Gloria Téllez, ha sido juzgada muy ventajosamente.

Toda la colección de libros ha merecido un premio colectivo en que se hace resaltar la importancia y el mérito de la obra literaria y científica de la mujer española.

Los trabajos expuestos por las señoras de la Habana; los ramos de flores é imperdibles de plancha



Palacio de Bellas Artes

de hierro cincelado de Pilar y Dolores González, de Barcelona; las incrustaciones de las señoritas de Ibarzabal, de Eibar; las labores y los trabajos de las sordo-mudas de Valencia y cigarreras de Zaragoza y Valencia, todo ha merecido plácemes y alcanzado triunfos para la mujer española.

Algo debería decir aquí del Jurado de Bellas Ar-

tes que, empezando por oponer una grandísima resistencia al examen de las obras de la mujer, en general, después de no pocas discusiones y protestas, consiguióse el examen *rapidísimo* de las pinturas y esculturas presentadas por las artistas españolas, tratadas con un desdén que sólo puede compararse al dispensado á las obras de los mejores pintores del mundo entero.

Mucho podría decir sobre esta preterición, y el escándalo producido por la falta de estudio, por el juicio de impresión, por la independencia consentida á los artistas-peritos al juzgar las obras, haciendo caso omiso de las reglas del Jurado, cuando todos los demás las hemos acatado y obedecido, por más que no las juzgáramos acertadas; pero, como alguien podría creer que obedezco á miras interesadas aunque sea justo el sentimiento que me ha causado la derrota sufrida por los artistas españoles en Chicago, dejo que personas más peritas que yo aclaren los misterios y traduzcan los hechos, acudiendo á las causas que han motivado tan triste resultado.

Y antes de terminar todo lo que se refiere á las secciones españolas, algo he de decir de la sección forestal, que habría podido ser una de las más interesantes de España y resulta tan pobre y tan deslucida que siento me haya tocado en suerte su instalación, y no haber conseguido que se renunciara á presentar colecciones que revelan descuido y poquí-

sima diligencia en cuantos han intervenido en su remisión.

No quiero hablar de las mezquinas colecciones enviadas por algunos Institutos, cuyos nombres no quiero recordar; no he de mentar tampoco á los taponeros de la provincia de Gerona, que menos diligentes ó quizás más apasionados que los de las provincias de Extremadura y Andalucía, no han enviado aquí sus productos, sin rival en el mundo; Dios me libre de dar cuenta del papel que hacen representar á España los que envían colecciones oficiales, y muy hermosas por cierto, de las islas Filipinas, sin estar catalogadas, clasificadas y con el nombre científico y vulgar de la especie, puesto en las respectivas etiquetas, porque todo esto me llevaría donde no quiero ir, y me haría decir lo que más vale callar.

Gracias que Cuba ha enviado tres grandes piezas de caoba que por su finura y veteado llaman poderosamente la atención; que en el centro de la instalación he podido montar con cierta fantasmagoría, que sólo puede engañar á los ignorantes, unos paralepípidos de madera de Filipinas que, por su variedad de fibra, finura y color, empalmados al tope, forman un prisma de base rectangular de unos tres metros de altura que viste y da apariencia á la Sección; que la casa Torrebadella, de San Martín de Provensals, ha enviado algunas cascas para curtir pieles, de excelente calidad, y que algunos taponeros han remitido

de Extremadura y Andalucía, con algún ejemplar de corcho bornizo y segundero en planchas, algunas cajas de tapones presentables que no dejan olvidar ciertamente los excelentes tapones para Champagne ni las topetas homeopáticas de la provincia de Gerona, tan admirados por la bondad de la primera materia y la excelencia de la mano de obra, en la Exposición de Barcelona.

No menciono tampoco lo que habrían podido enviar los distritos forestales, y con el sentimiento natural de quien vé lo que habría podido ser la Sección forestal de España y lo que es, termino las correspondencias referentes á las secciones patrias, en la Exposición de Chicago.



Vista de la Cour d'Honneur

EPISODIOS DE LA EXPOSICIÓN

Los Infantes de España doña Eulalia y don Antonio en Chicago

No es cosa fácil seguir, ni siquiera con el pensamiento, la serie no interrumpida de banquetes, bailes, conciertos é iluminaciones que durante la permanencia de los Infantes en Chicago, se han ofrecido á tan augustos huéspedes, y menos fácil ha de ser para mí, que ocupaciones precisas me han distraído y privado de lo que ha sido motivo de honda satisfacción para los españoles.

Excuso, pues, hablar de fiestas que la galantería internacional ha adornado con todos los encantos del lujo y los atractivos de la belleza, para relatar las puramente españolas, dadas por los Infantes, con motivo de la apertura de nuestras secciones en los palacios de la Exposición, que han honrado con su asistencia, dando ostentoso realce á nuestros trabajos.

Al día siguiente de su llegada, quedaron abiertas la sección de Mujeres y la de Vinicultura; ayer lo quedaron también la de Bellas Artes, Minería, Agricultura, Transportes, Manufacturas y el pabellón de España, copia de la Lonja de Valencia en escala reducida, obra primorosa que cobija nuestros mejores cuadros y centro donde se congregaron ayer tarde las personas más visibles de Chicago, los jefes de todos los Departamentos de la Exposición, las Delegaciones extranjeras y público numerosísimo, que invadió la planta baja al salir los Infantes de la inauguración.

Desde las doce de la mañana, las avenidas de nuestra sección de Maufacturas estaban invadidas, costando trabajo mantener las vallas y el orden; pero, siendo el recorrido tan largo, la Infanta, asediada por la multitud que tocaba sus ropas con una avidez extraordinaria, llegó á las cuatro y media de la tarde sumamente cansada, siendo además tanta las afluencia de gente que era imposible dar un paso por

los ámbitos de la sección. Con tanto barullo y cansancio era difícil poder enseñar á la Infanta los objetos expuestos, por cuyo motivo fué indispensable pasar rápidamente entre la multitud para sostener las ansias de este público, y sobre todo las de estas mujeres,



Pabellón de España

dentro de los límites marcados por la consideración y el respeto.

Al frente de cada sección estaban los respectivos comisarios esperando á la comitiva real, agregándose luego á ella para salir juntos de Manufacturas y embarcarse en una falúa eléctrica que nos condujo al Pabellón de España.

La banda del regimiento que lleva el nombre de

Zaragoza tocó la marcha real, mientras entraban los Infantes y su comitiva al Pabellón, en donde esperaban varias señoras de la colonia española y cubana, y la multitud de personas que habían sido invitadas á la fiesta inaugural de las secciones de España en Chicago.

Breve fué también la estancia de las altezas reales en el Pabellón, el necesario para recorrer la planta adornada con los cuadros que han enviado el Ministerio de Fomento y varios expositores, cuyas obras no han cabido en las salas del palacio de Bellas Artes, con plantas, flores y alfombras, y tomar el *lunch* ofrecido por la Delegación á los Infantes, del que participó toda la comitiva, invitados y cuantos se acercaron á la mesa y se asociaron á la fiesta inaugural de la gran familia española.

Por la noche, la Infanta había convidado á su mesa á los Directores de la Exposición, siendo recibidos más tarde todos los que, directa ó indirectamente, hemos contribuído á enaltecer el trabajo español en Chicago, teniendo para todos frases de halago é interesante conversación.

Por lo que á Cataluña, y á Barcelona se refiere, muy especialmente, procuraré reproducir textualmente las palabras que se dignó dirigirme la Infanta, cuidando de que la memoria no me sea infiel. «Siento, dijo, no haber podido visitar más detenidamente la sección de Manufacturas y admirar los productos

catalanes; ya sé yo que Cataluña va á la cabeza de los adelantos industriales, y que aquí, como á donde vaya, hará siempre un brillante papel; felicítola, pues, en nombre de la Reina, que me lo ha recomendado expresamente. Además, diga usted que no olvido, ni olvidaré jamás las atenciones delicadas que me prodigaron en Barcelona». Y al darme á besar su mano á última hora, insistió en que supiera Barcelona el recuerdo gratísimo que guarda de los días pasados en nuestra capital.

Agradecí como pude tan sentidas frases, que recojo y transmito con exacta fidelidad, como debió ser fiel también mi pensamiento al manifestar á la Infanta Eulalia que Cataluña y Barcelona agradecerían vivamente la felicitación de S. M. y la suya, como yo estimaba la alta honra que me dispensaba al hacerme mensajero de tan gratas y sentidas manifestaciones.

Hoy, á las ocho de la mañana, dos escuadrones de caballería estaban ya apostados junto al Palmer House, esperando la salida de los Infantes; á las ocho y media entraban en el Michigan Depot, dando la Infanta el brazo al Mayor de la ciudad, Mr. Harrisson, toda la comitiva real y la Delegación española con las señoras de la colonia, que han ofrecido por última vez sus respetos á los ilustres viajeros. A los pocos minutos partió el tren, oyéndose un ¡Viva la Infanta Eulalia! que fué cordialmente contestado.

La estancia de los representantes de la Reina de España no podía ser larga si había de evitarse que cediera por cansancio el entusiasmo que han despertado en los Estados Unidos, las nobles cualidades de la Infanta Eulalia, que ha cuidado de los prestigios del trono, los intereses patrios y las susceptibilidades de las democracias con un tacto exquisito propio de la augusta dama á la cual se ha confiado una misión delicadísima, cuyas dificultades comprenderán fácilmente cuantos conozcan la idiosincracia de un pueblo que juzga que todas las americanas son reinas, y los hombres libres y soberanos en el seno de una sociedad que, apenas nacida, se cree superior á cuanto ha existido en el mundo, cantando cada día sus glorias y sus triunfos con un desenfado y un tono épico que enamoran.

Los Infantes no han abusado de la hospitalidad cordialmente otorgada por este pueblo y del entusiasmo legítimamente conseguido, y esta mañana á las ocho y media Chicago los ha despedido con pompa y afecto, envanecido del pleito homenaje rendido por la realeza á la democracia americana, y del éxito que ha coronado las fiestas dedicadas á Colón y á sus ilustres descendientes.



Convento de la Rábida

La llegada de las carabelas

Una lancha de vapor del buque de guerra «Michigan», nos espera á las ocho y cuarto de la mañana en Van-Buren; la Delegación española acude puntualmente á la cita y se embarca pocos minutos después. Llegamos al vapor, nos recibe galantemente el comandante del buque, y mientras recorremos el barco, que brilla como una taza de plata, llega el ministro de Marina, presentan armas los tripulantes, se iza la insignia de ministro á bordo, y desde el puente, é iluminada por un sol tropical, contemplamos la ciudad, los yachts empavesados que siguen la

estela del «Michigan», y el movimiento, de algo que conmueve á estas gentes ansiosas de contemplar el acontecimiento histórico preparado, discutido y ensalzado hace muchos meses por todo el pueblo americano. Pásase una hora hablando con las señoras que han querido asociarse á la gran fiesta hispano-americana, y á las diez nos avisa un marinero de parte del comandante, que la flotilla española está á la vista: el vapor acelera la marcha, la tripulación se agrupa ansiosa en los puentes para ver aquella flota extraña, remolcada por un buque mercante, á cuyo frente va la «Santa María», siguiendo la «Pinta» y la «Niña», moviéndose lentamente en aguas apenas rizadas por el viento, empavesadas las carabelas, cubiertas de banderas, celebrando la fiesta memorable y la gloria más pura de nuestra historia y la más transcendental del mundo entero: la llegada de Colón al continente americano, la tierra soñada de su ambición, el paraíso que pintaba en su cerebro su poderosa y ardiente sangre genovesa.

Nadie tiene alientos para gritar, ni para levantar la voz; el «Michigan» se pone á media milla de la flota y rompe el fuego saludando al pendón de Castilla, que flota en sus mástiles, dando la señal á los demás barcos, que rompen un fuego graneado contestado por los falconetes de la «Santa María», pigmeos de hace cuatro siglos saludando á los colosos de los tiempos modernos.

La Delegación española, ansiosa de saludar á nuestros compatriotas, y algunas señoras españolas y americanas, saltan á la lancha de vapor que nos espera y en un momento nos ponemos á estribor de la «Santa Maria», donde nos recibe el comandante Concas con la cordialidad y el cariño que es de



La Nao Santa María

agradecer al que ha dado á su país tantas pruebas de abnegación y á las glorias patrias testimonios tan elocuentes de respeto y amor, mantenidos hasta el fin de la jornada con la inteligencia y el valor que otorgan al capitán Concas una página honrosa en la historia de España.

Por lo que á mí toca, yo no olvidaré jamás ei

momento en que pude abrazar al compañero de colegio, al amigo de toda la vida que llega rodeado de tantos prestigios á la tierra americana, fiel guardador y altivo representante de una gloria que nos envidian todos los pueblos y todas las naciones de la tierra.

Pocos instantes después recorremos la nao, saludando con veneración aquellas reliquias que son nuestro orgullo, recuerdos de mejores días, y pedazos de aquella patria que, en tierra extraña, crece y se agiganta con los esplendores de sus variados climas, de sus artísticas ciudades y hermosos campos, que recuerda nuestro pensamiento con amor de hijos apasionados. El «Michigan» lanza un cable para tener la honra de remolcar la flotilla de *Columbus;* la marina de los Estados Unidos se pone al frente del convoy, que treinta yachts, en doble fila, escoltan mientras va en columna de honor al fondeadero junto al convento de la Rábida. A medida que nos aproximamos á la Exposición, el número de lanchas eléctricas y de vapor va creciendo, agitándose alrededor de la escuadrilla, solicitadas por la ansiedad de las señoras del país que van en ellas ávidas, de influir directa y poderosamente en los acontecimientos históricos del pueblo americano.

A media milla escasa de la Exposición, la «Santa María» ancló en el lago, «El Michigan» recoge el cable, y en medio de un silencio solemne empieza

el cañoneo que contestan los demás buques y la nao, ante un público numerosísimo que contempla el espectáculo mudo y como dominado por uno de los acontecimientos más hermosos que ha presenciado el mundo en este siglo. Al cañoneo sigue la manifestación de los vapores y lanchas, pitando todos á un tiempo, y lanzando grandes chorros de agua y de vapor á 6 y 7 metros de altura, pareciendo *gayseres* salidos del fondo de las aguas para saludar y admirar la gloria del gran genovés.

Al propio tiempo, esquifes y piraguas, llenos de indios ostentando las galas de sus fiestas, con sus cuerpos que brillan al sol, se dirigen rápidamente á la nao para saludar al *the modern Columbus,* al representante de aquel hombre blanco que debió parecerles un Dios, y que trajo á esta tierra la civilización cristiana, desfigurada por los que persiguen al indio é invaden sus tierras, con tendencia á su ruina y aniquilamiento.

Los españoles estamos sobrecogidos de admiración, el espectáculo de hoy vale el viaje y compensa las amarguras de toda clase que aquí hemos pasado. Es difícil ver ya en este órden de cosas algo semejante á lo que hemos presenciado y aplaudido.

Concas desembarca seguido por los marinos de guerra y la Delegación española en la explanada que hay enfrente del palacio de Agricultura, en donde

esperan, en perfecta formación, tropas inglesas, alemanas, rusas, italianas, infantería, caballería y artillería de los Estados Unidos, y cerrando el cuadro, caballería árabe, con sus típicos albornoces y espingardas, dando á todo un colorido riquísimo que sólo el pincel de Fortuny sería capaz de copiar fielmente.



LAS CARABELAS NIÑA Y PINTA

El resto de la fiesta entra ya de lleno en el cliché cursi americano; cuatro ó cinco señores subidos en alta plataforma peroran largo rato ensalzando la gloria de Colón y la civilización americana, aplaudiéndose frases como ésta: «es una gloria ser español, es es una gloria ser inglés, es una gloria ser america-

no, pero es más glorioso ser hombre»; y como yo no entiendo el alcance de estos pensamientos, también aplaudo con los que aplauden, poniéndome á la altura del gran pueblo americano.

No podía faltar el *lunch*, el champagne, *extra-dry*, los brindis de rúbrica, y cuanto da á los grandes acontecimientos actuales el aire de vulgaridad de los tiempos democráticos que atravesamos, y que son el triste despertar de todo el que siente, piensa y padece en este mundo de miserias.

No es fácil que baste esta sencilla descripción para formar concepto claro de lo que he visto en este día memorable; ha sido todo ello tan hermoso, que ni la imaginación pide más color, ni el pensamiento más grandeza, ni el corazón goce más sentido. Si el espíritu de Colón pudo presenciar tanta belleza, bien pudo creer que aquel paraíso soñado lo crearon los hombres para su gloria, en un solo día y una sola fiesta, á orillas del gran lago Michigan.

La catástrofe



la una y media de la tarde de ayer los teléfonos circulaban á los cuartelillos de bomberos la triste noticia de que ardía el edificio destinado á la conservación de substancias por medio del frío, llamado «Cold storage house». Este edificio, situado en el recinto de la Exposición, era inmenso, pertenecía á una sociedad y ofrecía al público diferentes servicios, relacionados con aquélla, siendo á la vez instalación de productos frigoríficos, destinados á la propaganda y al estudio. Su arquitectura extraña le daba, á excepción de las torres central y laterales, aspecto de convento, de grandes paramentos desnudos con puerta central barroca, desligada completamente del estilo dominante en aquéllas.

Por su arquitectura, no era fácil formar concepto del destino que tenía aquel inmenso palacio, de cuya torre central se veía salir constantemente un penacho de humo blanco, no sé si vapor ó gases que escapaban por la chimenea central á unos 50 metros sobre el nivel de los campos de la Exposición.

De repente, el cupulino central empezó á arder, la gente á alarmarse y el personal de bomberos á trabajar con ardor para vencer al enemigo. Ahí, cuando se quema el hollín de una chimenea, bastan unos cubos de agua ó el enrarecimiento del aire, tapando la boca de la conducción de humos para acabar el fuego; aquí, una chimenea de palastro puesta en contacto con materiales de construcción que arden como tea, es un peligro tan inminente que nadie duda del resultado, ni aun contando, como se cuenta aquí, con un servicio de bombas y un personal entendido y valiente, capaz de todos los sacrificios y dispuesto á la obediencia ciega y pasiva del soldado. Aquella llama que ardía en la cúpula parecía de fácil acometimiento, y los bomberos, obedientes y sumisos al mando del jefe, escalaron la torre y empezaron á combatir las llamas.

A los pocos minutos, el fuego traidor, escondido en la cubierta, estalló de repente en la base de la torre, y aquellos hombres, guiados por un noble sentimiento, vieron con terror que á la altura de 150 pies se hallaban rodeados de llamas por todas partes,

formando una pira infernal de staff y madera que no tardaría en consumirse más tiempo que el necesario para formular la resolución extrema los que habían de elegir, en breves segundos, entre morir en un brasero ó aplastados contra el suelo.

Un grito hondo de angustia, lanzado por 20,000 personas que contemplaban la catástrofe, advirtió á aquellos desdichados la realidad de su situación. De pronto, se observó que aquellos hombres se arremolinaban, se apoyaban unos contra otros, como buscando mutua protección, silenciosos, convencidos quizá de que era inútil pedir ayuda, que sólo milagrosamente podrían alcanzar. Del grupo se desprende violentamente un bombero, desata una cuerda, forma un nudo, la cuelga de un ángulo saliente de la torre y empieza á descender. La atadura cede, y el desdichado bombero se desploma y muere al pie del muro. Los demás, con la asfixia en el pecho, y el terror de las llamaradas que suben como un volcán por el perímetro entero de la torre, no vacilan ya; unos tras otros se tiran, manteniendo el cuerpo rígido durante algunos segundos, mientras les queda un resto de vigor y de esperanza, dando vueltas enseguida, como una campana que voltea para estrellarse contra las aristas vivas del edificio, desvanecidos ó locos de terror, muertos antes del choque, rendidos por las angustias de aquella hora suprema. Dos bomberos, dos íntimos quizá, se abrazan antes de morir;

el último, el capitán, coge una cuerda hallada en una de las aristas, empieza á bajar, y la cúpula cede, y cede la torre, y el hombre desaparece confundido entre los materiales que arden, formando un montón informe, brasero inmenso en donde se calcinaron en un momento los huesos de aquel héroe, víctima voluntaria de su deber y su propio error.

Las gentes ya no tienen valor para presenciar aquel terrible espectáculo, los hombres más bravos vuelven la cara, las mujeres lloran y se desmayan, y el incendio crece azotado por el viento, viéndose en las innumerables ventanas del edificio puntos luminosos que corren y se propagan con una velocidad aterradora.

Una hora después todo el palacio ardía, las torres laterales se desplomaban, y no quedaban en el aire más que los hierros retorcidos, formando extrañas figuras, obra de un calambre espantoso en el seno de la muerte. Los bomberos, ya no luchan, miran agitados á todas partes, temiendo por la Exposición entera; el edificio más cercano, un cuartelillo de bombas, arde también, y de las casas cercanas al sitio de la catástrofe, se tiran ya muebles, ropas... es el pánico que corre como un reguero de pólvora, ante aquella inmensa hoguera que necesitaría un mar para apagarse.

Y la muchedumbre que ha ido á Jackson Park á divertirse, á gozar de un día de sol espléndido, de

fresca brisa, se siente agitada y enloquecida por la palabra «explosión», y de repente, hombres, mujeres, niños, salimos todos corriendo, sin saber á donde dirigirnos, temiendo que los caballos nos van á atropellar, caballos furiosos que no sé de donde han salido y que huyen aterrorizados de aquel fuego que hace estallar los depósitos de amoniaco empleado en las mezclas frigoríficas, esparciendo la muerte y el terror por todas partes.

Por fin, á las cuatro de la tarde, cuando ya no quedan más que cuatro muros ennegrecidos y el esqueleto de hierro del palacio, la *Morgue*, la triste *Morgue* de esta Exposición que ha costado centenares de vidas y contará las ruinas por millares, se va llenando de cuerpos carbonizados, de seres que hàn muerto heroicamente, sin un grito, ni una protesta, de otros que han sucumbido, sin gloria, aplastados, y entre ellos alguno que dormía el sueño del borracho, todos mezclados y confundidos por la igualdad aterradora de la muerte.

Treinta muertos van contados hasta hoy, muchos heridos que también morirán, viudas y huérfanos que amparará la caridad pública, constituyen el balance espantoso de lo que es obra del descuido y de la falta de escrúpulo con que se miran aquí los problemas más importantes de la vida humana. Si ayer hubiese soplado viento del Sur, casi puede asegurarse que la Exposición habría ardido toda, producién-

dose una de las mayores catástrofes de la historia.

Hoy cunde la noticia de que la municipalidad de Chicago enviará una comisión de estudio para averiguar las condiciones de solidez y seguridad, contra incendios, de los edificios de la Exposición; pero me parece tiempo perdido y satisfacción irrisoria, porque aquí se vive de milagro, y todos lo sabemos, sin necesidad de que nos lo digan los procuradores de la grande urbe americana.



El Midway plaisance

El Midway plaisance

El Midway forma en el campo de la Exposición una especie de anexo, estrambote alegre de un soneto que guarda la nota picaresca para los dos últimos versos, siendo los doce primeros obra maestra de afamado é ilustre poeta. Y que esto es así, voy á probarlo, acudiendo á algo que está fuera de lo que encierran barracones y palacios, casas de fieras y templos faraónicos, villajes irlandeses, alemanes y austriacos, teatros turcos, persas y argelinos, poblaciones javanesas y campos indios, montañas rusas y

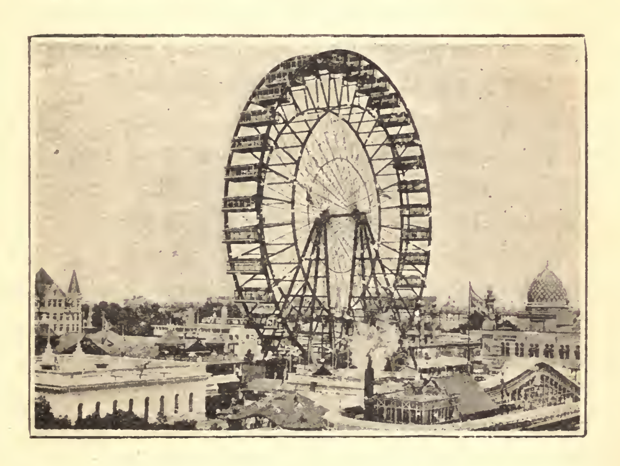
Ferris-wheel, porque todo esto con ser muy pintoresco y muy bonito, si se pone la imaginación al servicio de esas empresas, aun siendo la descripción muy colorista, de seguro verá el lector un cuadro más animado cerrando los ojos, que abriéndolos desmesuradamente, para leer los desabridos párrafos del colaborador corresponsal de *La Vanguardia* en la Exposición de Chicago.

Lo que ya no es tan fácil de ver, es lo que voy á describir aquí, si no se conoce el país y no se estudian con algún cuidado las costumbres y la idiosincracia de estas gentes. He visto aquí tantas cosas y tan notables, que valen la pena de ser contadas, que lo único que me aflige, es no saber narrarlas con el color local cuya fiel traducción bastaría para acreditar al autor de tan interesante estudio. Hoy va sólo una hoja suelta, que no sé si tendré valor algún día de enlazar con un trabajo de mayor alcance que tendría sumo gusto en publicar, dedicando á la mujer norte-americana la atención que merece su rápido desenvolvimiento en el fecundo campo de la libertad.

Los que crean que la mujer libre es en la América del norte una excepción, se equivocan grandemente; la mujer aquí no tiene, ni pone límites á sus iniciativas: la niña, la mujer casada ó viuda, la de alta clase y la de mísera condición, todas, absolutamente todas, viven según cuadra á su fantasía, sin

más preocupación que el ejercicio absoluto é indiscutible de su libre albedrío y omnímoda voluntad.

No me chocará que alguien dude de afirmación tan categórica, porque yo mismo he necesitado ver para creer; hoy ya no dudo, ni tengo inconveniente alguno en afirmar que la familia, tal como la entendemos en Europa, tal como la necesitamos y exigi-



La rueda Ferris

mos en España, no existe aquí. Y porque esto es así, las hipocresías de estas gentes resultarían tentadoras para Paúl de Kock si viviera, y muy dignas de ser contadas, aunque sea sin llevar la vestidura con que podría adornarlas pluma mejor cortada que la mía.

¿Quién no conoce en Europa y América el célebre Board of Ladies, con su palacio destinado al trabajo de la mujer en el mundo, sus congresos y fiestas espléndidas, sus sesiones borrascosas en que una dama, haciendo oficios sacerdotales, eleva las manos al cielo para pedir la bendición de Dios,—que no debe concederla si he de juzgar poco caritativa y cristiana la manera como se acusan unas á otras de corruptoras y corrompidas,—y cuanto se ha contado y escrito acerca de la mujer, desde que aspira á probar que vale más moral é intelectualmente que el hombre? Pues esas señoras se reunieron un día en sesión y una de ellas, altamente escandalizada de los espectáculos ofrecidos al público en el «Midway plaisance», presentó á la mesa una moción encaminada á investigar detenida y concienzudamente cuántos, en qué forma, y en qué sitios, se efectuaban los actos inmorales que la habían afectado tan hondamente, pues lloraba con amargura al narrar los horrores del «Midway» la dama denunciadora del comité de señoras de la Exposición.

Nombróse una comisión compuesta de tres señoras, no he podido averiguar si había alguna soltera entre ellas, para que estudiara detenidamente el asunto y reconociera los sitios de corrupción en donde, según pública voz y fama, se falta á las reglas de moral. Las señoras nombradas aceptaron tan triste misión, y levantándose las sayas para no man-

charse con el lodo de la corrupción, fueron recorriendo tarde y noche los teatros y barracones de *dancing girls* en donde se baila la *danse du ventre* y otros bailes parecidos para distraer á la bohemia universal que, en todas las exposiciones, representa el papel alegre de fiestas en que la ciencia y el arte, la industria y el comercio son excusa poco alhagadora para toda clase de corrupciones.

Lo que aquellas señoras vieron allí, Dios y ellas lo saben; tres días seguidos con sus noches, dan larga tregua para carga tan pesada, y tras tanto sufrimiento y amargura tanta, las señoras se reunieron y deliberaron; las investigadoras relataron dichos y hechos capaces de sonrojar á una estatua, y las tres estuvieron conformes en asegurar que preferirían ver muertos á sus hijos que saber que frecuentaban sitios que prostituyen y rebajan la dignidad humana.

Las tres hijas de Sión lloraron amargamente, y con ellas, la mayoría del *Board of ladies*, que acudieron inmediatamente á la Dirección general de la Exposición, para que cerrara los sitios del «Midway» que escandalizan al mundo con sus horrores é iniquidades.

Al día siguiente, la policía ordenaba al director del teatro persa la clausura del local. Este pobre diablo que había gastado una crecida cantidad en montar el espectáculo, y adquirir el derecho de ex-

hibirlo, quiso averiguar la causa de orden tan radical á los tres meses de abierta la Exposición, y supo, con sorpresa, que la reclamación que motivaba la orden de cierre del local, estaba fundada en la queja producida por las señoras que juzgan inmoral el baile que se ofrece al público en el teatro persa.



Una calle del Midway

Las exclamaciones del director resultaron tan expresivas como pintorescas. «Las señoras del «Board of ladies», dijo, se presentaron ostentando sus medallas y con la pretensión de que se las colocara en primer término, sin pagar los derechos de entrada. Accedí gustoso á la petición, estuvieron muy alegres

y satisfechas, tomaron café *gratis*, y se hacían lenguas de lo bonitas que son *my poor girls*, y de lo bien que bailan y cantan los típicos aires del país. Estuvieron *tres horas* mortales presenciando el espectáculo, y volvieron al día siguiente con las mismas pretensiones, y alcanzando los mismos resultados. Si aquellas señoras creen que mi teatro es un lugar de corrupción, lo mejor que habrían podido hacer era no venir y no exponerse á manchar sus vestidos en tan inmundo lugar; esto habría sido mejor para su reputación y mis intereses.»

Lo que ha pasado después no lo sé; registré con cuidado la prensa, y especialmente *The Chicago Herald* durante tres ó cuatro días despues de haber publicado la réplica contundente del director del teatro persa, y no he sabido ver la respuesta de las señoras, que quizá han creído deber contestar, con el desdén, las insolentes palabras de aquel galeoto, contentas y satisfechas de haber realizado tan magistralmente una obra de higiene moral digna de las mayores alabanzas.

Lo que hay es que, al día siguiente, los teatros se llenaron de gente de todos colores é iguales vicios; que las *dancing girls* continúan cantando y haciendo contorsiones y gestos que tienen más de asqueroso que de lúbrico, y que, después de tantas lágrimas y tantas exclamaciones que parecen lamentos arrancados de los libros santos, lo único que se ve claro y

evidente es la escasa eficacia que resulta de emplear plumeros de blando material para barrer y limpiar cloacas, y que, en cualquiera otra parte que no fuera la América del norte, lo que se habría visto, sin necesidad de practicarlo, es que, en aquella prueba quedaría manchada la pluma, quedando la cloaca tan nauseabunda y tan mal oliente como estaba antes de usar un agente digno de más altas empresas y más sentidas aspiraciones.



Palacio del concurso de la belleza

Cosas... de los Estados Unidos

Hace falta aquí una inteligencia de primer orden que estudie profundamente el movimiento que surge y se desarrolla en este campo fecundo, donde se aplauden todas las extravagancias, y se conciben y plantean las ideas más atrevidas y más peligrosas. Estoy tan absorto y tan fuera de mi centro que á veces se me figura que vivo en un planeta, que no es La Tierra, y que todos mis prejuicios, ideas y sentimientos están en rebeldía perpetua en mi cerebro, luchando con una corriente de fuerzas variadas, cuya resultante no sé hallar, por más que busco con avidez

la verdad, y la dirección que sigue la novísima y quizás mal definida civilización americana.

Y que esa inteligencia, capaz de abarcar en su conjunto los fenómenos variadísimos que se realizan en el seno de esta sociedad, es indispensable que venga á estudiar estos grandes movimientos de la opinión, lo dice, entre otras cosas, el Congreso de las religiones que se está realizando en el Art-Palace de Chicago, en donde alternan las altas dignidades de la Iglesia católica, con protestantes, mahometanos, budistas, clérigos de levita, señoras... buscando todos, al parecer, una religión ideal, única, especie de «volapuk» espiritual que resuma todas las aspiraciones y los ideales místicos de la humanidad.

Y dijo el presidente en su discurso inaugural: «Nos reunimos aquí los que buscamos la verdad, las gentes que odiamos el error, único enemigo de la humanidad». Y han hablado los católicos, los protestantes de los más variados matices, los judíos, los mahometanos,—sólo silbados cuando han defendido la poligamia,—los hijos de Budha y Confucio, y todos han sido estrepitosamente aplaudidos, porque los concurrentes opinan que en todas las llamadas religiones hay un fondo de verdad, de justicia y de aspiraciones elevadas, que son santas y dignas de eterna recompensa.

Y los que nos hemos criado en un rincón de España, donde hemos aprendido, porque así nos lo han enseñado, que no hay más que una religión verdadera,

y que no debemos admitir siquiera, como no sea en el santo y fecundo campo de la caridad, á los que profesan ideas religiosas distintas de las nuestras, al ver á las dignidades más altas de la Iglesia católica aceptar sin recelos, la cooperación de personas animadas, sin duda alguna, aun dentro del error, de las mejores intenciones, en la difusión de diversas ideas religiosas, la inteligencia mejor templada siente desfallecimientos, pensando si en este fin de siglo se desatan vientos de rebeldía y de locura en todas partes ó si de esta civilización, de apariencia externa semejante á la nuestra, y sin embargo, tan distinta y tan variada porque no encarna en esta sociedad ferozmente individualista, va á surgir un mundo nuevo que regenere la sangre y el espíritu de la humanidad.

No tengo fuerzas para dilucidar problemas tan hondos; planteada queda, en mi concepto, una nueva faz del movimiento religioso en el mundo, y seguirlo para atajarlo ó encauzarlo, si es menester, será una obra de alta sabiduría, ya que no es posible sospechar siquiera que sea sólo episodio de una Exposición, obra en que han intervenido ó intervienen las más altas inteligencias de todas las iglesias americanas, y los más templados propagandistas de las religiones asiáticas y africanas.

Y dejando esta nota, tan llena de preocupaciones y tristezas, otro signo característico de los tiempos y las sociedades americanas se ha presentado en los

campos de la Exposición con motivo de la fiesta del Estado de Yowa.

Los Estados de la Unión tienen aquí su casa *payral,* formando los edificios de cada uno de ellos una calle de variada arquitectura, extraña á veces, interesantes y dignos todos de visitarse. Lujosamente amueblados, con salones de lectura, restaurant, escritorio, miranda, etc., son puntos de reunión para las familias que visitan la Exposición y hallan aquí un refugio tranquilo y lujoso en la casa comunal eregida á la sombra de la bandera del Estado respectivo. Cada uno de ellos celebra su fiesta, y los voluntarios vienen con sus músicas, banderas y uniformes á ostentar su bizarría en los campos de la *World's Fair*. Mandados por un jefe de alta graduación, evolucionan en la gran plaza de la Administración general, formando en parada y recorriendo las principales calles de la ciudad blanca. Acude á estas fiestas un gentío inmenso, y las sociedades desfilan ante gentes curiosas de presenciar los abigarrados colores de las cintas, los botones y las bandas de la democracia americana.

El batallón de Yowa ha presentado una novedad que aplauden munchas gentes, aunque nadie sepa explicarse el entusiasmo que inspiran cincuenta muchachas uniformadas, que, entre las compañías de soldados, forman una de amazonas armadas de lanzas, mandadas por dos muchachas que llevan espada

al cinto y evolucionan con cierta marcialidad á pesar de las faldas y la impedimenta propia del traje femenino. Nadie explica la misión que se supone á esas muchachas, porque en tiempo de paz, como no sea por el gusto de lucir unas faldas y chaquetita azul, una pechera blanca abollada, una gorrita marinera y unos guantes blancos que suavizan el contacto de un arma tan inofensiva como es la lanza que llevan, no sé para qué han de servir.

Por lo demás, y confieso humildemente mi atraso, yo preferiría ver á esas señoritas remendando las camisas de sus padres y hermanos, antes que desempeñando un servicio que nadie les exige, y que lucha abiertamente con la especial condición de la mujer en el mundo.

Pero aquí todo reviste formas tan extrañas, que no hay extravagancia que no sea acogida con simpatía, capricho que no pueda realizarse, ni exceso que no pueda consentirse. Figúrense mis lectores, á un jefe de Estado á quien se le subleva una ciudad, Roanoke-Virginia, en donde una turba de 3,000 hombres lincha al negro Smith, lo cuelga de un árbol, forma una pira en la plaza y lo quema; y no contenta con tanto desmán, persigue al alcalde y al jefe de las tropas para lincharlos también, y mientras todo eso sucede, el gobernador disfruta de las delicias de la *World's Fair* sin que se preocupe un solo instante de lo que acontece en su Estado, que

cree ser el mejor de los mundos, y á quien no sobrecogen ni espantan las noticias que lee en los periódicos, ni cuida nadie de advertirle que ha de regresar á su país y poner coto á tanto escándalo y desmán, porque confía en que las cosas se arreglarán por sí mismas, cuando estén allí cansados de andar á tiros y sablazos, que todo tiene fin en el mundo, hasta la maldad de las gentes.

Y para consuelo de los que se asustan de lo que ocurre en España, en donde nos figuramos que nuestro pueblo es lo peor del mundo, y tener una idea, nosotros, los *desgobernados,* de lo que son estas autoridades, vean mis benévolos lectores con que calma y sangre fría se explica el gobernador del Estado de Virginia, acerca del motín de Roanoke, M. Kinney, según relación del periódico más acreditado de esta ciudad el *The Daily Inter Ocean.*

Un reporter supo que dicha autoridad se hallaba en el edificio de Virginia de esta Exposición, y allí se dirigió en busca de Mr. Mac-Kinney, para saber lo que pensaba de los sucesos de Roanoke.

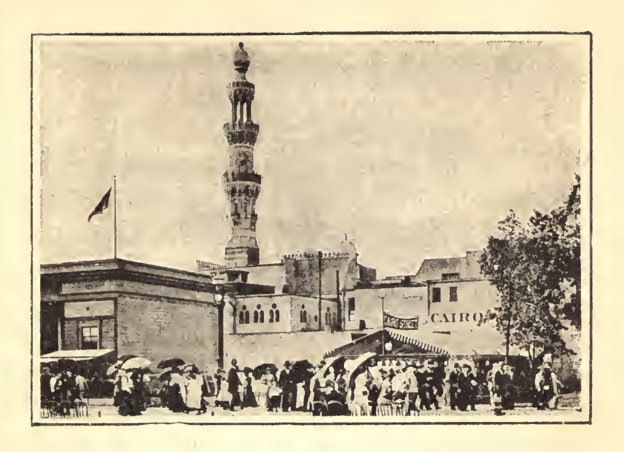
Dice el reporter: «El gobernador es un anciano de agradable aspecto, de bigote y cabello cano. Le hallé en mangas de camisa, con los pies descalzos, apoyados sobre un pupitre y á la altura de su cabeza, llevando unos calcetines de lana irreprochables, y ofreciendo el aspecto de una persona que goza de la vida.

Cuando le pregunté acerca de la revuelta de Roanoke, contestóme complacido que no tenía más noticias que las publicadas en los diarios, inclinándose á creer que eran exageradas.

«Porque, dijo, los diarios suponen que el alcalde Trout está herido en un pie, que las tropas hicieron 25 disparos y mataron ó hirieron á 29 personas, lo que no deja de ser una buena puntería; y que no había preguntado á nadie lo ocurrido, ni nadie se había preocupado del asunto.»

De todo ello infería que el alcalde, que es un buen ciudadano, habría obrado con la energía necesaría, consintiendo, y esto lo añado yo, que lincharan, ahorcaran, arrastraran á un negro, y lo quemaran é incineraran en una vía pública de Roanoke.

Si todo esto no parece á mis lectores civilizador, patriarcal y digno de envidia, será porque son difíciles de contentar.



La calle del Cairo

Antagonismos entre americanos y europeos acerca del Jurado

Uno de los organismos más importantes de las Exposiciones universales es el del Jurado. La garantía de los intereses generales y la cortesía internacional exigen que las naciones extranjeras que concurren á un certamen, conozcan de antemano, cómo y cuándo ha de funcionar un organismo que, debiendo reunir las condiciones de competencia, imparcialidad y saber requeridos en esta clase de servicios, satisfaga aquellas condiciones, sin las cuales la función del

Jurado se convertiría en una farsa indigna de hombres serios.

Y sin embargo, en América se entiende todo esto de otra manera; en primero de mayo se abrió la *World's Fair,* y á estas horas no hay reglamento especial de jurados, ni fecha en que han de funcionar estatuída, ni cosa alguna que revele un plan serio y definido. Y ¿cómo ha de haberlo, si acaba de estallar una excisión hondísima entre la Comisión general de la Exposición y los Delegados generales de todas las naciones de Europa y de la América Central y del Sud, excepto la del Ecuador, Costa Rica y Venezuela, por discrepancias tan esenciales entre una y otros que se han visto obligados á declarar resuelta y solemnemente, dando de ello cuenta á los respectivos gobiernos, que si no se modifica el criterio que ha servido de norma para redactar el proyecto de ley para la constitución del Jurado, Inglaterra, Rusia, Alemania, Francia, Italia, España, etc., quedarán de hecho fuera de concurso, renunciando á que se juzguen las instalaciones que las representan, y á ser premiadas por la gran nación de la América del Norte?

Semejante resolución no pudo tomarse sin mediar motivos trascendentales y opinar que la ley, tal como intentan promulgarla, no ofrece la garantía de imparcialidad suficiente para que los expositores extranjeros queden al amparo de las demasías de un pan

americanismo tan exagerado que acabaría por poner á las naciones de Europa, y á algunas de la América del Sur, á los pies de los caballos.

Y para que pueda comprenderse el alcance y el motivo de resolución tan importante, jamás tomada hasta ahora, ni siquiera soñada, ni comprendida, en el antiguo continente, voy á concretar cuanto pueda la causa de ello, y que no ha sido otra que suprimir por completo el Jurado, y sustituirlo por Jueces periciales, en su mayor parte americanos, que, sin apelación, resuelvan de plano acerca de la concesión del premio *único* que pretende otorgar á los expositositores la Dirección y Comisión general de este gran Certamen. De modo que la nación demócrata por excelencia, suprime el Jurado en la Exposición, cuando lo aplica á vidas y haciendas, é iguala lo que siempre estará fuera del alcance del hombre, ó sea, la inteligencia, el mérito, la pericia y cuanto constituye los más preciados dones del alma humana.

Contra todo esto, Europa debía protestar y ha protestado enérgicamente; nosotros no podemos entregar á nuestros expositores atados de pies y manos á las justicias severas de hombres que no piensan ni sienten como nosotros pensamos y sentimos; y sin discutir aquí, si esta civilización será algún día superior á la nuestra, y si los rumbos seguidos hasta ahora son direcciones más ó menos borrosas que se modificarán en lo porvenir, la verdad es que no podemos

aceptarlos, porque nuestros principios y criterios, propios de una civilización claramente definida, no pueden conciliarse con los puntos de vista tan nuevos y tan extraños que informan las leyes de este país.

Cierto es que admiten peritos extranjeros, pero aun así no se necesita ser muy lince para ver, en lontananza, el ejercicio constante de las represalias, hasta tal punto, que todo lo americano sería malo para nosotros y todo lo europeo detestable para el americano; y en esta lucha de intereses no es difícil vaticinar que saldríamos vencidos.

Además, hay aquí tanta ignorancia en lo que al desarrollo intelectual é industrial de Europa se refiere, que llegaron á ofrecer á Francia, que ha hecho aquí un grande esfuerzo y que consideran como á su hermana en el viejo mundo, cuatro jueces peritos, dos para Bellas Artes, uno para vinos y uno para sederías; de modo que, en lo demás, Francia no cuenta, ó vale tan poco, que no se la considera digna siquiera de ser oída.

No sé aun lo que tocaría en suerte á España, cuando uno de los hombres más reputados por su saber en los Estados Unidos, preguntaba porqué queríamos terreno en Artes Liberales, no sabiendo, como no sabía, lo que *podríamos* presentar en tan interesante sección.

Por lo que respecta al premio único, si piden pri-

vilegio de invención, les auguro poco negocio en Europa. No sé hasta donde pueda llegar la manía igualitaria; dudo, sin embargo, que nadie admita ahí que puedan igualarse dos inteligencias, ni siquiera dos productos de inteligencias distintas. Pensar que dos fabricantes de objetos similares consientan, cuando no salta á la vista la perfección, la posibilidad de alcanzar el mismo premio, aun siendo único, y que por este solo hecho no tiene valor alguno, es tener muy poco conocimiento de las pasiones y los intereses de los hombres.

Siendo, pues, todo esto tan incompatible con el modo de pensar de las naciones que concurren á este Certamen, creo que esos criterios van á modificarse, aun que sea difícil lo segundo, por ser ley votada en las Cámaras, y que, convencida la Dirección de que el fin principal de toda Exposición quedaría contrariado desde el momento en que las naciones extranjeras desisten de entrar en lucha pacífica con las de este país, volverá sobre su acuerdo, como lo ha hecho ya en puntos de mucha menor importancia, y en que, más que cuestión de intereses se trataba de asuntos de amor propio nacional.

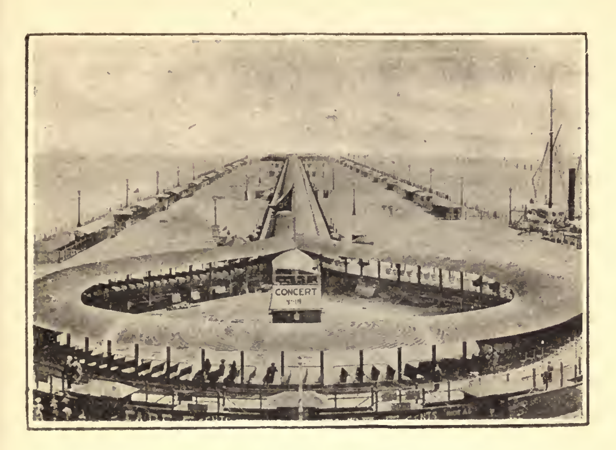
Los comisarios extranjeros entramos ya en la Exposición sin haber puesto el retrato en las entradas de admisión, y se nos obliga únicamente á entregar en la puerta una tarjeta de visita, *pro formula,* y para los efectos de la estadística.

Otro punto interesante y que causa á todo el mundo muchos sinsabores, es el de los robos en los recintos de la Exposición. La queja es tan general y tan sentida que los Delegados y Comisarios protestan cada día, sin que se vea el medio de que la Dirección general atienda eficazmente tan justas reclamaciones. La sección puesta á mi cargo ha sufrido, como todas, los efectos de la desorganización observada en todas partes y en todos los servicios, pero hasta ahora se ha reducido sólo á raterías de escasa importancia que han motivado, sin embargo, enérgicas reclamaciones y, por mi parte, la propuesta al Sr. Delegado general de una guardería bien montada que recorra y ampare constantemente los productos españoles expuestos en Manufacturas, propuesta que ha aceptado el Sr. Dupuy de Lome con el entusiasmo que tiene por cuanto se refiere al lucimiento de la producción española en este Certamen.

La breve interrupción de unas cuantas horas en continuar esta correspondencia, me permite dar cuenta de un nuevo conflicto; los que quieren vender en el recinto de la Exposición han de pagar el 45 por 100 del valor de los productos á la aduana, y el 25 por 100 á la Comisión del certamen. Un suizo, relojero, cayó en la red tendida por una señora, que resultó ser una *detective* ó agente de policía, para que le vendiera un reloj de poco precio, y á las pocas horas se le puso en la cárcel, imponiéndole dos mil dollars de multa.

No he de ser yo el que abone la conducta incorrecta del suizo; no he de juzgar tampoco, porque ya lo harán mis lectores, el proceder de una administración pública que emplea determinados procedimientos para averiguar el delito tentando al delincuente, lo que sí haré constar es que salimos á conflicto por día, que la Delegación suiza mandó cerrar todas las instalaciones de su país y que se produjo una marejada hondísima, que ha reclamado los buenos oficios del Ministro de la Confederación helvética en Washington, y una serie de concesiones y componendas que no han logrado calmar la efervescencia producida por la mentada causa, en los expositores extranjeros.

Todas estas cosas dan lugar á correspondencias pesimistas que publican los periódicos españoles, leídos aquí con mucha fruición por lo que exageran y dicen, sin duda, con más tendencia humorística que otra cosa. Alguien ha dicho en un periódico, cuyo nombre no recuerdo en este instante, que la seguridad personal está aquí constantemente en peligro, dando cuenta con mucha sal de episodios en que intervienen los porteros, cuando esta *institución* europea es planta exótica en Chicago, y no se halla en toda esta ciudad un solo portero, ni para contado, ni para descrito.



Las aceras movibles

El Jurado

Comprendo la ansiedad de los expositores españoles producida por las dificultades y desavenencias surgidas entre europeos y americanos, en la cuestión del Jurado de la Exposición de Chicago, y porque la comprendo querría dar á mis lectores la grata noticia de haberse orillado todas las dificultades y vencido todos los rozamientos. Por desgracia, el conflicto subsiste hasta ahora, y las naciones europeas y sudamericanas continúan creyendo que es cuestión de decoro cerrar las instalaciones á la inspección y al juicio del Jurado, mientras se mantenga

por la Dirección del Certamen el criterio cerrado de nombrar jueces peritos, y únicos, que se encarguen de juzgar el mérito de los productos, y conceder ó negar el premio único que podrá otorgarse á los productos expuestos en la *Wold's Fair* de Chicago.

He creído, durante algunos días, que sería fácil hallar una fórmula de concordia; hoy temo que el camino emprendido, halagando á determinada potencia para dividir y quebrantar fuerzas, ha de conducir fatalmente á resistencias invencibles que sostendrán con tesón Francia, Alemania, Inglaterra, España y otras naciones que opinan que vale más el mantenimiento de principios fundados en la justicia y la equidad que una medalla conseguida á expensas de concesiones que no se compadecen con nuestro modo de ser, pensar y sentir.

El asunto reviste, sin embargo, tanta importancia, que se me resiste el creer que no se ha de llegar á una avenencia que comunicaré inmediatamente á los lectores de *La Vanguardia* interesados en la buena solución de este conflicto.

Y aquí podría decirse: bien venido seas mal, si vienes solo; porque son tantas y de tal índole las dificultades con que tropieza la Dirección del Certamen, que dudo se halle cosa parecida en la ya larga y azarosa historia de las Exposiciones universales del mundo entero.

La subvención concedida á la Exposición de Chi-

cago por las Cámaras de la gran federación norteamericana se dió en concepto de indemnización por los perjuicios que sufriría sujetándose á la ley que prohibe terminantemente abrir la Exposición en día festivo.

La Directiva, ansiosa de recabar recursos para atender á los enormes gastos que ocasiona este gran Certamen y convencida de que, en días de labor, los hombres no dejan aquí sus *business* para estudiar ó visitar la Exposición, poco favorecida hasta ahora de forasteros y extranjeros, procuró con gran empeño la apertura de la Exposición en día festivo, pero se levantó tal cruzada contra este proyecto, que hasta ayer no consiguió abrir las puertas, sobreponiéndose á la ley, á la opinión pública y á la protesta de católicos y protestantes resueltamente contrarios á la infracción del precepto dominical. A pesar de esto, la Directiva, que recibía á las seis de la mañana de Washington la orden terminante de mantener cerradas las puertas de la Exposición, se atrevió á abrirlas, ya sea que se creyera amparada por la ley, ó que intentara apoyarse en la acción poderosa del sufragio popular, si, como se creía, invadía la ciudad en masa los palacios de la Exposición y demostraba así que la opinión estaba con la Directiva y no con las Cámaras, y el criterio restrictivo de los cristianos, dictado por los que tienen ó creen tener el derecho de dirigir las conciencias y recordar á los fieles el cumplimiento de los preceptos del Señor.

La prueba se ha hecho, con escaso éxito por parte de los infractores de la ley; los jefes de la Exposición creían que pasarían por los torniquetes, de 250 á 300,000 personas de pago, y los contadores, con sentida sorpresa de los agentes de tan colosal empresa, no acusaron mayor entrada que la de 180,000 almas.

La prueba ha sido, pues, un fracaso; la ciudad no responde á los deseos de la Directiva; los Estados de la Unión muestran su inquina y sus simpatías con arreglo á sus ya antiguos resentimientos, ó sea, del Este contra el Oeste, pues 18 estados han abierto sus palacios, los demás se han abstenido de ello en nombre de la ley del Señor y de la nación, y mientras los guardias colombinos, barrenderos y el numeroso personal de la Exposición reniega del acuerdo, pensando en el ocio y el whiskey que no pudo beber con la tranquilidad de mejores días, el Juez ha sentenciado hoy á la Compañía, condenándola al pago de 5,000 dollars de multa, sin perjuicio del que pueda ocasionarle el quebrantamiento de la ley, que puede costarle 2.500,000 dollars que deberá, según opinan algunos, devolver integralmente á la nación, que subvencionó el Certamen con la condición extricta de no abrir las puertas, al público, en día festivo.

. . . .

Por fin; se ha dado con la solución del Jurado, puesto que, excepto Francia y Dinamarca, que no

quieren aceptar las condiciones americanas, las demás naciones entran nuevamente en concurso. A España nos dan 20 jurados peritos, que formarán parte de las 13 agrupaciones en que se divide el Jurado. En estos grupos formarán por igual, americanos de esta república y extranjeros que oirán en alzada las reclamaciones de los agraviados, exceptuando los de agricultura y ganadería, en que los primeros tendrán mayoría.

A los jurados peritos se les darán 750 dollars de indemnización, 250 en primero de agosto y los 500 restantes en septiembre, si el gobierno de los Estados Unidos aprueba y ordena el pago. Esto es tan vago, según opinión general, que muchos creen que no cobrará nadie un centavo.

No quiero hacer comentarios acerca de la seriedad de estos acuerdos, tanto por lo que á los americanos se refiere como á lo que á los extranjeros toca; hágalos á su gusto el piadoso lector, y hágalos, si puede, con espíritu de benevolencia.

INDUSTRIAS AMERICANAS

Pullman



RATANDO de obsequiar á los obreros catalanes que llegaron hace pocos días á Chicago, el señor Dupuy de Lome nos ha invitado á visitar la gran colonia industrial conocida con el nombre de Pullman, en donde se fabrican los coches-palacios que circulan por todas las líneas de la gran república norteamericana y que asombran al viajero por su lujo, su confort y su baratura. Llego en este momento de allí, y con las ideas frescas en la memoria, intento *bosquejar* lo que he visto, que no consiente otra cosa el sinnúmero de asuntos que pudiendo dar margen á una correspondencia diaria, llamarían

poderosamente la atención de los lectores de *La Vanguardia*.

Voy, pues, á traducir lo que nos ha dicho en inglés correcto y claro la persona encargada de enseñarnos todas las dependencias de la fábrica, añadiendo sólo algo que revele impresiones propias, y que complete el hermoso cuadro que se presenta á la vista del viajero, al llegar á la estación «Pullman», de la línea Illinois central que enlaza Chicago á New-York.

Nos espera junto á la explanada de la colonia, donde está trazado un jardín inglés de matizada hierba, un señor alto, obeso, sanguíneo, que ofrece galantemente sus servicios al señor Dupuy, y que empieza su relato diciendo: «Señores: aquí no hay policía, ni juez, ni cárcel, ni tabernas; los malos obreros no se conocen en esta colonia; el que no quiere trabajar está aquí fuera de su elemento; por desgracia, la fábrica está sufriendo los tristes efectos de la crisis que aqueja á todos los elementos y á todas las clases de la nación, y trabaja únicamente lo indispensable para mantener á un reducido número de obreros.»

«La parte dedicada á tejidos de punto está parada, el número de carruajes de lujo y vagones en construcción es limitadísimo, y si bien verán ustedes la fábrica en movimiento, no es sombra siquiera de la realidad.»

«Ahí tienen ustedes el primer carro Pullman construído por su autor; esta obra fué un asombro y un escándalo: asombro por su lujo, escándalo por el atrevimiento de construir un vagón que costó 18,000 dollars, ó sea cuatro veces y medio el valor del vagón de primera más lujoso construído en aquella fecha; y precisamente Pullman cifró, en este escándalo, todo el éxito verdaderamente asombroso de una empresa que, empezada en 1880, ha construído en tan pocos años inmuebles y talleres valorados en 40 millones de dollars.»

El razonamiento de Pullman, que á los 62 años está en pleno vigor de la vida, fué el siguiente: «Si construyo vagones que valgan dos ó tres mil duros más de lo que valen los construídos actualmente, todos los fabricantes lo harán con ventaja, y en las mismas condiciones que yo lo hago; lo único que me da ventaja es la suposición de que mis innovaciones son un derroche y una locura.»

El primer vagón que transportó el féretro de Lincoln, llamado Pioneer, y que por sus dimensiones obligó á desmontar parte del material fijo de la vía por donde debía pasar y que tanto asombro causó; hoy podría construirse por 8,000 dollars, y parece tan pobre y desmedrado, como ricos y ostentosos son los que se fabrican en la actualidad.

Dejamos el vagón histórico y entramos en el taller de vagones-palacios. Poca gente y escaso movi-

miento en todas partes; parece aquella inmensidad un cuartel abandonado; muchas cuadras ventiladas, llenas de luz y unos cuantos vagones en construcción. En cada cuadra pueden construirse solamente 5 Pullman-cars, subdividido así el espacio por temor á un incendio. En el primer compartimiento hay dos vagones, uno con su esqueleto de madera perfectamente ensamblada y cepillada, el otro, pintado, dorado y barnizado con una pulcritud admirable. Y mientras hago estas observaciones, dice nuestro amable cicerone: «El trabajo está aquí muy dividido, pasan por cada coche y antes de su completa terminación, quince brigadas de obreros. Las maderas interiores son de caoba fina de México y Cuba, la parte externa tiene 18 manos de pintura, poniéndose encima de ella el dorado y después el barnizado. Las cajas van montadas sobre boggies de seis ruedas y en cada boggy se emplean 450 tornillos.»

Salimos de las cuadras de construcción de Pullman, atravesamos rápidamente la sala de plantillas, echamos una rápida ojeada al depósito ó secadero de maderas destinadas á los vagones de viajeros, y entramos en uno de los edificios más curiosos de la colonia, y que sería muy conveniente conocieran los que son y los que han de ser concejales de Barcelona.

Oigamos lo que dice Mr. Duane Doty:

«Este alto edificio cobija el centro donde van á parar los detritus de la colonia; en este pozo actúa

una bomba aspirante tan poderosa que sería capaz de levantar un carro cargado con su caballería, y siendo este sitio el punto donde confluyen tantas inmundicias, observen ustedes que no hay olor alguno; el secreto lo van ustedes á ver enseguida», levanta la tapa del pozo, aproxima una hacha encendida á la boca y en seguida se nota que la llama se dirige, ardiendo con gran fuerza, hacia el fondo. Este fenómeno no es difícil de explicar: el juego de la bomba produce un vacío enorme en el fondo del pozo, y la presión atmosférica, actuando sobre el mismo, produce una corriente de arriba abajo que arrastra con gran facilidad todos los gases menos densos que el aire, saliendo por el tubo de aspiración que descarga en la atmósfera, á 195 pies sobre el nivel del poblado. Todas estas aguas sucias lanzadas á tres millas de distancia sirven para regar y mejorar las tierras de una extensa comarca.

Y sigue diciendo el cicerone: «Observen ustedes estos frascos, uno de agua destilada, otro de agua del Michigan, otro del lago Calumet y otro de agua de estos pozos, ya saneada; y verán que, después del agua destilada es la que tiene menos impurezas».

Salimos de allí para ver el gran cuarto de máquinas, la máquina de 2,500 caballos de fuerza que sirvió en la Exposición de Filadelfia de 1876 para mover todos los elementos de trabajo de aquel gran Certamen. Y dice Mr. Duane: Mr. Pullman compró

esta joya *The handsomest large engine in the World*—la más hermosa del mundo—en aquella feria, frase yankee estereotipada que nos persigue como la sombra de Banko y que dice, ó quiere decir: mísero mortal, abandona toda esperanza; después de los Estados Unidos de América, no hay más allá. *The best in the World* en calles, plazas, edificios, máquinas, sombreros, tejas, medicinas, el non plus ultra en todo. Pero aquí al menos, la máquina Corliss resulta limpia, hermosa, moviendo majestuosamente su inmenso volante, sin ruido ni trepidación, casi exclamaría sin rubor: *The best*..... si no temiera pecar por donde pecan tantos en América.

Pero no divaguemos, sigamos á Mr. Duane:

«La máquina trabaja á media presión, sus doce calderas medio apagadas esperan mejores tiempos, y los tres mil pies de ejes transmisores no transforman la fuerza más que en corto recorrido.»

Sigue nuestra visita por el taller de maquinaria destinada á la fabricación de tornillos, y nos dicen que 80 hombres pueden producir 50 toneladas de estas piezas al día; vemos como se empalman las ruedas á los ejes á la presión de 45 toneladas y todo el material necesario para la fabricación de llantas, roblones, ejes, etc., etc., y sigue Mr. Duane con satisfacción mal contenida: «podemos construir, con esta maquinaria, 50 vagones de mercancías por día, ó sea un carro cada 12 minutos; fabricamos también

400 ruedas de hierro fundido para vagones de mercancías, y sin obstáculo, podemos entregar, semanalmente, 18 trenes de tranvías, compuestos de tres Pullmans cada uno, cuando la colonia está en plena actividad.»

«Poseemos 900 máquinas de variadas dimensiones, reparamos 2,500 vagones dos veces al año, y todo esto y más lo producen unos 6,300 obreros que, con sus familias, forman una población que reside en esta colonia y que suma unas 12,000 almas. «Los obreros» y esto lo han escuchado los nuestros con mucha atención, «trabajan siempre 10 horas diarias, y en verano un poco más, para que el asueto pueda empezar el sábado á la una de la tarde.»

«Los jornales se pagan ordinariamente á razón de 2 dollars por persona; trabajan también á destajo, ganando 3 y 4 dollars diarios. Por lo general, cobran quincenalmente con cheques del banco Pullman, cobrándose anualmente términos medios comprendidos entre 467'02 dollars y 610'73.»

Después de almorzar en el Florence hotel, albergue cómodo y elegante, que podrían envidiar nuestras mejores ciudades, Mr. Duane Doty nos hizo proseguir la interesante visita, interrumpida á las 12 del día, de los principales edificios de la colonia Pullman.

Junto á la estación del ferrocarril de Illinois y enfrente de una gran plaza, la empresa levantó un

palacio de piedra, ladrillo y hierro llamado «Arcade», que, entre otras cosas, contiene dos grandes centros de civilización para la clase obrera, una hermosa biblioteca, con 8,000 volúmenes y un teatro espacioso. La primera me causó envidia; forma su planta una cruz que cubre una alfombra que amortigua el ruido de los visitantes, y su recinto espacioso, lleno de anaqueles puestos al alcance de la mano, barnizados y pulidos como espejos, conteniendo libros hábilmente encuadernados, que pueden ponerse sobre grandes mesas iluminadas por la luz que filtra por ancha claraboya, más que biblioteca pública donada á la colonia para instrucción y esparcimiento de la clase obrera, me pareció refugio intelectual de un refinado que aviva sus ideas al calor del lujo y del confort, entre muebles, libros y revistas, que son medio simpático á toda inteligencia cultivada.

El teatro me pareció menos afortunado en su forma, repartición y adorno. No tienen los yankees el don de la belleza, y con el afán de innovar y separarse de los viejos moldes, buscando algo nuevo que responda á la idiosincracia de las nuevas sociedades, divagan y se pierden en un mar de líneas y formas extrañas, cuyo alcance no es posible adivinar.

Salimos de la Arcade y visitamos una casita que dudo tenga más de dos mil palmos cuadrados, habitada por uno de los dibujantes de la empresa. Este señor gana 100 dollars al mes, y gasta 22 en casa.

No vi en ella nada nuevo y que valga la pena de describirse, como no sea la afirmación rotunda de que una familia algo numerosa no podría vivir allí sin ahogarse.

No olviden ahora mis lectores, que la sociedad Pullman dedica sus vagones de lujo á la circulación general de la inmensa red de ferrocarriles de Norte América y que, en sus palacios, se come y se duerme, corriendo á su cargo la manutención y lo que se necesita para la cama y mesa de numerosísima clientela. Claro es, por tanto, que la cuestión del lavado tiene en esta empresa una importancia de primer orden. Síganme, pues, al lavadero que dista tanto de recordar las escenas de *L'Assommoir* como dista un palacio de una pocilga, para ver cómo se lavan cada día 80,000 piezas de todas clases.

En la planta baja parece natural, ya que de lavar ropa, secarla, repasarla y plancharla se trata, buscar lavaderos, extensas cuadras de calefacción y nuestras planchas seculares. Pues lo natural no resulta serlo aquí, porque el material destinado á este servicio está completamente transformado, y los viejos moldes que suponen y exigen aquel bullicio aterrador de mujeres picando y chillando, como cotorras, en los lavaderos europeos, están convertidos en máquinas movidas por obreras que parecen señoritas, limpias, atildadas, que llevan la cabeza cubierta con una gorra de pinche de cocina y que, sin ruido ni afecta-

ción, repasan y planchan ropas lavadas por medios químicos y secadas por procedimientos mecánicos, centrífugas que arrojan el agua en forma de surtidor rotativo, y que planchan cilindros calentados con gas y á conveniente temperatura para no quemar la ropa.

Todo esto interesaría á nuestras mujeres tan celosas de los cuidados domésticos, que verían muy pronto dos cosas notabilísimas: que las ropas no duran un par de meses, quemadas por los agentes químicos y los procedimientos mecánicos, y que el repaso de las averías, hecho con máquina, resulta una labor tan chapucera que causaría lástima á una muchacha de ocho años, educada en la escuela más desamparada de una aldea española.

Dudo, pues, que el procedimiento americano halle en España imitadores y pasemos al taller de vagones y luego al de ruedas de papel que resultan sumamente interesantes, y en donde hallaremos en seguida lo que da tono y color á toda la civilización norteamericana: el desarrollo, en toda su plenitud, de la máquina y el aniquilamiento absoluto del obrero considerado como ser inteligente dedicado á un ramo cualquiera de la industria. El taller de vagones es inmenso; entran por sus puertas las maderas de pino sobre vagonetas, apenas desbastadas, y salen por las opuestas, convertidas en vagones cepillados, empalmados y pintados, dispuestos á correr

por las líneas americanas, con velocidades aterradoras. El material mecánico empleado en el taller puede entregarse al obrero más torpe y menos conocedor de la materia; todos los movimientos son circulares, todas las máquinas tienen sus palancas, ruedas, piñones y topes apropiados para que la inteligencia del obrero sea completamente inútil, y las maderas, moviéndose en sentido del eje del taller van quedando tronzadas, cepilladas, regruesadas y empalmadas, sin más esfuerzo que separar los trozos ya labrados en la primera, y colocarlos en la segunda y siguientes; completándose así, rápidamente, la obra de transformación del material.

A mitad del taller, el trabajo unitario, el modelado de piezas queda terminado, todos los despiezos hechos, las ruedas montadas sobre los rieles esperan la colocación de los tirantes, tableros, bandas, etc., y á las pocas horas, el vagón, ya construído, pasa á la tercera sección del taller en donde le dan unas manos de pintura, que seca el aire circulante, para salir al exterior en busca de carga y destino.

En realidad, no vi en ese taller nada nuevo, ni Mr. Duane tuvo empeño en presentarlo como á tal; lo que aquí atrae es la magnitud de la empresa, la extensión del local, la organización del trabajo, intensidad de labor y capital que se condensa, en mi concepto, y explica un dato estadístico que anoto cuando dice nuestro amable y correcto cicerone:

«Se calcula en los Estados Unidos que el servicio ferroviario de esta nación desecha diariamente cuatrocientos vagones de carga y que, el desarrollo comercial del país exige, hoy por hoy, un aumento diario de doscientos vagones para satisfacer holgadamente las necesidades del servicio de transportes.»

Claro es que en España no podemos concebir este inmenso tráfico, porque siendo la península una porción reducida de territorio al lado de este inmenso continente, y teniendo una población de 18.000,000 de habitantes en vez de 64, la comparación resultaría infantil, pero, quizá no sería inútil buscar la relación que existe entre las carreteras construídas y los ferrocarriles en el territorio de la Unión y la que hay entre iguales elementos de tráfico en España, y ver si la comparación nos dice que damos excesiva preferencia á las primeras con menoscabo de los segundos, y si se ha de pensar seriamente en transformar el procedimiento para que las empresas de ferrocarriles vivan con mayor prosperidad, con mira á este principio hábilmente planteado: «tarifas baratas y gran tráfico».

Es tan hermoso y útil ese estudio que mis lectores me perdonarán este inciso intercalado en el recorrido de los talleres Pullman. Y antes de entrar en el último departamento visitado, donde se construyen las renombradas ruedas de papel, detengámonos

aquí un poco, confiando en que no he apurado aún la paciencia de los que intenten seguirme en tan interesante excursión.

Los que no ahonden en este estudio creerán que las ruedas de papel son baratas, que duran menos que las de acero, que su peso reducido es un elemento de aprecio en el tráfico, y una porción de cosas igualmente diferentes de la realidad de las mismas, y la equivocación es tan profunda que, sin rodeos, puedo asegurar que las ruedas de papel valen diez veces más que las de acero, que cada rueda vale unos 100 dollars, que mientras las ruedas ordinarias sólo recorren, en buen estado, unas 60,000 millas, las de papel hacen recorridos de 600,000, y algunas hay, que he visto en el taller, que han viajado la enorme distancia de 800,000 millas, y aunque en este último dato ya aparece la ventaja de las de papel sobre las de acero, la real, la positiva, está en la elasticidad del papel que, impidiendo la trepidación, impide también la cristalización del acero, y por tanto su rotura, dando, á mi ver, mayor suavidad al movimiento de los vagones.

Pero ¿cómo siendo la pasta de papel, y pasta de paja por añadidura, resulta la rueda tan cara?

Pues, la contestación es muy sencilla, la parte de rueda construída con pasta de papel es, digámoslo así, el armazón, y éste va cubierto con una llanta de acero en sus bordes y dos chapas de hierro en sus

caras roblonadas, atornilladas y remachadas con gran cuidado y precisión.

Además, para que la pasta de papel adquiera la dureza que es garantía de su gran elasticidad, se necesita que pase por una serie de operaciones, y durante un espacio de tiempo tan largo, que contribuyen á que la mano de obra encarezca el producto, que no alcanza más recomendables condiciones que las debidas á su esmerada labor.

Mientras tomo estos apuntes, tengo á la vista una serie de roldanas, agujereadas en su centro para el paso de los ejes, que están colocándose sobre la plataforma de una prensa hidráulica y que un muchacho va empastando para que se empalmen perfectamente al someterlas á la presión de una tonelada por pulgada cuadrada y que, en número de 13 roldanas, constituirán luego el espesor del ánima de la rueda para pasar luego al secadero, donde estarán tres meses, adquiriendo tan gran dureza, que al golpearlas suenan como una campana, con la elasticidad del marfil y la resistencia de un cuerpo que trabaja sin desgastarse durante mucho tiempo, bastando cambiar la llanta para ponerla otra vez en servicio.

Y al dejar esa colonia, con pena, pues sólo un esbozo de la realidad va apuntado en mi cartera, teniendo tantas cosas que hacer y tantos puntos que estudiar, nos despedimos todos de Mr. Duane, admirados y satisfechos de haber visto una de las colo-

nias más interesantes del mundo, debida á la iniciativa de un hombre que ha adoptado la franca y quizás brutal divisa de un verdadero yankee: «nada para el obrero y todo por el trabajo», es decir: «ventilo y caliento mis cuadras, monto las mejores máquinas, establezco los procedimientos más adelantados para que el obrero trabaje holgadamente y produzca, con ánimo tranquilo, la labor más perfecta y acabada posible.» Ni caridad, ni filantropía, *business forever*.

Milwaukee



MONÓTONAS y descoloridas resultan siempre las grandes ciudades de la América del Norte. Todas las calles se parecen, todos los edificios, aun los más suntuosos, dejan el ánimo del visitante frío y descontento. Los hoteles deslumbran por su conjunto, pero no deben analizarse, conténtese quien los habite con gozar la luz espléndida que se refleja sobre mármoles, cristales, lámparas caprichosas, estucados de colores vivos y brillantes; el calor que radía de los tubos encorvados de los caloríferos, excesivo siempre, y que sólo al que llega aterido de frío le produce un bienestar delicioso; las escaleras anchas, limpias, tapizadas lujosamente, que nadie pisa porque todo el mun-

do aprovecha los ascensores, en constante movimiento; los cuartos, de indumentaria enrevesada, mezcla de confort y ruindad; baratillo extraño de camas, espejos y sillas que revelan un gusto detestable y... contento con esta fantasmagoría, podrá decir, como dicen muchos, que esto es lo mejor de la tierra como lujo y confort.

De todo esto hay algo, aunque mejorado, en la ciudad de Milwaukee, que dista 80 millas de Chicago, pertenece al Estado de Wisconsin y está sentada á orillas del lago Michigan.

Y con tener Milwaukee la fisonomía americana, cuesta trabajo creer que una ciudad que tiene en su seno tantos elementos alemanes, los rótulos de las tiendas, los nombres de sus dueños, la lengua de algunos de sus diarios y sobre todo, el porte de sus individuos, no sea un pedazo de territorio alemán, arrancado de las playas europeas y atracado á orillas del lago Michigan.

Las calles anchas y en cuadrícula, los tranvías eléctricos que las cruzan, los inmensos establecimientos industriales que las animan, los bancos, las iglesias, los pórticos que las adornan, forman un conjunto deleitoso, una nota pintoresca de aquel gran lago que no refleja, sino en pcquísimos días del verano, un cielo puro y risueño que recuerde la incomparable atmósfera de nuestra España.

Milwaukee tiene además para el industrial gran-

des atractivos: Pabst ha montado una fábrica de cerveza como no la soñó jamás el ingenio de Gambrinus, y aquella sociedad enseña orgullosa sus establecimientos que ocupan cuatro manzanas de la ciudad, manteniendo un personal de lisiados, puesto de uniforme, que acompaña cada media hora á los visitantes que, provistos de una botellita de cerveza y un folleto, regalo de la casa, van á paso de carga recorriendo los distintos laboratorios de la fábrica.

Tan rápida fué la visita, que no pude tomar ni un solo apunte; y así resultan barajadas en mi memoria cámaras de germinación, salas dedicadas á la limpieza de envases, cajas llenas de botellas corriendo automáticamente sobre tableros para llenarse, taparse y ponerse las etiquetas; máquinas de vapor moviendo cantidades enormes de líquido mezclado con lúpulo; cámaras frigoríficas de conservación de la cerveza en grandes toneles, y mil otros detalles que no deben interesar á los españoles, enemigos resueltos de una bebida de consumo inmenso, rival afortunado entre la raza anglo-sajona de los vinos que producimos, y que, siendo más higiénicos, más agradables y menos embrutecedores que la cerveza, hemos de guardar en las bodegas con honda perturbación de nuestro equilibrio comercial, y menoscabo de nuestra principal riqueza.

Más afortunado en la fábrica de Allís, cuyo director tuvo la cortesía de disponer que un ingeniero

industrial sueco me acompañara, y aprovechando también la singular competencia de mi buen amigo y compañero de jurado D. Fernando Aramburo, ví aquellos inmensos talleres, dedicados especialmente á la construcción de máquinas de vapor y de maquinaria para molinos harineros, de manera que pude formar concepto de la importancia que da la casa al uso de las herramientas más perfeccionadas, con las que produce un trabajo copioso y perfecto, empleando obreros de inteligencia escasa, de aprendizaje cortísimo, formados en cuatro días, en donde la máquina lo es todo, y el obrero nada ó casi nada. No me interesó gran cosa la visita; la casa Allís, que ocupa unos 1,500 obreros, no ha tenido, desde su creación, una sola huelga, pero ahora las cuadras están casi desiertas, sufriendo la influencia de los mercados que perturba la honda crisis de la plata y el exceso de producción.

La máquina de mayor importancia, en construcción, no pasará de tener mil caballos de fuerza; por tanto, preferí dedicar mi atención á la industria harinera, cuyos molinos modernísimos, construye Allís con una perfección admirable. Tiene en la fábrica un inmenso taller dedicado á fundir, acerar, estriar y pulir cilindros para la molinería, resultando una labor tan acabada que, al salir de las manos del obrero, brillan como una joya, admirándose la perfección de las figuras geométricas que la herramien-

ta ha labrado, con precisión matemática, y sin esfuerzo, como producto hermoso y fecundo de la inteligencia humana.

En otras cuadras estaban montados los molinos, y como abundan en Milwaukee, me interesó el estudio de una fabricación que en España se desarrolla ya con provecho.

A pocos pasos de la fábrica Allís y al pie del Michigan, acompañado del ingeniero de la casa di con un molino modelo. Allís construye el 99 por 100 de los molinos harineros instalados en el territorio de la Unión, y con objeto de acaparar tan gran negocio, que el monopolio es aquí la base de las asombrosas fortunas hechas en los Estados Unidos, forma parte de las compañías harineras, proporcionándolas capital en útiles, máquinas y herramientas.

Saben, los que se dedican á fabricar harina, que los molinos de piedra dan mayor rendimiento, son más sencillos y baratos que los de cilindro, y que la harina producida en localidades pobres, satisface únicamente las necesidades de gentes de paladar poco delicado. La ventaja, pues, real y positiva, de los molinos modernos está en la calidad del producto, en producir harinas blancas y nutritivas, base del pan blanco, hermoso y bien tostado, que es el mejor regalo de las mesas bien servidas.

En los molinos de piedra, el grano ha de estar humedecido, y al molerlo, la harina se produce

enseguida, aplastando juntamente las sémolas y el salvado, resultando de eso, una mezcla de harina y salvado de difícil separación; muchas veces el calentamiento de la masa, y como consecuencia, la cocción de harinas de baja calidad, produce pan moreno, de escaso valor nutritivo por haberse alterado ó descompuesto el gluten.

En la molinería moderna, el trabajo resulta más complicado, para evitar el calentamiento de la masa, conseguir la completa separación del salvado de las sémolas, la producción de sémolas limpias y de diferentes clases, y finalmente, la fabricación de harina blanca, pura, nutritiva y de fácil conservación.

Todo este proceso exige, desde que cae el trigo en la primera tolva hasta que se convierte en harina, una serie de operaciones que no he de seguir aquí, porque no tengo tiempo ni competencia para escribir un libro sobre molinería moderna; pero, que puedo agrupar en dos series bien definidas, la de las máquinas ó los molinos trituradores que separan el salvado de la masa general, y que convierten el trigo en sémolas, y los molinos de cilindro liso, que convierten las sémolas limpias en harina.

Para comprender la técnica de esta doble operación importa saber que un grano de trigo está formado de una envolvente, y al hablar así prescindo del tecnicismo botánico, y de granos aglutinados de diferente potencia nutritiva llamados sémolas, cuyos

granitos contienen la harina. La operación esencial de los molinos trituradores, compuestos de dos cilindros estriados que dejan entre sí un hueco de dos milímetros de espesor sobre el que cae el trigo, consiste en triturar los granos sin aplastarlos. De esta primera operación resultan: salvado, sémola y harina, y trozos de trigo; los tres primeros se separan de los últimos que pasan por otro laminador de garganta más estrecha, se vuelven á separar los elementos resultantes, y así continúa la operación hasta tener completamente separados, por medio de cernederos, el salvado, la harina, que en cantidad escasa resulta, y las sémolas.

Los cilindros trituradores están estriados en espiral de 15 á 20 grados, formando las estrías de cada par de cilindros ángulos comprendidos entre 30 y 40 grados, y dispuestos de manera que, mientras un cilindro da 500 vueltas, el otro del mismo par no da más que 200.

Separadas las sémolas se guardan ó muelen para convertirse en harina. Para conseguir esto último, se emplean cilindros lisos de distinto diferencial en su movimiento, moliéndose tres, cuatro y cinco veces en laminador de paso cada vez más estrecho.

Los cernederos, de movimiento oscilatorio, debidamente preparados, van separando los diferentes residuos de la molienda, clasificando las sémolas y las harinas automática y primorosamente.

Allís fabrica molinos que producen 50, 75, 100, 150 y más quintales de harina cada veinticuatro horas, empleando fuerzas motrices de 16, 20, 25 y más caballos de fuerza.

El desgaste de los cilindros se rectifica en los talleres de Allís, marchando aquí este mecanismo industrial con una perfección admirable.

No pretendo haber esbozado siquiera tan interesante estudio, que recomiendo, por creerlo productivo, á los que tengan interés en moler cereales con perfección, y conservar harinas puras, blancas y nutritivas, procedan ó no del territorio nacional.

La clausura de la Exposición



l sonar la hora postrera de la Exposición colombina de Chicago, parece justo recapitular la impresión sentida, y como si se tratase de historiar la vida de un muerto ilustre, prestar á sus obras la atención reflexiva que merece todo lo que deja en el mundo, huella profunda de su paso por la tierra.

Abarcar, en su conjunto, una obra tan grandiosa requeriría la inteligencia de un sabio, la pluma experta de un literato de raza y el juicio frío é independiente de un temperamento rigurosamente equilibrado. Por no ser ninguna de estas cosas aporto aquí la impresión subjetiva, apuntada con severa imparcialidad, desoyendo las alabanzas de los entusias-

tas y los clamores de los pesimistas, pero, imparcialidad unida á mi temperamento nervioso, expuesto como todo lo que es pasión á las injusticias de los hombres.

No trato, pues, de sentar afirmaciones rigurosas, ni de dar á cuadro tan complicado los últimos retoques. Mi pretensión es más modesta; y sólo pido á mis lectores el convencimiento de que aporto á este juicio, no la nota justa, sino la impresión sincera de lo que he visto en la Exposición de Chicago.

No es difícil, después de siete meses de recorrer la White city, formar concepto de su conjunto; veo su traza holgadísima, abarco su fisonomía con una sola mirada y la obra me parece genial y digna de un entendimiento soberano. Marcar en el papel, con la vista fija en los recursos conque se puede contar y los servicios que se deben satisfacer, la línea ondulada que se traza sobre centenares de hectáreas, con pulso firme y sereno, combinando la forma precisa de lo útil, con la obra de la fantasía, recurso poderoso del arte que da vida y color al pensamiento, cuando los recursos se cuentan por millones y los servicios han de compenetrarse con el trabajo de todas las civilizaciones y todos los pueblos, la inteligencia más templada y serena ha de sentir desfallecimientos y reacciones de gigante, ante la solución de un problema, que ha sido base del desenvolvimiento de la Exposición entera. Arguyan cuanto

quieran los que han clamado contra la extensión exagerada de la White city, causa primera de sus caídas y fracasos, nadie podrá negar sin injusticia, que la traza ha sido un portento de hermosura. Los americanos, autores de las ciudades en cuadrícula, de fisonomía borrosa y fría, lo son también de la World's Fair de líneas onduladas y vistosas, de rasgos artísticos primorosos, con fisonomía propia en cada porción de su vasto recinto, rico en color y fantasía, marco amplísimo de los edificios inmensos que se han levantado, con varia fortuna, en la Exposición de Chicago.

Convertir un pantano en ciudad urbanizada, sanearla y drenarla, aprovechar las aguas encharcadas para que corrieran encauzadas en ancho canal, enlazar esta obra quilométrica con el Michigan, decorar sus márgenes con prados y jardines, levantar con las tierras arrancadas del fondo del pantano superficies onduladas, formando suelo al rodal de plantas y arbustos forestales; la estatua escondida entre flores y hojarasca, la fuente monumental dominando en la Cour d'Honneur á los dioses de la mitología, las estatuas de soldados, héroes, sabios... los puentes y las góndolas venecianas y las lanchas eléctricas, son cosas que, bien dispuestas, constituyen por sí solas un esfuerzo verdaderamente asombroso.

Los edificios, en cambio, por sus trazas y sus alzados se han levantado, con varia fortuna. No basta-

rían las páginas de este libro para dar una idea de aquellas obras colosales, requiriendo su crítica justa y severa, minucias de detalle y pinceladas de conjunto que, quizá, demostrarían que sólo en lo fielmente imitado, por no decir copiado, han hallado los arquitectos americanos la nota justa de lo bello y esplendoroso. Pero, sería notoria injusticia involucrar en criterio tan riguroso al autor del Palacio de Manufacturas que, sin desdeñar las reglas de la técnica y aun rindiendo pleito homenaje á los estilos arquitéctonicos que han dado al mundo antiguo su fama artística, se ha mantenido dentro de cierta independencia, rayana al genio, atreviéndose á cubrir diez hectáreas de superficie con una sola nave, sin aplastar el edificio, y manteniendo su gallardía en aquella traza colosal y no superada hasta la fecha.

Aficionados los norteamericanos á lo grandioso, la erección de cúpulas y cimborios de todos tamaños, formas y colores, ha sido la pasión yankee en la ciudad blanca; afortunados en los trabajos de ingeniería, atrevidos y enamorados de las osadías no aventajadas aun, la proporción entre las diferentes partes de una obra no parece haber sido la preocupación del proyectista, más interesado en discutir lo deforme y grandioso que en buscar equilibrios que encarnan en lo vulgar y conocido.

Nadie habrá adivinado tampoco, por las formas externas, el destino otorgado á palacios grandiosos

adornados fastuosamente, obra en que el ingenio del artista olvidó completamente la relación que debe existir entre el continente y contenido de los edificios que tienen carácter público.

En el desarrollo de los servicios no hubo tampoco la variedad en la unidad reveladora de una mano experta y segura, propia de un jefe organizador y dotado del conocimiento hondo de las necesidades de tan grande empresa. Aplicada la división del trabajo á un organismo complicadísimo, el procedimiento sólo pudo resultar aceptable señalando en los puntos generales contactos de tangencia claramente determinados, encargando á directores expertos el movimiento de los diferentes campos de acción, pero con mira siempre á evitar rozamientos y á suavizar asperezas que sólo puede realizar la Jefatura indiscutible de una persona capaz de mover el mecanismo entero con criterio propio, sólido, fijo é inquebrantable. Si ese procedimiento ha tenido aquí feliz desarrollo, confieso que no he sabido verlo; las aduanas, las agencias de transportes, el servicio ferroviario, la vigilancia, la fiscalización en las puertas, el Jurado, no han tenido engranajes que facilitaran el movimiento, antes bien me parecen cabos sueltos de cables transmisores de energía cuyo empalme resulta ser obra difícil, enojosa y perturbadora.

En los Palacios, la *mise en scène,* para el que no busca detalles y primores de organización, para el

que no estudia, ni compara, la obra de conjunto parece harmoniosa y muy lucida; el profano halla aquí cuanto puede colmar las ansias más exageradas de aire, color y luz; el inteligente, en cambio, observa forzosamente algo que denota precipitación en el procedimiento y en la ejecución.

Pero aun así, el que quiera estudiar, halla aquí recursos agobiadores; el que sabe buscar, siente forzosamente las tristezas de no poder acaparar los inmensos tesoros que la ciencia universal y el arte en todas sus manifestaciones han acumulado en este recinto digno de llamarse pomposamente World's Fair, la feria del mundo, pero feria colosal en que los antiguos moldes ni siquiera han merecido respetos de anticuario, tan radicales han sido los cambios realizados en la pompa conque se ha desenvuelto en América, la Exposición de Chicago. Aun prescindiendo del marco, de sin igual hermosura; del edificio holgado y portentoso, de las solemnidades con que se han festejado aquí las manifestaciones de las ciencias y las artes, el que recuerde el tenderete adornado con unos cuantos cabos de vela iluminando vistosas baratijas, esbozo, con su cubierta de lona contra el sol y la húmedad, de los esplendores de hoy, el ánimo queda sobrecogido de admiración ante los nuevos horizontes que la ciencia y el arte del ingeniero descubre cada día, señalando á las sociedades recursos inagotables de riqueza y bienestar.

El triunfo de la electricidad en Chicago ha de consignarse en la historia del progreso humano como un suceso glorioso. Y es que el que ahonda en la materia halla resuelto un problema trascendental; la aplicación de la electricidad á todos los mecanismos y á todas las necesidades de la vida no significaría gran cosa, si sólo se tratara de la luz que deslumbra, de la fuerza que avasalla, de la electrolisis que admira, ¿que importaría todo eso, aun siendo tan prodigioso, si en el fondo del problema no se hallara la solución del aprovechamiento intensivo de las fuerzas vivas de la naturaleza, y con ella, la modificación radical del trabajo redimido por esas mismas fuerzas? Durante siglos las hemos contemplado con los brazos cruzados sin saberlas aprovechar, cegados por la ignorancia, embrutecidos por la miseria, hasta que la ciencia, esencia purísima de Dios, nos ha enseñado que la naturaleza trabaja para el bienestar del hombre diciéndole, «aquí tienes el trabajo incesante de la materia, mis leyes te muestran que las aguas al despeñarse, el aire al cambiar de densidad, las olas al agitarse en la superficie de los mares, los agentes telúricos al correr por los estratos terrestres, son fuerzas que obran constantemente en el mundo y que te doy gratis con la única condición de que sepas transformarlas y conducirlas á tu antojo para tu bien y el de la humanidad. Durante siglos te he mostrado en las nubes el agente propulsor de la vida, te he des-

lumbrado con sus rayos, y su fulgor no te ha dicho hasta ahora que aquel agente indómito es luz, es calor, es fuerza... es vida, en fin, de las sociedades hambrientas de paz, amor y caridad.»

Y al reunirse tantos portentos en Chicago, el que ha estudiado su esencia, prescindiendo de tanta luz y tanto color, en aquel inmenso mecanismo, obra de una lucha gigantesca, ha visto que la apoteosis eléctrica es la nota culminante del Certamen, nota reveladora de un cambio social fundado en la solución de un problema acogido con simpatía en todas partes: el aprovechamiento intensivo de las fuerzas naturales, y la modificación honda de todos los instrumentos del trabajo.

Aquí tienes, lector; sintetizada, en mi concepto, la labor del gran Certamen americano: no hay en él cosas nuevas reveladoras de enseñanzas fecundas, pero hállanse aquí realizadas, en espacio reducido, convertidas en lo tangible y en lo práctico, lo que la fama pregona por el mundo, como bueno, útil y provechoso.

Descarta, pues, la balumba de las fiestas, las mascaradas, las democracias americanas luciendo sus abigarrados batallones, las paradas, los banquetes y los saraos, los congresos y las discusiones, fárrago indigesto de la garrulería universal y fijáte en lo porvenir, lleno de esperanzas, porque el bien, que es fecundo, que es obra de Dios, y por tanto, lo absoluto, ha

de vencer aquí, como en todas las inmensidades del espacio infinito, al mal, que es contingente y forma pasajera del error y la ignorancia.

. . . .

Todo ha terminado; la fiesta de clausura se ha convertido en día luctuoso y de vergüenza. Un malvado, un ambicioso, acaba de asesinar á Harrison, al Mayor de Chicago.

Las fiestas, los discursos, las galas de la ciudad se transforman en ayes de dolor y fúnebres crespones, concluyendo tristemente una de las glorias más puras de la América del Norte.

Chicago entera inclina la frente ante el cadáver expuesto en capilla ardiente, levantada en la casa de la ciudad y á su entierro concurre todo un pueblo, ansioso de borrar y hacer olvidar el crimen horrendo, cometido en horas que dan al acto, la significación de delito de lesa patria.

Yo no sé si la democracia americana olvidará la memoria de Harrison; en cambio, estoy seguro de que el mundo entero recordará siempre admirado el esfuerzo colosal del pueblo que ha mostrado tanta energía y tanta virilidad y pujanza, al levantar una de las obras más portentosas de este siglo: la World's Fair de Chicago.

FIN DEL PRIMER TOMO

ÍNDICE

VIAJE Á AMÉRICA

VIAJE
Á
AMÉRICA

Estados Unidos, Exposición Universal de Chicago, México, Cuba y Puerto Rico

POR

Rafael Puig y Valls



TOMO II

BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE LUIS TASSO
Arco del Teatro, 21 y 23

1894

Washington



i querido lector: Si estás cansado de oir cantar las alabanzas de la Exposición de Chicago; si te repugna leer los detalles de la muerte de un hombre que pensó dar gloriosa tumba á la gran feria del mundo, y halla la suya abierta por la mano odiosa de un asesino horas antes del 30 de octubre; si te adolora contemplar como se enlazan y confunden en la Babel de las grandes ciudades americanas, la estruenduosa fiesta que ilumina la ciencia con todos sus esplendores y la industria con todas sus riquezas, con el horror de trenes que chocan cada día produciendo víctimas sin cuento, de incendios que devoran edificios á centenares, de asesinatos aleves que

buscan víctimas rodeadas de todos los prestigios: ven conmigo á tierras más tranquilas, donde el humo de las fábricas no emponzoña el aire que se respira, donde la agitación loca y febril del dollar no enloquece á los hombres, donde el sol brilla, y la atmósfera es transparente, el aire sano y la gente culta; ven conmigo á Washington, donde verás una ciudad que levanta monumentos á los mejores patriotas; el Capitolio, á la gloria más pura de la gran república norteamericana; modesto albergue, en la Casa-Blanca, al representante del pueblo, y á orillas del Potómac la tumba del Cincinato de la historia contemporánea, que abatió la soberbia británica y fundó con su alta sabiduría el edificio colosal, el Código de las libertades americanas que ha fecundado todas las energías desplegadas durante los últimos cien años, procurando, en tan corto espacio de tiempo, el desenvolvimiento más rápido y poderoso de una nacionalidad que registra la historia humana.

Washington, más que ciudad, es panteón colosal que glorifica á los dioses de la democracia americana; la estatua de Washington, sentado en silla curul, tronando como un dios pagano sobre las alturas del Capitolio, sintetiza en tres leyendas puestas en el zócalo del monumento, con sencillez espartana, toda su historia y toda su vida: «El primero en la paz», «El primero en la guerra», «El primero en el corazón de sus conciudadanos».

El que supo hallar nota tan justa, digno fué de sentir tanta grandeza.

Y como guardianes del Capitolio, altivos y arrogantes, los ungidos por el pueblo en el pórtico del gran monumento, las estatuas de Colón y las de Washington, Garfield... que han ocupado unos tras otros los puestos de honor como *leaders*, por no decir señores, de las muchedumbres americanas.

Pero no quiero, lector querido, que me sigas al través de las grandes avenidas de Washington, de sus hermosos parques cuajados de estatuas y monumentos, ni quiero que formes concepto conmigo, de las bellezas y los defectos del Capitolio, que tantos recuerdos de España y aun de Barcelona ostenta, del gran monumento que imita las agujas monolíticas de Egipto, de todo lo que encierra la Casa-Blanca, porque todo esto está ya descrito hasta la saciedad, y siendo probable que no daría con la nota justa, más vale que consultes autores de mayor y más justificado predicamento, contentándote con venir, en piadosa peregrinación, á la casa que habitó en Mount Vernon el fundador de la República, y á la tumba que dista pocos pasos del que fué, al parecer, dichoso hogar de la familia Washington.

Yo bien quisiera hacer este viaje entre pocos y aun silenciosos amigos; no se va, ni se puede ir á Mount Vernon, sin meditar, sin retrotraer á la vida toda la historia, todas las dotes de mando de un

hombre que llenó de gloria las tierras americanas. Pero, no soy rico para fletar un vapor por mi cuenta, y he de contentarme con pagar cincuenta centavos para que *The Maid of the Mist*, la doncella de la niebla, me conduzca entre *gentlemen* y *ladies* de todas clases y categorías, á la Meca de la República de los Estados Unidos.

La mañana está fría y destemplada; el Potómac arrastra el limo de aguas torrenciales, producto de fuertes lluvias; los horizontes están cerrados y los pasajeros arrebujados en la toldilla, contemplan silenciosos las frondosas orillas del río. A las diez el vapor señala la salida, abandona la dársena y emprende la marcha, camino de Mount Vernon.

El marinero de guardia va anunciando á los pasajeros los puertos de parada, Alexandría, Port Foote, Fort Washigton, Mount Vernon. La gente sale, se precipita á la pasarela, y el vapor retrocede y nos deja en la entrada del parque que rodea la casa que habitó Washington, después de haber renunciado todas sus grandezas para que vinieran hombres nuevos á continuar la historia de los Estados Unidos.

La niebla que nos persigue toda la mañana da á lo que nos rodea un aire de tristeza que convida á meditar. El parque se extiende en terreno suavemente ondulado, formando una colina que domina el silencioso Potómac, que, al deslizarse blandamen-

te, parece respetar el sueño inmortal del héroe de la independencia norteamericana.

Árboles forestales plantados por la mano de Washington, pinos, robles, encinas, cipreces piramidales, árboles todos de hoja perenne, dan al conjunto la fisonomía triste de un cementerio. A pocos pasos del río, una estrechísima senda que sigue la cañada de un vallecito, elevándose rápidamente, guía á una pequeña meseta, donde se halla la modesta tumba de Washington y su mujer Martha.

El que pretenda hallar allí mármoles y bronces, leyendas fantásticas ó epitafios altisonantes, pierde lastimosamente el tiempo; una especie de capilla, que cubre una bóveda de cañón seguido, construída con toscos ladrillos recubiertos con lechada de cal y vermellón, dos tumbas de marmol blanco que los rigores del clima han manchado de tonos grises, el nombre del que descansa allí, esperando, según dice un versículo de la Biblia apuntado en el paramento que cierra el fondo de la capilla, que no morirán nunca los que creen, y una verja de hierro toscamente labrada, cuyas llaves fueron lanzadas al fondo del río, es cuanto constituye el monumento funerario de un hombre que sus contemporáneos creyeron que no cabría, tanta fué su gloria en la paz y en la guerra, bajo la bóveda portentosa del Capitolio de la capital de la república.

Fuera, y como satélites del gran astro, yacen los

parientes de Washington, orgullosos aun en sus tumbas de pertenecer á la familia del gran ciudadano norteamericano.

Y cuando la turba que me acompaña silenciosa se cansa de contemplar aquellas tumbas modestas, llevando cada cual en su pensamiento, unos toda la historia de un pueblo, otros la sencilla visión de una grandeza extinguida, los más la idea de lo que no se comprende, algo así como música que recoge el viento, que acaricia nuestros sentidos sin dejarnos la huella de un pensamiento claramente definido, yo me quedo allí pensando si aquel hombre que había nacido para jefe de un pueblo, si aquella inteligencia poderosa que temía que los hijos de los ricos se corrompieran en Europa y adquirieran, entre cortesanos, sentimientos adversos á la república que él había fundado con sencillez espartana, se asustaría hoy del vuelo que alcanza aquí la corrupción, tan grande, tan cínica y tan consentida, que ostenta desvergonzada todas sus llagas, sin que haya siquiera una mano piadosa que cubra sus lacras con manto de misericordia. Aquel hombre que dejaba en su testamento una manda piadosa para fundar una Universidad donde la juventud aprendiera á amar una república austera hallaría hoy una sociedad que ama desenfrenadamente una sola cosa: el dollar, que alienta todas las pasiones y satisface todas las concupiscencias. Y Washington, que creyó ofrecer su modestia á Amé-

rica como un legado de paz y caridad, si resucitara creería que habían falseado su obra, permitiendo que entre ricos y pobres se levante la barrera infranqueable que trata de derribar la dinamita y que la corrupción cortesana había penetrado por todos los ámbitos de la república, contemplando un pueblo ávido de medallas, cintas y condecoraciones ridículas que parecen indicar tendencias marcadísimas á nacientes y aun mal definidas aristocracias.

Y es que no hay obra humana que no sea efímera, ni previsión que baste para fecundar las iniciativas y los desenvolvimientos de un pueblo, en sus evoluciones al través de las edades y los tiempos.

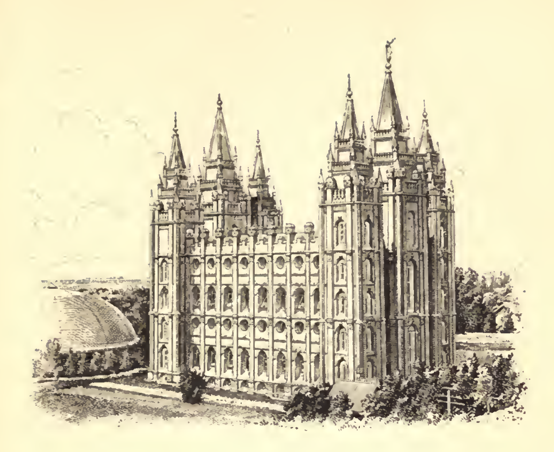
Se deja con pesar aquella tumba que enseña tantas cosas á los que la interrogan con buen sentido; y subiendo por suave cuesta, á pocos pasos se halla la casa de Washington, restaurada con *amore* por manos piadosas que han respetado con empeño su tradición, los recuerdos y las reliquias acumuladas, el color local de cuanto vivificó el genio poderoso del héroe de la independencia americana.

El estilo de aquella mansión, la decoración de las salas de fumar, conversación y música, donde apenas caben una docena de personas, el clavicordio la flauta, todo lo que constituía lo íntimo del hogar representa, en lujo y riqueza, lo que puede gastar en cualquier parte una fortuna modestísima. El cuarto donde murió Washington, la cama donde soñaría el

heroe tantas grandezas para la patria, el sillón donde reclinó tantas veces su noble cabeza, se conservan como ejemplo de modestia y objeto de veneración.

Las paredes, museo vivo de las glorias americanas, los anaqueles, los libros de predilección, los cuadros de historia, los autógrafos en que llama amigos á sus subordinados, ofreciéndose como su humilde servidor, los recuerdos de Lafayette, de los compañeros de armas que bajo su mando tutelar alcanzaron tanta gloria, todo está allí reunido para que las generaciones del presente y del porvenir desfilen con la cabeza inclinada ante uno de los prestigios más puros, más desinteresados y nobles de la historia del mundo.

Y al volver al vapor para regresar á Washington, el ánimo parece sentir la influencia y el aliento poderoso de tan altos ejemplos, que allí se aprende á amar la pátria con desinterés, y sin más objetivo que el bien común.



El templo de los mormones

Salt Lake City

He visitado la ciudad del Lago salado movido por la curiosidad, y sin tener la pretensión de estudiar las costumbres de los mormones. He permanecido en ella cuarenta y ocho horas que parecerán á toda persona sensata espacio demasiado breve para intentar siquiera un estudio que requiere, aún siendo un movimiento social de limitado alcance, tiempo, calma, ocasión y juicio atento y seguro para poderlo apreciar debidamente.

Pero como la doctrina de Brigham Young ha producido algo más que un movimiento de opinión, algo

que se traduce en trabajo útil á la humanidad, me pareció curioso visitar un pueblo, que cual cuña metida en un cuerpo extraño agita á la sociedad americana, barrena sus principios, impone sus leyes, establece su gobierno y predica una moral reñida con cuanto constituye la esencia de la nación sobre que vive como parásito adherido á las entrañas de su extenso territorio, con tendencia manifiesta, él que es tan poca cosa, á devorar al monstruo, imponiéndole su doctrina y sus creencias religiosas.

Sería curioso ciertamente averiguar que magia pudo convertir á la mujer libre y civilizada en esclava y envilecida; sería una obra meritoria estudiar la del patriarca mormón, que duerme en los altos de la ciudad el sueño profundo de la muerte, él que como Cristo dijo que resucitaría entre los muertos para que sus apóstoles predicaran la buena nueva por el mundo; pero no tengo sabiduría ni fuerzas para tanto, bastándome contemplar, desde Prospect Hill, la ciudad que ha creado el genio mormón, y la llanura que se extiende á sus pies, estepa árida y fría ayer, campo fecundo y rico hoy, fertilizado por la mano de una secta que extiende ya sus dominios por importantes territorios, que cuenta más de 200,000 adeptos, y que envía sus misioneros á Europa no sé si convencidos ó guiados por móviles menos nobles y loables que la convicción.

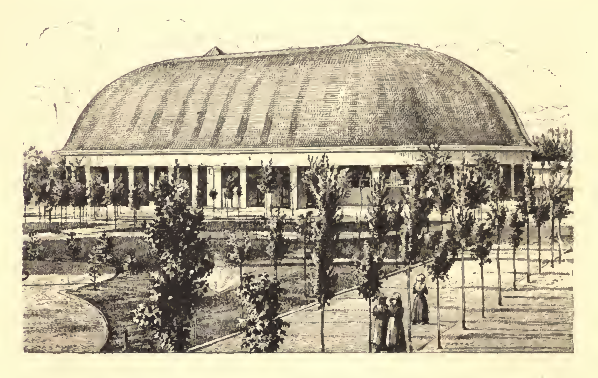
La capital de Utah es una población de factura

norteamericana bien marcada; sus calles rectas y anchas, sus tranvías eléctricos, sus discos de alarma, sus policías con casco y club en la cintura, sus tiendas abigarradas, hoteles inmensos, edificios públicos estrafalarios, la luz eléctrica en todas partes, son notas repetidas en la ciudad de los mormones, como lo son en todas las grandes poblaciones de la Unión americana. No es eso, pues, lo que interesa en la ciudad del Lago salado; y el extranjero, el gentil para el mormón, que no puede entrar en la mansión donde la poligamia esconde sus delitos cometidos contra la ley soberana de los Estados Unidos, ni escuadriñar sus prácticas religiosas, ni las leyes que regulan los vínculos de aquellas familias patriarcales, busca ansioso las manifestaciones externas, los monumentos, las obras de arte, las inspiraciones del genio popular calcadas sobre las creencias y las aspiraciones de su espíritu.

Y en un recinto que cierra alto muro de adobe, situado al pie de una colina, como centro de la ciudad santa, escondidos entre la arboleda, como temerosos de que los profanen las miradas de los gentiles, la fe de los mormones ha levantado tres grandes edificios: el templo, el tabernáculo, y la asamblea.

El templo no puede verse más que exteriormente, su arquitectura y su forma no explican el uso á que está destinado, ya que sus cuerpos avanzados y las aberturas de sus diferentes pisos no parecen indicar

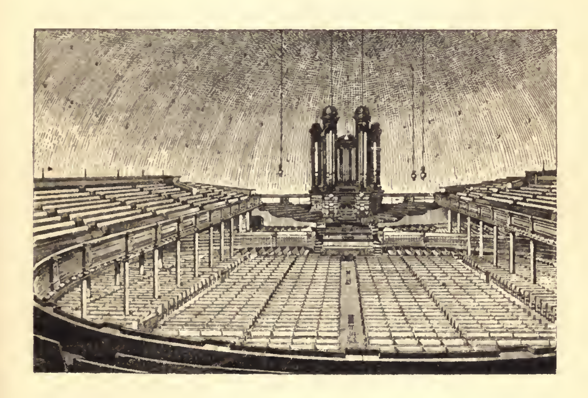
la construcción de un espacio cubierto, semejante al de nuestras catedrales, donde se congregue el pueblo mormón en sus prácticas religiosas; y como es inútil preguntar al guardián para que sirve aquel inmenso edificio, especie de castillo feudal rematado por altas pirámides, feo, desproporcionado, revelando únicamente la potencia financiera de un pueblo que puede



El tabernáculo de los mormones

permitirse el lujo de gastar cuatro millones de dollars en fabricar un palacio, destinado probablemente á oficinas y á las ceremonias de carácter civil del mormonismo, no tengo más remedio que buscar, dando un largo rodeo, la entrada de un edificio extraño, parecido á un elipsoide de tres ejes, llamado *el tabernáculo*, rematado por una bóveda rebajada que cubre una planta, casi elíptica, de aspecto teatral

sobre que se levanta ancha gradería que domina una platea espaciosa, en cuyo fondo está la tarima presidencial y un órgano potente, especie de altar, por cuyos tubos cilíndricos se elevan al cielo las plegarias del pueblo mormón. Unas cuantas lámparas de arco voltáico, simétricamente repartidas por la sala; completan, con los bancos, sillones y graderías el ajuar



INTERIOR DEL TABERNÁCULO

de un recinto que, sin cambiar un solo detalle, podría servir para espectáculos teatrales, como sirve ahora para las grandes solemnidades religiosas de los mormones.

La bóveda fría, desnuda, inmensa, cubierta con una lechada de cal, sin una sola abertura por donde pueda entrar aire y luz en un recinto confinado está

sabiamente dispuesta para convertir la sala en una sonorísima caja de música, tan sensible y delicada que un alfiler caído sobre el suelo, el rozamiento de una mano con otra se oye perfectamente de todos los ámbitos de aquella inmensa sala que ofrece 8 mil asientos al pueblo mormón, en sus grandes fiestas, y espacio suficiente para doce mil personas.

Las prácticas religiosas consisten en lecturas y sermones, conciertos y plegarias escuchadas por un pueblo, al parecer, profundamente convencido, por más que la mala semilla, la tolerancia impuesta por la ley, envíe á Utah legiones de gentiles que acabarán probablemente con lo que parece ser una chifladura de los profetas del marmonismo.

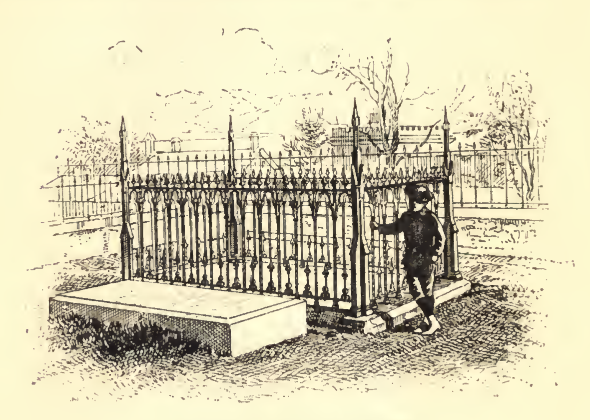
El Assembly Hall, recuerda la arquitectura empleada en las iglesias de las sectas protestantes tan comunes en los pueblos anglo-sajones; su espacio, relativamente reducido, sus paramentos adornados con frescos que historian la leyenda mormona, sus elementos decorativos, pobres y fríos, no revelan entusiasmos, ni la fe profunda que levantó en los tiempos medioevales las asombrosas catedrales españolas, italianas y belgas, como si los pueblos nuevos, *parvenus* de raza, afición y convicciones proclamaran constantemente que lo único admirable y digno de loa, en el mundo, es la agrupación de la unidad seguida de ceros, acompañada del estúpido signo del dollar con que se envanecen, despreciando la mani-

festación artística, que no estiman ni comprenden.

Los Estados Unidos, que tienen establecida la ley del divorcio; en la tierra americana donde hay mujeres que tienen apuntados en su cartera tres ó cuatro maridos, y hombres que han paseado tranquilamente otras tantas esposas, viviendo todos alegremente entre hijos que deben ser ya de difícil clasificación, se asustan hipócritamente de la poligamia, y las Cámaras del país indignadas han prohibido terminantemente la más grande de las abominaciones terrenales. Pero en Utah, como en todas partes, las leyes se acatan, pero no se cumplen, y el pacífico pueblo mormón continúa discretamente su obra, practicando el conocido precepto bíblico, en sentido tan amplio, que ha dado ya al Lago salado lo que llaman *our best crop, nuestra mejor cosecha,* y que con cierta cranerie tenían expuesta en la Gran Feria del mundo, representada por una gran fotografía poblada de cabecitas rubias, sonrientes, llorosas, bonitas, feas, pero colección inmensa de chiquillos, que si no son manifestaciones externas de costumbres puras, lo parecen de una gran fecundidad y de gran fe en los principios fundamentales de la iglesia mormona.

Y allí, en los altos de la ciudad, lejos del mundanal bullicio, donde no llega el ruido del tráfico, en modesto *cottage,* ó alegre y lujoso hotel, la familia mormona esconde sus amores y se ríe de la ley patria, y crece y se multiplica, reconfortado en la fe de

aquel que duerme bajo lauda inmensa en el cementerio, sin nombre, ni símbolo religioso, rodeada de una verja de hierro, que separa su tumba de la de sus esposas que ostentan en sus piedras tumulares sus nombres y apellidos para que sean conocidas en la tierra, las que tuvieron tanta fe en la doctrina que envilece á la mujer redimida por Jesucristo.



TUMBA DE BRIGHAM YOUNG

Y si el espíritu de Brigham Young puede contemplar el desenvolvimiento del pueblo mormón, contento ha de estar al ver como una árida llanura, desalada y saneada, cruzada de caminos y zanjas de desagüe, alimenta miles y miles de cabezas de ganado que enriquecen á un pueblo que, formando hace 43 años extensa caravana, desterrado, expulsado por las

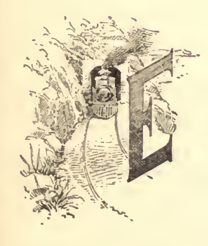
leyes americanas, buscó en el desierto, donde la yerba no crecía, tierra maldita sembrada de sal, poblada de razas indias enemigas, refugio y paz para las creencias de su espíritu.

No he de decir aquí, ni apuntar siquiera lo que pienso acerca del mormonismo, pero sí han de tener presente los que arrancan la fe del pueblo, que los mormones, con sus creencias falsas y absurdas, pero fundadas en el amor, han fecundado el desierto y poblado la tierra más ingrata del globo, enriqueciendo á los que partieron pobres y desolados de las tierras americanas ricas y fecundas; y que con el odio en el corazón y muerta la fe en el espíritu, los campos fecundos se convierten ya en tierras malditas, donde sólo puede levantarse fatídico catafalco, negación impura de toda civilización y toda raza honrada y laboriosa.

Y con ser tanta la labor mormona, y tanto lo que queda aún por hacer en aquellas tristes llanuras, observo que aun siendo raza de poderoso aliento, más que proteccionista, juzgan necesaria para su ulterior desarrollo la prohibición absoluta, como lo prueba el principio que copio y recomiendo á los economistas españoles, copiado de una leyenda puesta en los coches tranvías de la ciudad *When you spend a dollar for foreing goods you are making Utah 1'00 $ poorer, cuando usted gasta un dollar en géneros extranjeros está usted haciendo á Utah más pobre de un do-*

llar. Y en el corto recorrido de diez y ocho millas en ferrocarril que separan la ciudad del lago salado, observo aún extensas tierras cubiertas de sal que sanearan y desalaran por el conocido y antiguo procedimiento de zanjas y riegos, y al llegar á Garfield beach completo mi visita al país de Utah. contemplando un ostentoso natatorio, formado de dos largos pabellones, que une un salón central rematado por ostentoso cimborio, donde acude la gente en verano á oir los conciertos, y á solazarse en aquel mar muerto, de aguas casi tan densas como las de aquel otro mar de la desolación que en las tierras de Asia guarda tantos recuerdos y leyendas cristianas. Mi excursión, pues, á la ciudad mormona, había terminado, con algún desencanto ciertamente, pero, contento con la satisfacción de haber visto y tocado el fenómeno social del mormonismo, y contemplado la obra de un fanático que prueba una vez más la potencia de la fe, como veo tristemente al llegar á mi querida España los horrores del descreimiento, y la negación del amor que convierte al hombre en fiera y la civilización en barbarie.

San Francisco de California



El que va de la ciudad de los mormones á San Francisco, y sale á las once y media de la mañana de Salt Lake City, llega á la capital de California á las diez de la noche del día siguiente. Bordea la línea férrea el lago salado y hasta llegar á Ogden no halla el viajero el oasis que descansa su vista, fatigada de mirar aguas palidísimas que no alegran orillas arboladas, ni casas de recreo vistosas, ni jardines llenos de pájaros y flores, viéndose sólo la desolación de la estepa en todas partes, y en todos los horizontes del gran lago de Utah. Y el tren sigue corriendo y el viajero anhelando que el desierto americano, inmenso, inacabable, ponga término á la desesperante

monotonía de un viaje que no responde á lo que la imaginación pintóle con todos los colores del deseo.

Sólo las estaciones ofrecen alguna distracción; la mezcla de razas, el negro, el chino, el indio sioux, que vende sus baratijas, mirando con desdén al yankee que le humilla y embrutece, cuando no le persigue y mata; el indio mexicano, el criollo, el sajón, el inglés de pura raza, son notas que en el *Far west* van acentuándose, mostrando, á medida que el tren se aparta del Atlántico, pueblos cada vez más nuevos, y sociedades menos cultas, mezcla confusa, aluvión monstruoso, impurezas sociales que el hombre va arrojando, empujándolas al interior de las tierras americanas, sin que nadie alcance á sospechar siquiera qué civilización va á surgir de aquella masa caótica, espuma de todos los pueblos y todas las razas de la tierra.

Los pueblos van sucediéndose, sin cambios en su color y su factura; la columna del verandah, la puerta, la jamba, el arco, el alero, todo igual ó parecido, recordando la eterna máquina, moviéndose día y noche, que entrega al mercado las mismas piezas, de molde único, monótono, capaz de matar todo sentimiento artístico en el sér mejor dotado, que embrutece al obrero perpetuamente sometido al castigo de máquinas que cepillan y regruesan, que empalman y tornean, sin descansar jamás, sin variar una línea en su movimiento, sin cambiar un perfil en su forma;

expresión de puntos, líneas y curvas de un esquema que trazó el ingeniero, con la vista fija en el negocio, en el *business,* eterno tormento, doloroso torcedor de la raza norteamericana.

Y cuando voy pensando en todas estas cosas, cansado de mirar, sin ver, ni hallar la impresión alegre de mis ansias, de repente, al llegar á la cumbre de la Sierra Nevada, el tren se pára ante el panorama espléndido de las montañas de California. En aquel momento, el aire templado del Pacífico, pareció que despertaba en mi sér todos los recuerdos mal dormidos de la patria ausente: muchachos de rostro atezado, mal vestidos, con cestas llenas de flores, uvas y naranjas, movimiento inusitado en la estación, recuerdos de otros climas y otras razas, gentes que gritan y alborotan, el sol que cambia repentinamente de color, la tierra de vestidura y el aire de olores, no me permitieron expresar más que un solo sentimiento, dirigiéndome á un muchacho cargado con una cesta de flores, «chico, ¿hablas español?» que español parecía aquel cielo puro y clima clemente, españolas parecían aquellas montañas llenas de perfumes, pobladas de árboles semitropicales, vigorizados por las oleadas de aire que les envían las aguas tibias del Pacífico; aquellas casas de campo de factura catalana, recuerdo quizá perpetuado por los primeros pobladores, frailes humildes de las Baleares que han dejado en California la misión Dolores, y con ella,

cuanto recuerda nuestra religión, nuestros cultivos y nuestras costumbres, plantando los primeros viñedos. y los frutos más preciados de la península ibérica.

¡Deleitoso camino! después de tantos días de estepa y desierto, sólo manchados por pueblos ennegrecidos por el humo de las fábricas, ó el *cottage* del colono americano, el ánimo halla esparcimiento al bajar rápidamente por curvas sabiamente dispuestas, por pendientes quizá excesivas, entre lindísimas casas de recreo, arboledas de variadísimos matices, pinares de vigorosos crecimientos, y jardines de hermosura incomparable, accidentes naturales que responden ciertamente á la belleza con que la imaginación adorna las montañas de California, más ricas por la perpetua fertilidad de su suelo que por sus placeres de oro ya casi agotados, más hermosas para el que sólo aspira á contemplar su flora rica y fecunda que para el que escruta sus entrañas buscando en sus ocultos senos el metal, por cuya posesión ahoga el hombre los placeres más puros del alma.

La vista no puede saciarse de contemplar la intrincada orografía de aquellas espléndidas montañas, y cuando el sol se pone, escondiéndose en los horizontes del Pacífico, el tren llega á Sacramento, ciudad sentada á orillas del río del mismo nombre, por cuyas aguas caudalosas surcan barcos y vapores que cargan los frutos de las tierras de California, al pie mismo de los valles de Sierra Nevada.

Tres horas más tarde el tren llega á Oakland; los viajeros se apean al pie del *ferry-boat,* barco ó pontón, de manga anchísima que atraviesa la bahía de San Francisco hasta llegar al pie de la calle central, llamada *Market-street,* que atraviesa en toda su longitud la ciudad, y en media hora, surca el espacio comprendido entre ambas poblaciones, mientras contemplan las estrellas que brillan fulgurantes en el cielo y el centelleo de las luces que iluminan el puerto y la ciudad de San Francisco.

San Francisco, ¿qué mano podrá narrar su belleza y sus pintorescos contornos? ¿qué pluma será capaz de describir la fisonomía especialísima de sus calles y paseos, de su factura, yankee ciertamente, pero discrepante y con notoria ventaja, en su arquitectura, en su color, en su raza, en su movimiento?... ¿qué imaginación pudo jamás concebir un parque como el «Golden Gate Park», de vegetación tropical espléndida, de trazado amplio y suntuoso, de líneas que no pudo concebir ciertamente, como no sea por inconcebible excepción, y Dios me perdone el agravio si me equivoco, ningún yankee de pura raza, porque situado en lo alto de la ciudad, rodeado de dunas arboladas, cruzado por anchas vías, adornado con fastuosos palacios, umbráculos y monumentos, dedicados á Garfield, Starr King, Scott Key, autor del himno *Starspangled Banner,* con grandes recintos cerrados, donde los animales silvestres amansados pa-

rece que viven en libertad, tan grande es el espacio destinado á su vida y esparcimiento, los árboles, las orquideas, las lianas, viviendo al aire libre en aquel clima semitropical y á los 37 grados de latitud, acariciados por las brisas del Pacífico, cuyo mar rodea á San Francisco habiendo dibujado con su inconstante oleaje los senos, las calas y los puertos naturales que la abrazan y estrechan, convertida en península de tan atormentada topografía, que sus calles, de urbanización dificilísima, más que calles son planos inclinados de más de 20 por 100 de pendiente, cruzadas constantemente por tranvías de cable, que parecen destinados á grandes explotaciones mineras más bien que al tráfico de pasajeros, tan imposible parece ser que haya seres humanos que confíen su existencia á tan peligroso medio de locomoción.

En los sitios más alejados del centro y en aquellas pendientes enormes, la población rica ha adornado la ciudad con un sinnúmero de hoteles, de madera casi todos, caprichosos, de arquitectura enrevesada, proyectos estrafalarios de quien desdeña la tradición y los antiguos moldes, pero adornados espléndidamente por una flora de primavera eterna, árboles de verdes tan intensos, flores de colores tan soberbios, formas de hojas, ramas y troncos tan caprichosos y brillantes, que me fué forzoso hacer un esfuerzo para creer que toda aquella potencia creadora era obra del mes de noviembre, cuando, en este

clima benigno, apenas quedan hojas en los árboles y flores en los sitios más abrigados de nuestros jardines.

La ciudad, en sus edificios públicos, no ofrece al viajero grandes perspectivas; iglesias pocas y pequeñas, la de los jesuitas grande y aparatosa, la misión Dolores, construída de adobe en 1778 por los misioneros españoles, es una reliquia veneranda, recuerdo de los primeros pobladores de California. La arquitectura de las iglesias de la montaña alta catalana, cubiertas con bóveda de cañón seguido, parece haberla inspirado; atirantados los paramentos por miedo á la acción de los terremotos, cubierto el adobe con una lechada de cal, con altares vetustos, levantados á santos de mirada torva, obra de escultores poco aventajados, todo rococo y de mal gusto, frío, desnudo, pobre, con una fachada que termina un campanil extraño y achatado, parece todo antiquísimo, cuando apenas cuenta un siglo de existencia.

A lo largo de *Market-street* y en sus alrededores, la Bolsa, la casa de correos, los Bancos, el mercado, los edificios de los principales diarios, la biblioteca mercantil, las oficinas de Minas, las escuelas, las Casas Consistoriales, merecen ciertamente una mirada, pero no incitan á tomar un apunte, ni anotar una originalidad genial. Todo nuevo, brillante, bonito en suma, como obra que en su conjunto no cuenta aún cincuenta años de existencia; pero falto de origina-

lidad y con tendencias marcadas á modificar la factura yankee, y á someterse á las reglas arquitectónicas del clasicismo europeo.

El movimiento comercial responde al espíritu y á las necesidades de un Estado agrícola por excelencia; las aceras y las calles llenas de envases que contienen naranjas, uvas, peras y manzanas, fresas, vinos, licores, suponen un acarreo importantísimo que desemboca en los puertos y las dársenas para rellenar las bodegas de los barcos y vapores que hacen la travesía de San Francisco á Alaska y á la baja California y también á los puertos del Japón y de la China. A ciento cincuenra millones de dollars asciende el importe de las exportaciones é importaciones que se efectúan anualmente por el puerto de San Francisco, contándose entre las primeras materias más importantes de exportación el oro, la plata, el vino, las frutas, la lana y entre las importadas el carbón, las maderas de construcción, el arroz, el azúcar, el té y el café. En 1890 el negocio de hierro, harina, seda, pañería, caña, cueros, licores, construcción de buques, azúcar, cristalería, tasajo, cordelería, etc., etcétera, importó unos 134.000,000 de dollars.

Así, pues, la fisonomía característica de San Francisco es la de un pueblo dedicado al comercio, en que se notan aficiones artísticas y aun científicas relacionadas con la crianza de los vinos y el cultivo de las tierras que hacen de dicha ciudad un centro ci-

vilizador, que se refleja en la hospitalidad franca y cortés de sus habitantes, y en la suavidad de sus formas, tan desconocida en las ciudades del centro de la América del Norte que he visitado.

La población de San Francisco, en lo que tiene de europea y americana, muestra el carácter que he intentado esbozar en este artículo; la población china, en cambio, conserva su fisonomía propia y merece capítulo aparte y detenida narración. El barrio chino es un pedazo de tierra asiática soldado á la costa californiana del Pacífico, y pocas cosas ofrecerán al viajero europeo mayores atractivos, y más deleitosas observaciones, que el estudio de las costumbres de la colonia china de San Francisco, al visitar los Estados de la gran república norteamericana.

Chinatown



IENE la civilización china pocos secretos para los habitantes de San Francisco. La raza amarilla, tan amante de sus costumbres, sus dioses y sus leyes, cuando se ve obligada, tanto la abruma la pobreza, á buscar trabajo en países extraños, se entrega atada de pies y manos al vencedor, y le enseña impúdica todas sus lacras y miserias, sin protesta, sin manifestación de agravios, que esconde cuidadosamente en el fondo de su alma.

El extranjero puede ver en San Francisco el cuadro completo de las costumbres chinas, el templo con todos sus fanatismos, el bazar con sus extrañas manifestaciones artísticas, el mercado con sus varia-

das mercancías, la casa de juego y su natural secuela la casa de empeños, la botica, que parece antro de conjuros, el teatro, el lupanar, los cafés donde se fuma el opio y se embrutece toda una raza... no falta allí más que ambiente propio, porque de prestado vive en América aquella mísera gente que, avezada á frugalidades inconcebibles para los voraces anglo-sajones, acude á los mercados de California, acepta todos los oficios y escupe todas las miserias, recoge agradecida las migajas que desdeña el indígena, y se apodera de la labor del campo, la faena doméstica y los provechos de las pequeñas industrias, dando al cuerpo lo extrictamente indispensable para la vida; y donde el yankee muere de inanición y miseria, el chino halla aún el recurso de las economías, que suma y multiplica, pensando en la hora feliz de la repatriación y del olvido de las playas en donde fué escarnecido y humillado.

Son las ocho de la noche del día 3 de noviembre último, y mientras el guía hace gala de hablar un francés que sólo se hizo para su uso particular, observo cuidadosamente cuanto me rodea, escena extraña, mezcla de dos civilizaciones que no pueden comprenderse, ni compenetrarse, como no sea en la forma externa, en la casa de construcción americana que adorna el farol chino y los caracteres de un idioma bárbaro; en la iluminación eléctrica y las luces que enciende la piedad á dioses y estatuas de

formas peregrinas y actitudes singulares; en el coche del tranvía funicular que contrasta con trajes y colores de indumentaria carnavalesca que parece pedir á gritos el uso en aquellas calles, del palanquín chino ó del *push push* del Tonquín; en el policeman gigante, sanguíneo, orgulloso, que parece el vencedor de una raza caduca, embrutecida y que arranca sagaz y paciente del suelo americano el puñado de oro que le negó el continente asiático, que vislumbra al través de los vapores del opio, allá, lejos, muy lejos, en el fondo del Pacífico, donde está la tierra de sus ambiciones y esperanzas.

Por la noche, cuando el americano se recoge y digiere tranquilo, en familia, copa tras copa, la copiosa cena que remata dignamente la serie de comidas que es uno de los más bellos ornamentos de la civilización yankee, el chino llena las calles de Chinatown, acude solícito al teatro, al café, á las casas de juego, llenas siempre de bote en bote, al lupanar, y se acuesta tarde, solicitado por todas las seducciones de sus vicios favoritos: el opio y el juego.

El juego es el escollo donde choca la codicia de la raza china; hay en Chinatown calles enteras donde se juega, á pesar de la policía, que persigue tenazmente á cuantos van á dejar sus economías en los tugurios de San Francisco. Hay en cada boca calle un vigilante que, al ver una persona extraña, sea ó no policía, avisa á los jugadores que apaguen inme-

diatamente todas las luces de las casas de juego. El extranjero observa como van apagándose las luces rapidamente, quedando todo en silencio y en el más absoluto recogimiento. La policía persigue de la misma manera á los fumadores de opio, pero no basta su vigilancia para evitar el vicio clandestino y perseguir al que, echado sobre tablas mal cubiertas de estera, en miserable recinto donde no se renueva el aire ni penetra jamás un rayo de sol, carga concupiscente su pipa de ancha boca, desenrosca el tubo larguísimo cuya boquilla apoya en los descoloridos labios y aspira el veneno de una droga que despierta en el cerebro visiones encantadoras, sueños extraños, deleitosos, de intensidad tanta que embrutecen y matan. Nada más triste que la habitación china, ni que revele, con su espantosa promiscuidad, mayor rebajamiento moral. Nótase á primera vista la ausencia de mujeres en el barrio, ausencia que revela por sí sola la lacra más espantosa que se achaca á la raza amarilla.

Recuerdo como una pesadilla los fosos del teatro chino; cansado de ver tiendas extrañas, bazares llenos de baratijas, barberos rapando las cejas y las pestañas de los chinos, farmacias de anaquelería llena de botes que contienen drogas desconocidas, pieles de serpiente, esqueletos de sabandijas, telarañas de aracnidos colosales, algo así que recuerda á las brujas medioevales en sus antros, con sus filtros y encanta-

mientos... Entramos por una puerta excusada en el foso del escenario y en las habitaciones de los actores. Difícil es formarse idea por una rápida ojeada de todos los recursos de la familia china, condensados en una habitación que desdeñaría en Europa el ser más pobre y envilecido. No hay cárcel en nuestro continente que, en la comparación, no resulte mansión espléndida, porque los tableros-camas superpuestos, como las literas en un camarote, la indumentaria extraña, todas las necesidades de la vida celebrándose en un recinto único, agrupados y confundidos todos los sexos, durmiendo acurrucadas dos y tres personas donde no hay espacio para una sola; seres que pasan años sin salir de aquellos camaranchones inmundos, más terribles para el olfato que para la vista, son tristezas espantosas que apenas concibe un sér civilizado. Y si á todas estas miserias de la vida física se añade la fiscalización, por pura curiosidad, de seres más venturosos que vamos allí á sorprender el genio chino, sin aportar más que la impertinencia de nuestros estudios ó nuestras flaquezas, merecida tenemos la especie de rubor que sentí al abrogarme el derecho, al amparo de la bandera americana, de sorprender, sin el consentimiento de los agraviados, todas las flaquezas y miserias del pueblo chino.

Y en aquellos corredores, donde se ven nichos extraños que alumbran cirios de colores y dioses en su fondo de fealdad espantosa, y ya por entre rejas

de malla apretadísima, actores que se embadurnan y acicalan con vestidos de seda brillantísimos, encerrados en habitaciones tan pequeñas, que no se concibe siquiera haya aire suficiente para respirar y escaleras que conducen á una intrincada red de corredores y cuartos destinados á familias de actores que allí viven, aman y mueren, atentos sólo á funciones teatrales inacabables que duran semanas enteras, sin que el público se canse de contemplar un escenario desnudo, sin más mueble ni adorno que el indispensable para el desenvolvimiento de la acción teatral, en cuyo fondo toca una orquesta, compuesta de seis ó siete músicos que tocan piezas de ritmo monótono vulgarísimo, y tañen instrumentos de timbre chillón, menos, sin embargo, que la voz de los actores, hombres todos pintados los que desempeñan papeles de mujer con tendencias tan deplorables para tipos varoniles, que ellas solas bastarían para inspirar aversión á las funciones del teatro chino, si hubiera oído medianamente educado capaz de resistir con paciencia, el ritmo y la monotonía de los actores.

La afición de los chinos á las funciones teatrales es evidente; no sé por qué extraña prerrogativa, la del más fuerte quizá, puede subir el extranjero al escenario y sentarse á la vista del público y en las partes laterales del mismo, dominando á los espectadores de la platea, que siguen con ansia, y for-

mando haz apretadísima, las peripecias de la acción teatral; pero lo cierto es que esa prerrogativa produce una ilusión completa al ver en un gran recinto centenares de chinos agrupados junto al escenario, vestidos con los trajes propios de su nacionalidad, atentos, con la mirada fija y excitada, riendo estrepitosamente, sin fijar siquiera por un momento la atención, tanta será ya la costumbre, en el viajero, que se figura estar sólo y aislado en el corazón del gran imperio asiático.

Salí en el momento de un cambio de escena, y pasando por la sala de espera ó *foyer* vi reunidos los principales actores, vestidos con trajes vistosísimos, esperando ser llamados, y sin mostrar la menor curiosidad al ver un blanco entre tantos amarillos. La salida me produjo una impresión agradable al respirar el aire puro del Pacífico.

Atravesé algunas calles, trazadas todas en ángulo recto y llegué al templo principal, que no sé cómo llamarle porque la entrada tiene más bien apariencia de casa de baile ó casino que de sitio dedicado á la oración y al recogimiento, siendo el primer piso el lugar donde se han levantado los altares que adoran los hijos del celeste imperio. La primera impresión es la de una decoración teatral; hay allí tantos objetos extraños, de un culto desconocido, figuras tan singulares, dragones, esfinges, culebras, un dios que de la forma humana sólo tiene lo exagerado y ridícu-

lo, adornos de coloración intensísima, dominando el encarnado y el verde, sedas hermosísimas, bordados preciosos, marfiles que representan deidades de teogonía para mí desconocida, fanales de alambre donde arden los papeles que recoge cuidadosamente el chino en todas partes como si quisiera ofrecer en holocausto á sus dioses patrios, los secretos y las ideas de la humanidad, luces que arden perpetuamente, nichos que besa el chino, sitios de preferencia donde ora llorando y pidiendo al cielo clemencia y protección, son notas que recoge allí rápidamente el viajero que paga su tributo, comprando unos sacos llenos de perfumes que derrama el chino en los altares de sus deidades favoritas.

Salí de aquel templo con ideas de justicias vengadoras, de monstruos que devoran, de dioses que exigen sacrificios, de vanidades humanas vencidas y humilladas, sin haber visto un solo símbolo que sirva de consuelo y esperanza en las tribulaciones de la vida.

La noche, ya avanzada, no se traducía en letargo en las calles, llenas de celestes; la casa de empeños, repleta de mil objetos, esperaba aún al desdichado que había dejado su último centavo en la casa de juego; la silueta de la mujer embadurnada, espantosamente fea, sentada tras estrecha celosía, ejercitaba las seducciones de sirena, el policeman continuaba siendo una nota rara en aquel cuadro

de costumbres, y los que estábamos ya cansados de ver cosas tan extrañas y vicios tan horribles, volvimos al hotel creyendo que habíamos realizado en América el grato sueño de un viaje al corazón de la China.

El reporterismo y la hospitalidad en California



L llegar á San Francisco á las diez de la noche, se me proporcionó, media hora después, el placer de dar un *shake-hands* cordial á dos reporters del *Chronicle* y el *Sun* que me eran completamente desconocidos.

«Buenas noches, venimos á preguntarle quién es usted y á qué viene á San Francisco»; «pues miren ustedes, yo, vamos al decir, no soy nadie; hasta hace pocos días he sido Comisario de Industria de España en la Exposición de Chicago; ahora soy un caballero particular que viene por su cuenta y riesgo á estudiar la importancia y el desarrollo de la vinicultura en California. Ustedes comprenderán, si á

esta distancia llegan, los clamores de los productores de mi país, que habiendo alcanzado la viticultura en España un desarrollo anormal, la competencia que ustedes», me refería mentalmente á los vinateros, «pueden hacernos en América tiene para nosotros un interés de primer orden, interés que mis compatriotas no han sabido ver, si es cierto, como se dice, que soy el primer español que ha venido á California con las expresadas miras.»

«Nuestras bodegas están llenas, nuestros caldos por los suelos, necesitamos exportar los vinos á todo trance, y como sospecho *¡valiente sospecha y sin fundamento!* que los vinos de ustedes han de mezclarse con los europeos para ser potables, vengo á estudiar los medios de facilitar la importación de aquéllos á este país con ventaja de ambas naciones.»

«Ustedes entienden claramente lo que digo ¿verdad? porque mi inglés no va muy allá, y sentiría ser mal comprendido.» «Oh, *yes*», y en efecto, prescindiendo del cambio fundamental del *importer* por el *exporter*, la fraseología resultó exacta en la relación publicada textualmente al día siguiente en el *Chronicle* de San Francisco. Se despidieron y me acosté. A la mañana siguiente, al volver á casa, hallé un buen número de tarjetas de personas que deseaban visitarme y transmitirme sus opiniones acerca de la cuestión vinatera. La mayor parte me pareció gente de poco fuste; entre ellos, sin embargo, llamóme la atención el quí-

mico Mr. Hugh Frazier y el propietario de Napa Valley Mr. Shram, que mostraron deseos de acompañarme y hacerme ver lo más interesante de lo que puede estudiarse en vinicultura californiana. Esperábame el día siguiente en el embarcadero el químico Mr. Hugh y fuímos juntos á Santa Helena, capital del condado de Napa.

Atravesamos la bahía de San Francisco, llegamos á Oakland á las ocho de la mañana, tomamos el tren en seguida y á las diez y media nos apeamos en la estación más inmediata á Santa Helena, llamada Rutherford. El aspecto del valle no puede ser más risueño: extensos viñedos que pueblan llanos y montes en terrenos de grandísima fertilidad, teñidos fuertemente por el óxido de hierro y en donde pueden observarse, en los rodales de plantas desmedradas y sarmientos cortos, los efectos destructores de la filoxera, que alternan con tierras destinadas al cultivo del maíz, y caseríos alegres levantados á la sombra de árboles semitropicales corpulentos, que gozan de la temperatura constante de aquella latitud propia de una perpetua primavera.

Llegamos á la quinta del Capitán Gustave Niebaum y el químico ofrecióme en primer término las primicias de su trabajo, sintetizado en extensos encasillados de sus ensayos cualitativos y cuantitativos de los mostos, con el objeto de averiguar la época, deducida naturalmente de términos medios, de la ma-

turación de la uva en las diferentes tierras y exposiciones de los viñedos de la finca. Enseñóme más tarde la finca entera, las bodegas repletas de vino y los lagares llenos de mosto en fermentación; visité el laboratorio, el mecanismo para separar el hollejo y las pepitas del mosto, los planos inclinados para el transporte de la pulpa, las cubas con los nombres de los vinos, la botillería, revelando todo una limpieza esquisita y una atención preferente á los fenómenos complicadísimos de una buena vinificación. Y me decía modestamente: «cuanto se refiere al cultivo de la vid y de los vinos es un problema para nosotros; no sabemos nada, cultivamos á tientas, y á pesar de cuanto hemos aprendido y adelantado en poco tiempo, no sabemos sacar partido de los recursos de la vid en relación con nuestro suelo y nuestro clima.»

«Tenemos aquí diferentes suelos y exposiciones variadísimas que son un rompecabezas; en este valle, cada propietario vendimia en época diferente y saca vinos esencialmente distintos, aun siendo igual la especie cultivada. Esta tarde iremos á ver las bodegas de Mr. Parrott, probará sus vinos y verá qué diferencias se hallan entre los de esta finca y los suyos, estando las propiedades contiguas, siendo iguales los cultivos y variando sólo la exposición.»

Fuimos á comer á Santa Helena y nos dirigimos después á la quinta de Mr. Parrott.

Díjome Mr. Hugh: «Creo que Mr. Parrott habla español, y seguro estoy que hallará usted en su casa una hospitalidad franca y agradable.»

Pasamos un puente al dejar un mal camino de travesía, y entramos en la finca por una senda adornada de árboles y arbustos floridos. Llegamos á una plazoleta sombreada por árboles frondosísimos y nos apeamos al pie de una suntuosa morada.

Nos recibió una china, pulcramente vestida, y nos anunció á Mr. Parrott.

Al saber que era español, me dijo con acento que envidiaría un castellano de la meseta central de España: «Usted desea marchar hoy mismo y esto no es posible; no tendría usted tiempo para ver lo que viene á estudiar»; «sí, pero....» «no admito excusas; no le faltará á usted cama, mesa y hospitalidad cordial; soy más español que usted y tengo interés en hacerle conocer nuestro valle».

«No tengo medios», contestéle, para sentarme en su mesa, no digo yo de etiqueta, sino limpio y decentemente; pensaba regresar hoy á San Francisco y....» «los *yankees* hacemos poco caso de estas cosas.... no admito escusas, y vamos á la bodega».

Con el amor que siente un padre por sus hijos predilectos, mostróme el señor Parrott la serie de vinos blancos, claretes y cognacs que fabrica con una maestría envidiable. Larga fué la lista de los vinos probados que escalonamos razonadamente, para que

el paladar pudiera juzgarlos y apreciarlos en su justo valor.

Pasamos allí horas enteras; al anochecer, probados los vinos de Inglehook-vineyard y de la Villa de Parrott, tenía ya el convencimiento de que en California se producen vinos que pueden competir ventajosamente con los sauternes y los claretes del mediodía de Francia.

Los claretes no tienen, para mí, más defecto que el ser un poco ásperos, como si fueran hijos de uva cuyo hollejo, cargado de tanino y materias colorantes, diera al vino un sabor astringente en demasía y difícil de tragar. Pero los sauternes, con un poco más de *bouquet*, se venderían en Francia como si fueran criados en los mejores viñedos de su propio país.

Después de probar 30 ó 40 vinos, y preguntar si los mezclaban con caldos europeos, me convencí de que los vinos de California tienen los defectos de los nuestros, son excesivamente ricos en color y en alcohol y que sólo los vinos franceses, por su escasa graduación, pueden importarse á América para hacer el *coupage* con alguna ventaja. Mi sueño, pues, de exportación de vinos españoles á California quedaba desvanecido.

Regresamos á la quinta Parrott cuando anochecía; entramos en el drawingroom, donde hallé á Mrs. Parrott, su sobrina miss Theresa Shrieves y á unas cuantas señoras de las propiedades vecinas, lujosa-

mente ataviadas, á que fuí presentado. Difícil es hallar en el campo un salón alhajado con más *confort,* ni que responda mejor al bello desorden, mezcla de cosas bonitas que la moda actual pregona como la última palabra del buen gusto.

Mesas y sillas primorosas, anaqueles llenos de *bibelots,* retratos, cuadros, panoplias, candelabros, todo rico y harmónico, aun en su desorden, búcaros llenos de crisantemas de riquísimos colores, cristales de color por donde penetra la luz tamizada del exterior entre el variado follaje de las orquídeas, los palmitos arborescentes y los almeces gigantescos, y en medio de la conversación sostenida en español, inglés y francés, la señora de la casa tocó «La Paloma» como obsequio al forastero español, y recuerdo de los tiempos juveniles pasados en Bilbao por el señor Parrott, que no se cansaba de preguntar con amor de hijo adoptivo por cuanto se relaciona con nuestra patria.

Otra señorita silbó, cantó y tocó con admirable perfección durante la velada, hasta que, llegada la hora de cenar, me invitaron á pasar á un comedor digno de cuanto hay en aquella morada rica y fastuosa.

Sirven la mesa un chino raquítico y feo y una chinita de labios proeminentes que lleva unos aretes azules, que hace resaltar sobre su piel amarilla, la vivísima luz de los candelabros. Su traje limpio y

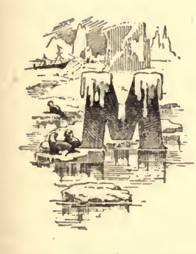
blanco, su pelo arrebujado como el de nuestras campesinas, su voz estridente al contestar las preguntas que le hacía con bondad suma la señora de la casa, que parece tratarla como niña mimada, su risa á carcajadas cuando la miro con la curiosidad propia de mi ignorancia en la ciencia étnica, sus movimientos ligeros, impropios de toda china respetable, son detalles que avaloran aquella cena opípara, en mesa hospitalaria, donde las señoras tienen para mí tantas deferencias y los demás comensales tantas bondades, sin más merecimiento que el de ser un extranjero que llamó á su puerta pidiendo sólo noticias sueltas de sus trabajos, que halló sazonadas con mesa espléndida, cama y habitación dignas de un palacio, y conversación cordial y deleitosa.

A las doce de la noche, tras mucho hablar de España y recordar en el piano nuestros tangos, jotas y boleros, nos fuimos á la cama; y al despertar, entrando un sol espléndido por las ventanas, sol y ambiente que me recordaban, tras tan largo período en Chicago de cielos grises y pálidos tonos en el aire, el vívido color de la atmósfera patria, me faltó tiempo para gozar aquellas brisas y aquellos campos, plantados de vides y olivos, plantas europeas, alternando con las tropicales, arbustos aquí, árboles colosales en California, vivificados por aquel sol, por aquel clima, más suave y más dulce que el de las costas catalanas y andaluzas.

Al poco rato, y después de haber recorrido el jardín lleno de rosas, claveles, crisantemas y geranios, Mr. Parrott me invitó á visitar la quinta de Mr. Shram, situada ya en el fondo de Napa Valley. En una carretela tirada por un hermoso tronco y guiada por un cochero aragonés, van las señoras de la casa, que han llenado el coche de flores. Mr. Parrott va al vidrio y yo subo al pescante para gozar mejor las preciosas vistas del valle. Pasamos Santa Helena, seguimos una carretera polvorienta y mal trazada que me recuerda los caminos españoles de otros tiempos, contemplo ansioso la campiña llena de luz, de ambiente y color, y al entrar en un bosque frondoso donde apenas penetra el sol, en el fondo y dominando el valle aparece la pintoresca quinta de Mr. Shram, orgulloso con justo título de sus vinos, de sus bodegas, que contienen más de 200,000 galones de vino, y que me ofrece un almuerzo espléndido, que sazona la más amable y cariñosa hospitalidad.

Llega la hora de partir y regresar á San Francisco. Mientras monto al carruaje, el *verandah* se llena de señoras y caballeros, todos agitan los pañuelos, todos me desean, con un *good by* expresivo, feliz viaje, y mientras anoto en mi corazón esos ricos testimonios de la hospitalidad californiana, apunto también en el haber de mi vida dos de los más hermosos días de mi existencia.

Los vinos de California



e ha llevado á California el amor que tengo á mi país y el convencimiento de que el estudio de la viti-vinicultura americana tiene para nosotros una importancia de primer orden.

Los datos copiosos recogidos en aquella hermosa región americana, voy á condensarlos aquí, confiando en que serán leídos atentamente por las personas que sólo conocen de oídas el desarrollo de la vinicultura en las costas del Pacífico, y que confían aún en que América, y sobre todo la América del Norte, podría ser un mercado dilatadísimo para los vinos españoles.

Cuando escribí el artículo referente á la sección española de vinos en la Exposición de Chicago, indiqué, con algún recelo por más que la persona que me había dado la noticia me merecía confianza, que en California arrancaban ya las viñas por exceso de producción; hoy puedo asegurar cosas que en mi concepto han de causar asombro á mis lectores, y entre ellas son, que en California se arrancan las viñas, porque la filoxera las mata, porque tiene un exceso de producción y porque, alcanzando los vinos un precio *fabulosamente* barato, la mayor parte de los viticultores tienen hipotecados los viñedos y sólo confían en que el cambio de cultivo ha de facilitarles la mejora económica de tan triste situación.

Y es que este asombro es legítimo para los que saben que la tarifa de cincuenta centavos por galón, aplicada á todos los vinos, sea cualquiera su fuerza alcohólica, resulta prohibitiva y que una población de sesenta y cuatro millones de habitantes ha de ser elemento sobrado para consumir todos los vinos de California y los que producen los Estados de New-York, Ohio, Illinois y Missouri.

Pues este razonamiento, que parece tan sólido y tan irrebatible, va á desvanecerse leyendo los siguientes datos estadísticos.

Promedio anual de las sustancias alcohólicas consumidas por los habitantes de los Estados Unidos:

	GALONES
Cerveza.	1.000.000,000
Bebidas espirituosas: aguardientes, cognacs, etc.	20.000,000
Vino.	30.000,000

Correspondiendo sólo una mitad del vino consumido al Estado de California, y el resto á los Estados del Este, mencionados anteriormente.

Y para los que se asusten, con razón, del enorme desnivel que existe entre el consumo anual de mil millones de galones de cerveza y cincuenta millones de espíritus y vinos que acusan los datos estadísticos *oficiales* que me ha suministrado el «Board of State Viticultural Commisioners», voy á dar algunas noticias respecto á la relación existente entre el galón y el litro, entre la hectárea y el acre, á fin de que sea rigurosamente entendido en lo que voy á decir, y se forme así concepto claro de la viticultura y vinicultura norteamericanas.

El galón americano es más pequeño que el inglés, y equivale á unos cuatro litros; ó sea un poco más de cinco botellas bordelesas; á su vez, una hectárea contiene dos acres y cuarenta y siete centavos de acre.

Estudiadas esas relaciones, he de empezar por hacer presente que la producción máxima de vino de California ha sido de veinte millones de galones,

siendo algunos años de doce y el promedio de quince á diez y seis millones. Tomando este término medio y multiplicándolo por cuatro, resulta una producción anual de 64.000,000 de litros, ó sean 640,000 hectólitros de vino, que con otro tanto producido por los Estados del Este, New-York, Ohio, etc., dan un total aproximado de un millón doscientos mil hectólitros de vino, término medio anual aceptable de producción y consumo de vinó en todo el territorio de los Estados Unidos de América.

Ahora, el que se fije en los términos que voy á poner á la vista de mis lectores, verá que la conclusión que voy á deducir es rigurosamente lógica:

Producción de vino en Francia en 1893:

40.000,000 de hectólitros.—Población, 36.000,000 de habitantes.

Producción de vino en los Estados Unidos de América en 1893:

1.000,000 de hectólitros.—Población, 64.000,000 de habitantes.

No quiero fiar á la memoria la produción de España, que no creo baje de 26.000,000 de hectólitros por 18.000,000 de habitantes, y me limito á razonar un poco los números antes expresados, cuyo simple enunciado prueba: ó que se importan á los Estados Unidos cantidades inmensas de vino ó que en dicho país no se bebe; no gusta el vino.

Que no se importan vinos lo dicen dos cifras elo-

cuentísimas: los 50 centavos de derechos aplicados á cada galón de vino extranjero, sea la que quiera su graduación, y los mil millones de cerveza que consume anualmente el pueblo de la Unión Americana.

Y no importándose vinos, no hay más remedio que llegar á la siguiente conclusión: los americanos del norte prefieren los espíritus y la cerveza al vino: los americanos no beben vino, ni europeo ni americano. Y si todo esto no bastara, tengo aún, en apoyo de mi modesta opinión, dos argumentos de grandísima importancia: el de los cosecheros arruinados, aquellos que tienen sus viñas hipotecadas, y las arrancan y cambian rápidamente de cultivo porque no pueden vender su vino, y vino bueno, á *doce* centavos el galón, *á dos reales y medio de moneda española las cinco botellas bordelesas,* cuando pagan á dollar y medio y dos dollars el jornal de diez horas á un bracero de mediana capacidad y más mediana labor; y el de las bodegas llenas, en donde se crían de 30,000 á 200,000 galones de vino, sin hallar comprador que, por piedad, ponga precio á una mercancía olvidada y tan fuertemente protegida por las leyes del país.

Una de las ventas que ha llamado poderosamente la atención en California ha sido la de 12,000 galones de vino clarete hace poco efectuada por Mr. Parrott, uno de los criadores más inteligentes en vinos de Napa Valley que ha conseguido un precio de 75

centavos por galón, cuando el mismo vino se habría vendido en Europa á tres francos la botella bordelesa sin inconveniente alguno. Y al llegar á estas conclusiones, para muchos quizá huelgue cuanto voy á decir, porque lo natural y lógico es suponer que donde no hay gusto en comprar determinada mercancía, donde no hay mercado, aun dándose á vil precio el producto, todo intento de importación ha de fracasar; pero, no he ido á California, ni he gastado cinco días en viaje y á gran velocidad al través de los desiertos americanos para ahondar tan poco en asunto tan serio, y así, síganme los que quieran ver claro en la producción de vinos de California para que se convenzan conmigo de que de los vinos españoles, con derechos y tarifas ó sin ellos, sólo en marcas especiales, en vinos de lujo, en Jerez, manzanilla, etc., podemos esperar un mediano consumo.

Los que hemos aprendido nociones de viticultura americana en los libros, nos figuramos que la zona californiana plantada de viña es muy extensa; ¡qué error! vean y mediten las cifras que van á continuación y verán lo equivocados que están:

	ACRES
Viñas dedicadas á producción de vino..	90,000
Idem dedicadas á uva de mesa.. . .	10,000
Idem dedicadas á pasas..	100,000
Total acres.	200,000

Dividido este total por $2\frac{47}{100}$, resulta en hectáreas una cifra escasísima en relación con los viñedos de Europa, que cuenta los viñedos por millones de hectáreas, y una producción grandísima de vino por hectárea que admira más al que ve la distancia que existe entre las cepas plantadas en los campos de California é ignora que hay viñas tan fructíferas que han dado de 60 á 80 libras por pie. Y como también se estudían en California estas cuestiones, vean mis lectores las contestaciones categóricas dadas á varias preguntas mías que juzgo de interés para los vinateros españoles.

¿Sería fácil introducir en California vinos de España para hacer el *coupage?*

—No; los vinos de California tienen los mismos defectos que los vinos españoles; demasiado alcohol y mucho color; para esto y aun en cantidades muy pequeñas, preferimos los vinos franceses á los de España.

¿Por qué razón el pueblo americano prefiere la cerveza y el aguardiente al vino? ¿Cómo es que disponiendo California de una prensa que tiene tanto ascendiente en la opinión, y teniendo el productor yankee tanta iniciativa, no consigue probar que el vino es mejor, más higiénico y más agradable que aquellos líquidos?

—Pues, porque el pueblo americano, compuesto de razas del norte, avezadas á líquidos fuertes, halla en el vino escaso aliciente, el vino le resulta desabrido y poco excitante, y por otra parte, siendo tan poderosa la industria cervecera y tan rica la de espíritus, en cuanto entabláramos la lucha en la prensa, seríamos irremediablemente vencidos los que estamos ya arruinados por la falta de consumo.—

Pero, con el tiempo, y mediante la mejora de los vinos, la educación del pueblo y la propaganda racional, el vino alcanzará el premio que merece; y es más, á mi se me figura que la propaganda de los vinos americanos será beneficiosa á los vinos de España, porque el gusto se irá afinando, y los aficionados al vino, sabrán apreciar mejor que ahora el aroma, el cuerpo y la finura de los vinos españoles.

Sí, algo hemos de conseguir, á largo ó larguísimo plazo; pero no olviden los españoles, y eso me lo decían como *môt de la fin,* dos cosas esencialísimas: que los criadores de vinos americanos han hecho en diez años progresos enormes; que entre los vinos limpios, de buen color y bouquet ya muy pronunciado, vinos que envejecen ya en la cepa y en los toneles y que vendemos hoy, y el *zinfandel* de hace 20 años, hay un abismo, y que California tiene una zona vitícola tan extensa como no la tienen España y Portugal juntos.

De San Francisco á El Paso



INTENTO razonable ha de parecer que durante mi estancia en los Estados Unidos haya procurado estudiar con cuidado la idiosincracia del pueblo americano, estudio que completé al salir de San Francisco el día 4 de noviembre último, al tener la desdichada suerte de presenciar uno de los espectáculos más tristes que puede ver un hombre y que bastara él solo para marcar y esculpir en mi cerebro uno de los rasgos fisionómicos y más característicos del pueblo yankee, si pudiera aun caber la duda en mis apreciaciones, tantas veces expuestas en las columnas de *La Vanguardia*, acerca del modo de ser y sentir de aquella raza.

En Oakland hallé preparado el tren que debía conducirme á El Paso, estación fronteriza de Méxi-

co, al norte de aquella república, busqué el número de mi asiento-cama en el Pullman-car y esperé impaciente el momento que debía marcar mi salida definitiva de los Estados Unidos de la América del Norte.

Acostumbrado ya á la marcha silenciosa de los trenes y á su falta de puntualidad, mi impaciencia no podía justificarla más que el afán de ver llegar la hora de mi repatriación, aunque fuera siguiendo un camino larguísimo, colmado de peligros. El tren se puso al fin en movimiento, el número de pasajeros era escasísimo, y en aquel vagón inmenso llamado pomposamente vagón palacio, que había de ser mi vivienda durante tres días, ocurriéronme en mi soledad las narraciones repetidas en los diarios durante los últimos meses de 1893, de trenes asaltados por hombres enmascarados y armados de rifles Winchester, de asesinatos seguidos de linchamientos, de robos inauditos, con todo el variado repertorio de escenas salvajes representadas de noche en las inmensas estepas de los desiertos americanos. Tocábame recorrer los estados de Arizona, New-México y Texas, reputadísimos por sus bandoleros, y no me pareció situación muy halagüeña la de un hombre sólo, desarmado y dotado de escasas fuerzas físicas.

Esas ideas no respondían ciertamente al ambiente que respiraba al atravesar los valles de la baja California en un día lleno de sol y brisa suave y

fresca que daba á mi temperamento nervioso un bienestar indefinible. Marchando el tren á gran velocidad y gozando el bienestar del que cae en la meditación sugerida por lo que le rodea, desvanecido el terror de un momento de desfallecimiento de espíritu, no sé yo cuanto tiempo había pasado, aunque no debía ser mucho, cuando el maquinista dió la señal de alarma y parada de tren, que se efectuó con una celeridad pasmosa. El motivo no podía ser más triste, el tren acababa de arrollar á dos hombres, lanzarlos de la vía y matarlos instantáneamente. Había en una curva una cuadrilla de trabajadores, ocupados en el asiento del material fijo, curva en desmonte que formaba en su centro una verdadera celada, en que entraron á la vez, por desgracia, dos trenes. Con el ruido y quizá el aturdimiento, dos trabajadores vieron al tren que iba á San Francisco, se colocaron sobre la vía que creyeron libre, y descuidando el convoy que llevaba dirección contraria fueron arrollados sin misericordia.

Paróse el tren, atravesaron mi vagón dos caballeros, y al regresar, estando ya el tren en marcha, dijeron tristemente «dos hombres muertos». Me levanté, acerquéme á la ventanilla y vi sobre la hierba dos hombres jóvenes, palpitantes aun y desangrándose, con la cabeza destrozada. Este espectáculo, más que triste, me pareció desastroso, porque más inhumano que la muerte es considerar que bastaron

escasamente siete minutos para que el tren matara á aquellos hombres, tomara, no sé quién, nota de lo ocurrido, y volviera el convoy á emprender su camino, mientras los muertos yacían solos y abandonados por sus compañeros, que continuaban su labor, fríos, indiferentes, como si aquellos cadáveres fueran despojos de un naufragio, escupidos por el mar en días de tormenta sobre playas desiertas é inhospitalarias. Más desastroso aun, sí, que no hay tormenta en el mar, ni ciclón en el cielo que pueda compararse, en estos días de prueba, al odio y á la indiferencia que parece haberse apoderado, como desoladora epidemia, del corazón humano.

Así empezó mi viaje de regreso; señalado en su primera etapa por la noticia abrumadora, al llegar á la capital de México, el día 9 de noviembre á las siete de la mañana, de la explosión de una bomba, con todas sus traidoras y viles consecuencias, en el Liceo de Barcelona.

Y, sin embargo, entre los dos términos de esa escala de indiferencias y crueldades, entre el odio de un malvado y el frío irritante de los que no tuvieron para los vencidos por fiera desgracia ni una lágrima, ni una mirada compasiva, hallo más cercano al amor el odio de una fiera que la indiferencia que considera al sér humano como una bestia más de la escala zoológica. Y aunque sea alargar algo más de lo conveniente ese orden de consideraciones

que viene á completar, en mi concepto, el juicio que he formado de la civilización americana, permítame el paciente lector que le presente, en episódico contraste, la nota comparativa de dos razas, la nota que pinta como siente nuestro pueblo, extraviado por las doctrinas subversivas, la miseria y el hambre, pero bueno en el fondo, compasivo, capaz aun de arranques generosos, ya que ha visto como sabe sufrir y penar el pueblo americano.

El trasatlántico «Alfonso XII» salía de Cádiz el 18 de diciembre último, con mar llana y ligera brisa; el piloto del puerto dirigía ya la maniobra, arriadas las escaleras y moviéndose el barco lentamente en busca del mar libre de obstáculos, camino de este puerto. De repente y desde la toldilla observó que se había quedado á bordo un muchacho de diez y seis á diez y siete años, y con tono brusco y señalándole el cable que pendía de estribor y á cuya extremidad había una lancha, le dijo: «largo, inmediatamente bajas por la cuerda y te vas... largo»; el chico quedóse pálido como un muerto, no sabía si llorar ó protestar, mudo de espanto dudaba entre sufrir las iras del piloto ó exponerse á bajar por la cuerda y deslizarse con peligro de caer al agua. El piloto insistía con ánimo resuelto, y como el muchacho opusiera á la ira del marino la resistencia pasiva del que teme jugarse la vida en la contienda, intervino en ella un marinero del «Alfonso XII»

con ánimo resuelto y decidido: «Pero hombre, no ve usted que el chico tiene miedo, que no ha bajado nunca por una cuerda y está temblando... pues no faltaba más»; y amparando al cuitado, salta la banda, coge el cable y al muchacho por la cintura, lo sujeta vigorosamente, le da rápida instrucción para que le deje sueltas las manos y en menos tiempo del que cuesta relatarlo, como si fuera un padre amoroso, dejó al chico en la lancha, subiendo rápidamente á bordo sin esperar, probablemente, las gracias del agradecido mancebo.

Compárese la indiferencia de los obreros de California con el arranque generoso del marinero del «Alfonso XII», y después escójase entre aquella civilización, orgullosa de sus máquinas, fría y repulsiva como toda vanidad, y ésta que tiene por base la familia con todas sus derivaciones, costumbres humanas y sentimientos piadosos que dan al prójimo el dictado de hermano y amigo.

Los campos de California van repoblándose á medida que se avanza en dirección al sur con las plantas que son el orgullo de nuestras provincias de levante. Arrancadas las viñas en muchas partes, los árboles frutales, naranjos, limoneros, melocotoneros, cerezos, correctamente alineados, dominados en el fondo de la plantación por la quinta, la masía ó el *cottage*, constituyen la fisonomía especial de la baja California. Camino del Estado de Arizona ya no se

cruzan grandes ríos, viéndose sólo en lontananza la altiva cordillera de Sierra Nevada; los pueblos guardan su fisonomía especial, las casas, casi todas de madera, no están ya rematadas por cubiertas de 40 ó 45 grados, el frío no cuenta ya en las fértiles llanuras, besadas por las brisas del Pacífico, y cruzándo paralelos cada vez más cercanos al trópico de Cáncer, las plantas tropicales asoman ya por todas partes, el indio se transforma, no es tan robusto, ni tiene facciones tan angulosas, y al amanecer del domingo, cuando el sol doraba el hermoso valle de Los Ángeles, donde se producen los vinos americanos tan parecidos á los vinos andaluces y portugueses, después de haber atravesado el valle de San Joaquín, granero de California, y las estaciones llamadas y escritas en español, Merced, Madera, Fresno, que recuerdan nuestro paso por aquellos valles, llegué á las ocho de la mañana á La Puebla de la Reina de los Ángeles, fundada por los españoles en 1781, anexionada en 1846 á los Estados Unidos y formando hoy una agrupación de mas de 50.000 habitantes, que se considera la segunda población de California en riqueza é importacia comercial.

A medida que el tren se aleja de Los Ángeles camino de San Diego, las plantaciones son cada vez más raras, hasta que ya antes de mediodía y de llegar á Yuma, se atraviesa el desierto de Colorado, en que sólo se ven yucas y cactus, extensos arenales

matizados de sal, caldeados por un sol ardiente que en verano ofrece al viajero vistosos espejismos, desierto que en algunos puntos está por debajo del nivel del mar, solución de continuidad hoy del golfo de California, que quizá vuelva á invadir algún día si un movimiento del litoral americano sumerje otra vez las tierras que un levantamiento lento, fenómeno del volcanismo, ha puesto al descubierto en la época moderna del globo terráqueo. Y ya poco queda por ver que llame la atención en la larga travesía de San Francisco á El Paso, como no sean pueblos que el viajero pregunta de qué viven, dónde se halla la riqueza que explotan y aprovechan, cómo crecen y se desarrollan en aquellas inmensidades donde no hay bosques ni plantaciones, teniendo siempre á la vista aquella Sierra Madre de México, que esconderá aún tantas riquezas en sus entrañas, y aquellos desiertos que las aguas del mar han escupido como hueso estéril, ensanchando prodigiosamente el continente americano del que se cuentan tantos prodigios, y en donde amontona el monopolio tantas riquezas, poseídas por manos que han cruzado el territorio de caminos de hierro, puesto los jalones de nacientes poblados y quizá gérmenes de nuevas nacionalidades, pero puntos perdidos hoy en los inmensos campos de California y Arizona, de Texas y New-México, más grandes que España y Portugal, Francia é Inglaterra, Italia y Austria juntas, donde la vida nóma-

da se ejercita con todas las manifestaciones del salvajismo, que la civilización pasa sólo allí entre los rieles de los caminos de hierro rápida y fugaz, desvaneciéndose á la vista del que suspira en aquellas landas desiertas, como el humo de la locomotora y el vapor de la caldera en los espacios infinitos del cielo.

Cansado de meditar sin comprender los misterios de los vastos desiertos americanos, recojo una nota artística en la estación de Yuma, que colora aquel desierto y aquella rígida nota de la línea recta en todo: una compañía nómada que pasea por aquellos desiertos leones enjaulados, panteras, tigres y hienas en grandes carromatos, indios que montan caballos enjaezados á la mexicana, elefantes que guía un muchacho cuarterón, monos que saltan y brincan, mujeres que visten trajes imposibles, chillones, llamativos, de raza difícil de clasificar, y en un gran carro, terminado por ancha plataforma, una murga de indios más ó menos auténticos, que toca una marcha discordante, ensordecedora, proyectándose todo en el cielo tropical, que ensucia de tonos grises la ola de aire caliente que levanta el sol en las caldeadas arenas del desierto.

Pasa aquella mascarada por delante del tren lenta y majestuosamente; es el reclamo americano que no tiene bastante campo en las ciudades y que necesita las inmensas soledades del desierto para

proclamar que él solo es el rey del mundo. Y la locomotora mueve otra vez sus bielas y ruedas y el tren sigue y sigue cruzando estepas y pueblos, ríos y lagunas, acercándose cada vez más á Río Grande, muy chico donde lo cruzamos, poco antes de llegar á la frontera mexicana, y á la estación de El Paso, en territorio aun de los Estados Unidos de la América del Norte.

De El Paso á México



las dos de la tarde del día 6 de noviembre último llegué á la estación de El Paso, en territorio de Texas de los Estados Unidos de la América del Norte.

Para ir á la estación mexicana es menester atravesar la población, de fisonomía yankee, en el conjunto y los detalles. Lo característico allí es el cambio de tipo, la aparición de nuestra raza, del mestizo y del indio mexicano, esencialmente distinto del sioux criado en el Far-West y en los desiertos de Arizona, New-México y Texas.

El indio mexicano tiene en su piel y en sus rasgos fisionómicos algo que recuerda al chino, y sin embargo, cuando se comparan en los restaurants de

las estaciones donde concurren, al chino puro, activo, inteligente, observador, con el indígena de México indolente, resignado, gozando la molicie del reposo, la única semejanza que aparece en los dos tipos es la inmovilidad fatal de su fisonomía, la tristeza de raza, tan honda y constante que parece haber desterrado la risa de aquellas esfinges humanas.

«Señor, ¿quiere usted algo?» me dijo un mestizo de ojos negros, rasgados, soñolientos. «Sí, necesito cambiar dinero; ¿podrá usted con todo esto?»—«y como no», contesta el mozo echando una rápida mirada á mi equipaje de mano, y con un acento tan dulce y con tan suaves inflexiones en la voz, que cantaba más que hablaba, y al decirme que le siguiera, guióme por aquellas calles polvorientas y las sendas más trilladas, llegando al poco rato, en tarde de noviembre tan calurosa como una de septiembre en Barcelona, al Banco de la ciudad, donde me dieron por cada cien dollars ciento setenta y dos pesos mexicanos.

Al ver tanto dinero en mi mano, tentado estuve de creer que soñaba, porque si la vida en México había de resultar proporcionada á lo que cuestan las cosas aquí, tomando por unidad el duro, iba á darse el caso extraño de que el viaje á Nueva España no me costara nada ó casi nada.

Regresé á la estación y me tocó esperar hasta las cinco de la tarde; los trenes en México no llevan

prisa; hay de El Paso á México unas mil doscientas treinta millas, y para su recorrido necesité andar, sin descanso, desde el lunes á las cinco de la tarde á las siete de la mañana del jueves siguiente. Media hora antes de la partida, el expendedor de *boletos* abrió la taquilla y al pedirle pasaje para la capital de México, aunque el idioma del país es el castellano, observé que no me entendía, que domina aun en los caminos de hierro de Nueva España el idioma de la gran república norteamericana.

Me figuré, pues, que estaba aún en los Estados Unidos y hube de reiterar la petición en inglés. «Aquí, contestóme, no damos pasaje más que hasta Ciudad de Juárez, en donde está la estación principal y la Aduana».—«All right»; dí diez centavos, me entregó un *boleto* y esperé la hora de partida.

A las cinco llegó el tren compuesto de vagones de primera, segunda, tercera y Pullman-cars, rotulados en inglés, y el consabido negro, con su uniforme azul y botones dorados, el revisor que chapurreaba el español, con el séquito y la factura indiscutible que caracteriza el servicio de las compañías norteamericanas. Esos trenes me hicieron el efecto de avanzadas de los ejércitos de la gran república ansiosa de ir tachonando, de estrellas nuevas, las barras blancas y azules del pabellón americano.

Partió el tren y los aduaneros empezaron á ejecutar sus funciones; el bagaje de mano quedó revi-

sado en pocos instantes, poniendo en todos ellos un rotulillo que decía: «Revisado por el resguardo de la Aduana fronteriza de la Ciudad de Juárez». Anochecía ya al llegar á Ciudad de Juárez y allí revisaron mi equipaje, cené y tomé pasaje para la capital de los Estados Unidos mexicanos. En el restaurant estaba en funciones una partida de chinos que ha arrendado la mayor parte de los servicios culinarios de las estaciones carrileras.

La comida me pareció aceptable y calcada en la cocina norteamericana: muchas carnes asadas, pocas salsas, agua helada á pasto, y la eterna banana en campota, frita, al natural, perfumando con su empalagosa esencia todos los platos.

Y al dejar arreglados mis cachivaches en el Pullman, observé en el andén de la estación el movimiento de hombres de distintas razas y colores, de muchachos y niñas que vendían chucherías y frutas, movimiento inusitado, extraño, fantasmagórico entre sombras y penumbras difuminadas, algo que recuerda nuestras estaciones de la costa catalana, en las primeras horas veraniegas de la noche, cuando la gente ansía ver el espectáculo, siempre igual y siempre variado, del tren que llega y del tren que parte, espejo fiel y triste de todos los acontecimientos de la vida, esperados con ansia como una alegría, vistos desaparecer con el dejo amargo del desengaño.

Dejé á Ciudad de Juárez recordando á aquel

hombre de raza azteca que defendió, palmo á palmo, el territorio mexicano, y que, acorralado en el confín de la república, sentó allí las bases de su gobierno, organizó sus huestes, derrotó á sus contrarios, los lanzó del país y entró triunfante en la capital, dando á su patria uno de los períodos más largos de reposo desde que se emancipó de la metrópoli. Bien merecido tenía que la ciudad que le acogió en la desgracia, conserve el nombre del que defendió la independencia de la nación.

Ciudad de Juárez, iluminada apenas por el centelleo de las estrellas, se escondía cada vez más tras la arboleda, desaparecía rápida de la vista del viajero, y mientras el negro prepara las literas del Pullman, doy una ojeada á un guía que canta las maravillas de México, llamándole «Wonderland», y me dispongo para gozar, desde el día siguiente, la serie de espectáculos anticipados por relaciones pintorescas, dignas de una imaginación meridional.

Al despertar, á primera hora, apenas amanecía; recostado en la litera con el visillo levantado, observé ansioso la salida del sol. El que no ha estado en las altas mesetas mexicanas no sabe, no tiene idea de cómo se dibuja en el cielo la línea divisoria de las montañas, pura, limpia, cortada con precisión matemática que se proyecta en el horizonte como un trazo que separa la montaña, de tonos violados, del fondo azul del cielo. No puede haber en ningún clima

atmósfera más transparente, ni tonos más calientes en el aire, ni dorado más intenso en los rayos del sol, ni líneas más finas en el cirrus que parece encaje de filigrana suspendido en el espacio, y allí donde el sol se proyecta intensamente, donde la tierra abrasada recibe amorosa aquel beso ardiente de un sol que no mitiga, con sus alientos suaves, el agua reducida á vapor, parece que se levanta intensa hoguera que abrasa aquellas inmensas llanuras. Pero cuando el sol va subiendo hacia el zénit y el aire se hace menos transparente, y se observa atento el llano inculto, la choza misérrima de adobe que ampara al indio azteca, el pueblo sin fisonomía, que no la tienen aquellas casas de arcilla, paralalepípedos de color terroso, sin enlucido, que no se necesita en aquel clima seco para conservar su cohesión, con una abertura que hace oficio de puerta y otra muy chica de ventana, alternando con barracas cónicas de tierra y caña, y desaparecen los espejismos en el cielo, la realidad se descubre por todas partes, móstrando una miseria tan espantosa y una despoblación tan grande, que ellas solas bastan para explicar los continuados alzamientos y sublevaciones de aquel pueblo vencido y humillado.

A las nueve de la mañana llegué á Chihuahua, capital del Estado del mismo nombre. Situada la ciudad á bastante distancia de la estación, el agrupamiento de las casas, su fisonomía, la iglesia prin-

cipal con sus torres dominantes, me recordaron las ciudades españolas de la meseta central castellana.

Y en la estación se ven ya los hombres con *zarape* y las mujeres con *rebozo*, prendas de la indumentaria mexicana, remedo de nuestras mantas y pañolones castellanos, que cubren cuerpos sin camisa y pelos desgreñados, manifestación tristísima de la



mas terrible miseria. El indio, envuelto en su zarape, sentado en cuclillas, triste, macilento, mira como pasa el tren, satisfecho hoy porque tiene aún algunos centavos ganados no recuerda cuándo ni de qué manera, que ya trabajará mañana, cuando sea pobre y no tenga dinero para comprar *pulque, tortillas* y un puñado de judías.

¿Qué le importa al indio el mundo, del que nada espera? Cuando tiene hambre coge el fusil que le da la ambición del primer caudillo que se presenta y mata y muere para llenar su vientre, que es la única política que domina su corazón, su entendimiento y sus entrañas. Y al verle acurrucado, tomando el sol, enteco, arrugado, indiferente, nadie adivinaría en aquel sér envilecido un héroe que sabe batirse con singular bizarría, sin preguntar á nadie el color de la bandera, ni el derecho que defiende, ni la justicia de la causa que puso en sus manos el arma homicida.

Y al poco rato, después de tomar el *breakfast* en el restaurant chino, aquella masa desaparece lentamente, mientras el tren va cruzando campiñas abandonadas, desiertos inmensos que tienen por marco altísimas montañas, atravesando de tarde en tarde alguna *hacienda,* como dicen las gentes del país, que tienen sesenta y ochenta mil hectáreas de extensión, verdaderos falansterios indios donde éstos hallan choza que les cobije, trabajo que alivie su miseria é iglesia que consuele sus pesares. Necesarios son esos recursos en un país donde las sequías lo matan todo, donde los ganados mueren en los caminos, hambrientos y engañados por traidores espejismos, y las sequías duran años y años en los Estados del norte de México, teniendo que abrir las fronteras á los granos de Norte América para no morir de hambre, produciendo esto una sangría tan espan-

tosa en el numerario de la Hacienda mexicana, que la balanza comercial acusa una pérdida enorme, una corriente de millones que empobrece á aquella nación con una rapidez aterradora. Esto me cuentan mis compañeros de viaje, mostrándome en todas partes campos agostados, arenales salitrosos, tierras yermas y abandonadas, chozas misérrimas, indios cubiertos con sombrero, modificación de nuestro calañés, protector de la cabeza contra el sol y la lluvia torrencial de los climas tropicales, mientras van pasando las estaciones de La Cruz, Santa Rosalía, Jiménez, Torreón, empalme de la línea de Durango, Jimulco... y el día pasa esperando aquellas maravillas que no vienen y aquellas tierras tropicales que he soñado tantas veces, pobladas de palmeras, helechos arborescentes y lianas trepadoras con todo el cortejo de una flora y fauna poderosas.

El sol se pone, y el cielo vuelve á reproducir el espectáculo sublime de un incendio que dora, al esconderse en el horizonte, las cimas de las montañas y las profundidades del cielo. El indio, que ve cada día las fiestas sublimes de la atmósfera y compara aquella luz y aquellos colores con las tristezas de sus campos desolados, ¿cómo no ha de sentir la nostalgia de otra vida, allá, en el fondo de aquel cielo tan hermoso, tan puro y trasnparente, que parece ser una promesa y una esperanza?

Al día siguiente, poco después de las diez de la

mañana, uno de los compañeros de viaje, compadecido de mi desencanto, me coge de la mano y me conduce á la plataforma posterior del vagón para presenciar un cambio completo de decoración, y me dice: «Estamos atravesando una de las comarcas más ricas de México, en el distrito de Zacatecas, región argentífera por excelencia; fíjese usted en aquellas piedras blancas que marcan cotos mineros y en las bocas de las minas, en cuyas galerías hay, ó mejor dicho, había unos 15,000 trabajadores extrayendo mineral argentífero del subsuelo. Por desgracia, el monometalismo y la abolición de la ley Sherman en las Cámaras de Washington acaban de asestar á esta riqueza una herida mortal. Los propietarios de las minas están despidiendo á muchos trabajadores y el laboreo de las minas va disminuyendo con una velocidad aterradora.»

«Observe usted ahora el paisaje: los tonos rojos y calientes de estas montañas, sus formas suaves y onduladas, sus valles risueños, embellecido todo por ese sol y ese clima primaveral», y al salir de una curva, como si se levantara repentinamente un telón de boca, mostróme en el fondo de un valle la ciudad de Zacatecas, escalonada, con sus casas blancas, bajas, rematadas por azoteas, recordando las ciudades orientales, hasta tal punto, que los que no hemos tenido la suerte de visitarlas, si nos hubieran transportado con los ojos cerrados á aquel centro minero, con la

visión de las fotografías de Oriente en la memoria, no habría habido uno solo que se creyera en América; tanta semejanza existe entre Zacatecas y las ciudades en que se desarrollaron los portentos que conmemora la religión cristiana.

La explotación de las minas se remonta al 1516 y se supone que ha rendido ya más de 800 millones de dollars; la ciudad está sentada sobre filones de plata y en ella misma se abren los pozos para la extracción del precioso mineral.

Las iglesias se parecen, desde lejos, á las que se veían en Chihuahua; los edificios principales, los únicos que tienen alguna grandiosidad, son obra de nuestros antepasados, y por eso me decía mi compañero de viaje: «cuando vea usted, en México, un edificio de importancia, una iglesia de buen tipo arquitectónico, un palacio majestuoso, un cuartel, un ministerio, lo mismo en la capital que en los Estados, no vacile usted un instante en creer que todo es obra de España y del tiempo de la conquista.»

Poco tiempo me quedó para contemplar aquel oasis llamado Zacatecas en medio de tantos desiertos; los pasajeros ocuparon el tranvía que debía conducirles á la población, y el tren emprendió la marcha por la gran pendiente que guía á Guadalupe, y á pesar de haber pasado ya, á primeras horas de la mañana, el trópico de Cáncer y estar en los climas cálidos de la zona tórrida, las yucas, las palmas y los

nopales eran las únicas plantas que me recordaban el país tropical de los bosques gigantes y las selvas encantadoras, descritas tan magistralmente por Humbold.

A la una llegamos á Aguas Calientes, almorcé en un restaurant del país á instigación de mis compañeros de viaje, y, aunque descontento de mi condes-



YUCA

cendencia, tuve la curiosidad de probar las celebradas *tortillas*, pasta repugnante hecha de harina de maíz y no sé qué más; el *pulque*, brebaje procedente de la savia fermentada del agave americano, muy parecido y perteneciente al mismo género de los agaves que se crían en la costa mediterránea, y una serie de platos de origen español mal condimentados y sucia-

mente ofrecidos, que me hicieron formar una pobrísima idea del arte culinario de los Estados Unidos mexicanos.

Por fin, al día siguiente, á las siete de la mañana, vislumbré ya los célebres lagos del gran valle de México, sus cordilleras famosas, sus volcanes apagados, sus cimas más altas que los picos más elevados de los Alpes, y después de cinco días y otras tantas noches de ferrocarril, capaces de fatigar al más robusto, bien merecido tenía llegar al cerebro del país de las maravillas, á la ciudad de Motezuma y Hernán Cortés, de las leyendas heroicas, la noche triste y cuanto se relaciona con los hechos más gloriosos de la historia colonial de España.

La ciudad de México



Temo que muchos extranjeros, al visitar la capital de la república mexicana, no le hallarán grandes atractivos. Lo moderno vale poca cosa, lo antiguo, lo que construyó el Virreynato de España durante tres siglos, sólo interesará á un reducido número de personas, amantes de la historia del mundo y de las proezas humanas. Si el que visita México está imbuído en ideas de secta, en todas partes hallará las huellas de los quemaderos de la inquisición, del martirio de los jefes indios humillados y vencidos por los conquistadores, más afanosos de tesoros escondidos que de glorias guerreras, y considerará justo que los mexicanos no tengan para Hernán Cortés ni un recuerdo, ni una alabanza.

Quien estudie imparcialmente la historia de la conquista de México, y observe cómo crece y se civiliza su raza indígena, mientras en el territorio de los Estados Unidos se extingue, siendo más guerrera y más viril, atosigada por procedimientos inhumanos, perseguida á sangre y fuego, y acorralada en su propia casa, quizá hallará que la obra de la conquista dejó en los campos regados por tanta sangre española, algo más que fanatismos y codicias, crueldades y martirios, que no son ciertamente los que tienen en sus manos los destinos mexicanos quienes puedan hacer alardes de clemencia, y de ahorrar la sangre indígena que derraman á raudales en nombre de ideales políticos menos excusables que los derechos de conquista.

Si levantaran la cabeza Iturbide y Maximiliano, los dos emperadores mexicanos fusilados en nombre de la revolución triunfante, ellos, que no atentaron á la independencia del país y procuraron enaltecerlo y honrarlo, qué dirían de una raza que reniega de su sangre y halla vilipendio en la conquista que les hizo hombres civilizados, cristianos y dignos de alternar con los pueblos cultos, cuando los indios, que son los más, más de la mitad de la población, no han hecho otra cosa que cambiar de señores, conquistados hoy por nuestros hermanos como lo fueron hace cuatrocientos años por nuestros abuelos, y lanzados á continuas luchas fratricidas para levan-

tar sobre el pavés, al más osado ó al más fuerte.

Difícil ha de ser al español ilustrado sustraerse á esas consideraciones, si de la estación va á parar al hotel Iturbide, mansión durante cortísimo tiempo del infortunado emperador Agustín I, ungido en la catedral de México, á los treinta años de edad, cuando acababa de libertar el territorio del dominio de España, trescientos años después de aquella epopeya escrita con sangre española por un puñado de hombres mandados por Hernán Cortés en los campos y montañas mexicanas, epopeya que no necesita mármoles ni bronces que la perpetúen, que mientras el mundo exista, mientras exista México, no habrá ciudad ni aldea, montaña ni llanura que no guarde, desde las más hondas raíces de aquella nacionalidad hasta las cimas más elevadas de sus cordilleras, el recuerdo del paso de aquellos guerreros que fundaron un imperio, dejando en él el sello imperecedero de su sangre y su genial valor.

El palacio convertido en hotel, el patio rodeado de columnas, rematadas por arcos de medio punto en su parte baja, por arcos rebajados en el principal y adintelados en el segundo, como si representaran aquellos accidentes arquitectónicos épocas distintas en su construcción, el patio desnudo, que si lo rematara un velarium recordaría los patios andaluces, todas las crujías modificadas para las atenciones del café, billares, salas de lectura y restaurant,

todo lo banal y pobre de un hotel de segundo orden, ha venido á rematar las glorias de un imperio sellado con la sangre de un hombre que olvidó sus juramentos para libertar á su patria del llamado ominoso yugo extranjero.

Conquistada la independencia en los campos de Querétaro y Puebla, Iturbide entró triunfante en la capital en septiembre de 1821; en 19 de mayo de 1822 el Libertador fué elegido emperador por 67 votos, y en 21 de julio del mismo año, Iturbide y su esposa fueron coronados en la catedral de México, para reinar sólo poco más de un año, derrocados en marzo de 1823 por el general Santana. Desterrado y maldecido, se le concedieron 25,000 duros anuales de limosna para que viviera en suelo extranjero, y él, que había dado á sus compatriotas un territorio inmenso, quince ó diez y seis veces más grande que la metrópoli, no podía pisar, sin ser llamado traidor, ni un palmo de tierra mexicana.

Al año de la expulsión, la nostalgia, el rencor ó ambas cosas á la vez, le hicieron volver á México; é Iturbide el Libertador, el ungido en la catedral, el ídolo del pueblo, fué declarado traidor, preso y fusilado en 19 de julio de 1824.

Los vencedores no aventaron sus cenizas, ni arrojaron sus huesos á la voracidad de las alimañas; la piedad recogió el cadáver de Iturbide, que bien pudo cederle para tumba unos cuantos palmos de

terreno á perpetuidad en la catedral, en cambio de un territorio independiente, afianzado por la mano poderosa del Libertador mexicano.

Fuerza es desvanecer esa impresión dolorosa que siente todo español de raza al pisar la ciudad de México. Son tan recientes las fechas, tan heterogéneos y extraños los pensamientos que levanta el amor á España y la idea de justicia ante la tumba de un hombre que olvidó sus juramentos y fué ingrato con la metrópoli que le hizo general antes de los 30 años de edad, y le confió su honra, sus ejércitos y sus intereses, que yo, español, no me atrevo á llamar traidor á Iturbide, no me atrevo á infamarle como lo hicieron aquellos que le debían la libertad y la independencia, obcecados y vencidos por la ambición y las ansias terribles del poder.

Necesito orear mi frente y salir á la calle animadísima de San Francisco, una de las arterias principales de la capital, para desvanecer tan tristes pensamientos. La fisonomía de sus casas bajas, pues, pocas tienen más de dos pisos, sus tiendas de aire puro español, los chicos que pregonan las mercancías y ofrecen los diarios del día, los carruajes de lujo y alquiler que cruzan el arroyo, la urbanización bastante bien entendida, todo tiene aire europeo, todo recuerda á Madrid, y al llegar á la plaza llamada «El Zócalo» ó «Plaza mayor de la Constitución», en cuyo centro hay actualmente una especie

de circo con un jardín interior que la afea, hallé más pronunciada esta fisonomía en los puestos de venta de flores, en los portales llenos de buhoneros y baratijas, rodeada por edificios públicos inmensos, la catedral, el antiguo palacio de los Virreyes, convertido ahora en Ministerios, la casa de la ciudad, jardincillos y bosquetes, estatuas y monumentos en el centro, parada de tramways en las partes laterales, y todo ello iluminado por un sol tropical que no enturbia á 2,400 metros de altitud el vapor de agua, con los indios envueltos en sus zarapes y rebozos de colores vivos y estrafalarios, cubierta la cabeza con el típico sombrero mexicano, alternando con gentes de sociedad más culta, traje más atildado y apariencia más decente.

El edificio más notable por su arquitectura es la catedral. Empezada en 1573, terminóse en 1667, siendo más reciente la fecha de la terminación de las torres que lleva la de 1791. Dicen las gentes que la catedral costó 2.200,000 duros, pero á mí se me figura que si en esta cantidad no se cuentan joyas y obras artísticas de valor intrínseco que no están al alcance del vulgo, hay que estar prevenido contra esta cifra que parece calcada en las exageraciones yankees, y las cuentas galanas que convierten á América en el país de las Mil y una noches.

La fachada de la catedral, achatada en el conjunto y los detalles, empotrada en dos grandes cubos que

sostienen dos pesadísimos campanarios y un anexo en la parte Este, churrigueresco y enrevesado que aumenta la traza del edificio en perjuicio de su alzado, no mantiene, ni un segundo, la atención del viajero. El interior frío, desnudo, con el coro en el centro que corta sus ejes con menoscabo de su grandiosidad, tampoco puede compararse con los templos españoles de arquitectura más sentida.

Tiene la catedral mexicana cinco naves espaciosas y un crucero, rematado por una cúpula decorada por artistas afamados. Descuella en el extremo de la cruz latina el altar mayor, ampuloso, reluciente, rococo, contraste inarmónico con el desmantelado de columnas frías y altares escasos, pobremente decorados.

Hay, sin embargo, algunos detalles suntuarios bien entendidos; los púlpitos y la pila bautismal de onice, algunas verjas riquísimas de oro, plata y cobre, el altar de los reyes, artístico y suntuoso, la tumba de Iturbide, la de los Virreyes y la de los ajusticiados en Chihuahua, rebeldes á la metrópoli, Hidalgo, Aldama, Allende y Jiménez, que levantaron el pendón de independencia, sirviendo como de enseña de combate la efigie de la virgen de Guadalupe, patrona de México. Al Este de la plaza se levanta el antiguo palacio de los Virreyes, construído sobre las ruinas del palacio de Motezuma, último emperador azteca.

No hay en el mundo edificio más grandioso ni más banal que el antiguo palacio de los Virreyes españoles, convertido ahora en ministerio de Estado, Hacienda, Tesorería y no sé cuántas dependencias más, con aire de cuartel, montada la guardia en las puertas, y llenos los patios interiores de soldados, sin un detalle que merezca mirarse ni apuntarse en la cartera. Doce patios interiores, ocho acres equivalentes á unas cuatro hectáreas de superficie cubierta; dos fachadas larguísimas adornadas con ventanas en los bajos y una serie de balcones en el principal, rematados con guardapolvos vulgarísimos que no recuerdan ciertamente los buenos tiempos de la arquitectura española, ni la intervención de una inteligencia artística en la fábrica de tan grandioso edificio.

Al Sur de la plaza se halla el palacio municipal, albergue del gobernador del Estado, con portales de piedra de sillería y una fachada líndisima, pero de interior pobre y de mal gusto, tanto en la sala de sesiones, como en el salón del alcalde y escalera principal. Adornan las paredes del municipio los retratos de los presidentes de la República y los personajes más célebres de México, desde Hidalgo hasta nuestros días, que la historia de aquel país desde Motezuma hasta el último Virrey español no cuenta para los republicanos de este siglo.

Hidalgo, si he de juzgar por los monumentos

que le ha levantado el patriotismo mexicano, es el nombre más querido y respetado de la República.

La primera herida causada al corazón de España lo fué por un humilde párroco de Dolores, lugar cercano á Guanajato, en 15 de septiembre de 1810.

Las intenciones de Hidalgo fueron conocidas por el Virrey; Hidalgo conspiraba, y alentado por sus parciales, pero sin escuchar las voces de la prudencia y sin la preparación necesaria, cogió el fusil, mandó tocar á arrebato, reunió á los indios en la plaza, y proclamó la independencia. Luchó con varia fortuna, pero al fin derrotado por las tropas españolas, acorralado y vendido por los suyos, fué arrestado y ajusticiado con los principales cabecillas Jiménez, Allende y Aldama, que descansan con Hidalgo, en el altar de los reyes de la catedral de México.

Once años más tarde, el cura Morelos continuó la obra de Hidalgo, terminada en 1821 por el general Iturbide. La ingratitud del pueblo afrentó más tarde al general con la tacha de traidor, y fusilóle, como España fusiló á los que atentaron á la posesión de su más preciada colonia.

Volvamos á la calle de San Francisco para ir á buscar la avenida Juárez, ancha, hermosa, soberbia, que termina junto al sepulcro levantado en Chapultepec á los cadetes que murieron defendiendo el territorio contra los ejércitos de los Estados Unidos, y

que recuerda otra época sangrienta, sino fatal, de la historia mexicana.

Esta gran avenida, llamada sarcásticamente Avenida Juárez, es una mejora debida á la emperatriz Carlota, á aquella mujer desdichada que perdió la razón cuando no pudo hallar en el mundo el amor que se hundió con su corona en los campos sangrientos de Querétaro.

En esa célebre avenida, llena de monumentos, no hay más que recuerdos ominosos que deprimen el corazón.

Dos príncipes aztecas, modelados en bronce, de nombre enrevesado, Ahuitzolt y Axayácatl, de indumentaria extraña, parece que guardan airados la entrada del cielo indio, donde sólo pueden penetrar sin peligro los hombres de su raza. En la primera glorieta se halla el monumento dedicado á Colón, único europeo que ha hallado misericordia en el corazón de los mexicanos; en la segunda, el dedicado á Cuauhtemoctzin, último héroe del imperio azteca; la tercera se guarda para Hidalgo, el enemigo más terrible de España; la cuarta á Juárez, el presidente indio, que guardó siempre en su corazón todos los rencores de su raza.

En el monumento dedicado al héroe azteca hay dos bajos relieves y dos leyendas. El primero representa á Cuauhtemoctzin preso ante Hernán Cortés; el segundo, la tortura del mismo príncipe y de Tet-

lepanpuetzal sometidos al tormento para hacerles descubrir el escondrijo de sus tesoros. Las leyendas confían al bronce los nombres de cuatro héroes aztecas.

Yo no sé qué hace allí Colón, entre tantos indios y tantos enemigos de nuestra raza; si el Gran Almirante despertara y viera tan empequeñecida la figura legendaria de Hernán Cortés, sentiría amargamente haber descubierto un mundo cuyos habitantes, después de ochenta años de dominar el territorio que reivindicaron en nombre de la civilización y el progreso, no han sabido hacer por la raza indígena otra cosa que levantar tres monumentos que perpetúan el odio contra los que la convirtieron al cristianismo, arrancando de sus pedestales á los dioses paganos, y como si temieran los entusiasmos y hervores de su propia sangre, calumnian las figuras legendarias de los héroes españoles, sin cuyo paso por la tierra mexicana no serían otra cosa que míseros indios esclavos de su cerebro atrofiado, y de una sangre empobrecida y degenerada.

Si consignara aquí que en México no se ha borrado el recuerdo de las antiguas tradiciones españolas, y que el acuerdo tácito, colmado de desdenes, con que los hijos del país muestran olvidar los tiempos de la conquista y las hazañas portentosas de Hernán Cortés y Alvarado, no es más que una ficción con que se engañan á sí mismos, parecería un

axioma que huelga en un trabajo dedicado á un público culto é ilustrado, conocedor de la historia contemporánea española, y de los altos hechos de nuestros afamados conquistadores.

Todos los pueblos conquistados conservan monumentos dejados por sus dueños y señores, páginas de piedra que recuerdan una civilización extinguida y un período histórico; pero en parte alguna se confunden y compenetran como en México, nuestro espíritu y nuestra sangre con la raza indígena, batida en los primeros tiempos de la conquista, sometida más tarde con el apoyo, después de la noche triste, de los tlascaltecas, confundidos ya en la comunión del amor de pueblo á pueblo durante el largo mando de los Virreyes, en que se levantaron las iglesias y los conventos, los palacios y los monumentos, los canales y las conducciones de aguas que hemos dejado en todo el territorio, como huella poderosa de nuestras ciencias y de nuestras artes animadas por el espíritu divino de nuestra religión y nuestras creencias.

No se ha hecho aún en México la paz en los espíritus, la paz fecunda que está en el corazón y no en los labios, porque las generaciones actuales guardan en la memoria el recuerdo vivo de nuestra historia, y no han tenido tiempo de borrar las huellas de nuestra superioridad de raza y de entendimiento, superioridad que representa para los leaders

del país un yugo más doloroso que el mando político y la mano opresora del fisco. El día que puedan levantar una catedral más alta que la construída por nosotros, el día que hallen la forma precisa y exacta para modificar el palacio de los Virreyes, el momento histórico en que se levante al calor de su potencia tropical una arquitectura más elevada y una literatura más noble y más pura que la nuestra, cuando purificado el medio ambiente de las ambiciones políticas, nuestra sangre, que circula por la nación mexicana, nada deba envidiar, ni pueda codiciar á su madre España, la reconciliación resultará espontáneamente hecha, con evidente ventaja de las dos naciones hermanas.

Pero hoy, no habría un sólo mexicano que se atreviera á levantar una estatua á Hernán Cortés, y sin embargo, no puede darse un paso en la capital sin hallar las huellas de aquella epopeya que convierte á México en una de las ciudades históricas más importantes del mundo.

Los mexicanos imitan á los enamorados que rasgan las fotografías y los recuerdos de la mujer amada, y no pueden arrancarla del corazón, donde crece y se agiganta, con los esfuerzos hechos para lanzarla del sitio en que reina como dueña y señora.

¡Inútil porfía! recórrase la ciudad en la dirección más caprichosa, y en todas partes hallaré el recuerdo del héroe y el árbol de la historia hispana trasplan-

tado al suelo mexicano. Y para probarlo, voy á tomar la catedral como punto de partida, y en dirección á San Cosme siguiendo la calzada, hoy avenida de hombres ilustres, por donde huyó Cortés y sus soldados durante la *noche triste.*

Circundaba la ciudad en aquella época un ancho canal; los aztecas, dueños de la comarca, se rebelaron contra los españoles y los acuchillaron cruelmente. Rechazados en aquella calzada, al llegar huídos al canal, cayeron al agua y murieron en gran número, cegando la corriente, tan grande fué el número de los que perdieron allí la vida en la refriega. El capitán Alvarado, héroe de aquella tragedia, saltó la corriente y pudo escapar yendo á retaguardia, animando con su valor y abnegación á los tercios españoles.

Cortés llegó á Tacuba, se sentó bajo un árbol y dicen que allí lloró por sus soldados, árbol que vive aún y se conoce con el nombre de «El Árbol de la noche triste».

Cortés rehizo su maltratada gente, hizo una alianza con los tlascaltecas, arrancó azufre de los volcanes para fabricar pólvora, pidió refuerzos á Cuba, construyó una escuadrilla en el lago Texcoco, y en poco más de un año reconquistó la capital, tomada en 13 de agosto de 1521, levantando una capilla, llamada hoy de San Hipólito, en conmemoración del día del santo en que Cortés pudo vengar

la carnicería que los aztecas hicieron en las tropas españolas.

Hace muy poco tiempo que la piedad católica ha restaurado aquel templo, pero de tal manera que los manes del arte deberían poner en el portal de aquella iglesia la célebre frase dantesca: *Guarda e passa*. Echemos, pues, una mirada sobre la lápida que dice así y pasemos. «En este sitio y noche de 1.° de julio de 1520, llamada la noche triste, fué tan grande la carnicería de españoles por los aztecas, que al tomar otra vez la ciudad un año más tarde los conquistadores acordaron construir en este sitio un edificio conmemorativo, llamado capilla de los mártires y dedicarla á San Hipólito para recordar que en día del santo fué reconquistada la ciudad.»

México es la ciudad de las iglesias y los conventos; el más grande ó uno de los más grandes del mundo era el convento de San Francisco, que derribó la revolución triunfante. En su recinto había once iglesias y capillas, un hospital, un refectorio para quinientos monjes, un dilatadísimo jardín y un vasto cementerio.

La desamortización convirtió el monasterio en calles y solares; el hotel del Jardín ocupa el sitio que fué hospital y aprovecha parte del jardín que fué conventual, la calle de la Independencia atraviesa el área del monasterio que empezó Hernán Cortés, á cuya iglesia iba á misa y donde estuvo

enterrado 65 años, hasta 1794. En aquel sitio construyeron los frailes la primera escuela destinada á la instrucción de los indios, levantándose la iglesia con los despojos de un templo azteca.

Aquel inmenso edificio, cuna de nuestra dominación y de la evangelización de los indios, fué confiscado por el Presidente Comonfort, y vendido por Juárez; empezando así la ruina de los recuerdos de España en aquel vasto imperio colonial.

Al rededor del hotel Iturbide, situado en la calle de San Francisco, se ve una bonita iglesia, Santa Brígida; al nordeste La Profesa, y al sudeste San Agustín, dedicada hoy á biblioteca nacional. Adornan las bases de las pilastras, estatuas de los hombres de Estado mexicanos y ocupan las capillas y los paramentos laterales lujosos armarios llenos de libros y documentos importantes.

Siguiendo la calle de San Francisco en sentido contrario á la Catedral se halla la Alameda, poblada de árboles cuya antigüedad indica claramente la mano que los ha sembrado ó plantado, y al terminar la calle se desemboca en una plaza, cuyo centro ocupa la estatua ecuestre que recuerda á primera vista la de alguno de los reyes que hay en las plazas de Madrid.

La sorpresa que causa esa estatua en la capital de México sólo puede compararse á la causada por una excepción que no parece deber admitir un prin-

cipio claramente definido. ¿Qué hace allí la estatua ecuestre de Carlos IV, del odiado rey que con el recuerdo de sus debilidades armó la mano de Hidalgo y más tarde la de Morelos é Iturbide? ¿quién conserva aquel monumento levantado en medio de la plaza Mayor ó de la Constitución por los Virreyes, en 1803, siete años antes de la primera intentona de independencia? Forzoso es averiguar ese enigma: ese monumento, proyectado por el célebre Tolsa, fué derribado en 1824, retirado al patio de la Universidad hasta 1852, en cuya fecha pasó al sitio que ocupa hoy, consignándose, empero, que se conserva como obra de arte de gran merecimiento, no como recuerdo de un Rey español.

Y ciertamente, la estatua fundida de una sola pieza es una obra soberbia: tiene 16 pies de alzado, pesa treinta toneladas y está primorosamente modelada y fundida. El zócalo es sencillísimo, de altura casi igual á la estatua, sin leyendas pomposas en sus paramentos: consígnase sólo el nombre de Tolsa, á cuya memoria se debe la conservación de una obra artística que puso en gran peligro el *chauvinisme* ridículo de los políticos mexicanos.

Si vamos siguiendo el mismo camino, en dirección á Chapultepec, á la izquierda del camino veremos un largo acueducto compuesto de 900 arcos, concluído en 1607, para abastecer la capital; al otro lado se ve otra conducción construída por el Virrey

Bucareli, cuyos huesos descansan en el santuario de Guadalupe.

¿Qué más? 10,112 iglesias y capillas católicas existen en el territorio mexicano y, casi todas, si todas no, han sido levantadas por la piedad española.

Doce millones de almas cuenta México y, de éstas, sólo unas 25,000 profesan religión distinta de la nuestra. Juárez quiso reformar el antiguo estado de cosas; separó la Iglesia del Estado, y desde 1874 la estadística no acusa más cambios que los siguientes: Presbiterianos, 90 iglesias y 4,000 fieles; metodistas, 15 y 4,000; baptistas, 16 y 1,000; menguado resultado en país tan propicio á las exageraciones, y donde el indio puede ser fácilmente seducido y engañado.

Juárez, el hombre de las grandes reformas, el que venció á los franceses y acabó con el imperio de Maximiliano, descansa con sus émulos y sus mártires en el panteón erigido por el patriotismo mexicano en la pequeña plaza de San Fernando.

El mausoleo parece un templo pagano, donde truena como dios máximo la estatua yacente de Juárez. A la vista tengo la fototipia que me recuerda aquel monumento de mármol, abierto en su centro, sostenido por 16 robustas columnas dóricas, estriadas, macizas, que sostienen una bóveda plana que cobija á la estatua de la república sentada en

la extremidad de la losa funeraria, y sobre cuyo regazo descansa la cabeza de la estatua yacente de Juárez.

Los demás sepulcros no cuentan apenas, al lado del héroe indio que la patriotería mexicana tiene la debilidad de comparar al austero, al honrado, al gran repúblico Washington. Leo los nombres de



Guerrero, Zaragoza y Comonfort, y casi á los pies de Juárez los nombres de Mexía y Miramón.

¡Ah! todo lo iguala la muerte, en su seno no se odian víctimas y verdugos; la política no habla hipócrita en nombre de la patria y no rebaja ni engrandece; los dramas de la vida parecen espejismos ante la serenidad augusta de la muerte; pero los vivos, los que alentamos llevando sobre nuestros espíritus todas las miserias mundanales, con dificultad

comprendemos la promiscuidad horrorosa de hacer tronar aun después de muerto al que mató en nombre de la ley sobre los que también creyeron cumplir su deber en aras de la misma patria y quizá amándola honda y tiernamente. Pero quien sabe si los que tal hicieran, comprendían que la reconciliación al pie de la tumba era una idea santa y justa, y pensaron, tal vez con razón, que el triunfo no siempre justifica las causas, y que la patria debe reconocimiento igual á todos los que la amaron.

Y al llegar aquí justo es consignar que debo á la exquisita cortesía de mi buen amigo, el señor subsecretario del ministerio de Fomento, don Gilberto Crespo Martínez, que me presentó y recomendó á los conservadores del Museo de Antigüedades de México, el haber visto con alguna detención las preciosas colecciones de Historia natural, de Arqueología y de Historia que, con gran competencia y verdadero cariño, se guardan en la antigua Casa de la Moneda de aquella capital.

No ofrece la fachada del Museo grandes atractivos: una puerta que adornan columnas corintias, un vestíbulo desnudo, un patio central donde se cultivan plantas tropicales muy hermosas, un señor, alto funcionario de la casa á quien me presenta el señor Crespo y me colma de atenciones, es cuanto llama mi atención al entrar en un edificio que contiene las reliquias más preciadas de la historia mexicana.

Abren la puerta del fondo del patio y entro en un salón, acompañado del señor secretario del Museo á cuya inteligente solicitud debo las pocas noticias recogidas y que voy á trasladar al papel como puede hacerlo un ignorante como yo, en materias que exigen estudio constante, profundo y detenido.

Hay en aquel salón páginas brillantísimas de la historia azteca, de aquel pueblo indio que tuvo su teogonía, su política, sus emperadores y sus guerreros, que dominó grandes comarcas y tuvo dinastías fundadoras de civilizaciones extrañas, cuyo centro de radiación estuvo en la ciudad que habitaba Motezuma en tiempo de la conquista. Lo primero que llama la atención del viajero es el estado de conservación en que se hallan las estatuas de los dioses paganos, las piedras de los sacrificios, el calendario azteca... objetos todos hallados en las excavaciones hechas, en su mayor parte en la capital, conservación debida al clima de las grandes mesetas mexicanas de los Estados del Norte, donde apenas llueve, donde hiela raramente, recordando los desiertos de Egipto en que todo se conserva y tiene vida histórica, representación de pueblos que han envejecido sin perder el amor á sus antiguas tradiciones, que enterraron con sus momias y las dinastías de sus reyes en el fondo de tumbas abiertas en la roca imperecedera de las tierras tropicales. Quisiera seguir con mi amable cicerone la historia de cada es-

tatua, la significación de cada piedra; quisiera contar aquí los dolores del desdichado que ofreció á sus dioses vida, honores, gloria, amor, cuantas cosas puede ver el sabio en aquellos monumentos, mudos para mí, elocuentes para el que sabe leer en los trazos esculpidos en la piedra, en la figura de un dios de fisonomía estrafalaria, en las formas que revelan aplicaciones extrañas borradas de la conciencia humana, relacionado todo con una civilización muerta que tuvo sus días de gloria y sus esperanzas de inmortalidad.

El tiempo, lo que no existe en el infinito, lo que no empieza ni acaba en el espacio, todos los pueblos necesitan medirlo, que sin él los acontecimientos humanos no contarían en el mundo. Así no me admira ver en el fondo de la sala, y en sitio preferente, el calendario azteca, cuya facsímil había fijado ya mi atención en el Smithsonian Institution de Washington, y que aun teniéndolo á la vista, en una fototipia que me recuerda sus rasgos característicos, no sé cómo describir. Es una gran piedra porfídica, en donde se han grabado, entre los anillos de circunferencias concéntricas, símbolos extraños que tienen por centros la cara de un hombre, representación probable de un astro que servía á los aztecas para fijar el régimen de las estaciones anuales. ¿Cómo se contaban en aquel artificioso enigma los acontecimientos de la vida azteca? ¿quién es capaz de ave-

riguarlo? que aun los más sabios, en tan difícil materia se pierden en conjeturas al tratar de adivinar en los inflexibles trazos de aquella piedra, las ideas que las dictaron y esculpieron.

Recorro la sala y me salen al paso ídolos deformes: el dios del fuego, llamado Chac-Mool, el dios principal del antiguo México; guerreros en número crecido; el indio triste; las piedras de los sacrificios, por cuyos agujeros debió correr la sangre de las víctimas; figuras grabadas, extrañísimas; símbolos portentosos de bestias enroscadas, airadas, de fisonomías terribles; estatuas grandiosas que ocupan los centros de la sala, esperando la vuelta de aquellas razas cuyos descendientes las miran sin comprenderlas; que murieron ya en el corazón de los indios, y para siempre, las teogonías de los crueles dioses paganos.

Salgo de aquel salón sin explicarme nada de lo que he visto; son para mí aquellas figuras palabras sueltas que no forman ideas en mi cerebro, y como si despertara de repente á la realidad de la vida, al atravesar el patio y entrar en reducida habitación, veo la carroza de gala de los últimos emperadores mexicanos, la carroza que usaron Maximiliano y su esposa al ser ungidos en la catedral de México.

Contraste terrible entre dioses airados que exigían el holocausto de sangre humana, y civilizaciones modernas que coronan las víctimas y las llenan de

incienso y perfumes antes de fusilarlas en los campos de Querétaro. No hay, pues, entre ambas civilizaciones, más que diferencias de procedimiento; pero el fondo no revela, en ambas, otra cosa que asquerosos fanatismos y crueldades terribles.

Subo al primer piso y me enseñan un hermoso museo de Historia natural; México, país de recursos mineralógicos espléndidos, de fauna y flora tropical prodigiosa, sin grande esfuerzo puede montar colecciones de gran precio y ofrecer á sus hijos páginas llenas de datos, noticias y ejemplares para el estudio de su gea y la vida que sustenta. Falta ya sólo una sala para terminar la visita al precioso museo mexicano, sala que contiene para los españoles reliquias de inestimable valor.

En aquella sala podríamos aprender mucho, si fuéramos capaces de retrotraer, condensándolo en un pensamiento sintético, toda la historia colonial de España, tan gloriosa, tan triste y tan rica en enseñanzas, experiencias y contrastes.

Hidalgo, el párroco que trocó el cayado de pastor por arma homicida, tiene allí su estandarte, su bastón y su fusil, y junto á estas prendas mexicanas el estandarte de damasco rojo que llevaba Hernán Cortés en los días de la conquista. Bien están juntas esta gloria y aquellas enseñanzas, que en ambas cosas aprenderán los hombres como se conquistan las colonias y como se pierden, lo que pueden la

fuerza inteligente, y los desaciertos impulsados por la codicia y el desgobierno.

Hay allí también el escudo de Motezuma y el servicio de mesa de Maximiliano, reliquias de dos emperadores para quienes los campos de México estuvieron sembrados sólo de abrojos y espinas.

Otro edificio notable y que vale la pena de ser visto detenidamente es el palacio de la Minería, obra moderna de principios de este siglo, la última quizá debida á los Virreyes españoles. Ocupa actualmente su vastísima área el ministerio de Fomento y la escuela de Ingenieros de minas. Para construirlo, la explotación de los minerales recargóse con el pago de un cánon que se destinó á obra digna de albergar la realeza. Los que conocen la historia íntima del país creen que, desterrado don Fernando y en entredicho la corona de España, á principios de siglo, el elemento español mexicano pensó ofrecer al Rey Fernando aquel albergue suntuoso, de escalera magnífica, de patios espaciosos y espléndidos, de fachadas artísticas, de conjunto superior á cuanto se hizo en aquella capital por nuestros Virreyes en los primeros siglos de la conquista.

En el vestíbulo principal hay grandes aereolitos caídos en territorio mexicano, y en las salas principales, hermosas colecciones de minerales y fósiles, dignas de la riqueza minera del subsuelo de Nueva España.

Ya anocheciendo, al salir del Museo, atravieso el Zócalo, la calle de San Francisco, cruzada de carruajes cuyos cocheros, aun llevando vistosas libreas, sólo excepcionalmente dejan el sombrero mexicano; las aceras concurridísimas, y en una plaza junto á la Alameda Juárez, un señor que me acompaña fija mi atención en una dama, cuya silueta alcanzo sólo á descubrir en un balcón y que resulta ser la de la señora viuda de Miramón, de aquel general que murió con el emperador Maximiliano en los campos de Querétaro.

Allí mismo, los muchachos pregonan la terminación de una algarada, de una nueva sublevación que durante un mes ha tenido en jaque á las tropas de la república. El jefe se había rendido imponiendo condiciones como si fuera beligerante reconocido. Y es que en México el fermento de la guerra civil subsiste siempre en aquella sociedad, convertido en elemento de resistencia con el que cuentan todos los partidos, que nadie está seguro de lo que pasará el día siguiente, y de si la víctima de la víspera se convertirá en dueño y señor de aquellas corrompidas democracias.

Y mientras veo pasar luces sin cuento de carruajes que cruzan la Alameda, escucho admirado los detalles curiosos de historietas, en que figuran los personajes más conspícuos de las repúblicas americanas, nombres que no quiero recordar convencido

como estoy de que el escándalo es el peor de los pecados, y que quizá no están los tiempos para derribar reputaciones cuando tanta falta hace sumar voluntades en la gobernación de los pueblos. Y casi distraído oigo que dicen: «El gobernador del Estado X... preparó una emboscada al jefe del Gobierno; el plan no podía ser más sencillo; en una cacería bien organizada debía guiar la mano experta de un bandido la voluntad decidida de dejar una vacante en la poltrona presidencial. El jefe del Gobierno averiguó el caso, y cuando se presentó el Gobernador á convidarle, aceptó al parecer gustoso, rogándole sólo que regresara á su Estado y aguardara allí el día en que las funciones de su cargo le permitieran acudir á la fiesta.»

»El Gobernador regresó á su casa aquella misma noche, y en el vagón que lo conducía subieron dos desconocidos que tomaron asiento junto al jefe aludido. Cuando el tren cruzaba uno de los territorios más desiertos de aquel país, uno de los desconocidos apretó el timbre de alarma para que el maquinista parara el tren, que supuso estar en peligro. Mientras tanto el otro desconocido enseñaba al Gobernador la orden de arresto, expedida, en forma, por quien tenía atribuciones para hacerlo.» No sé si protestó el interesado, pero sí cuentan malas lenguas, que el arrestado bajó del vagón, se arrodilló junto á la vía y murió fusilado.

Y decía otro: «los españoles son ustedes deliciosos; su sentimentalismo resulta ridículo y contraproducente. En América entendemos las cosas de Gobierno de manera muy distinta. Iba yo hace poco en un tren, camino del norte, con varias señoras; cuando más distraídos estábamos, una agresión salvaje puso en peligro la vida de una de las damas, que se salvó milagrosamente. Junto á la línea, unos indios hicieron fuego, y las balas penetraron en el vagón. Paróse el tren, perseguimos á aquellos bandidos, y allí mismo, sin más contemplación ni causa criminal, los fusilamos.»

»¿Cree usted que con este procedimiento habría motivo de vanagloria en los que atentan á la vida del prójimo?»

No sé lo que contesté, porque ya otro señor proseguía:

«¿Recuerdan ustedes la historia de aquel general que entró en un café y mató á fulano é hirió á zutano...? pues ya está en la calle, y tan campante.»

La verdad es que todo aquello no daba grande idea de los gobiernos democráticos, y pensándolo un poco y agrandando el cuadro, quizá hallaríamos que las repúblicas americanas están en manos de dictadores y que la democracia estará en las leyes y en los organismos de aquellos Estados, pero no en el entendimiento y el corazón de los que rigen aquellos pueblos, manadas de hombres que cambiaron

de señores para ser tan esclavos como lo han sido, son y serán siempre los que por deficiencias de raza, por pobreza de inteligencia y falta de dotes de gobierno, no tienen aptitud para mandar, ni pueden conocer más elemento de orden que el sable y la opresión.

Los que quieran afianzar sus principios de gobierno en las ideas democráticas, no deben ir á América y mucho menos á las repúblicas de raza española, si han de guardar un resto de ilusión y de esperanza en la panacea que á fines del siglo pasado se impuso al mundo con tanta sangre y tantas lágrimas, panacea redentora que después de un siglo de ensayos no ha podido arraigar en el corazón de las gentes civilizadas del mundo.

Chapultepec y Guadalupe

JOYAS del suelo mexicano deben ser, cuando son tan renombradas y para verlas salgo temprano del hotel Iturbide, aprovechando una mañana deliciosa y un sol espléndido con brisas de primavera que envían á las altas mesetas mexicanas los picachos que tienen alturas de 17,000 pies en que durante muchos siglos lucharon con varia fortuna la lava encendida de los volcanes y las nieves eternas de las grandes altitudes. Paso rápidamente por frente de la Alameda, saludo, admirado, la soberbia estatua ecuestre de Tolsa, miro sin enojo los monumentos que levantó el patriotismo mexicano, respetable aun en sus ingratitudes, y gozo la vida espléndida de aquella Avenida Juárez

que al alejarse de la ciudad crece en hermosura, sombreada por árboles majestuosos, exhuberantes, agitados por las vibraciones de aquella luz que sacude sus complejos organismos con energías propias de los climas tropicales.

Recorro en hora escasa la distancia comprendida entre la ciudad y Chapultepec, y lo que parecía, visto desde lejos, accidente insignificante de la llanura, surje lentamente en el ocular del grande anteojo que forman las ramas al cruzarse y se levanta y crece á mis ojos, dibujándose ya en mi retina la colina con los accidentes caprichosos de la masa porfídica, en cuya cumbre se levanta el palacio que ha albergado ya á los representantes de todas las formas de gobierno conocidas: Virreyes, Presidentes y Emperadores; pasajeros todos veleidosos, encarnación viva y espejos fieles de las muchedumbres y las democracias mexicanas.

Dejo á mi izquierda el acueducto de 900 arcos que lleva las aguas á la capital, llego á la verja y á los muros que dibujan el contorno de lo que es hoy mansión presidencial, y sin que entorpezca mi entrada la guardia de honor puesta en cada una de las puertas del recinto, hállome de repente en un jardín de los trópicos, en uno de aquellos paraísos encantados que sueña el botánico ó el palanteólogo cuando lee ó clasifica los ejemplares de la flora de los países cálidos, donde viven ó vivieron los gigantes

del reino vegetal, sin letargos ni crecimientos estacionales, saturados durante siglos de savia ardiente, poderosa, suma de energías capaz de vencer las inclemencias de los tiempos y las vicisitudes que siegan despiadadas las generaciones humanas en su paso por la tierra.

Aquellos árboles inmensos que necesitan varios hombres, formandó cadena, para ser medidos, tan enormes son las circunferencias de sus troncos, parecen pertenecer á la familia botánica de las *cupresineas*, siendo llamado *ahuehete* por los indios. Sus ramas pendolas llenas de musgo, entrelazadas con festones de orquideas, parece que están adornadas para dar sombra á fiestas espléndidas en que la naturaleza ostenta sus mejores galas. Y entre aquellas frescas sombras y penumbras que rasgan rayos de sol ardiente, un recuerdo triste surge de entre la maleza y las flores de un parque escondido entre peñascos de pórfido, un monumento, una página de aquella historia que no deberían olvidar nunca los mexicanos, dedicado á los cadetes que en 1847 defendieron la independencia contra los ejércitos de la gran república nórteamericana, y perdieron la vida sin poder evitar que el coloso les arrebatara con ella un pedazo de territorio inmenso que no sé yo si bastará para saciar el hambre devoradora de un pueblo que se figura que América es, y debe ser, sólo la patria de la gran familia yankee.

Cada año los cadetes dedican un día á conmemorar la desdichada suerte de sus compañeros, y el presidente de la república coloca una corona fúnebre sobre las cenizas de los mártires.

Al pie mismo del monumento hallo un camino de travesía que en pocos minutos me conduce á la cumbre de la colina donde se asienta Chapultepec, el palacio del actual presidente de la república, Porfirio Díaz.

La puerta de hierro que da acceso al jardín que precede al palacio, está guarnecida de tropa numerosa: á la vista de un extranjero, el guardia llama al sargento, que me niega la entrada, no recuerdo ya con qué pretexto, y con no poco disgusto me limito á echar una ojeada á la parte exterior del edificio, que no ofrece signo alguno que revele, en el autor del proyecto, la idea de levantar un palacio digno de un jefe de Estado.

Me limito, pues, á buscar un punto de mira y á orientarme, con ayuda de un guía, tomando como origen un edificio conocido. Lo consigo fácilmente sabiendo que la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe está al nordeste de Chapultepec, siendo aquel edificio uno de los primeros que se conoce al llegar á México.

Al pie de la colina veo los dos acueductos mencionados en el capítulo anterior; al Norte, Atzcapatzalio y Tlalnepantla, sitios reales de pasados siglos; más

allá, Tacuba, donde descansaron, rotos y vencidos, los tercios españoles, en aquella noche infausta, llamada *la noche triste;* al Sud, y al pie de unas colinas, Tacubaya, que es sitio de recreo donde las clases altas mexicanas han levantado suntuosas moradas de recreo, y al Oeste, el Panteón Dolores, cementerio inmenso, con su rotonda de Hombres ilustres, donde descansan, entre otros, los restos de Arista y Lerdo, presidentes que fueron de la República mexicana.

Volviendo los ojos al Este, desde un punto apropiado, veo la ciudad de aspecto algo parecido á Zacatecas, de algo que recuerda los pueblos del Asia menor, con sus azoteas y sus monumentos achatados, su aspecto blanquecino que no amortigua la nota pálida de los alrededores, porque prescindiendo de algunas huertas, muy pocas, que se ven junto á un pueblo que se llama San Ángel, de los árboles que adornan las calzadas de la Verónica y Chapultepec, la Alameda y el sitio en que estoy colocado, oasis delicioso de verdura y vegetación espléndida, lo demás tiene aire de desierto que va acentuándose camino de la Esperanza, entre México y Veracruz.

No percibo desde este punto más que algunas manchas verdes que se ven en dirección á los volcanes; pero todo induce á creer que son campos de agave que se crían para recoger la savia que, fermentada, da el *pulque,* delicia de los indios y aun de personas acomodas del país.

El gran valle de México desde Cnapultepec tiene para mí una fisonomía tristísima, y digo para mí, porque hay quien lo halla muy hermoso y tiene una verdadera pasión por aquella alta meseta mexicana. Cuando se lee en la geografía que los picachos volcánicos de Popocatepetl é Ixtaccihuatl están respectivamente á una altitud de 17,777 y 17,071 pies,



equivalentes á 5,420 y 5,204 ms., la imaginación pinta en el cerebro gigantes prodigiosos que luego resultan tan pequeños, vistos desde México, que la ilusión se desvanece, recordando otras montañas menos elevadas, y que producen un efecto mucho más sorprendente. El secreto de este desengaño estriba en que la ciudad de México se halla situada á 2,400 metros sobre el nivel del mar, y como dista 50 mi-

llas, ó sean 80 kilómetros de los volcanes, á tan enorme distancia, el ángulo que se forma en la retina es pequeñísimo, viéndose tan altas cimas á escasa altura sobre el valle principal de la meseta mexicana.

El volcán, por otra parte, duerme desde 1802, y los humos sulfurosos no pueden verse á tan larga distancia. Aquellos picachos, cuando las nieblas no los esconden, presentan sus formas cónicas esbeltas, cubiertas de nieve desde los 14,000 pies de altura, siendo, según dicen, de fácil acceso, y bastando dos días para llegar á la boca del volcán, si se pernocta en el rancho de Tlamacas.

Dejo con pena el recinto de Chapultepec, tomo el tranvía y un buen almuerzo por un peso mexicano en el restaurant que hay enfrente del hotel Iturbide, y salgo inmediatamente para visitar el santuario de Guadalupe, patrona de México y dueña y señora de los pobres indios.

En el Zócalo hallo preparado el tranvía, lleno ya de indios envueltos en sus zarapes y rebozos, abrigados como si estuviera helando, que salió al poco rato lentamente, camino del santuario. Aquella concurrencia indígena brilla por su recogimiento; no se oye ni una palabra ni se nota un gesto, nada que denote la manifestación de una idea revelada en aquellas caras tristes y macilentas. A la media hora de haber salido de la ciudad y al revolver una calle, el coche entra en una plazoleta donde hay un mo-

destísimo monumento dedicado al párroco de Dolores, á Hidalgo, el primer insurrecto en 1810 y hoy el primer mexicano. No tiene aquel monumento gran cosa que admirar, y aun figuróseme ver tantas telarañas en el bronce y tanta suciedad en el zócalo que parecióme debía ser tratado con más decoro el que dió la vida por la independencia de su patria. Entrar en el recinto del santuario y notar la fisonomía propia de nuestra tierra, es la primera revelación; después sustituya la fantasía á nuestras vendedoras de rosquillas, buñuelos, confites y frutas, por indios acurrucados que venden fríjoles, tortillas de maíz y quesadillas; procure cambiar nuestra vegetación algo raquítica por bananas y palmeras lozanas de verde intenso, y esto basta, porque en lo demás, en la arquitectura, en el corte del santuario y sus anexos, en el modo de construir, en el color local de sitios polvorientos, sucios, llenos de mendigos, no hay nada que variar, ni tilde, ni coma que poner, todo está allí en su punto; la vieja España ha calcado en Guadalupe sus viejos moldes y sus rancias costumbres. Lo primero que me ocurre es visitar una capillita que hay en la parte lateral del santuario, compuesto éste de dos iglesias y un jardín con un pórtico; junto á éste es donde están los que venden chucherías y recuerdos de Guadalupe. Y me voy á aquella capilla porque me parece un edificio arrancado de nuestras montañas, toscamente construí-

do, con sus puertas reviejas, con una especie de surtidor en el vestíbulo, rodeado de una verja, y con un vaso de metal sujeto por una cadenita de hierro que usan los indios para beber el agua del manantial. En el santuario llaman á ese edificio la Capilla del pocito, que pozo de aguas ascendentes debe ser, donde van los indios á confortar su fe, creyendo que la virgen de Guadalupe, al aparecer al indio Juan Diego, hizo surgir del suelo el milagroso manantial.

La aparición de esta virgen en el suelo mexicano recuerda la de Lourdes en Francia. Juan Diego era un pobre indio convertido; un día, mejor dicho, un sábado, yendo á misa y atravesando la colina oyó que los ángeles cantaban, y presentósele una hermosa señora que le encargó fuera á ver al obispo y le dijera que la virgen quería tener un templo en el sitio en que se encontraba. Juan Diego cumplió el encargo, pero el obispo necesitó mayores garantías, y tras mucho ir y venir, la dama volvió á presentarse, dando al pobre indio un manojo de flores que puso en su tilma, flores que, al enseñarlas al obispo, desaparecieron para convertirse la tilma en cuadro, donde estaba pintada la virgen de Guadalupe que se venera hoy en el templo y santuario del mismo nombre. Excusado es decir que el obispo no opuso nuevos reparos, y que la iglesia se construyó hasta alcanzar los esplendores que ostenta actualmente. Al salir de la capilla del pocito, hallé enfren-

te la senda que conduce á otra capilla llamada de cerrito, y que ocupa el sitio en donde la virgen dió al indio Juan Diego las flores que pintaron la tilma que se venera en el templo principal. Antes de llegar á la cumbre, unas indias me ofrecieron la *tierrita,*—todo se pone allí en diminutivo,—que comen los fieles con veneración, tierra amasada con el agua del pocito y que me daban con la perspectiva de que comprara sus celebradas tortillas, producción nacional que dudo alcance la categoría de género de exportación.

La capilla del cerro no ofrece nada que merezca contarse: un altar mayor barroco, un púlpito pobrísimo, las paredes enlucidas con lechada de cal, los altares con santos de fisonomía indígena, y el suelo con losas funerarias, pintorescas muchas de ellas: «ella duerme», «desde que tú descansas nosotros padecemos», con nombres que recuerdan que España ha dejado allí, con sus creencias, su sangre y sus huesos, polvo fecundo que hará brotar allí, algún día, por ley de atavismo, los viejos amores á la metrópoli ausente. Al exterior, la vista de la ciudad, desteñida por el sol de la tarde que da á todo la fisonomía deslucida de una atmósfera llena de detritus humano; al Este el lago Textoco, de aguas blanquecinas, que recuerdan las del mar salado de las tierras mormonas, y al pie del santuario, que se reconstruye ó mejora, que no lo sé á ciencia cierta,

que no tienen los mexicanos buena mano para dedicarla á restauraciones. Y no es que falte dinero para intentar allí, en el terreno religioso, grandes empresas. Un día, y en la capilla del cerrito, un cura dijo con sentido acento, con el acento dulce y florido de las lenguas tropicales, que la virgen no tenía corona digna de su excelsitud, y dirigiéndose á los indios les dijo que no les pedía nada, despojos sólo de la que ya no les servía, sortijas de plata, hebillas, cadenas gastadas por el uso, migajas nada más de la vida corriente, y con aquellas migajas se recogieron 600,000 pesos mexicanos, arrancados á la piedad de los indios para enaltecer las gracias de la Virgen de Guadalupe.

Y esa piedad se manifiesta de manera tan sentida, hay en aquellas caras tanta unción que, macilentas y compungidas, parecen arrancadas de los cuadros de Juan de Juanes y del Greco. Sentado en la iglesia provisional donde se venerá actualmente la patrona de México, observé largo tiempo un grupo compuesto de tres indios, padre, madre é hijo, al parecer, con un cirio encendido en la mano, puestos de rodillas, la mujer en medio de los otros dos, rezando en voz baja, el padre ya viejo con los ojos en blanco, el rostro demacrado, la tez amarillenta de pergamino, la madre con el rosario en la mano y la cabeza inclinada sobre el pecho, el hijo mirando fijamente la cara de la Virgen y quizás los refle-

jos dorados y plateados de aquel marco precioso que rodea la tilma de Juan Diego, convertida en imagen milagrosa; y cada vez que terminaba la plegaria, los tres pobres pecadores se arrastraban sobre sus rodillas avanzando camino del altar de la Virgen, mirando sin ver, atentos á aquella oración que Dios sabe hacia qué ideal se elevaría; y á aquel grupo seguían otros desdichados, inclinados, besando el suelo, con actitudes y semblantes sólo soñados por Ribera, al pintar aquellas carnes apocalípticas, maceradas por la penitencia, el ayuno y el remordimiento que se admiran en los principales museos del mundo.

Salí de aquella iglesia tristemente impresionado. La raza india convertida al cristianismo no ha comprendido aún todo el alcance de su conversión. El indio admira al Dios justiciero, rígido, severo, inflexible, inhumano quizá, que aun queda en su corazón algo de aquellos dioses paganos, crueles, airados, vengativos, cuyos sacerdotes sacrificaban seres humanos para domeñar sus iras, y no al Dios misericordioso, al Dios de amor de los cristianos, que perdona al arrepentido con un sólo acto de contrición. Y las clases directoras mantienen á los indios en estado de menor edad, embrutecidos por el pulque que beben con glotonería infantil, sin renovar aquella sangre empobrecida, temiendo quizá el despertar de aquella raza que hoy sirve paciente á sus señores,

como carne de cañón ó bestia de carga, raza que debía ser la dueña del territorio como descendiente de aquellos aztecas y tlascaltecas vencidos primero por Hernán Cortés y Alvarado, vencidos también ahora por hombres que reniegan de la sangre indígena, y que se avergüenzan de ella si la ven escrita en sus uñas, en su piel y en su fisonomía.

Dicen que desde hace algún tiempo las escuelas de la república se llenan de indios, que el gobierno procura levantar el espíritu del pueblo, que algo se hace para infundir nueva savia y vigor á aquella raza que sólo así será laboriosa y rica, y sólo así podrá ser valla infranqueable á las tormentas que pueden levantarse en los Estados de la América del Norte é invadir los campos y las tierras casi vírgenes de la república mexicana.



Querétaro

El que quiera recordar conmigo uno de los acontecimientos más tristes de la historia contemporánea, será necesario que retroceda, camino del Norte, tomando un boleto en la estación del Central mexicano para ir hasta Querétaro, situado á 53 millas de la capital de Nueva-España.

Este trayecto, que hice de noche yendo de El Paso á la ciudad de México, no merece los honores de una larga descripción; todos los pueblos de las

altas mesetas mexicanas, todas las chozas de los indios, con las haciendas famosas de miles y miles de hectáreas, con sus campos de magüey (agave americana) palmeras y palmitos arborescentes, alternando con vastísimas llanuras desiertas, sedientas, monótonas, se repiten en sus rasgos fisionómicos con escasas variantes, en el largo recorrido que sigue el ferrocarril central desde el Estado norteamericano de Texas hasta la capital de la República de México.

Querétaro, situado en valle frondoso, regado por aguas laboriosamente captadas en tiempo de los Virreyes y por iniciativa de nuestro compatriota el marqués del Villar del Águila, lo primero que ofrece á la vista del viajero es el magnífico acueducto construído desde 1726 á 1738 por aquel ilustre español que, con la conducción de aguas á Querétaro, fertilizó el valle, saneó la población, aseguró su porvenir y la convirtió en una de las ciudades más alegres de la República mexicana.

Por debajo de uno de los arcos del acueducto pasa el tren, para llegar, muy en breve, á la ciudad que tantos templos levantó durante la dominación española, y que se distingue especialmente por sus torres y campanarios, por sus tradiciones y sus recuerdos, por su sitio famoso que acabó con la rendición de las tropas imperiales mandadas por Maximiliano, y vendidas por López, y por la tragedia que en «El Cerro de las Campanas», al Oeste de la

ciudad, desarrollóse inclemente el día 19 de junio de 1867, escribiéndose allí, sobre aquella tierra sonriente, en aquel valle tropical, una de las páginas más tristes de la historia mexicana.

El recuerdo de aquel drama es tan reciente, su mecanismo tan ruin, la intervención de los hombres de Estado tan menguada, y la imposición de los que aparecen como agentes tan cruel, que no hay ni puede haber para un espíritu reflexivo, en la visita á Querétaro, más que una idea capaz de subyugarle: la de examinar atentamente la pequeñez de los hombres de este siglo, y las consecuencias terribles que ha tenido el egoismo feroz de que dieron pruebas las naciones europeas al consentir que se fusilara en Querétaro al representante de nuestra civilización en América. En el «Cerro de las Campanas» no se fusiló al usurpador, triste y calumnioso dictado con que quiso Juárez justificar su conducta, que allí cayó, quizá para siempre, nuestra influencia, nuestra superioridad de raza, de entendimiento y de corazón.

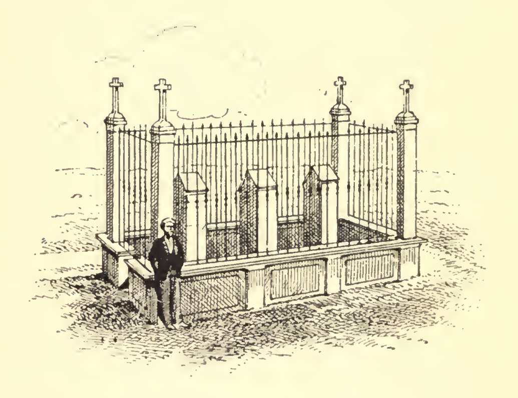
Y al subir al «Cerro de las Campanas», sin querer, sin poder determinar qué enlace pueden tener dos ideas tan distintas, recordé, con singular viveza, la peregrinación á Mount-Vernon, á las tumbas de Washington y Martha, su esposa, que dejaron en mi espíritu la idea del amor á hombres que enaltecieron nuestra especie y fundaron una república joven, robusta, llena de fe y ardimiento, resultando enaltecida la

figura de su héroe; recordé que aquella historia no levantó en mi espíritu una sola protesta, que los que murieron en las batallas de la independencia no dejaron con su sangre el vaho inmundo del odio y del rencor, y que vencedores y vencidos resultaban en mi cerebro glorificados en nombre del más santo y más puro de los amores: el amor á la patria respectiva. En cambio, en el «Cerro de las Campanas», no hallé más que odios de raza, recuerdos de la política pequeña y miserable que engañó á Maximiliano, llamado emperador por los que mandaban y usurpador por los vencidos; de López, que vendió primero á la república y al imperio más tarde, siempre vil para la patria; de Escobedo, el triunfador, que al dar cuenta de la ejecución de Maximiliano, Miramón y Mexía, puso al pie del oficio: «Lo que tengo el *placer* de comunicar á usted», placer que produce náuseas á la humanidad entera; de Juárez, que pudo ser magnánimo y generoso y no resultó más que ambicioso, cruel y vengativo; de Europa, que debió portarse enérgica y dignamente, y no supo ser más que mujerzuela débil y enfermiza; de la civilización cristiana, que debió imponerse en nombre de lo que debe ser patrimonio de la humanidad entera, y no hizo más que abdicar vergonzosamente ante la osadía y el odio de un indio victorioso.

¡Ah! poco espacio media entre la tumba donde descansa el héroe de la independencia de los Estados

Unidos y el lugar donde la tierra empapóse de la sangre de Maximiliano, al caer rendido por fiera venganza; sin embargo, aquellos puntos insignificantes en el ancho espacio del mundo, tan próximos entre sí, determinan dos civilizaciones distintas: fecunda la primera, basada en el amor, en los sentimientos cristianos de un hombre que, con sus alientos poderosos, infundió al Nuevo-Mundo la savia ardiente de la libertad, sólo peligrosa cuando se exagera y se funde en moldes que no labró con sus manos, y vivificó con su espíritu, la noble figura de Washington; incierta y vacilante la segunda, hostigada siempre por el mal ejemplo, por la ambición que derrama sangre inútilmente, sangre que no exige el honor y la independencia de la patria, y que cae y caerá siempre como una maldición sobre el pueblo que lo consiente, por odio ó cobardía, que sólo es santo, fecundo y bueno lo que ejecuta la mano guiada por la serenidad augusta de la justicia. Y mientras tengo la vista fija en el reducido espacio que ocupa el lugar donde cayeron Maximiliano, Miramón y Mexía, lugar rodeado por una verja de hierro, en las tres piedras tumulares que no dan sombra ya á las cenizas de los mártires, viene á mi memoria la historia de aquellos días funestos en que se derrumbaba un imperio, mientras se celebraban en París las fiestas con que Napoleón III solemnizaba el fausto acontecimiento de la visita del Czar de Rusia á la

Exposición Universal, preludio de otra caída más terrible, la de todo un pueblo, vencido por las garras de las águilas prusianas, y la de seculares dinastías en España é Italia; como si fuera todo ello castigo de faltas cometidas en nombre de principios egoistas que dejaron abandonado al que fió la conquista moral de México á su bondad, y al deseo de hacer la felicidad de un pueblo libre. La naturaleza, sin



embargo, no se cuida de entristecer aquella página dolorosa de la historia mexicana; el sol de los trópicos la esmalta con todos sus colores, las inflexiones suaves de la orografía del valle, la frescura de su vegetación, la ciudad, en el fondo, con los tonos blancos y pardos de su caserío, sus iglesias y campanarios, el cielo purísimo de tonos azules, intensos, convidaban á olvidar, á gozar de la vida, á confiar

en tiempos mejores, en razas más humanas y en civilizaciones más puras, que aquellos quejidos de dolor, aquella exclamación de última hora, cuando Maximiliano se acuerda de la esposa amante y dice al caer ¡pobre Carlota! al recogerlos el viento en el espacio como nota al parecer perdida, sumóse á tantas otras allá, en el cielo, donde se recogen los dolores humanos, se analizan y pasan por el crisol de cuyo seno brota la felicidad, la emancipación, la redención, en fin, de todos los que amamos y padecemos en este mundo de miserias.

Y fuerza es bajar y volver á la ciudad, yendo en peregrinación al convento de capuchinos que sirvió de cárcel á Maximiliano hasta su hora postrera. Hoy ya no es edificio público; la desamortización pasó por allí como ha pasado por otros países, que en México deben sobrar brazos, que no ocupaban los que tenían acaparada la propiedad con el nombre de manos muertas. ¡Sueños de sectarios! lo que falta en Nueva España es fuerza viva que no se improvisa, que no brota de la tierra como los hongos en el bosque, y que sólo podrá conseguirse con la paz y la seguridad, con la instrucción y la mezcla de sangre que avive las energías dormidas de aquella raza inerte y sedentaria.

Allí, en la tristísima mansión, pueden verse aún la mesa en que el tribunal militar firmó en 14 de junio de 1867 la sentencia de muerte de Maximiliano

y sus generales; los taburetes que ocuparon Miramón y Mexía mientras duró la vista del proceso, la caja en que se transportó el cuerpo inerte del último emperador mexicano, y el mísero ajuar puesto á su servicio durante el mes de cautiverio que medió entre el día de la rendición de Querétaro y el del fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mexía.

El emperador murió como mueren los bravos, mirando al enemigo; sus generales no merecieron la compasión del vencedor, y cayeron heridos por la espalda.

Pocos días después, las pocas poblaciones defendidas por las tropas imperiales fueron rindiéndose una tras otra, y Juárez entró en la capital de la república, fusilando sin compasión á cuantos generales pudo considerar como á rivales temibles, presuntos sucesores á la presidencia del Estado.

Así terminó en Norte América el ensayo ya intentado por Iturbide de establecer un imperio en Nueva España, acabada también sin gloria la invasión francesa que no tuvo un solo día de fortuna en los campos mexicanos. Al principiar la invasión en el camino de Veracruz, en las tierras bajas del golfo de México, los soldados españoles, franceses é ingleses no tuvieron más enemigo que la fiebre, enemigo terrible que dejó las cercanías de Córdoba llenas de cadáveres insepultos, y que habría acabado allí con aquel ejército, si el buen criterio del gene-

ral Prim no hubiera recabado, mientras se estipulaba el tratado de paz, tierras y climas más clementes para los ejércitos europeos. Los españoles y los ingleses se embarcaron otra vez; los franceses reclamaron su libertad de acción, y luchando con varia fortuna llegaron á dominar el país que entregaron á Maximiliano más tarde, sin fuerza y sin prestigio.

Los Estados Unidos no vieron jamás con buenos ojos la intervención europea, y aun menos la creación de un imperio que consideraron perturbador de su política democrática. Juárez aprovechó ese descontento, y perdonó al enemigo que en 1847 se apoderó sin escrúpulos de una gran parte del territorio mexicano, pactando secretos auxilios con los enemigos más fieros de su raza.

Maximiliano, con su hidalga condición, no pudo hacer frente jamás á la guerra de insidias y dolos, de traiciones y sorpresas de sus enemigos, más dolorosa y difícil de vencer que la lucha entablada franca y lealmente en los campos de batalla. Carlota, la esposa mártir, fué á Europa á pedir auxilios que no supo hallar en parte alguna, perdiendo cuanto puede perder en una hora la dama de más alta alcurnia, el amor de un esposo, la corona de emperatriz y la razón, esencia purísima del espíritu.

En México ya no quedan más que reliquias de aquella tragedia: Juárez llegó al término de su carrera colmado de honores, vencedor de cuantos ene-

migos halló en el camino de su accidentada existencia; Miramón y Mexía, los leales al emperador, ocupan puesto de honor en el panteón de hombres ilustres; Maximiliano sólo dejó en México los tristes despojos de su cautiverio y los más tristes aun de una soberanía colmada de zozobras y peligros..... y Carlota, la desdichada esposa, aun busca, en sus horas de extravío, lo que sólo vive en su corazón, hasta donde no puede llegar con sus odios, para enredarla en la tupida malla de sus raíces, la planta maldita de la política.

Cansado de seguir el calvario de una historia que los años convertirán en leyenda, y de ver iglesias y catedrales, plazas y calles estrechas, monótonas y descoloridas en las ciudades mexicanas, ansío volver á la capital, arreglar mi equipaje y abandonar las altas mesetas de Nueva España, para ver pronto las tierras doradas de los trópicos, con sus bosques famosos, sus chozas, sus pájaros y sus flores, tierras pródigas en sirenas encantadoras que esconden en su seno fecundo la fiebre terrible, compañera inseparable de la muerte.

De México á Veracruz

ORDENO mis ideas, concentro mi pensamiento y rasgo cuartilla tras cuartilla sin hallar la nota justa que exprese aquí con la vehemencia requerida el placer, el goce intensísimo experimentado en la travesía de la capital mexicana á la ciudad llamada por Cortés Santa Vera Cruz. Requiere esta narración el empleo de colores que no hallo en mi pobre paleta; exige esta impresión, que vivirá perpetuamente en mi memoria, talento que no tengo, estilo sobrio, que no necesita forma galana la expresión exacta de aquel espectáculo grandioso, corrección de líneas que den al cuadro, aire, luz y perspectiva, conjunto deleitoso que veo, con los ojos entornados, ávidos aun

de aquel placer tan hondamente sentido que ha dejado en mi cerebro la sensación intensa de una belleza que no hay pluma ni pincel que pueda abarcarla en su conjunto, que quien fuera capaz de expresarla haría obra digna de un dios.

La imaginación que sobreexcita una narración brillante es el enemigo mayor del que viaja; porque acontece con frecuencia que todo lo pensado con líneas holgadas resulta pobre, lo de tonos vivos, descolorido; donde creyó hallarse una sacudida nerviosa el espíritu no despierta ni concibe, resultando empobrecido, para la imaginación ardiente, lo que fantaseó la descripción colorista de un escritor de raza. Sólo en casos excepcionales, la realidad va más allá de lo pintado y sugerido; que la naturaleza al vestirse con todas sus galas, muéstrase genio inimitable, que no ha nacido aún el hombre que ha de hallar en su paleta los innumerables tonos y los brillantes colores con que la luz matiza las tierras, las plantas y los animales de los climas tropicales.

Salgo á las siete y media de la mañana de la capital de la república; vuelvo á saludar á la Virgen de Guadalupe, patrona de México; echo una rápida ojeada á las aguas descoloridas del lago Texcoco, y á medida que me voy acercando á la Esperanza, estación situada en la divisoria de la alta meseta mexicana, los campos de agave van multiplicándose, el arenal va invadiendo las tierras, arenal que parece

formado de polvo diorítico finísimo, levantado por la velocidad del tren y que llena los vagones formando nube, donde apenas puede respirarse, como si la duna se moviera á impulsos del huracán y amenazara sepultar bajo su oleaje estéril, aquella manifestación de una civilización nueva que pretende dominar el desierto, él que no respetó jamás á la caravana en días de tempestad, abrasándola con sus arenas ardientes, y sepultándola con sus fuerzas de gigante. Y dominando aquel cuadro, se levanta el Orizaba y el Malintzi con sus nieves eternas, enorme cono, el primero, centinela del Atlántico, que contempla ansioso el navegante en el proceloso golfo de México, buscando en su silueta, oscurecida por la niebla, ó limpia y pura proyectándose en el cielo, la predicción del tiempo, que de aquellas altitudes inmensas baja airado el viento Norte que levanta olas de tempestad, pone en grave peligro las embarcaciones ancladas en el puerto de Veracruz, hace inabordables las costas de la península de Yucatán, y corriendo los barcos la borrasca en alta mar, moviéndose entre bajos, estrechos y playas, se estrellan muchas veces en la costa, impotentes ante la fuerza colosal del Norte, de aquel gradiente barométrico, salto inmenso que va de los altos neveros del Orizaba á las tierras bajas y ardientes del golfo mexicano.

El viajero, cansado de ver campos de magüey y

de respirar un aire que se masca, sediento, cubierto el traje de arena, con los ojos secos é irritados, llega por fin á la estación de Esperanza, confiando también en que ha puesto término á la parte menos interesante de la travesía, y que en el restaurant hallará medio de refrescar sus ojos y su garganta, y reparar las fuerzas perdidas, en hora ya apropiada para hacer un almuerzo copioso.

Las mesas se llenan de viajeros; la comida, servida por gente del país, sin ser un modelo del arte culinario, se acepta sin repugnancia, y dispuestos ya á saborear las delicias del paisaje, en cuanto arranca el tren agrúpanse los viajeros en la parte derecha del vagón porque el gran espectáculo, la bajada hasta Córdoba y Orizaba, en plena zona tropical, empieza inmediatamente con gran contentamiento de los ojos, ávidos de contemplar aquella serie de cuadros que se transforma en cada revuelta del camino, sin que sea posible pararse cuando se pide á gritos calma para saborear aquel paraíso lleno de aire purísimo y de luz intensa como no habrá visto jamás el que sólo ha vivido en los campos y los bosques de los climas templados, donde la primavera es tan fugaz como la dicha humana, mientras allí, y en las altitudes medias, las brisas de primavera mantienen la juventud de la vida en todos los seres, remozándose en aquellos campos perpetuamente regados, bañados en aquel sol y aquel aire que llena de flores y pá-

jaros las selvas y los bosques, dando á las plantas tonos de color tan brillante y tan intenso, tan variado y tan hermoso, que no se concibe ya que pueda haberlos más hermosos, ni aun en los mundos siderales, que la imaginación ¡pobre imaginación humana! se pierde en la contemplación de aquel paisaje que soñó tantas veces al leer la descripción de los bosques tropicales.

Al dejar la estación de Esperanza la transformación es tan rápida como el cambio de una decoración teatral. A las tierras y los arenales de las altas mesetas mexicanas, al trazado monótono de la línea férrea sentada sobre borrosa llanura, al campo plantado de magüey, á la choza india de paralalepípedos de adove de color de tierra sucio, al aire transparente y suave de las grandes altitudes, suceden tierras fuertes y mantillosas, sobre las que parecen haber pasado, dejando allí sus despojos, las llamaradas de un incendio, la vía que dibuja con sus sútiles contornos una obra de ingeniería portentosa, el bosque con sus pinares propios aun de climas templados en las partes altas y sus plantas de la tierra caliente en las medias y bajas de la cordillera; la choza prismática, primitiva, cubierta de bambú, sentada con arcilla, albergue de las razas indias descendientes de las que descubrieron los primeros pobladores, y las oleadas de nubes y nieblas que suben del Atlántico, lamiendo aquellas tierras calcinadas y

regando aquellas flores y plantas atosigadas por sed insaciable. Y en aquel inmenso escenario, la vista se pierde, sin saber qué partido tomar, si dedicar la atención á un trazado de ferrocarril, único en el



mundo, en que los trenes parecen despeñarse, atravesando túneles y puentes, muy superior á cuanto he visto en el paso de los Alleghenies, Rocky Mountains, Sierra Nevada y en muchas comarcas europeas, ó si fijarla únicamente en aquellos paisajes donde

crecen confundidos el plátano y la piña, los nopales y las palmeras, los naranjos y los limoneros, la caña de azúcar y el café, formando bosques tupidos llenos de flores de colores vivísimos, con festones de orquídeas, con chozas escondidas á la sombra de árboles colosales, regado todo por aguas abundantes, derretidas en los flancos del pico de Orizaba, mientras el tren desciende rápidamente formando zig-zag con curvas de corto radio, apoyándose constantemente en la caja abierta en la roca de acantiladas vertientes.

Desde grande altura se ve ya la estación de Maltrata, situada en el fondo del valle alto, sobre pequeña planicie que debió ser, en otras edades, fondo de un lago, y más tarde se atraviesa el valle llamado La Joya hasta entrar en la estación de Orizaba, en pleno país tropical. La estación presenta á la llegada del tren un verdadero cuadro de costumbres. Los negros, casi desnudos, ofrecen á los viajeros flores y frutas, abundando las naranjas, los plátanos y las chirimoyas, llamadas en el país la fruta de los ángeles; los indios, con sus trajes de colores vivísimos; los mestizos, con su piel de color cetrino y sus ojazos soñadores; la estación, rodeada de árboles frondosísimos y arbustos de flores grandes y hermosas; la población, dominada por la iglesia, recordando los pueblecitos escondidos en las hondonadas de las sierras andaluzas, y todo ello animado por la vibración

nerviosa de la raza de los trópicos, gritando, sacudiendo á los que vienen y van con la cordialidad sentida de sangre de raza latina, inoculada por los conquistadores en las venas de la raza indiana.

El tren sale, y la gente grita aún, y agita los pañuelos, mientras el extranjero vuelve á gozar con ansia de aquel espectáculo que no llega á saciarle, y pasan las estaciones, y se cruzan arroyos rumorosos, mientras la tarde va cayendo y las nieblas arrastrándose por los picachos, bajan por las vertientes dando sombras de melancolía á aquellos espléndidos paisajes que recuerdan los tiempos bíblicos, paraísos encantados, poblados por los primeros hombres de que nos hablan los libros santos y las santas escrituras. Y ya á últimas horas de la tarde, cuando se inicia el crepúsculo que anticipa la niebla que corona las alturas, el espectáculo colorista de la estación de Orizaba se reproduce en la de Córdoba, con la mezcla de razas y la orgía de colores, de frutos y flores, de zarapes y rebozos, de hombres blancos, negros y amarillos, como si aquella tierra fecunda fuera capaz, ella sola, de vaciar en sus moldes, al calor del sol tropical, la concreción pasmosa de todos los reinos de la naturaleza, formados allí como centro vital para esparcirse luego por todo el haz de la tierra.

Salgo de Córdoba y el crepúsculo va amortiguando lentamente la tensión de mi espíritu, sostenida largo tiempo por una excitación nerviosa de

goces intensísimos; y como fin de fiesta, al entrar el convoy en una garganta estrechísima, de vertientes arboladas, de tonos obscuros que acrecientan turbonadas de niebla de colores blancos y pardos que rasgan las sombras del monte, aparecen de repente como cuadro final la cascada de Atoyac, formando vistosas caídas y estrepitosos remolinos que animan aquel paisaje solitario, lamiendo los pies de frondosos bosques tropicales. Desde allí, recorrido el Paso del Macho, el país de los portentos con sus bosques y sus arroyos, sus pueblos y sus razas, se desvanece como un sueño; el tren atraviesa rápido la llanura de Veracruz, árida y triste, tan triste como el pensar del viajero que, dejando á la espalda un paraíso, teme hallar traidora muerte en las calles de la ciudad que se considera patria y cuna de la desoladora fiebre amarilla.

Anochecido ya, los compañeros de viaje resumen sus impresiones, y antes de llegar á la estación se calcula la mejor manera de pasar la noche en la temida ciudad de Veracruz.

En el vagón que me ha tocado en suerte va un fraile italiano, una familia mexicana y dos muchachos de Córdoba que van á pasar unos días de asueto en la Habana.

El fraile italiano me incita á embarcarme en seguida, si el viento norte, tan temible en el puerto de Veracruz, lo permite; acepto su consejo, y después de

cenar en un hotel de la ciudad, nos vamos al puerto, poco menos que á tientas, y sin saber dónde vamos, ni quién nos dirige. El miedo á la fiebre nos hace cometer una verdadera calaverada, fiándonos de un botero que no sabemos quien es, cerrada la noche, sin más luz que el fulgor de las estrellas, ni más conocimiento de nuestro destino que el nombre del trasatlántico español que ha de zarpar del puerto al día siguiente, con rumbo á la Habana.

Mi buen fraile y yo, nos fiamos de nuestro acompañante, que nos hace atravesar un portal de la ciudad, nos lleva á la escollera, silba para que atraquen una barca, y entre el acompañante y el botero me bajan al fondo de la lancha, temiendo ya si el miedo á la fiebre me había hecho escoger un peligro real, embarcándome en un puerto abierto, soplando el norte en noche obscura, y á distancia del trasatlántico anclado junto al fuerte de San Juan de Ulúa. El fraile no estaba muy tranquilo, ni yo tampoco: el botero empezó á remar, el barco á moverse más de lo que convenía á la estabilidad del vehículo, y el trasatlántico «Reina Cristina» á mostrarnos sus cámaras y salones iluminados espléndidamente con luces eléctricas, proyectándose su inmenso casco y silueta oscura en el fondo del cielo.

Al avanzar, el gigante iba creciendo, mi miedo á lo desconocido aminorándose, y tras una recapitulación de tan variadas emociones experimentadas en

un solo día, al subir la escalera de á bordo y entregar mi pasaje al camarero, parecióme que mi pecho se dilataba y que había ganado y merecido el descanso entre los míos, amparado en el golfo mexicano por la bandera augusta de la patria.

De Veracruz á la Habana



mediados de noviembre, no podía resistirse el calor en los camarotes del «María Cristina». Las aguas del golfo mexicano me parecieron aquella noche tan tibias, como si las hubiera calentado el fuego central de la tierra. Recuerdo haber pasado una noche angustiosa, una noche de verano en un camarote caldeado todo el día por el sol de los trópicos, y el aire abrasador de la zona tórrida. El primer rayo de luz que filtró por la porta, avivó mis deseos de dar el último adiós á las tierras mexicanas, y me levanté rápidamente para ver la silueta de la ciudad apestada, la traza del puerto, y los muros artillados del castillo de San Juan de Ulúa.

El capitán del «María Cristina» no parecía tranquilo; el barómetro bajaba y oscilaba sometido á cambios bruscos de presión; el mar aparecía manchado en su superficie, inquieto, como si en su seno se agitaran fuerzas de resultantes infinitas; la montaña estaba cubierta de niebla, mostrándose ceñuda é irritada; el norte crecía al bajar por riscos y malezas, despeñándose sobre las llanuras en busca del equilibrio que no hallaba en las capas calientes y bajas de la atmósfera, y el vapor que salía á chorros de las calderas del trasatlántico, al chocar contra las placas vibrantes del silbato, parecía responder á la impaciencia del capitán para acabar pronto y cambiar el peligroso puerto de Veracruz por el mar libre, cruel á veces, pero jamás traidor, donde la fiereza de las olas y la pericia del que manda una nave, pueden luchar noblemente, oponiendo á la fuerza de las aguas, la fuerza del ingenio y del saber.

Mis compañeros de viaje iban embarcándose y tomando posesión de sus camarotes; los botes, llenos de equipajes y mercancías, rodeaban el buque con deseos de acabar pronto, y al terminar la maniobra y recogerse la balija del correo, contemplo por última vez la ciudad de Veracruz extendida sobre playa bajísima, rodeada de dunas, donde crecen ejemplares aislados de palmera real; ciudad levantada con edificios de fisonomía española, de poca altura, rematados por azoteas, pintados con colores

chillones, ostentando grandes rótulos de fondas, que de lejos recuerdan los paradores de nuestras diligencias, con un puerto apenas esbozado, abierto á su principal enemigo, el norte, que entra en aguas de Veracruz como dueño y señor de vidas y haciendas, sin que haya buques con anclas bastante robustas, ni cables bastante fuertes para contrarrestar las furias de aquel coloso que convierte el puerto de Veracruz en uno de los puertos más peligrosos del mundo.

Mientras el «María Cristina» arría sus escaleras y cierra sus escotillas, doy la última mirada al San Juan de Ulúa, tan desmantelado y pobre como otros castillos que todos conocemos, retrotrayendo á mi memoria los recuerdos que guarda en su recinto; y el buque empieza á mover su hélice poderosa y á luchar con la mar de proa al principio y de costado más tarde, que ha de mantenerse constantemente en su travesía de Veracruz á la Habana. El trasatlántico español se mantiene gallardamente sobre el mar embravecido; al cuarto de hora de navegar, el pasaje recobra su tranquilidad al ver cómo lucha el coloso contra el mar con ventaja, y cómo, á pesar del viento y el oleaje, el «María Cristina» anda con bastante rapidez y sin que los balanceos fatiguen excesivamente á los atribulados pasajeros. La travesía no fué afortunada; fatigónos el norte constantemente y el pasaje se mareó hasta el estrecho de la Florida.

En tres días se atraviesa el golfo de México y puede llegarse sin dificultad desde Veracruz á la Habana con tres singladuras. Nosotros pusimos cuatro, y no pudimos decir que perdiéramos el tiempo.

No estuvo, pues, agradable la travesía, ni puedo contar este viaje entre los llamados de recreo. Cinco personas acudíamos sólo á la mesa de primera, y aun no todos los días pudimos resistir hasta el fin los balanceos del «María Cristina». De los cinco, uno era un fraile italiano que iba á Bilbao, para partir, á los pocos días de llegar á España, en dirección á Chile; otro, era un mexicano que acompañaba á dos hermanas suyas á la Habana; los tres restantes, dos mexicanos de Córdoba y yo, íbamos á la capital de Cuba por recreo y curiosidad. Cito estas personas, que recuerdo como si las estuviera viendo, porque están relacionadas con un acontecimiento que me causó en la Habana una impresión dolorosísima.

El fraile italiano tenía un miedo terrible al vómito y su mayor pena consistía en tener que pasar cuatro días en la Habana, esperando la salida del vapor; el mexicano que acompañaba á sus hermanas, tenía la constante preocupación del mismo mal, y sólo los dos chicos de Córdoba, que no tenían más allá de 25 años cada uno, contaban, con placer, las horas que faltaban para llegar á Cuba, donde confiaban pasar unas cuantas semanas de recreo en la Chorrera y los sitios más reputados de la isla por

sus placeres y atractivos. No teníamos á bordo noticias ciertas del estado sanitario de la grande Antilla; se sabía que el año había sido rudo y que la fiebre había atacado fuertemente en la Florida, en las costas del Pacífico y el Atlántico de México, en Cuba y Puerto Rico, lo mismo á los extranjeros que á los hijos del país; pero, estando ya avanzada la estación, á mediados de noviembre, los más recelosos creían que el peligro en Cuba debía ser remoto y que era probable librar bien del contagio.

Los compañeros de Córdoba, acostumbrados á vivir en la zona rayana á la fiebre, no parecían preocuparse ni parar mientes en lo que decíamos; llegamos á la Habana, cada cual tomó su camino y aquellos muchachos, guiados por algunos compatriotas suyos que viven en Cuba, empezaron la vida regalada que imaginaron, contentos y alegres, en los sonrientes campos del valle de Orizaba.

A los ocho días de estar en la Habana y cuando ya me convencí de que había cometido una imprudencia, leyendo un periódico de la localidad supe que uno de los dos muchachos de Córdoba acababa de morir de un ataque fulminante de fiebre amarilla. En el mismo diario leí en seguida: «la fiebre ha tenido este mes un aumento de consideración», no ignorando allí nadie que habían muerto algunos pasajeros que acababan de llegar á la Habana en el «Alfonso XII», procedentes de la península, y pro-

duciendo entre los novatos una alarma que no sabíamos disimular.

Después de cuatro días de navegación, la isla de Cuba empezó á dibujarse en el horizonte. Uno de los objetos de mis ansias estaba ya á la vista; pude dar la vuelta al mundo, y preferí visitar nuestras Antillas y estudiar sobre aquella tierra candente las múltiples cuestiones que la agitan y devoran. Los montes de la isla fueron creciendo á mi vista, como si salieran lentamente del fondo de los mares, y á las nueve de la mañana, en día de luz intensa, dorando el sol aquellas tierras y caseríos, centelleando en las aguas tranquilas los rayos de luz ardiente, el «María Cristina» atravesó la boca de la bahía, entre el castillo del Morro y el castillo de la Punta, mientras un corneta tocaba la marcha real española con ansias, sin duda, de saludar el pabellón de la patria, arbolado en los mástiles del trasatlántico.

Los pasajeros del «María Cristina» contemplaban ávidamente el puerto de la Habana, de cuyo tráfico se cuentan maravillas; y vimos aparecer, en primer término, los buques de la escuadrilla española; en el fondo y amarrados á los muelles algunos vapores nacionales y extranjeros; y cruzar la bahía los *ferryboats* á la americana, con sus máquinas de balancín, moviéndose lentamente, para transportar pasajeros y mercancías á Puerto Real, camino de Guanabacoa y Matanzas. Los muelles se desarrollan siguiendo las

inflexiones de tierra firme, y á lo largo de los mismos vense acumuladas las mercancías, azúcar, café, ron, frutas, en tinglados de escasa cabida y corte anticuado, que no responden á la riqueza y fama del comercio de un puerto de primera clase, y de la ciudad más rica y famosa del archipiélago antillano.

No sé si la impresión que me causó la bahía de la Habana corresponde á la realidad de las cosas; parecióme, en primer término, escasamente concurrida; ni el número ni la calidad de los buques anclados en el puerto respondían á la idea que me había formado del tráfico de la Habana, y digo que no ha de ser justa la impresión recibida, porque llegué á la isla en plena crisis, pocos meses después de la suspensión de pagos del Banco Español de la Habana, y cuando el stock de azúcar en almacén era tan formidable que bastaba él solo para explicar la paralización de todas las fuerzas vivas de la isla.

El desembarco efectuóse rápidamente; multitud de barcos, tripulados por negros, en su mayor parte, ofrecía á los pasajeros cómodo vehículo para saltar á tierra. Los botes de la bahía, cubiertos con toldo de lona que preserva á los viajeros de los rayos solares, llevan los bultos á la Aduana, donde se molesta muy poco á los que declaran estar exentos del pago de derechos, siendo todo el mundo tratado allí por los funcionarios del ramo con exquisita cortesía. Un coche de plaza, que no ofrece cosa alguna que

merezca contarse, cruzando plazas y calles, condújome por la de O'Reilly al Parque, donde está emplazado mi albergue llamado Hotel de Inglaterra.

Acostumbrado á los hoteles de la América del Norte, me avengo con dificultad á la indumentaria de mi habitación, situada en un patio central, sin luz directa, pobremente amueblada, mal oliente y... muy cara, tan cara como pudiera serlo un cuarto de primer orden en un hotel de primera clase. Recapitulo, pues, mis impresiones habaneras, mientras hago un *boût de toilette,* y no resultan lisonjeras. Sospecho que, al ir del puerto á la fonda, he atravesado una buena parte de la ciudad, la más nueva quizá, y la policía municipal resulta estar tan atrasada que es difícil ver una ciudad más sucia, más pobre y más toscamente empedrada que la Habana.

Calles estrechas, estrechísimas, por cuyas aceras no puede pasar más de una persona, si ha de quedar arroyo bastante holgado para que crucen por él dos carruajes sin peligro; casas bajas, tan bajas que en su mayoría no tienen más de un piso; toldos horizontales ó ligeramente inclinados, con otros verticales y divisorios en las calles, que tamizan la luz y dan al interior de las tiendas una entonación triste y pobre; almacenes grandes en general, pero poco adornados y vistosos, por más que hay en ellos cuanto puede necesitar la dama de gusto más refinado y exquisito; arroyos llenos de baches, descuidados, mal barridos,

aun aquellos que corresponden á calles principales y de más escogida y numerosa concurrencia.

Listo ya para salir á la calle, desde el saloncito de conversación del hotel de Inglaterra, fijo mi atención en el Parque, sitio céntrico de la ciudad y de reunión durante la noche, cuando una música militar solicita el favor del público, y observo en el centro una dilatada plataforma en medio de la cual está emplazada, sobre zócalo sencillísimo, una estatua en mármol de doña Isabel II, obra de un escultor cuyo nombre no me interesa, y á los costados del monumento, macizos de flores que alternan con árboles desmedrados, candelabros de gas y asientos de madera. Rodean la plaza ó Parque los teatros más notables de la Habana: Tacón, Pairet y Albisu, pero ninguno de ellos presenta fachadas monumentales que fijen la atención del viajero y merezcan una descripción detallada.

Llama la atención en aquella plaza la falta de criterio con que se determinó su traza, pues siendo porticada en algunas partes, presenta soluciones de continuidad inexplicables, en otras, con evidente desventaja para la buena visualidad del conjunto. Hay en la misma el Centro de bomberos del comercio, instituto digno de merecidas alabanzas; algunos edificios particulares vistosos, uno de ellos paralizado hace bastantes años; cafés bastante lujosos y de holgadas formas, y uno de los casinos más

famosos del mundo, conocido con el nombre de «Centro Asturiano.»

Mas todo esto y lo que me queda por reseñar, que no es poco, nada significa al lado de lo que compone la estructura íntima de un centro donde se agita todo el trabajo fecundo de la isla, se acumulan enormes riquezas, se acrecientan grandes ambiciones y se alimentan esperanzas pavorosas para el porvenir del poderío y la riqueza de España. Algo he de decir de todo eso, que su estudio interesa á todos los que aman la patria, su integridad, sus prestigios y su gloria.



El Parque

En la Habana

Quisiera rectificar mi primer juicio respecto á las condiciones de la capital de Cuba; pero, cuanto más conozco su vialidad é higiene, sus calles y paseos, sus edificios públicos y particulares, me afirmo más en el concepto que formé al apreciarla, en su conjunto, desde la bahía, y al recorrer algunas plazas y calles, yendo de la Aduana al hotel de Inglaterra.

Nótase, en primer término, durante el día falta de animación, lo mismo en el centro que en los barrios apartados de la ciudad, las calles del Obispo y O'Reilly, el Parque, el Prado, sitios un tanto apar-

tados de los muelles, lo mismo que la Plaza de Armas en donde está la Capitanía general, y los alrededores de la misma, centros comerciales de importancia, la Universidad, las agencias de vapores, la Aduana, etc., etc., no consiguen mayor animación; las señoras salen muy poco y en carruaje, los hombres de negocios usan constantemente coches de alquiler, durante las horas de sol, y sólo en los mercados se nota movimiento durante las primeras horas de la mañana en la abigarrada multitud de razas, negros, mulatos, chinos, que van invadiendo la isla desde que los Estados Unidos pusieron cortapisas y reparos á la afluencia de celestes en las costas de California, criollos y blancos, gritando y empujándose en el continuo tráfico menudo necesario á la vida de una población extensísima que goza de confort y lujo, y se abastece de buenas carnes, excelente pesca y frutas sabrosísimas de perfume delicado y exquisito. Es un espectáculo original para los peninsulares, ver los puestos de frutas, en los mercados, producto de una Flora completamente distinta de la nuestra, con un perfume tan intenso que embriaga, dominando el olor del plátano, fruto que, en grandes racimos, de tamaños variados, forma manojos que recubren los bastidores de las mesas, los pies derechos de las cubiertas, colgando de todas partes como si fuera, y lo es realmente, artículo de consumo ilimitado; los cocos verdes cubiertos aún con su cáscara

carnosa, recién cortados de los cocoteros para dar á beber la leche vegetal que contienen, refrescante, fresca, higiénica y deleitosa; las chirimoyas de pulpa de color de sangre, con su cáscara negruzca y forma elipsoidal, menos dulce que la generalidad de las frutas tropicales, pero de esencia delicadísima, pasta que se deshace en la boca y que da al paladar, sin fatigarle, un gusto exquisito é incomparable; la piña verde, cubierta con sus hojas florales, de tonos amarillos, con la acidez deleitosa que rellena su carne jugosa, tierna y llena de perfumes; los mangos que no he podido probar y que dicen ser excelentes, la... pero, ¿á qué continuar la lista interminable de aquella Flora espléndida, si no hay pluma que pueda describirla sin quitarle los perfumes de sus esencias y los colores brillantes con que se engalana, robando á la luz los matices y las gamas de sus innumerables tintas y delicados tonos?

Y al salir de los mercados, las calles porticadas de los alrededores mantienen aún la fisonomía de casas de venta, que tienen sus horas de vida agitada, prolongación de aquellos centros donde no penetra el sol, y apenas la luz, como si el aire libre hubiera de llevarse los colores brillantes de las flores, los perfumes de los frutos, los jugos de las carnes y la substancia toda del vientre de la Habana, que necesita reponer las fuerzas perdidas en un clima enervante, traidor, que fatiga y liquida la sangre, que ni

fuerza tiene para teñir las pálidas mejillas de la raza criolla.

Por las noches, el Parque se llena de gente; la animación crece hasta las diez; los negritos que vocean los periódicos del día, los buhoneros con sus baratijas, los concurrentes á Tacón, Payret y Albisu que salen á respirar el aire fresco en la calle, los cafés Central y Tacón llenos de luz y consumidores, la banda militar animando el cuadro y tocando lo mejor de su repertorio, dan al centro de la Habana, durante las primeras horas de la noche, una animación extraordinaria.

Alguna gente circula por el Prado, centro aristocrático, iluminado con luz eléctrica que va del Parque al castillo de la Punta, sitio agradable, de buen caserío, donde se disfruta la brisa del Atlántico y la tranquilidad de sitio poco frecuentado por carruajes y gentes dedicadas al comercio al por menor.

De más tránsito y lucida concurrencia disfrutan, durante el anochecer, las calles de Empedrado, O'Reilly, Obispo y Teniente de Rey, casi paralelas entre sí y de ejes normales á la bahía, con sus tiendas profusamente iluminadas y aparadores bien surtidos, que pierden el aire de tristeza que tienen durante el día y les da la luz filtrada al través de toldos y cortinas de malla tupida, tendidos sobre calles estrechísimas que se defienden de los rayos caloríficos del sol y de su luz intensa y devoradora.

Más concurridas están aún las calles transversales á las mencionadas en el párrafo anterior, llenas de tabernas y de gente bulliciosa que busca el placer venal, ofrecido á manos llenas, tras balcones y ventanas enrejadas, por celestinas y mujeres de todas las castas y de todos los colores; desde el negro azabache al blanco del sajón, pasando por el tipo mulato que es la tentación y el peligro más grande de los hogares antillanos, según opinión de los que conocen á fondo las costumbres y las pasiones de nuestros hermanos de Cuba y Puerto Rico. La alegría, en aquellos barrios, muéstrase al exterior ruidosa y desvergonzada; vívese allí, poco menos que en la calle, y los escritores realistas hallarían con poco esfuerzo y poco gasto, materia sobrada, aunque poco decente, al correr de la pluma. Dicen las gentes del país que no se recorren aquellas calles sin peligro, que el vino y el amor son pendencieros, que es vario el humor de razas que junta sólo el placer breves instantes, y que la curiosidad tiene allí, algunas veces, castigo muy superior al pecado venial cometido, yendo tras el conocimiento de costumbres que sólo se distinguen en las diferentes latitudes del mundo por el escenario y la forma con que las decora la idiosincracia especial de cada pueblo.

Y si de aquellos antros, donde se mueven figuras tan extrañas y tipos tan distintos, iluminados, en salas desmanteladas de mueblaje sucio y raído, por

candilejas y velones, donde alternan la india mexicana de cara aplastada, ojos velados y tristes que recuerdan los rasgos fisionómicos de la raza amarilla y especialmente del pueblo chino, con negras de labios carnosos y caídos, mulatas de ojos avispados y labios rojos y concupiscentes, cuarteronas y blancas solicitando favores con las ansias de la miseria y el vicio, se pasa al teatro Tacón en días de beneficio, numerosísimos allí, que todos los motivos son buenos para ejercer actos de caridad ó filantropía en la sociedad culta y humanitaria de la capital de Cuba, nótase la sacudida de una transformación tan radical que el ánimo parece recrearse en aquella atmósfera tibia y perfumada, en aquella sala llena de luz y mujeres hermosas, lujosamente ataviadas, luciendo escotes soberbios, de aquellos que desafían á la maledicencia cuando duda si los esconde el pudor ó la fealdad.

Desde un palco platea á que me invita la cordial y ostentosa hospitalidad de un amigo, recreo la vista mirando la finísima traza de la platea, cómoda, holgada y elegante, los palcos quizá un tanto pequeños, especialmente los proscenios con relación á la capacidad del teatro, el adorno sobrio y bien entendido, la iluminación espléndida y bien repartida, el aire entrando por las aberturas cerradas sólo con persianas, pero, aun así, habiendo en la sala intenso calor, el teatro lleno, las partes altas con gente de

color, mulatos especialmente, que aplauden de manera estruendosa un drama titulado «La mulata», en cuya trama romántica figura como heroína una mujer de color, víctima de blancos viciosos y criminales; en los palcos y platea señoras irreprochablemente vestidas, dominando las morenas, de ojos grandes, encantadores, y cabellos negros, tan negros como los tienen únicamente aquí los que usan ó abusan de la química, y caballeros con frac ó smoking, elegantes y atentos con las damas, á las cuales obsequian con dulces y flores.

A última hora y á la salida de los teatros, la buena sociedad cubana cena en los restaurants del Parque y calles anejas, cuyo servicio es esmerado, ó toma helados y chocolates en los cafés y cervecerías, hasta que los tranvías del Cerro y el Vedado y los carruajes de particulares, en hora avanzada de la noche, van desapareciendo del Parque, que recobra la tranquilidad perdida durante las últimas horas de la tarde y primeras de la noche.

Y ya que he citado el Cerro y el Vedado, centros de veraneo de los habaneros, algo he de apuntar aquí, aunque no tenga, especialmente el Cerro, fisonomía propia que lo distinga de otras calles excéntricas de la capital de Cuba, como no sea por su caserío más suntuoso y sus jardines tropicales, donde reside ó mejor residía la sociedad más selecta de aquella ciudad, y se daban fiestas brillantísimas,

cuando el dinero abundaba y decía la gente que la Habana era una de las ciudades más ricas del mundo. Quizá la fisonomía borrosa de hoy, en calle no muy ancha, polvorienta y llena de baches, cuyo eje sigue un tranvía de coches reviejos y descoloridos, lan-



zando los vehículos que la cruzan oleadas de polvo que dan á las fachadas, ya descascarilladas, apariencias de pobreza y suciedad, presentaba entonces signos de mayor grandeza, grandeza que hoy se oculta en el fondo de las quintas y en los jardines verdaderamente espléndidos, en que la palmera real

y el cocotero alzan sus troncos y sus palmas por encima de las azoteas, como muestra de la fecundidad asombrosa del suelo y el clima de la grande antilla española. Una visita hecha á una familia habanera distinguidísima que habita en el Cerro, me permitió echar una rápida ojeada al interior de aquellas casas.

Tiene la fachada fisonomía italiana, algo que recuerda las casas de Pompeya reconstruídas; breve pórtico facilita el paso á un vestíbulo grande, limpio, que sirve de entrada á las habitaciones y de cochera, que alineados están allí tres carruajes, cubiertos y enfundados. El criado, que va en mangas de camisa, me guía á una de las habitaciones que da al jardín, y como la señora no me espera ni me conoce, me da tiempo para escudriñar la extructura de la casa, de habitaciones espléndidas por su holgura y limpieza; techos elevadísimos que enseñan sin reparo sus cabrios desnudos de madera finísima, con sus bovedillas enlucidas como las paredes, blanco todo y reluciente, contrastando con el verde intenso de las persianas que cubren todas las aberturas, dejando al aire del jardín ancho espacio para circular por las habitaciones amuebladas con sillas y sillones de rejilla, cómodos, ligeros, apropiados al clima, adornadas las paredes con grandes cuadros de afamados pintores, abundando los muebles de maderas ricas, patrimonio de los bosques cubanos; cómodas, arma-

rios, anaqueles, marcos ostentosos de espejos biselados, pero pegado todo á las paredes, sin consentir que el aire halle en las habitaciones obstáculos para circular libremente, y dando al conjunto una fisonomía un tanto fría para los que estamos acostumbrados á ver salones alfombrados, cuajados de muebles, con sillas y sillones tapizados, abundando los contornos suaves, redondos, blandos, que constituyen una base de *confort* completamente distinta de la indumentaria propia de los climas tropicales.

Terminada la visita, echo una rápida ojeada al barrio, y mientras espero el tranvía que me ha de conducir al hotel, por casualidad topo con una pareja de negros, un Tenorio y una Menegilda que sin preocuparse de mi venida, entablan el más interesante coloquio.

Es difícil dar con un negro más asqueroso: bajo, rechoncho, con la cara pustulosa; ella, fea también, sucia, mal vestida, con la cara sebosa y reluciente que adornan labios carnosos, violáceos y profundamente agrietados.

La chica se dolía de que se atreviera á pararla un hombre que no conocía; el negrito no parecía preocuparse de los lamentos de la joven y bastaron pocos segundos para desarrollar, con frase brevísima, su atrevido pensamiento. Ella no se dejaba convencer, la faltaba la presentación previa: «pero hombre, si yo no le conozco á usted... ¡usted que se figura! ¿acaso

me detengo yo con el primero que pase por la calle?... vaya usted á trabajar, hombre, vaya usted á trabajar...»; y él, apurado ya, respondió: «pero, mujer, ¿cómo es posible que no sienta usted lo que siento yo por usted, si me estoy muriendo por usted?» y los ojos del negrito relucían como carbones encendidos, sin poderse convencer de que las ansias que sentía no lograran vencer los rigores de aquella Venus que había inspirado pasión tan honda al atrevido mancebo. La negrita, contrariada, aguantaba á pie firme la rociada amorosa; el Tenorio no parecía haber agotado sus argumentos, y como el tranvía no había de esperar la terminación de aquella escena idílica para continuar su carrera, allí quedó mi pareja amartelada, terminando el prólogo de la comedia ó drama amoroso.

Tampoco deben buscarse, en la capital de Cuba, edificios arquitectónicos suntuosos, catedrales de traza holgada, iglesias ricamente decoradas, edificios públicos elegantes, jardines grandes y bien dispuestos, porque se perdería lastimosamente el tiempo.

La Habana no tiene la pretensión de ser una ciudad monumental; todo lo que hay en ella notable se ha de estudiar en su historia y en su trabajo, historia que es la de la patria española, como suyo es el desenvolvimiento de su riqueza que hemos arrancado con nuestros brazos y nuestra inteligencia del suelo cubano.

Pero hay en el recinto de la ciudad páginas tan hermosas de nuestra historia, que sería desdén criminal pasar por la Habana sin leerlas.

Descansan en su catedral las cenizas del hombre que escribió la página más gloriosa y más pura de la historia de la humanidad.

En modestísima plaza porticada, cuyo nombre no recuerdo, mirando á la calle de Empedrado, levántase, sobre breve escalinata, la catedral de la Habana. Su fachada gótico-latina de piedra sillar ennegrecida, en cuyos paramentos y entre columnas pareadas hánse abierto desnudas hornacinas; flanqueada por dos torres de escasa altura, con ancha y holgada puerta central y dos laterales más pequeñas y simétricas, dan al conjunto un aire de pobreza que recuerda las iglesias de los antiguos conventos españoles. No presentan mayor grandeza las naves en su traza y sus alzados; las líneas correctas de sus arcos y columnas resultan frías, los altares pobres, nada hay allí que distraiga la atención de un modesto mausoleo que lleva al pie esta leyenda:

«¡Oh restos é imagen del grande Colón!
Mil siglos durad guardados en la urna,
Y en la remembranza de nuestra Nación.»

mirando al altar mayor y á la izquierda del presbiterio, un retrato orlado sostenido por una especie de zócalo en que están esculpidos anclas, cables, y un reloj de arena en que se apoya la leyenda, es

cuanto recuerda al viajero que allí, según dicen, descansan las cenizas del gran Almirante, cuya grandeza no cabe en el mundo.



Allí estuve largo tiempo contemplando aquella urna funeraria que guarda los despojos de nuestra gloria más pura, recordando nuestra larga historia colonial, nuestras conquistas, nuestros héroes, sombras y penumbras del pasado, manchas de un sol que no se apagará mientras el mundo exista, dejando

en el espacio la estela luminosa de las leyendas españolas. Y ante aquellas cenizas venerandas, mi frente inclinóse reverente, que después de Cristo, no ha cabido á ningún sér humano más alto destino, ni misión más santa, que Colón trajo al mundo, en su cerebro, la semilla de nuevas civilizaciones cuyo desenvolvimiento vasto y fecundo no es capaz de abarcarlo, en su conjunto, el entendimiento humano. Y al ver allí una corona, que una augusta dama española dejó al pie de aquel mausoleo, y las banderas y estandartes de la flotilla de carabelas que vista de lejanos mundos debía parecer fantástico espejismo que reproducía, al cabo de cuatro siglos, aquella epopeya gloriosa de Colón y los Pinzones flotando aún sus imágenes imborrables sobre las olas del mar, yo no puedo pensar, sin desfallecimiento de espíritu, qué pecados de raza se cometieron en México, en Chile, en el Perú, en las Indias del Oeste para que nuestro dominio de aquellas inmensas tierras se convertiera en causa primera de nuestra decadencia, mientras triunfan y prosperan pueblos que han aportado al Nuevo Mundo ideas de exterminio, de usurpación, que fusilan sin compasión al indígena, al que embrutecen primero, para herirlo con mano más segura después, persiguiéndolo á muerte hasta las praderas y los arenales más remotos de los desiertos americanos.

La ley de Indias que amparaba con cristiano

anhelo al indígena, que respetaba sus tierras, sus mujeres y sus hijos, contra las demasías, las soberbias y las ambiciones del colono, no logró respetos de naciones que deberían inclinar su cabeza ante nuestra raza humana y colonizadora. Y cuando vi tanta gloria iluminada sólo por la luz filtrada por mezquino ventanal, y vino á mi memoria el Capitolio majestuoso de Washington, con sus cúpulas soberbias, y la tumba de Juárez, la catedral, y los palacios de México, y recordé las fiestas colombinas en que España, la patria del gran descubridor, hizo modestísimo papel, mi espíritu no supo hallar la razón de tantas tristezas, y mi corazón y mi sangre se rebelaron contra las injusticias de los hombres y las crueldades del destino.

De aquel vasto imperio colonial en América, no nos queda ya más que Cuba y Puerto-Rico, dos joyas valiosísimas de aquella corona ceñida durante tres siglos por los Reyes de España, y que no la tendrá ya igual ningún potentado de la tierra; y si por ley fatal de la suerte hemos de perderlas también, si no hemos de aprender jamás, ya que sabemos conquistarlas y civilizarlas, como se administran las colonias, no consintamos siquiera que los restos de Colón, si están allí realmente, se pierdan también para España, mostrando así al mundo que podemos perderlo todo menos el amor á la tradición y á las glorias de la patria.

Salí de la catedral con la pesadumbre de las grandezas extinguidas, de algo que vibra en el cerebro ardiente y poderoso, y se apaga inclemente en el frío del medio en que se habita cuando nada responde á los entusiasmos de la vida. Y al ir camino de la Plaza de Armas, al terminar la calle del Obispo, doy con un alegre square, lleno de flores, plantas y palmeras tropicales, rodeando una estatua de Fernando VII que distrae mi atención, harto entretenida con tristes recuerdos, y en él hallo el palacio del Gobernador general, vasto edificio de arquitectura moderna, con bajos porticados y arcos de medio punto, cuyos machones, adornados con pilastras rematadas con sencillísimos capiteles que sostienen larguísimo balcón que vuela sobre la plaza, y á su vez sirve de base á modestas columnas sobre las que va un friso sencillo rematado por un reloj de torre.

Frente al palacio un templete histórico atrae la vista del viajero, templete erigido á la memoria de Colón por ser el sitio donde se celebró por vez primera en la isla de Cuba el santo sacrificio de la misa.

En 1519 una ceiba arrogante ocupaba el sitio del templete, y á su sombra erigióse el primer altar á Dios, invocado por Colón al tomar posesión del continente americano. Su arquitectura nada recuerda. El autor de la obra no supo dar al monumento el sabor de la época y de la localidad; quizá más que

un edificio mezquino habría sido natural perpetuar la ceiba, continuar la tradición, buscar algo en la arquitectura mexicana, en la choza india, ¿qué sé yo? algo que no fuera un edificio banal y pobre arrancado al arte europeo. Me limito, pues, á recordar el bronce que perpetúa fechas y crónicas de la historia del descubrimiento, cuya leyenda dice así:



«Reinando el Señor Don Fernando VII, siendo Presidente y Gobernador don Francisco Dionisio Vives.

La fidelísima Habana, religiosa y pacífica, erigió este sencillo monumento decorando el sitio donde el año 1519 se celebró la primera misa y cabildo; el Obispo don Juan José Díaz de Espada solemnizó el mismo Augusto Sacrificio el día 9 de marzo de 1598.»

Y al acabar de leer lo que acabo de apuntar, sin querer, me pregunto qué hacen allí los nombres del Rey don Fernando y del Gobernador don Francisco Dionisio Vives, personas muy respetables ciertamente, pero que quitan carácter de época al recuerdo y que nada tienen que ver con el descubrimiento de América, siendo verdaderamente sensible que haya personas que busquen notoriedad á la sombra augusta de la historia y que, las generaciones que las suceden, consientan este tormento á los que vamos á visitar lugares sagrados, llevando en el corazon el piadoso recuerdo de los azares, las luchas, las alegrías y las tristezas de la patria.

Y como el día no fué afortunado, hallando en todas partes motivos de tristeza, apunto aquí, para que todo responda á mi humor endiablado, recordando aquel bronce que da á la Habana el dictado de *pacífica,* los siguientes datos que me comunica un amigo, conocedor de las condiciones de la ciudad bajo el punto de vista de su seguridad y defensa.

Rodean la Habana una serie de fuertes, unos que protegen la entrada de la bahía, y son el castillo del Morro y el castillo de la Punta, que cruzan sus fuegos y hacen sumamente peligroso el paso de la boca del puerto á una flota enemiga. Defiende también la bahía el fuerte de La Cabaña, que puede estar guarnecido por cuatro mil hombres.

Las baterías de La Cabaña y La Pastora, con su batería de los Doce Apóstoles, están armadas con 245 cañones, emplazados á flor de tierra y con arreglo á las necesidades de la táctica moderna.

Al Este de la ciudad y á una milla de la misma está el fuerte núm. 4, y al sudoeste la Torre de Cogimar. Bastan, según opinión de los inteligentes, los 650 cañones emplazados en varios fuertes y especialmente en el del Morro, La Cabaña y los fuertes del Príncipe y de Santo Domingo de Atarés para arrasar la ciudad en muy pocas horas, mientras las baterías de la Pastora y la de los Doce Apóstoles mantendrían en respeto los fuegos de una flota enemiga. Los fuertes de San Nazario, de la Plaza, Santa Clara, La Chorrera y la Torre de Banes completan un circuito de hierro, que no responde á la idea de aquella lápida, y que recuerda, en cambio, revueltas pasadas, guerras civiles, odios de raza, ambiciones mal refrenadas, futuras complicaciones internacionales, un mundo de problemas que deberían madurar, con su estudio y resolución, nuestros hombres de Estado, infundiendo á nuestro pueblo ideales nuevos, conceptos claros del estado social y político en que vivimos, algo de la realidad obscurecida tras falaces políticas y derechos engañosos, enseñándole, á la vez que los derechos, el deber de ser justos, fuertes, sobrios y respetables. Si así lo hicié-

ramos, los cañones del castillo del Morro y La Cabaña serían sólo signos de soberanía, que la integridad de la patria estaría sólidamente asegurada con el amor á la Metrópoli de nuestros hermanos de Cuba.

Los edificios públicos de la Habana



INGRATO sería si olvidara la hospitalidad cubana. Hallé en la Habana tanta consideración y tanto afecto, amistad tan cariñosa y cuidado tan exquisito, tanta solicitud para que no enfermara y tan buen consejo para evitar posibles contagios, que parecíame vivir en familia, entre hermanos queridos, ansiosos de mostrarme su consideración y su afecto. Y no se crea que se pecara allí de exageración que empalaga y de timidez del que ignora, que no hubo escondrijo que se me ocultara, ni aun los de carácter macabre, en hospitales y escuelas, en cementerios y morgue que no cabía en las distinguidas personas que me acompañaban, catedráticos de la Universidad de la Habana y de la Escuela de medicina, doctores de fama y médicos del hospital de Nuestra Señora

de las Mercedes, miedos irreflexivos; atentos sólo á mostrar al forastero como se cultiva la ciencia en la Habana y se procura ensalzar el nombre de España en las colonias.

La visita á la Universidad procuróme la honra de ser presentado al señor Rector y á los señores Decanos de las facultades allí establecidas, quejosos de la falta de un buen edificio y de museos y colecciones dignos de la capital de Cuba. Yo no sé si aquel caserón fué convento, pero lo que sí se ve, á primera vista, es la falta de condiciones que tiene para servir de centro docente, en la ciudad más importante y rica del archipiélago antillano. Y lo peor es que cuantos esfuerzos y gastos se hagan para mejorar aquel edificio goteroso, presentando al aire libre sus cuchillos de armadura de formas enrevesadas antiquísimas, sus aulas pequeñas y obscuras, sus museos pobres y mal acondicionados, será dinero tirado, sino se empieza por derribar todo lo existente, y levantar, con recursos copiosos, lo que ha de ser la mejor gala del elemento inteligente é ilustrado de la Habana.

No puedo recordar sin terror el anejo de la cátedra ó sala de autopsias de la Escuela de Medicina; ancha mesa de marmol rodeada de extensa gradería de madera, cubierto todo por una armadura de tirantes, pendolones, y riostras de viejos moldes, entrando por ella luz vivísima, en aquel lugar de tris-

tezas, donde la ciencia busca los secretos de la vida en la obra obscura y miserable de la muerte, constituyen la sala donde se aprende como funcionan las vísceras del cuerpo humano, vencidas en la lucha por la existencia, traidora y tristemente. Y al salir de allí, en estrecha alacena de madera blanca, formando doble anaquel, tendidos, con los miembros entumecidos, los cuerpos rapados, la cabeza afeitada, obra de navaja tosca, que profana sin escrúpulo ni misericordia, dos cadáveres desnudos yacían en aquel antro, el de un negro y el de un blanco, esperando la acción irreverente del bisturí que diseca, de la ciencia que analiza, de la mano inhábil que aprende en carne muerta las palpitaciones, el funcionamiento, y el equilibrio de la vida.

Fácil sería pintar aquí, disecar también con la pluma lo que vi y tengo aún grabado en la memoria, como si aquellos cuerpos rígidos, aquellas muecas horribles, aquellos coágulos de sangre, hubieran dejado en mi cerebro la fotografía imborrable, con todas sus manchas y colores, de la espantosa obra de la muerte.

Aquella terrible visión necesitaba un momento de descanso, y aunque parezca extraño, halléle consolador y efectivo en el hospital de Nuestra Señora de las Mercedes. Situado en los extremos de la ciudad, en sitio elevado, hermoso, que domina el campo y el poblado, aquella mansión, más que

lugar de dolor parece quinta de inválidos donde hallan refugio y amor los ancianos y los desvalidos.

El catalán halla en aquella santa casa el espíritu de la patria pequeña informando todo el servicio del hospital. Las hermanas son catalanas y como tales dignas hijas de la patria del trabajo y del amor al prójimo. No he visto en parte alguna hospital más limpio y más hermoso, formado de pabellones independientes, con grandes aberturas, por donde entra el aire aromatizado de los jardines y patios, vasto arsenal de aire puro, constantemente renovado, que oxida todas las impurezas sin dejar rastro en parte alguna de mal olor y suciedad.

La botica es un local lujoso, vasto y limpio; la iglesia sencilla y elegante; la cocina grande, repleta de comestibles de primera calidad, capaz para un servicio intensivo; los jardines están llenos de árboles, arbustos y flores hábilmente distribuídos, la luz entra en todas partes alegrando aquella mansión de tristezas, y el personal, orgulloso de contribuir á obra tan santa, cuida á los enfermos con cariño fraternal.

También pasó por allí la ciencia médica con todos sus refinamientos: el enfermo deja en la puerta su ropa inficionada, que pasa á la estufa, adquiere ropa limpia y propia de un enfermo, y al salir vuelve á hallar su traje limpio y aseado en el com-

partimiento correspondiente, después de haber tomado baños y duchas, si los ha menester, en local apropiado y provisto de los aparatos hidroterápicos pregonados por la higiene y adoptados por la ciencia.

El que visita aquel hospital no puede impresionarse: sus corredores anchos y ventilados, su aire puro, la luz dando á todas las habitaciones tonos de alegría, los árboles y las flores que saludan al enfermo desde los patios acariciados por la brisa del Atlántico, no dejan al espíritu tiempo ni vagar para que ahonde en las tristezas de aquellos seres que estoy viendo aún; y entre ellos: mísero convaleciente de fiebre amarilla arrancado á la muerte en hora de crisis tremenda, triste maníaco de luenga barba, cabeza de estudio de viejo que lleva en su cráneo esculpidas huellas de hondas desdichas; mujer que la fiebre atosiga y sueña quizá con vida próspera y dichosa; tísico que muere lentamente entre flores que ilumina el sol ardiente de los trópicos... ¿qué sé yo? seres que la caridad ampara, la ciencia estudia y la religión consuela, qué habrá difícilmente para aquellos desgraciados mayor lenitivo y alegría que el que proporciona al enfermo y al desvalido el hospital modelo de la Habana.

Del hospital al cementerio el tránsito no ha de de parecer estrafalario, y sin cuidarnos de dar largo rodeo por camino de travesía, en pocos minutos me

guían mis buenos amigos al cementerio nuevo de la Habana.

El sol ya declina cuando llegamos al pórtico ostentoso que da acceso á aquella ciudad de los muertos, llena de monumentos, de estatuas, de cruces, de epitafios... recuerdos de familias, de catástrofes, de odios políticos, de la gran masa anónima que sólo ampara la cruz augusta extendiendo sus brazos amorosos sobre blancos y negros, sobre pecadores y justos, ricos y pobres, iguales todos en el seno de la muerte.

El cementerio de la Habana contiene páginas tristísimas de nuestra historia colonial; una sola, la más cruenta, borra de mi memoria el recuerdo de los bomberos que murieron heroicamente en un incendio horroroso perpetuado en un mausoleo digno del patriotismo y la piedad del pueblo cubano, y me fijo únicamente en el monumento que los estudiantes habaneros dedicaron á los niños fusilados, en hora inclemente, por haber profanado la tumba de un español, el periodista Castañón, asesinado alevosamente en New-York por un insurrecto cubano.

Si fuera posible arrancar del libro que narra las luchas de la guerra civil en Cuba la página de aquellas horas de frenesí patriótico, si aquellas piedras que conmemoran un hecho que llorarán siempre amargamente españoles y cubanos, pudieran

transformarse en monumento de perdón en que cupieran los nombres de vencedores y vencidos, glorificados todos por el valor ostentado y el sacrificio de la sangre derramada en ambos campos, la humanidad entera podría regocijarse de un olvido que cuadra bien al temperamento cristiano y caballeroso de españoles y cubanos.

Yo de mí sé decir que salí de aquel cementerio hondamente afligido, hallando en mi corazón igual acogida víctimas y matadores; y rogando á Dios que ilumine á los pueblos y les preserve de los arrebatos de las pasiones que dejan en el corazón y la conciencia huellas amargas, que sólo suaviza el cumplimiento del deber patrio hondamente sentido y con justicia realizado.

Al salir del cementerio, el crepúsculo vespertino da al campo cubano un verde intenso, obscuro, radiando oleadas de aire caliente, de olores extraños que no logran distraer mi atención entristecida. A los pocos minutos atravesamos el paseo de Jesús del Monte, lleno de tranvías y carruajes, pasamos por delante de la Pila de la India, que domina un hermoso boulevard, y entramos ya en el Parque, en hora regocijada, cuando la población sale á respirar la brisa del mar, y se confunden en el jardín todas las razas y todos los colores, dominando, tronando con sus atractivos, la criolla y la mulata, frutos hermosos de la grande Antilla española.

En el Parque, punto céntrico de la ciudad, y junto al hotel de Inglaterra, tiene el comercio de la Habana establecida la central de bomberos. Montan constantemente la guardia, en la puerta principal, dos caballos tordos, de raza percherona, robustos, relucientes, rellenos del tejido adiposo que cría una alimentación sana y una vida tranquila y sosegada, colocados simétricamente al eje de la bomba de vapor, dispuesta siempre á acudir con rapidez al punto incendiado.

La bomba de vapor, de tonos encarnados, con su chimanea metálica de líneas elegantes, su hogar cargado y dispuesto para aumentar la tensión del vapor en la caldera, siempre calentada por medio de una manga que pone en comunicación la caldera de la central con la de la bomba, los collares suspendidos y colocados á ambos lados de la lanza del carro, los caballos ya enjaezados y dispuestos, la vigilancia incesante y exquisita, todo revela el cuidado y la previsión con que se atiende en la Habana el servicio de incendios terribles como en parte alguna, por la condición de los edificios, la naturaleza de las mercancías de fácil combustión y gran riqueza almacenadas en los muelles y depósitos comerciales, y la frecuencia de vientos huracanados que en días de incendio podrían causar la ruina de la Habana.

El servicio de señales, las bombas de vapor y de

mano, las herramientas y los utensilios, las camillas y los botiquines, imitación, ó mejor, reproducción del material empleado en los Estados Unidos, no puede ser más perfecto, siendo para los jefes y encargados de las maniobras motivo de singular complacencia, el enseñar á los forasteros una de las joyas más preciadas del servicio público habanero.

Acompañóme á la central el médico de los bomberos, don Antonio de Gordón, hallando allí una acogida tan simpática y cortés que no es para olvidada. En pocos segundos púsose la central en movimiento, simulóse la señal de incendio, agitáronse los caballos de guardia, soltáronse automáticamente los ronzales, colocáronse los caballos, amaestrados en esta maniobra y sin instigación alguna, al pie de la lanza, cayeron los collares suspendidos sobre aquellos animales y cogió el cochero las bridas; bastando trece segundos para salir la bomba con todo el material y personal necesario y acudir al sitio en que estallara el incendio simulado.

Con el aturdimiento que produce la agitación y el desplazamiento de los caballos, la sonería en vibración, el personal ocupando sus puestos, aquel desorden, ordenado en tan pocos segundos, produce el efecto de la instantaneidad, pareciendo imposible que pueda evitarse el atropello de los muchachos que contemplan embobados una maniobra tan repetida en la puerta de la central, y que produce el

efecto deslumbrador de todo lo aparatoso y adornado con colores vivos y brillantes.

Enseñóseme el material prolijamente, la división de la ciudad en cuarteles, los empalmes eléctricos con los centros de alarma, el esquema de señales y una multitud de cosas, vistas con ojos de profano, pero curiosas, nimias, interesantes, como todo lo que guía directamente á la perfección de un servicio humanitario que entusiasma á tantas gentes hasta sacrificar la vida por la existencia de un desconocido, por la hacienda que no rinde beneficio, en nombre todo de un deber voluntariamente contraído y de la caridad noblemente ejercitada.

En estos tiempos de egoismos feroces y bajas pasiones, es un consuelo hallar en el camino de la vida y en lejanas tierras, ejércitos guiados únicamente por el deber, ejércitos que buscan al que está en peligro y le socorren con exposición propia, que salvan la hacienda ajena sin ánimo de compartirla, obrando con abnegación y desinterés.

¡Dichosos los que ejercitan virtudes tan santas! ¡Dichosos los que nos enseñan con su ejemplo cómo se ama al prójimo y se cumplen heroicamente los mandamientos de la ley de Dios!

Acepten, pues, los bomberos de la Habana, mi respeto y admiración, que consigno gustoso en estas páginas, debidos á sus relevantes servicios y heroico comportamiento.

A pocos pasos de la central de bomberos se halla el Centro Asturiano. Dominan en la isla de Cuba tres elementos peninsulares: el asturiano, el gallego y el catalán, pero hay que confesar que las grandes iniciativas, el *leader* de la isla, el que impone su criterio, bulle y se agita, es el asturiano.

No sé á punto fijo el número de colonos que tiene Asturias en Cuba; lo que si puede asegurarse es que las pequeñas industrias y los comercios más ricos están en manos de los hijos del Cantábrico, que, siendo en gran número, España puede contar con su patriotismo, que los que iniciaron la Reconquista en los altos montes de Covadonga no han de perder en Cuba la reputación de valientes, tenaces y sufridos que conquistaron en la península y que escribieron con tinta indeleble en la historia de España.

Forman los asturianos en la Habana una legión nutrida y compacta. Pobres y ricos mantienen el tacto de codos que da fuerza al individuo y á la comunidad, y levantaron la casa *pairal* en el mejor sitio de la Habana, con una ostentación y riqueza capaces de atestiguar, de decir en síntesis expresiva: *somos aquí los primeros y los mejores.*

Ni en los Estados Unidos, ni en parte alguna, he visto un Club montado con mayor riqueza, que maneje más cuantiosos ingresos y que haya sabido organizar con mayor tino un establecimiento que pro-

porciona solaz á los ricos, educación é instrucción á los niños y amparo y protección á los pobres. No puede ambicionar, quien no sea un magnate, salones más espléndidos y mejor decorados; no puede pedir el aficionado á la instrucción clases mejor montadas, donde se enseña en lenguas y matemáticas cuanto necesitan las clases dedicadas al comercio, ni el que quiere divertirse, sin olvidar á los que padecen, mejor pan, medicina y consejo que el que da el Centro Asturiano á los hijos del Cantábrico que no han sabido hallar en los campos de Cuba vida independiente y hogar libre de las tristezas del que sufre los rigores de la miseria.

Fuimos al Centro asturiano unos cuantos catalanes de los que nos reuníamos todos los días en el hotel de Inglaterra, acompañados por don Rosendo Fernández, comisario en Chicago, representante de la isla de Cuba y vocal activo é inteligente de la Junta del Centro.

Acogidos en aquella casa como amigos, iluminados y engalados los salones para que pudieramos apreciar todas sus bellezas, examinadas detenidamente las obras de arte que adornan la biblioteca, la sala de Juntas y el salón de baile, centro de primores y buen gusto, tanto en su hermosa columnata como en los espejos, muebles, lucernas y luces de paramento, realzado todo por los colores del solado de mármol y los tonos delicados de las paredes, so-

bria y artísticamente pintadas, siendo sólo de sentir que aquel salón inmenso esté cortado en ángulo recto, siguiendo las líneas de la manzana, con un teatro en el vértice en forma de chaflán, recargado de ornamentación en su boca de escenario, desentonando algo, pareciendo nota chillona en aquel concierto de harmonía que existe entre todos los elementos que constituyen el salón principal del Centro asturiano de la Habana. Siento no recordar los nombres de las personas que obsequiaron aquella noche á la pequeña colonia de Barcelona, para enviarles, en nombre de todos los favorecidos, un recuerdo de gratitud.

Aquí, con ser Barcelona una ciudad que no se asusta de una cifra más ó menos pomposa, cuando sepa que el Centro asturiano tiene un presupuesto anual de más de 100,000 duros para atender á su casa, á sus niños y á sus pobres, fuerza será confesar que no ha llegado la capital de Cataluña á poseer un elemento de distracción cuyo *confort* no tiene aquí igual, ni parecido, hermanado con un pensamiento piadoso y patriótico, que donde halla el pobre protección y amparo, la patria encuentra siempre brazos que la defiendan y labios que la bendigan.

Cuatro casas de salud, «La Benéfica» «Garcini», «Quinta del Rey» é «Integridad Nacional», con un presupuesto anual de 40,000 duros, están manteni-

das por el Centro asturiano; casas en donde hallan albergue y salud ó consuelo y piadosa sepultura unos cien enfermos á manutención diaria. No basta aún esto: la sociedad ampara también á los pobres vergonzantes, á los que repugnan la promiscuidad tristísima del hospital, y les da asistencia médica y medicinas gratis en las farmacias más importantes de la ciudad.

Ahora piensa aquel Centro construir una gran casa de salud, un gran «sanatorium» para los pobres y los desvalidos, testimonio del ferviente amor que las clases ricas de Asturias sienten por sus hermanos de Cuba.

Y ya en camino para conocer los centros de instrucción con que cuenta la isla, acompañado galantemente por don Francisco Vidal, catedrático de paleontología de la Universidad de la Habana, visité el Real Colegio de Belén, dirigido por los Padres de la Compañía de Jesús que allí, como en todas partes, prestan á la causa de Dios y de la sociedad el concurso de su saber y su inteligencia. Tenía para mí aquella casa singular atractivo que no podía olvidar, como no olvidan cuantos dedican su atención al desenvolvimiento de las ciencias, el concurso que presta el observatorio de la Habana á la meteorología endógena y exógena del mundo, desde que lo dirigió el padre Viñes, el incansable meteorólogo, el que pedía limosna en nombre de la ciencia á los

comerciantes de la Habana para publicar sus hojas y sus cartas, sus folletos y sus libros, comprar instrumentos, montar los aparatos de sismografía y sismometría, ponerlos en estación y pagar al mundo sabio, tan desdeñado en España, la contribución honrosa de su concurso, enalteciendo así el nombre de la patria, el de la Compañía de Jesús y el de sus generosos protectores.

Yo siento no poder insertar en estas páginas los nombres de los comerciantes habaneros que han ayudado al Padre Viñes en su obra; que aunque el hombre de negocios viera en la obra del ilustre jesuita, tras la idea fecunda la utilidad recabada, no pidiendo á los hombres más de lo que puede dar la naturaleza humana, aun así y como ejemplo, citaría gustoso aquellos nombres, para que Barcelona viera que en otras partes y en territorio patrio, se realiza holgadamente lo que aquí sólo ha podido esbozarse, en la Real Academia de Ciencias y Artes, gracias á la munificencia, nunca bastante agradecida, de nuestras corporaciones populares.

También he pedido yo limosna aquí en nombre de la ciencia, pero con éxito escaso ó nulo, mas no importa el resultado á quien está dispuesto á igual prueba cuantas veces sean menester, guardando sólo en su corazón este desengaño con el dolor que no afecta á su humilde condición, si no á la creencia de que estamos aún muy lejos de los entusiasmos que le-

vantan el espíritu público y preparan los hombres y las multitudes á grandes empresas dignas de España.

Vi en el colegio de los jesuitas cuanto revela la tradición de personas avezadas á montar, organizar y desenvolver el difícil servicio de la enseñanza; museos copiosos y bien clasificados, colecciones bien entendidas, gabinetes ricamente dotados; pero, en los altos del edificio, en el observatorio, falta ya el espíritu vivificador del Padre Viñes, falta el entusiasmo del que convierte el servicio en un culto, del que ve á Dios en todas partes y cree hallarse más cerca de Él cuando busca é interpreta sus leyes augustas, cuando siente palpitar la tierra en el sismómetro, cuando sigue la nube é investiga donde se halla el vórtice del ciclón, cuando combina elementos directos ó comunicados para la predicción del tiempo del día siguiente, cuando acumula paciente los elementos estáticos y dinámicos de la atmósfera para descubrir la síntesis hermosa y espléndida de las leyes de los meteoros, pensando siempre en el fin, que escapa hoy á la inteligencia humana y que habrá hallado el Padre Viñes, sin duda alguna, en un mundo mejor, premio de sus virtudes, su ciencia y su abnegación.

Continúe pagando el observatorio de los Padres Jesuitas de la Habana la contribución debida á la ciencia, que honrará así la memoria del que fué gloria purísima de la meteorología española.

Al día siguiente salí temprano del hotel, en día cubierto del mes de noviembre, atravieso el Parque y por la calle del Obispo me dirijo al muelle de Luz en busca del Ferryboat, que atraviesa la bahía en pocos minutos, atraca junto á la estación de Regla, subo en el Pullman correspondiente y bajo poco tiempo después en Guanabacoa, casi suburbio de la Habana, para visitar el colegio de los Padres Escolapios, dirigido por el P. Muntadas.

La calidad de catalán es una credencial que abre todas las puertas de la casa; el P. Muntadas, que estaba enfermo, tuvo la galantería de recibirme, de hablarme de una porción de cosas que embellecía su palabra fácil y sencilla, y de expresarme su pena por haberle impedido el mal estado de su salud visitarme en la Habana, como deseaba.

Agradecí, como pude, tanta bondad, y guiado por dos Padres hijos de Cataluña, recorrí detenidamente el colegio de Guanabacoa.

No tiene aquella casa apariencias de edificio moderno; su claustro central cuyo patio adornan plantas tropicales, sus paredes desnudas y enjabelgadas, su ornamentación modesta y anticuada dan al conjunto del edificio aire de convento levantado en tiempos medioevales. Pero en cuanto se recorren las salas de museos, laboratorios y gabinetes de enseñanza, y se fija la atención en los aparatos é instrumentos del gabinete de física y en el laboratorio

de experiencias químicas, en las colecciones de animales y plantas disecados, en los elementos petrográficos, minerales, rocas y fósiles, se vé facilmente que el espíritu científico moderno ha entrado por aquellas puertas, para mantener en su punto el crédito de la enseñanza que han enaltecido siempre los hijos de San José de Calasanz.

Los dormitorios, espaciosos y bien dispuestos; el comedor limpio y ventilado; el gimnasio, la piscina, el patio de recreo, elementos que se han ido creando á medida del crecimiento de la casa y el favor del público; la capilla, el salón de actos académicos, en cuyo fondo hay un teatro destinado al recreo y á la educación de los colegiales, forman un conjunto harmónico que revela la manera de desenvolverse la enseñanza en aquel centro de educación científica, moral y religiosa.

Las celdas de los Padres se hallan en la parte alta del edificio. Desde ellas, y estando las puertas abiertas, con vistas al patio central, se abarca el conjunto de una galería de arcos adintelados, sostenidos por pies derechos de madera y una barandilla sencillísima que los enlaza, que recuerda las casas de campo catalanas, estando esa ilusión sostenida entonces por cuanto me rodeaba, y especialmente por la lengua empleada, y que me parecía dulcísima, en lejanas tierras, esa lengua catalana que tantas veces he juzgado, con perdón sea dicho de

los catalanistas, ruda, áspera y concisa en demasía.

Los Padres, casi unos muchachos, que hacía poco tiempo habían salido de Barcelona, apenas aclimatados, sufriendo los rigores de aquel clima inclemente, recordaban con las ansias de la nostalgía á la patria ausente. Uno de ellos criaba en su celda no sé cuantos pájaros, consolándose quizá con el canto de aquellos alados prisioneros más felices que él, digno esclavo del deber y de cristiana resignación.

Me despidieron en la puerta con afectuosos apretones de mano y ojos encendidos por el llanto, que pensaron enviar sin duda á la tierra, con sus votos de un viaje venturoso, algo de su sér, de sus recuerdos, que me llevaba con sus ansias á la patria catalana.

Volví á la Habana y dediqué la tarde y parte de la noche á visitar una fábrica de hilados de yute y henequen y la planta eléctrica, fusionada á la fábrica del gas, que funcionan con gran prosperidad.

La fábrica de yute y henequen que trabaja bajo la razón social Heydrich Raffloer y C.ª, empezó muy modestamente; hasta ahora se ha dedicado á la fabricación de jarcia, pero intenta ya mayores empresas y trata de tejer sacos de yute, en grande escala, para facilitar envases á la industria antillana del azúcar, café y cacao. Posible es que se esté montando ya la maquinaria norte americana que estaba encargada hacía tiempo en los Estados Unidos, y

que cuente ya la Habana con un elemento más de riqueza, instigador y ejemplo vivo de otras empresas de mayor alcance, que vayan á aumentar la riqueza y los recursos poderosos de la perla de las Antillas.

En barrio apartado y junto al mar, en edificio de pobre apariencia, ha levantado la industria la planta eléctrica de la Habana.

No corresponde el interior á lo que, visto desde fuera, parece cuadra abandonada de un edificio industrial de pocos medros. En cuanto se entra en la sala de dinamos, recuérdase enseguida la limpieza, el orden, la pulcritud, la habilidad característica de la raza yankee. Todo brilla allí, atestiguando la prosperidad y un servicio bien organizado, las máquinas de vapor de no sé cuantas expansiones, con su marcha silenciosa y acompasada, las dinamos con sus pasmosas rotaciones y sus corrientes nacidas misteriosamente en aquella ordenada masa de hilos metálicos, sugestionada por la acción de un poderoso imán que van á encender los carbones filiformes de lámparas incandescentes, situadas á largas distancias, donde se acumula el calor, por miles de grados, ante la resistencia que les opone una frágil y apenas perceptible línea de substancia carbonizada, ó los carbones cónicos de arco voltaico separados por ténue capa de aire que resulta para la corriente resistencia enorme, vencida acumulando en reducido

espacio un foco portentoso de calor que adornan todos los colores de una luz que se descompone en mil matices, y que deslumbra como si fuera un pedazo de materia arrancado del sol.

¡Misterios de la ciencia que, sabiendo tanto, no ha logrado aun arrojar de su seno el empirismo, como no ha logrado el sol limpiar sus manchas, ni ha conseguido el hombre desarraigar de su mente el misterio, que nos sale al paso á cada instante, proclamando nuestra ignorancia y nuestra mísera condición!

La visita hecha á la planta eléctrica fué sumamente entretenida; un subjefe norte americano, encargado de la maniobra diaria, mostró grande empeño en que viera, con todos sus detalles, el montaje, la disposición, el reparto de las dinamos con relación á los barrios de la ciudad, el desarrollo que ha ido teniendo el alumbrado eléctrico en la Habana, y una porción de detalles muy ingeniosos que no serían una novedad para los iniciados en estos estudios, y que resultarían enojosos para los profanos. No insisto, pues, en esta descripción como no sea para decir que la electricidad tiene en la Habana fervientes admiradores, y que es posible alcance, en breve, gran desarrollo en la vialidad y en la pequeña industria, como lo ha alcanzado ya como elemento de iluminación en las calles, las casas y los edificios públicos más notables de la ciudad.

Y antes de describir lo más interesante, sin duda alguna, de la industria habanera, por su riqueza, su trascendencia y su colorido local: «la fábrica de tabacos», permítame el lector, aunque sea desviando por completo el curso de sus ideas, y dando un salto en el orden de los asuntos tratados, pero ajustándome á lo contingente de la vida, que, en su curso diario, pasa incesante de lo serio á lo jovial, y de lo trascendente á lo fútil, como corre un río en las horas del día tan pronto sobre lecho blando y de suave pendiente, como sobre accidentado asiento que transforma el agua pura y cristalina en espumas y airadas corrientes, en cataratas que rugen y rompientes que amenazan, así he de pasar ahora de lo serio y hondo de la enseñanza que es agua fecunda, y de la electricidad que es luz, calor y fuerza que espanta, á una escena pintoresca, de color tan singular, que ya querría verla en un cuadro de pintor colorista, capaz de sentir en su cerebro todas las vibraciones de la luz ardiente y poderosa de los trópicos para trasladarla, con el aliento del genio, á la tela que admite el tono, el color, la perspectiva, el movimiento, el aire, todas las condensaciones de la realidad arrancadas al arte del dibujo y la pintura por el artista de raza. Escena que aún contemplo gozoso con los ojos entornados, y que tropiezo con ella después de ver los portentos de la ciencia en la planta eléctrica, y los adelantos de la

industria en la fábrica de yute y henequen, cuando las calles, iluminadas artificialmente, cerrado ya el crepúsculo y engalanadas con guirnaldas de flores y cadenas de papel están llenas de bote en bote, esperando una procesión de negros, devotos del arcángel San Rafael que llevan en andas, con alegría infantil, formando un conjunto abigarrado de hombres, mujeres y niños, con sus trajes de días de fiesta, multicolores, brillantes, limpios, más brillantes y limpios cuando se proyectan sobre aquellas caras sebosas, relucientes, de fisonomía variadísima, que no me canso de mirar, llevando cirios encendidos y ramos de flores, pero sin que nadie consiga poner orden en aquella masa que reza, canta y ríe, contenta de ser admirada y lucir sus mejores preseas; cuando estallan de repente las luces de bengala que abrillantan el cuadro con sus colores rojos y verdes, encendiendo todas aquellas fisonomías con tonos indescriptibles y formas apocalípticas, extrañas é inconcebibles. Y aquel arcángel que sonríe, con su cara afeminada, con su tez blanca y sonrosada, cubierto el busto de flores y joyas, sostenido por aquellas manos negras de piel rugosa y la atención de ojos que centellean en el fondo de órbitas horrendas, los pobres negros que murmuran oraciones dirigidas á aquel sér de raza distinta que les mira compasivo, forman, en realidad, un contraste que me domina, y sigo aquella procesión sin cansarme de admirar aquel extraño y abiga-

rrado conjunto, creyendo que me hallo en el continente negro, en aquella Abisinia cristiana, á miles de millas de la realidad, donde esos espectáculos han de ser frecuentes y revestir formas tan raras como las que me proporcionó la Habana negra aquella noche, mostrándome una escena que ha quedado grabada en mi imaginación con caracteres tan hondos y tan brillantes, que los juzgo imborrables é imperecederos en mi memoria.

Los fabricantes de azúcar tienen montados sus artefactos en los campos de Cuba; los que tuercen tabaco tienen sus manufacturas en la ciudad de la Habana.

No me interesaba gran cosa el cultivo de la caña y la fabricación de azúcar, que puede estudiarse en muchos ingenios de la península y especialmente en los alrededores de Málaga, donde tuve ocasión, hace ya muchos años, de examinar tan interesante industria; por otra parte, en los ingenios, la máquina y la química dominan, en absoluto, el procedimiento; en las manufacturas del tabaco, la inteligencia y la habilidad del obrero constituyen la esencia de una de las industrias más ricas del mundo.

Y como estaba ya tan fatigado de ver en los Estados Unidos la supremacia de la máquina sobre la inteligencia y la habilidad del obrero, como la máquina resulta ya invasora hasta llegar al embrutecimiento de los encargados, no de dirigirla, sino de

manejarla y auxiliarla, convirtiéndose el obrero en obediente y sumiso servidor de la materia inerte, al entrar en las cuadras de las manufacturas de tabacos, en donde el obrero pone toda su inteligencia y la habilidad de sus manos á beneficio de un poderoso instrumento de trabajo, que en vez de atrofiar el cerebro y los brazos aguza el entendimiento y afina la voluntad, parece que el espíritu halla allí más dilatados horizontes, algo que encarna mejor en la naturaleza humana, que la máquina pone frente á frente dos terribles desigualdades, tan hondas como invencibles: la del ingeniero, que ha llegado á vencer tantas resistencias y acumular tantas combinaciones que pasman, presentando al mundo una obra digna del cerebro humano, obra de la reflexión y del estudio, y la del obrero, incapaz de comprender el fundamento ideal, la fórmula sintética, el esquema de líneas matemáticas, la serie de coeficientes cuya intervención habilísima ha producido el mecanismo, y que, no siendo capaz de comprenderlo, vese reducido á la triste condición de esclavo de aquella inteligencia tan grande que impone al ignorante, sin quererlo, la triste esclavitud del trabajo inconsciente.

En las manufacturas de tabaco, el asombro toma una dirección más humana y consoladora; veo en una mesa una cantidad enorme de hoja curada y dispuesta para su clasificación, y un obrero inteligentísimo, formado al calor de un aprendizaje largo

y fecundo, que las va amontonando, pero con tanta precisión, rapidez y cuidado, con mira á una clasificación tan larga y enrevesada, con objetos tan múltiples, teniendo siempre á la vista la serie de tabacos de clases, formas y condiciones variadísimas, que ha de satisfacer las exigencias de mercados, de gustos y necesidades distintas, que la separación de tan gran número de hojas, que apenas logra distinguir el profano, supone dos cosas que no podrá conseguir jamás la máquina, que aquella selección tan fina habrá de ser siempre obra de la inteligencia humana y su labor objeto que asegure á la mano de obra el porvenir, casi siempre incierto, para el proletariado que dedica hoy sus brazos á la industria.

Pero no he de adelantar ideas, si no he de introducir confusión en cuanto voy á decir, respecto á la industria tabacalera.

Importa ante todo formar concepto de la preparación de la hoja que llega á la Habana, formando paquetes de un octavo de metro cúbico aproximadamente, que entran en almacén, y se amontonan en un recinto, sin ventilación alguna, mediante una clasificación previa, en que la procedencia tiene un interés de primer orden. Para los que no estamos acostumbrados á la atmósfera que se forma en un almacén de tabaco en rama, la respiración es tan difícil que la primera impresión es de esfixia, de algo que se agarra á la garganta, irrita la tráquea y

comprime los bronquios, poco dispuestos á sufrir aquellas emanaciones acres en que parece dominar un alcaloide. Pasada la primera alarma, los pulmones van tranquilizándose, y la circulación se restablece, aunque esté poco satisfecha, respirando aquel aire que dicen ser antiséptico, y enemigo resuelto del cólera y la fiebre.

En los paquetes que van arrollados á la corteza de la palma real ó cocotero, que no estoy seguro de este detalle, se ha cuidado ya de que la hoja forme manojos, dispuestos de manera que no pierda la homogeneidad, textura y humedad necesaria para conservar su finura, sólo comparable á la piel de cabritilla más suave y delicada.

Antes de que la hoja pase del almacén á la mesa del operario ha de entrar en la cámara de fermentación, encerrándola á granel en toneles de madera, abiertos por sus extremos, donde humedeciéndola con un poco de agua salitrosa se calienta lentamente, sufriendo una fermentación que parece tener por objeto principal neutralizar, algún tanto, la acción de la nicotina, veneno activísimo que estraga y embota el paladar, poco apto entonces para apreciar los aromas delicados, y los principios esenciales del tabaco de buena hoja.

La hoja, una vez fermentada, sufre una verdadera fiscalización, en la mesa de aquel operador de que hice mención en anteriores párrafos, haciendo ante

todo una gran división que consiste en separar la hoja de tripa de la hoja de capa, la que resulta picada, manchada ó excesivamente nerviosa, de la que no tiene tara alguna, mancha ó agujero, que resulta suavísima á la mano, que se pliega con facilidad como si fuera y es realmente untuosa al tacto, variando sólo en el color que ha de resultar, sin embargo, homogéneo, y evitar que *lagartee*, ó lo que es lo mismo, que expuesto el tabaco á la luz se decolore en unas partes para formar veteados extraños, que el comprador deshecha, convencido de que aquel cambio de tonos es resultado de una modificación intrínseca, que resulta en menoscabo de la calidad del producto.

Hecha la clasificación por calidades y dimensiones, procede el reparto, entregándose á los operarios, llamados *torcedores*, la cantidad de hoja de tripa y capa que necesitan para elaborar el tabaco, de clase única, que se confía á su habilidad.

Téngase en cuenta, por lo que al tabaco habano se refiere, que tanto la tripa como la capa proceden de hoja cultivada en Cuba, teniendo los fabricantes de aquella Antilla el buen sentido de no consentir, en este concepto, ni en otro alguno que ataña á la buena calidad del producto, la menor adulteración. Los dueños de las fábricas vigilan constantemente la primera materia y la mano de obra, dando así un ejemplo que no deberían perder de vista los que

saben cómo se ha perdido el crédito de nuestros vinos en los mercados del centro y del sur de América, y qué daño inmenso se ocasiona al país cuando la codicia nos ciega y la inmoralidad nos ahoga.

Los torcedores ocupan unas mesitas bajas, colocadas en fila, que recuerdan las mesas de los niños en las escuelas de primera enseñanza. La separación de mesas, en cuadras de regulares dimensiones, es la que prescribe el movimiento holgado del obrero, y la superficie de la tabla de las mismas, la que exige el montón de tripa colocado en la parte izquierda, el manojo de hoja de capa en la derecha, y la cuchilla afilada y limpia, al alcance siempre de la mano del obrero, en el centro.

El torcedor, sentado en una silla, no muy alta, y con los tres elementos citados en el párrafo anterior, sobre la mesa que tiene enfrente, empieza por extender la hoja de capa sobre una superficie lisa, valiéndose del canto de la cuchilla; en seguida, con su parte afilada, corta los rebordes inferiores de la hoja y toda la parte que sobresale de los nervios, de modo que el limbo se acerque lo más posible á un plano, á una hoja de papel finísimo, sin granos, nervios, ni solución de continuidad y, una vez conseguido, suelta el torcedor la cuchilla, coge un pedazo de tripa, hoja de buena calidad, pero que no tiene el color, la homogeneidad, la

finura y sobre todo la continuidad de tejido, que agujerea muchas veces algún insecto y requiere la buena hoja de capa y lo coloca encima de ésta, lo comprime con las dos manos, formando aproximadamente un cilindro y luego con un golpe de mano habilísimo arrolla la capa á la tripa, quedando ésta completamente cubierta y de modo tal que los dos extremos del tabaco, uno se afila con los dedos y se sujeta la parte de hoja suelta con un poco de saliva, y el otro, se corta con la cuchilla, formando un plano normal al eje del tabaco.

La operación es tan corta y rápida, tan hábil y segura, dando al tabaco una forma tan regular, que supone en la mano que la ejecuta una flexibilidad inteligente, ya que con un solo golpe se consigue dar, al conjunto, forma abultada en el centro, cilíndrica en el extremo y afilada ó cónica en el opuesto. Los dueños de las fábricas se complacen en enseñar esta operación á los forasteros que adivinan la *difícil facilidad* de ejecutarla bien y holgadamente, en mucho menos tiempo del que he necesitado para describirla.

Los torcedores trabajan en silencio y escuchan con suma atención á un lector que ocupa el centro de la cuadra encima de un entarimado que domina la altura media de las mesas.

No recuerdo quién paga al lector, si el dueño de la fábrica ó los torcedores, que distraen algún tanto

la monotonía de su trabajo, puramente manual, con las descripciones románticas ó realistas de los novelistas favoritos. Lo que sí se ve claramente es que los obreros aceptan con gusto esta intervención de la literatura en sus faenas diarias.

El lector, á juzgar por los que he oído, no se distingue por su fácil y prosódica expresión, y si ha hecho profesión de tal, ó el oficio es difícil ó el estudio resulta deficiente. Habla despacio y claro, levanta mucho la voz, pero las narraciones resultan descoloridas y las acentuaciones y los incisos mal apuntados. La verdad es que, á juzgar por el papel que representa, más que lector resulta pararrayos, que en tiempo de la guerra separatista, y aun posteriormente, en aquellas cuadras donde el elemento peninsular se codea con el mestizo, y el español de pura raza con el insurrecto presunto, se acumulaba tanta electricidad y se fraguaban tan pavorosas tormentas, que el silencio, interrumpido sólo por el lector, pareció á tirios y troyanos, á patronos y obreros un procedimiento apropiado para templar opiniones que pasaban fácilmente de los labios á las manos, de los argumentos á la cuchilla, convirtiéndose el fecundo campo del trabajo en semillero de odios en que germinaba potente la guerra civil.

El lector, con sus descripciones, distrae la atención del obrero, evita discusiones, mantiene amistades, alcanzándose con poco dinero, sino la paz que

exige del espíritu mayores estímulos, siquiera tregua y descanso.

En la fábrica «La Corona», que es la que mejor he visto en la Habana, hay instalada la confección de cigarrillos con una serie de máquinas sumamente ingeniosas que con rapidez, perfección y economía, preparan, al día, una cantidad fabulosa de cajetillas.

No tuve tiempo para estudiar detenidamente esta industria; una rápida ojeada no basta para ahondar en lo que es algo difícil y complicado, y para no exponerme á decir cosas vagas é inciertas, vale más añadir, como término de este artículo, algunas notas estadísticas que darán idea de la importancia que tiene en el mundo la industria tabacalera de Cuba.

En la Habana se cuentan unos cien fabricantes de tabaco, y, entre ellos, hay quince casas reputadas como las primeras entre las mejores.

La hoja superior, única, la que da al tabaco cubano su reputación es la de Vuelta de Abajo, cuya cuenca tiene una extensión calculada de 240 leguas cuadradas. Esta hermosa y riquísima región produce unos 750 kilogramos de hoja fina por hectárea, mientras producen sólo unos 400 kilos por hectárea las otras comarcas, lo que supone un rendimiento de un 10 por 100 sobrepujado grandemente en Vuelta de Abajo.

El suelo de Cuba, ligeramente arenoso, suelto, fresco y muy rico, y su clima, se prestan admirable-

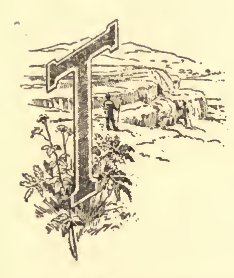
mente al cultivo de las mejores especies de tabaco. El valle de Güines da el mejor rapé, la cuenca del río San Sebastián la hoja mejor para cigarrillos, y en Consolación, San Cristóbal, Guanajay y Holguín hojas de varias clases, que suelen mezclarse para disminuir su fuerza excesiva.

La Habana produce anualmente unos 200 millones de cigarros, y la isla consume, con ayuda de los torcedores, que tienen una afición grandísima al producto que elaboran, por valor de 25 millones de pesetas.

En tabacos y cigarrillos, en un país en que fuman los hombres, las mujeres y los niños, ¿quién es capaz de calcular la cantidad de hoja consumida?

¡Bendito país, que tiene campos y tierras tan fecundos, productos tan valiosos y manufacturas tan ricas! España, mientras cuente con su imperio colonial, nunca será tan pobre como se dice, pues posee las islas más ricas, más hermosas y más fecundas de la tierra.

Impresiones acerca de la política cubana



TODO lo que he visto en la Habana, lector querido, he procurado traducirlo fielmente en cuanto va expuesto en las páginas de este libro y, en este instante, cuando hago examen de conciencia, y repaso rápidamente la impresión de conjunto, agrupando en fotografía de perspectiva general, fotografía que Lippmann no sabría arrancar de mi memoria con todos sus colores, detalles y siluetas, á pesar de su genial inteligencia, observo que el esbozo de tan hermoso cuadro, por desgracia mía, no responde á lo que veo cuando cierro los ojos y se forma en la cámara obscura de mi cerebro aquel cuadro tan

lleno de luz y de perspectivas, que durante diez y siete días, embargó todas las potencias de mi espíritu, y dominóle con el influjo soberano de su espléndida belleza. Pero si analizo y cotejo la impresión sentida con la expresión manifestada, prescindiendo de formas y estilo que mi pobre inteligencia no ha sabido adornar, contento estoy de haber expuesto mis pensamientos sin haber alterado, por pasión ó ruindad, lo que creo haber visto en la ciudad de la Habana.

A pesar de ello, ¿quién es capaz de asegurar que lo visto está bien observado y lo observado bien traducido? Que en el lógico encadenamiento de impresiones y juicios juega importante papel el temperamento, la idiosincracia individual, lado flaco de toda expresión en que juegue importante papel la apreciación de la belleza. Y si temo haber errado en la descripción de lo que he visto y tocado, ¿cómo evitar temores más hondos cuando intento formar concepto del estado político-social de Cuba, valiéndome de las opiniones consultadas, sacando provechos de la diversidad de juicios escuchados con profunda atención, y sin perder de vista el temperamento, la opinión política profesada, el medio social en que se vive y multitud de circunstancias cuya apreciación exije un tacto, un conocimiento del corazón humano, y hasta una cierta intuición sólo otorgada á inteligencias privilegiadas, capaces de

formar un juicio rapidísimo, exacto, salvador, en horas críticas de la vida social?

Y si resulta de la investigación practicada y de la observación atenta, una serie de discrepancias capaces de perturbar el ánimo más templado y más sereno ¿cómo evitar el temor quien entienda que en todo ha de ser el que escribe justo, severo, desapasionado é independiente, de que la voluntad no halle en las demás potencias del alma ayuda en las flaquezas del entendimiento?

Seguir á los optimistas,. sería cerrar los ojos á la luz; atender sólo la opinión pesimista, entregarse á la desesperación. «Nunca fué la isla de Cuba tan rica como ahora», dicen los primeros; «¡qué sueño! si estamos á dos dedos de la ruína», replican los segundos. «La tranquilidad está asegurada. España dominará la isla porque los separatistas saben muy bien que Cuba no sería, abandonada de la metrópoli, otra cosa que la república negra de Haïti»; «¡bah! ¿y los Estados Unidos? ¿y la riqueza mestiza? ¿y la inteligencia del cubano?», contestan los amigos de la autonomía de la isla.

Y entre tan discordes opiniones ¿dónde está la verdad? ¡Ah! la verdad está quizá en otra parte, y el verdadero peligro más que en el Reformismo y la Autonomía, más que en las luchas de la Unión constitucional con el Reformismo que sueña con la Diputación única, como panacea de los males que pa-

dece Cuba, se halla en las singulares condiciones en que se desarrolla el trabajo en la isla y en tener sus principales mercados en los Estados Unidos.

Cómo dudar de la buena fe y del sincero españolismo de muchos hombres que militan en las filas del reformismo, que durante la guerra separatista han dado á la patria española su sangre y sus riquezas, que contribuyen con su trabajo y su inteligencia al enaltecimiento de España en Cuba y que, sin embargo, intentan recabar de la Metrópoli, y lo intentan con una energía y un entusiasmo que da mucho que pensar, el establecimiento de la Diputación provincial única que habría de parecerse á una Cámara, sin facultades legislativas, ciertamente, pero establecida en la Habana, centralizadora, bajo el punto de vista de la isla, pero con atribuciones descentralizadoras, con respecto á la Metrópoli; Cámara que dominada, algún día, por los separatistas, podría ser una verdadera Convención de donde surgiría con la elocuencia propia de la raza tropical, el incendio pavoroso de nueva guerra civil, convirtiéndose rápidamente en legisladora, en Poder ejecutivo, en dueña y señora de la isla, como representante del sufragio popular, y ejecutora de sus decretos y resoluciones. Y como no he de creer que ese peligro lo desconozcan los españoles que patrocinan de buena fe el pensamiento, al adoptarlo en un período de tiempo realmente pavoroso para la isla, cuando el Banco

Español suspendió los pagos, el azúcar estaba depreciado y la mano de obra envilecida por las tarifas del bill Mac-Kinley, que protegían la importación de tabaco en rama á los Estados Unidos é imponían crecidísimos derechos al tabaco torcido; claro es que la idea dominante, la preocupación obsesiva fué la de mejorar la situación económica de Cuba, buscando medios efectivos y prácticos de ponerse en buenas relaciones con el mejor mercado de la isla, el que consume el 90 por 100 de su stock de azúcar, el que compra frutas tropicales por valor de cinco millones anuales de dollars, el que importa millones y millones de hoja de tabaco en rama para convertirlo en tabaco torcido, aprovechando su Virginia, Kuntucky, etc., para tripa y la hoja cubana para capa; mercado inmenso, de 64 millones de habitantes que se llama Estados Unidos. Y como las colonias no hallan en la Metrópoli mercado bueno y seguro, como algunas veces resultan sacrificadas á los intereses peninsulares, la Diputación única, formando un núcleo vigoroso, y, hablando claramente, imponiéndose, si llegara el caso, en las cuestiones económicas, procuraría lentamente alcanzar la autonomía económica, precursora, mal que les pese á los patrocinadores del reformismo, de la autonomía política y social.

A este estado de cosas nos ha conducido el malestar económico de la isla de Cuba, á este estado,

peligrosísimo por las simpatías que despierta, los lazos que ata y las relaciones que estrecha con los Estados Unidos, poco decididos, hoy por hoy, á salvar el estrecho de la Florida con ansias de conquista, que bastante faena tienen hoy en su casa, para ocuparse en la ajena; á este estado hemos llegado, lleno de peligros más ó menos remotos que no consiguen despertar la atención de nuestros hombres de Estado, para que se convenzan de que los vínculos de la sangre no son bastante fuertes para asegurar el amor de los pueblos, cuando falta el pan de cada día y la ruína resulta ser la triste compensación de sacrificios hechos recientemente en sangre, inteligencia y dinero en nombre de la patria.

Los *ñañigos* y los bandoleros de los campos de Cuba no son más que signos de los tiempos; si el ñañiguismo retoña y el bandolerismo crece, es que el trabajo no cunde, la plantación no rinde, la zafra no produce, y estos sumandos tienen para los españoles de Cuba una traducción pavorosa: la de que la Metrópoli no sabe amparar los intereses de sus hijos, en cuyos corazones se debilita el amor que sienten, porque no los proteje ni consuela. Mientras el ejército tiene fe en la pericia de los generales que han de guiarle en el combate, la victoria es casi segura; si esta fe que salva y alienta se pierde, el enemigo tiene la mitad del camino andado para vencer al

que, desmoralizado, entra ya rendido en la contienda.

Pues bien, y aunque sea doloroso decirlo, los españoles de Cuba han perdido la fe en los hombres que nos gobiernan, y temen que no han de saber hallar jamás,—por falta de estudio y conocimiento de los intereses coloniales, por creerlos, en varias ocasiones, en pugna con los de la Península ó por causas que no menciono, que de sobra están tantas tristezas en la conciencia pública,—el procedimiento salvador de una política sabia, patriótica y sobre todo que dé paz á los espíritus y prosperidad al comercio y á la industria cubana.

Y ante esta incertidumbre, los que tienen en la isla su patrimonio y su familia, los que se ven cada día amenazados por el elemento díscolo, perturbador, ambicioso que tiene puesto ojo avizor en las desdichas de la Metrópoli que alienta la idea separatista, juzgan quizá meritorio aflojar los vínculos que les unen á la patria común, por temor de que nuestros desaciertos los rompan traidora y bruscamente, pensando que ya ha llegado la hora de que busquen protección en sus propias fuerzas y recursos, si los gobiernos de España nada han de hacer en su provecho y pretenden ignorar eternamente lo que ellos tienen aprendido de memoria, aunque no sea más que para dar la razón á los que opinan que sabe más el loco en su casa que el cuer-

do en la ajena, y que, si la ruína cundiera en los campos de Cuba, sin la ayuda del elemento insular, todos los tesoros y toda la sangre de España no bastarían para sostener nuestra soberanía en el mar de las Antillas.

¿Tienen razón en este modo de pensar los reformistas? En realidad, la nueva fórmula política revela, en mi concepto, desesperación y cansancio; es la fórmula hallada para reunir los descontentos de varios partidos que aportarán masas al nuevo, pero que no matarán aspiración alguna. La fórmula resulta tan vaga, que puede acoger bajo su ancha bandera todas las hipocresías, y el autonomista y separatista cabrán en el reformismo como cabe el áspid en el pecho generoso que le da calor y abrigo.

Muy difícil es averiguar el término de lo que es protesta viva del elemento español contra la inmoralidad y los desaciertos de la Metrópoli, protesta que aviva la crisis padecida y no curada, el bandolerismo, el ñañiguismo, la cuestión monetaria virilmente sostenida, y el deseo de recobrar la tranquilidad perdida, haciendo fructíferas las conquistas del trabajo y de la paz.

Y como todo se enlaza en este período de desventuras, Cuba, que no espera casi nada de nuestro mercado, lo espera casi todo de los Estados Unidos, que por la vía de Tampa importa sus más valiosas frutas, y con sus grandes vapores, y en cinco días,

transporta á New-York sus azúcares, su café y su tabaco, pendientes hoy y en entredicho de la solución salvadora de la rebaja de tarifas, acordada ya ó casi acordada en las Cámaras de Washington, sugestionadas virilmente por la política personal, personalísima, mal que les pese á nuestros republicanos, del Presidente Cleveland, que impone su veto con una frecuencia que valdría la pena de ser meditada por los soberanos constitucionales de Europa.

Y como creo dejar consignados aquí los verdaderos peligros que amenazan hoy nuestra integridad, yo que no soy hombre de Estado, pero sí vehemente patriota, al dar la voz de alarma, sólo me resta pedir á Dios que nos ilumine y salve la integridad de la patria.



MATANZAS

La Cueva de Bellamar y el valle de Yumurí

Te convido hoy, lector, á una excursión deliciosa. Es necesario madrugar un poco, atravesar la bahía cuando el sol pinta de color escarlata los cirrus suspendidos en las altas regiones atmosféricas, y coger el primer tren que sale de la estación de Regla á las seis y media de la mañana, deja el ramal de Guana-

bacoa y se desvía al Este, camino de Matanzas y Cienfuegos.

Parte el tren, y en breve domino una gran extensión de la campiña cubana. El cielo clemente me depara un día fresco, cubierto, que mitiga los tonos vivísimos de la luz tropical. La orografía ligeramente ondulada en la región que atraviesa el tren, los campos cubiertos de caña dulce, casi ya sazonada, los bohios y ranchos de la raza negra, puestos al abrigo de palmeras reales, cocoteros y ceibas gigantescos, algunos pueblos que desfilan y van difuminándose lentamente en el horizonte, como espejismos que se desvanecen en el desierto, tierras rojas teñidas por óxidos de hierro que dan tonos calientes al paisaje, mitigados por el verde intenso de las plantas y el blanco plateado de los troncos de la palmera real, el ingenio escondido mostrando su chimenea achatada entre árboles y flores, la labor del campo, en fin, mostrando toda la savia de un elemento que abre su seno fecundo al colono, dándole espléndidas cosechas, es cuanto observo mientras el tren recorre el espacio de 85 millas, comprendido entre la capital de Cuba y la ciudad de Matanzas.

Unas cuantas calles, sin fisonomía especial, la carretera polvorienta, paralela casi al ancho cauce de un río que en su lecho, lleno de guijarros, obra de informe acarreo, muestra tener veleidades y arrogancias de torrente, un puente y un cauce estrecho en

cuyo fondo se ve la bahía con sus aguas tranquilas que dora el sol marchando al zénit, y luego calles anchas, limpias, tranquilas, de casas bajas que dan á la ciudad un aspecto seductor, un porte conocido, arrancado, con todos sus detalles, de los pueblos de la costa catalana, constituyen el fugaz panorama de la ciudad puesto á la vista del viajero.

Matanzas, si fué eregida allá en lejanos tiempos, cuando la conquista sacrificaba al indio bravo para someterle y rendirle, los que fomentaron su población, roturaron sus campos y abrieron su puerto al comercio del mundo, debieron ser catalanes, que no puede mentir tan descaradamente la fisonomía especial de aquella ciudad, que tiene en la cumbre que la domina la capilla de Montserrat, y en sus calles nombres de paisanos nuestros que aun viven, y han tenido su cuarto de hora de popularidad en no lejanos tiempos.

No recuerdo, si la fonda, junto á la plaza de Armas y frente á la iglesia de San Carlos, se llama de Francia, lo que si sé es que encanta la limpieza, la frescura y la disposición de sus habitaciones, amuebladas con gusto y en condiciones que no es fácil hallar en ciudades españolas muy conocidas, y de importancia muy superior á la de Matanzas.

Un ligero desayuno de carne buena y pescado sabroso, con vinos de buena calidad, agua helada á pasto y frutas frescas y jugosas, predispone el ánimo á visitar la Cueva de Bellamar, prodigio de la

naturaleza, que dista unas tres millas de Matanzas.

En la puerta de la fonda hallo preparado un carruaje, de nombre conocidísimo y que veo por primera vez en mi vida, la volanta, coche que la moda va desterrando de la isla, sin que logren ampararlo sus condiciones especiales y por las que me-



recería más cariño del que muestran tener por ella los moradores de Cuba.

La volanta es nuestra calesa, perfeccionada con arte tal, que la suavidad de sus movimientos y la seguridad del transporte no son más que obra del mecanismo, estudiado con perfecto conocimiento de su estabilidad, en relación con las necesidades que ha de servir. La volanta, que es un carruaje de dos ruedas, sólidamente construído, pasa sin volcar por

sitios donde un coche de cuatro ruedas comprometería la vida de los viajeros. Una brevísima definición dará idea de la volanta, que no es otra cosa que una calesa de limonera muy larga y de ruedas muy altas, separadas por un eje muy ancho, colocadas inmediatamente detrás de la caja del vehículo. La limonera larga da al carruaje un movimiento de balance tan suave, que no hay resorte, por fino que sea, que pueda compararsele, y la anchura del eje, el grueso de llanta y la altura y la robustez de las ruedas, movimientos suaves, por ser comparativamente de larga duración el desplazamiento del vehículo y tener una base de sustentación tan ancha y tan favorecido el centro de gravedad que es casi imposible volcar. La volanta, á pesar de tener limonera, engancha dos caballos, y en realidad no necesita cochero, sino postillón que monta el caballo exterior, teniendo constantemente cogidas las riendas del caballo de la limonera para guiarle por los más escabrosos caminos. Montaba aquel caballo como postillón un negro, de barba blanca, con el látigo en bandolera, que esperaba impaciente en la puerta de la fonda. Con la capota arrollada y asiento hondo y blando de chagrín pardo en el fondo de la volanta, la toma de posesión del vehículo parecióme feliz augurio de cómodo viaje. A pesar de ello, una rápida y distraída mirada no basta para formar concepto de las cualidades de la volanta; pero cuando el negro sacude el

látigo y aquellos caballos escuálidos y macilentos arrancan el vehículo por aquellas calles al trote largo, y se observa que sin muelles, ni resortes, al apoyarse toda la caja del coche en el eje por un lado y sobre el collar del caballo por el otro por el intermedio de la larguísima palanca de la limonera, que da al conjunto el rítmico movimiento de un palanquín, y que en la travesía de un camino de rodadas inverosímiles, saltando sobre cantos en arista, ni la sacudida molesta, ni el desequilibrio espanta, el viajero, sin darse cuenta de ello, ha de estudiar un mecanismo que tales condiciones ostenta, bendiciendo al autor de un carruaje indispensable, por lo cómodo y seguro, en los caminos que atraviesan la manigua, y por lo suave y elegante en sus líneas amplias y fastuosas, en las calles y los paseos de las ciudades cubanas.

Con tan buena disposición de ánimo, rendido el caballo de la limonera, que al pararse cayó como herido por un rayo, llegué al *cottage* que cubre la boca de la Cueva de Bellamar.

El chino que está encargado del papel de *cicerone*, espera sin duda más importante comitiva y no tiene prisa; al poco rato llega otra volanta, y el guía se decide á encender su farol, creyendo que ya tiene cuenta abrir la puerta de la cueva.

Mis compañeros de excursión, más prácticos ó mejor informados que yo, se aligeraron de ropa, se proveyeron de abanicos y á una señal del chino, que

no brilla por su elocuencia, la comitiva se puso en movimiento.

Una cueva que no tiene su puerta ó boca al exterior, pierde su fisonomía especial; meterse por escotillón en una cueva, cubierta por un edificio, hágase lo que se quiera, su entrada parecerá siempre la de un sótano ó subterráneo artificial. La grandiosidad de la cueva de Artá, sin su pórtico inmenso mirando al Mediterráneo, perdería la mitad de su importancia y el mejor de sus encantos. La cueva de Bellamar, sin embargo, cuando se ha vencido esta contrariedad y se han bajado, por anchas y cómodas escaleras, sus tramos principales, el espectáculo que ofrece al viajero resulta encantador. La naturaleza ha tenido en Bellamar de Matanzas la coquetería de formar una cueva de cristal purísimo, en cuyas facetas se descompone la luz, arrebolándolas con todos los colores del arco iris. No busque el viajero en Bellamar la grandiosidad de la cueva de Artá y del Mammoth-Cave de los Estados-Unidos, pero tiene indecibles encantos en sus columnas calizas, sus estalactitas y estalagmitas, sus formas elegantes en algunas partes y caprichosas en todas, formadas por aguas bicarbonatadas, que no tenían en disolución ningún óxido que las tiñera; en sus cámaras de nombres caprichosos, el Manto de Colón, El Templo, El Guardián de los Espíritus... en aquellas agujas inmensas que parecen desprenderse de las bóvedas sostenidas por arro-

gantes columnas, y que las bengalas llenan de luces rojas, verdes y blancas, sobre cuya masa cristalina los rayos se refractan y reflejan, choques que producen luces y sombras cuyos efectos cautivan la fantasía más ardiente. Los pasadizos estrechos, cuya atmósfera enrarecida ahoga; las salas inmensas de aire viciado que no se renueva, de bengalas cuyo vaho no se ha pegado aun en las paredes, de respiraciones humanas que flotan aún en el espacio, aire pegajoso, húmedo, que pesa como plomo sobre el pecho y da angustias que llenan la piel de gotas de sudor; el agua cristalina que gotea por todas partes y filtra por las rendijas, como trabajadora que completa su obra, sin cansancio, obra de los siglos bordada por ese elemento que parece el espíritu vivificador de la naturaleza, tan majestuoso cuando brama en la catarata y en el mar embravecido, como seductor en Cueva de Bellamar, convertido en hada que edifica lentamente, sin martillo, ni cincel, sin aparatosos andamios, sin ruido y sin apremios, valiéndose sólo de las substancias que lleva en disolución, que arroja de su seno como espíritu que se purifica con la acción santa del trabajo.

La excursión dura una hora escasa, si el visitante no tiene empeño en recorrer toda la parte de la Cueva recientemente descubierta, y al volver á la luz y respirar aire más puro, agitados aún los nervios por tan variadas impresiones, siéntese un bienestar inde-

finible que crece con las caricias de la brisa del mar, sacudida por la rápida carrera de la volanta que baja por aquellos riscos, teniendo la bahía de Matanzas á la vista, la ciudad recostada al pie de hermosas colinas, hasta llegar á la carretera bordeada de hotelitos primorosos, adornados con todos los colores y perfumes de la Flora tropical.

La volanta cruza otra vez la ciudad, deja las calzadas buenas por arroyos de calles malísimamente adoquinadas, salta el vehículo y rechinan las llantas de sus ruedas sobre cantos y piedras de cortes afilados, y al chocar las herraduras de los caballos sobre cuerpos tan duros, se produce un ruido infernal que atrae á la población negra de Matanzas, ávida siempre de ver pasar la volanta, con su indumentaria especial que estima ya sólo el forastero. Un cuarto de hora más y la colina donde está la capilla de Montserrat queda dominada, entrando ufano el vehículo en la verde meseta donde la piedad ha levantado modesto albergue á la Patrona de Cataluña.

Y al llegar allí el espíritu se recrea, dominando la bahía y ciudad de Matanzas, el valle de Yumurí, el río San Juan y toda la comarca que se extiende al pie de la ciudad, camino de la Habana. El valle de Yumurí, en cuya vaguada corre el río del mismo nombre, es un accidente orográfico tan hermoso, que renuncio, por falta de fuerzas, á describirlo. Abárcase

desde la capilla de Montserrat, en su conjunto; ancho, de laderas poco sinuosas y muy tendidas, en el fondo, donde las aguas han labrado el abra por donde entran las aguas en el mar, cubierto de naranjales, palmeras, cocoteros y bohios; más lejos, y en las vertientes, la palmera real y la ceiba que parecen guardianes altaneros de los cañamerales y cafetales que crecen en aquellas tierras pródigas y fecundas, la entonación general del suelo de color rojo, vario en sus matices como debe serlo en su fertilidad; el conjunto, algo así, en que el artista perdería sus pinceles, incapaces de traducir tanta belleza.

Y cansado ya de mirar con tanta avidez y de sentir tantos placeres en día tan aprovechado, después de saludar á la Reina soberana de las montañas catalanas, en un rincón de pradera, bajo unos árboles frondosos, hallo grato fin de fiesta en un grupo de negros que aprovecha el domingo en gira de campo, bailando al són de un tamboril y de extraños instrumentós, algo que recuerda la danza del baile del segundo acto de «Aida», con los dedos levantados, doblegando el cuerpo con balanceo rítmico y movimiento lascivo, cubierto el cuerpo de las mujeres con sayas de colores vivísimos, dominando el rojo y el blanco, menos rojo y menos blanco, sin embargo, que los labios y los dientes de las negras, sonrientes, alegres, bullidoras, con ojos avispados, mostrando en todo la alegría propia de niños grandes, que gozan

de la vida en medio de la espléndida naturaleza de los campos de Cuba.

Cuando regresé á Matanzas anochecía; y como la ciudad estaba de fiesta y preparándose para asistir á la función que se daba en el teatro por aficionados con el fin de allegar recursos para el ejército de África, las calles se llenaron de gente, los voluntarios lucieron una vez más su típico uniforme, notándose desusado movimiento en los alrededores del teatro, animado por los curiosos y los que, solicitados por generoso impulso, iban á dejar en manos de la Comisión gestora unos cuantos pesos para aliviar la suerte de los pobres soldados españoles que en los campos de Melilla no pudieron hallar, ni aun pagándolo, con la vida, provechos y gloria para la patria.

El teatro fué llenándose de gente; teatro poco holgado, pero limpio, bonito, preparado para mitigar los rigores de un clima caluroso y húmedo, copia en escala reducida de los coliseos de la Habana, que albergó aquella noche á todo el elemento español de Matanzas. La obra de desempeño escogida por los aficionados matanceros fué «Marina», interpretada discretamente con ayuda de una muchacha que se dedica al teatro y que al dar sus primeros pasos en la escena demuestra tener relevantes cualidades para alcanzar, en breve, provechoso aplauso.

La funcion terminó á hora avanzadísima de la madrugada, sin incidente alguno que merezca la

pena de contarse; se recogieron unos centenares de pesos para nuestro ejército, y la ciudad de Matanzas, á pesar de la crisis y la quiebra reciente de la casa comercial más importante de la isla, pagó á la patria el tributo de su amor y conmiseración, recordando las angustias del soldado, que quiso aliviar, enviándole, como madre cariñosa, el ahorro que guarda en los días de prueba para sus mejores hijos.



Dediqué la mañana siguiente á recorrer la ciudad; su aspecto simpático de los días festivos, no lo altera movimiento inusitado de tráfico, ni en el centro, ni en la periferia; el centro, la Plaza de Aımas, en donde está emplazado el palacio del Gobernador, adornado con melancólico jardín de los trópicos en que domina la palmera real, con sus formas airosas, rodeado

por una hilera de árboles frondosos, pero muerto todo, sin movimiento, como si el sol que vivifica aquella espléndida vegetación, diera á la naturaleza entera ansias de sueño irresistible; el palacio del Gobernador, con su pórtico de arcos de medio punto, de extensa fachada, de tres cuerpos que remata un reloj de torre; los edificios de la plaza, muy bajos, casi todos reducidos á tiendas grandes, ventiladas y limpias, con algunos edificios de aire moderno, en uno de los que está instalado el Casino Español, lujosamente amueblado, con su teatrito, salón de lectura espacioso y sala de baile en que se han prodigado las arañas que recuerdan el *salamó* antiguo de los entoldados, es cuanto constituye la fisonomía especial del centro de Matanzas.

La ciudad está cruzada por dos ríos, el San Juan y el Yumurí, que dividen la población en tres partes, conocidas: la norte, con el nombre de Versalles; la central, situada entre los cauces de aquellos ríos, por la ciudad vieja, y la sud, por Pueblo nuevo.

La parte llana está embellecida con calles anchas, bien urbanizadas, tanto en las aceras como en los arroyos; las calles en pendiente, como la tienen muy rápida, quizá por temor á fuertes erosiones, están desigual y viciosamente empedradas. En una tienda ví establecido un pequeño observatorio meteorológico, montado con auto-registradores que me dió alguna envidia, pues siendo Matanzas población de

reducido vecindario, tiene en su seno un signo de progreso que no ha alcanzado, que yo sepa, al menos, la segunda capital de España.

Cansado de recorrer una ciudad que no ofrecía ya nuevos puntos de vista, preparé mi regreso á la Habana. La bahía, las iglesias, los edificios públicos y la silueta general, abarcada desde la cúspide de la colina en que está situada la capilla de Montserrat; los ríos, el San Juan, que inunda á veces la llanura y la parte baja de la ciudad; el Yumurí, que cansado de surcar un hermoso valle, abre brecha estrecha y profunda al pie de Matanzas y se precipita al mar, abandonando su detritus en el fondo de aguas tranquilas que no conmueven, cuando son profundas, ni los vientos ni las tempestades, elementos son de un cuadro de una perspectiva general encantadora, de fisonomía accidentada, capaz de grabarse en la memoria, que sólo aparece difuminado en el cerebro lo que se ofrece á la vista con líneas borrosas, descoloridas, monótonas como las de llanura interminable que se pierde en el horizonte visible.

Y al regresar por la tarde á la Habana, cuando el sol declina y la tierra secada por el aire abrasador del trópico ha perdido sus tonos brillantes y la vegetación sus energías, cansada de una exhalación que agota sus fuerzas y de un trabajo molecular prodigioso que tiene por motor los rayos luminosos del sol, la naturaleza entera parece postrada y poseída

de ansias de reposo, cayendo también las brisas que levantan durante el día oleadas de polvo, detritus de variados fermentos, restos condensados de cuanto respira sobre la tierra, lanzando á la atmósfera las impurezas de la realidad, ponzoña viva, que flota hasta perderse en las horas tranquilas de la noche sobre la tierra que la purifica y con ayuda de los gases atmosféricos y fermentaciones complicadas la transforma en gérmenes de vida que el sol despierta por la mañana, hallando dispuesta la tierra para trabajar, producir y marchar... camino de las grandes incógnitas de la ciencia humana. Y en ese fenómeno singular, la apreciación de los hechos, los acontecimientos, los paisajes cambian de color y el espíritu se entristece con el crepúsculo vespertino, abatido, cansado, esperando el día que levanta con el sol ilusiones y esperanzas nuevas en el corazón humano. Por esto, el campo de Cuba no me pareció tan hermoso al regresar de Matanzas á la Habana; por esto quizás, y aun descontando la parte subjetiva en la apreciación de la belleza, necesité descanso para apreciar, en su justo valor, las singulares gracias con que Dios ha dotado los campos y los montes de la grande Antilla española.

Se acercaba ya la hora de partir y apenas me quedaba tiempo para echar una rápida ojeada á la Quinta de Palatinos, á la de los Molinos, residencia de verano del Capitán general de Cuba; á los hos-

pitales de San Felipe y Santiago que forman parte de la cárcel y que sólo vi exteriormente; al Hospital Paula, destinado á mujeres; el de San Lázaro, á leprosos, y el de San Ambrosio, á militares; á la Real Casa de Beneficencia, asilo de huérfanos; al Asilo de Mendigos, y San José, escuela de reforma para muchachos díscolos, y á la Casa de Recogidas, hogar de mujeres desgraciadas que necesitan y hallan allí el consuelo de la religión y la tranquilidad perdida en las borrascas de la vida.

El río Almendares, en noches de luna, la Chorrera, como sitio de recreo, el Vedado, donde la amistad ofrecióme una velada encantadora, un pueblecito de los alrededores, cuyo nombre he olvidado, donde visité una fábrica de cerveza y otra de hielo, pertenecientes al mismo dueño y montadas con arreglo á los últimos adelantos, visto todo de prisa y corriendo, constituyen la visión fugaz de mis últimas horas en Cuba.

Llegó el 30 de noviembre y el trasatlántico «Alfonso XII» mostraba su gallarda silueta en la bahía de la Habana, esperando la hora de salida fijada para las cinco de la tarde. Mis buenos amigos me esperaban ya para acompañarme á bordo; en el puerto, una comisión de la Cámara de Comercio me tenía preparada una falúa de vapor, que surca rápidamente las aguas y me lleva al «Alfonso XII», recordándome y agradeciéndome servicios que dicen

presté á Cuba en Chicago, cuando yo fuí el honrado con tanta confianza y debía ser grato deber para mí, como funcionario público y como español, merecer algo de Cuba, que es el pedazo más hermoso de la corona de España y el orgullo más legítimo de la historia patria. Más tarde llegaron los catedráticos de la Universidad que me habían acompañado en mis excursiones, los barceloneses, contertulios en el Hotel de Inglaterra, amigos todos que me recomendaron al Capitán, al Sobrecargo, al Médico, con tan afectuoso interés que no sé cómo mostrar mi gratitud, consignada aquí como testimonio de afecto y consideración.

El cañonazo de despedida, cuando el sol se ha puesto ya, mientras la hélice del trasatlántico remueve las tranquilas aguas de la bahía, me invita á dar una rápida ojeada al puerto y á la ciudad cubierta por las sombras pálidas del crepúsculo, á los fuertes erizados de cañones, á los curiosos que agitan los pañuelos, y mientras unos gritan «¡Viva España!» y otros «¡Buen viaje!», el corneta de una de las fortalezas toca la marcha real, pareciéndome que todo se condensa en una aspiración sola, suma de las nostalgias de los que envidian á los que regresan á la patria, oculta á sus inquietas miradas tras las brumas por donde sale el sol.

El «Alfonso XII» atraviesa la boca de la bahía, la mar llana nos promete venturoso viaje, y los pa-

sajeros, mudos ante el panorama, con la vista fija en la ciudad que enciende lentamente los faroles de sus calles y plazas, *squares* y jardines, va desapareciendo, hundiéndose en el horizonte, como desaparecen todas las realidades de la vida, que el pasado parece sueño, fantasma que se desvanece tras el horizonte creado por nuestra fantasía, espléndido en la aurora de la juventud, triste y limitado en la vejez, como realidades sin encanto y esperanzas inciertas y dudosas.

El trasatlántico enciende sus luces eléctricas; el salón de conversación, el comedor, los pasillos y escaleras que lucen aún los adornos de sus días de fiesta, brillan como ascua de oro; los pasajeros van acudiendo á la mesa, primera comida de una serie llena de incertidumbres y peligros, que en veinte días de travesía caben muchas sorpresas; y durante los tres días que dura el viaje de la Habana á Puerto Rico, veo pasar, como vistas en kaleidoscopio, la silueta de Cuba, después las Inaguas, posesión inglesa, de tierras bajas, sobre las que se levanta un faro de bastidor metálico, con sus grandes cruces de San Andrés, que harán vibrar los vientos en días de tormenta; más tarde aún, la isla de Santo Domingo, con sus montañas imponentes, la isla veleidosa que se acuerda en días de prosperidad de la metrópoli, se entrega sin reservas como hija arrepentida y la paga con desvío luego, no dejando á los ejércitos españoles

más territorio que el pisado con las armas en la mano; recuerdos de nuestra historia antillana que tanto enseña y tan poco se aprende, recuerdos que se desvanecen ante la realidad de la llegada á Puerto Rico, á las siete de la mañana del día 4 de diciembre, anclando en medio de la bahía, rodeada por tierras tan hermosas que la vista sorprendida parece gozar por vez primera de todos los encantos y bellezas de las tierras tropicales.

De Puerto Rico á España


las siete de la mañana llegué á Puerto Rico. Cuando la tierra está empapada de rocío, los árboles remozados por el descanso de la noche, el ambiente purificado por el sosiego de las capas de aire que sedimenta, por acción mecánica, cuanto flota en la atmósfera sacudido por el viento; cuando la naturaleza entera parece presentarse al que madruga con su *toilette* matinal hecha con esmero, para renovar sus prodigios y presentarse á la vista del hombre con sus prestigios de coqueta refinada, parece escogida de intento para que el viajero pueda contemplar la bahía de San Juan de Puerto Rico, adornada con

todas las pompas y galas de la espléndida vegetación tropical.

No tiene aquella isla la grandeza de líneas de Cuba, ni presenta la bahía de San Juan el encanto de una gran ciudad, como la Habana con su puerto y sus dársenas, edificios públicos, iglesias y campanarios, cuarteles y fortificaciones; pero el campo, cubierto de cafetales y pueblecitos escondidos en los repliegues de valles encantadores, la montaña caprichosamente proyectada en el cielo, cubierta de frondosos bosques de cocoteros, y la ciudad escalonada en rápida pendiente, mostrándose, toda ella, á la vista del viajero, con sus tonos vivísimos de color, sus persianas pintadas de verde, su jardinito á la orilla del mar, sus edificios públicos que asoman por todas partes, capitanía general, cuarteles, iglesias, con ansias de contemplar la bahía, y el movimiento marítimo con sus botes tripulados por negros, los trasatlánticos con su porte majestuoso, las lanchas de vapor y los cañoneros de la marina de guerra española, las aguas de la bahía que parecen las de un lago, las de fuera de puntas, en la otra parte del Morro, que saltan y echan espumas, mostrándose airadas contra los obstáculos de las escolleras, espectáculo es curioso que no pierde su prestigio con el tiempo, que á los diez y nueve grados de latitud norte, los cambios bruscos de la atmósfera, la nube que cruza el espacio y riega los campos derramando copiosa lluvia

sobre la tierra sedienta, el viento que agita las aguas y levanta olas espantosas en el mar de las Antillas, las brisas que acarician y besan aquella vegetación espléndida, refrescando su follaje fatigado y rendido, el aire que cambia constantemente de densidad y de color, sin perder el brillo intenso que conserva á la luz del sol toda su fuerza y sus colores, matices son de un cuadro inmenso, siempre el mismo y siempre variado, que tiene por marco el mar, tallista prodigioso que ha dibujado la silueta de la isla de Puerto Rico con primores y perfiles de consumado artista.

Y cuando cesa el movimiento al rededor del «Alfonso XII» y los pasajeros se deciden á visitar la ciudad, multitud de barqueros me ofrecen su lancha, que en pocos minutos me deja al pie del desembarcadero para recorrer la capital de la isla, que á juzgar por su perspectiva, no ha de exigir mucho tiempo á la atención del viajero. El microscópico jardín que está junto á la escalinata del muelle, no merece más que una rápida ojeada, empezando á los pocos pasos la rampa de una calle que sigue la máxima pendiente de la colina en que está edificado San Juan de Puerto Rico. Los ejes de las calles transversales, siguiendo aproximadamente las trazas de líneas de nivel, son casi horizontales, desarrollándose en ellas las edificaciones más bellas, los edificios públicos más notables, la iglesia más ostentosa, la

plaza en que se halla la Casa Consistorial, y; en el extremo, casi en las afueras, otra plaza, en donde se abrían las fundaciones de un monumento dedicado á Colón, proyectado por un artista italiano que hizo conmigo la travesía de la Habana á Puerto Rico, y se estaba remozando un teatrito muy bonito, demasiado chico, quizás, para una población de 30,000 almas, y junto á las murallas que van á derribarse á petición del vecindario, que se ahoga ya dentro de un recinto amurallado que los técnicos juzgan ya inútil para la defensa de la plaza, y los higienistas cinturón que oprime con sus ligaduras los pulmones y la fuerza expansiva de una ciudad que crece y se desarrolla á impulsos de su riqueza y su trabajo.

En parte opuesta del barrio descrito y sobre la misma curva de nivel se halla la Capitanía general, edificio típico y con cierto aire de grandiosidad; en sus cercanías, un cuartel espacioso con un patio central donde puede formar un regimiento, y cuadras ventiladas y espaciosas, cuartel que costó tanto dinero, que doña Isabel II preguntó si se contruía de plata; junto á ellos también, otro caserón inmenso, no sé si hospital ó casa de Maternidad, formando un grupo de edificación de carácter público que revela los desvelos de la metrópoli por la preciosa isla que tiene una densidad de población superior á la de todas las islas del Archipiélago antillano, que

tiene en sus costas poblaciones importantísimas y más lindas, según el decir de las gentes, que la capital; que cultiva todas las tierras y los montes, aun los más fragosos y alejados de los centros de población, donde se cría riquísimo café, cacao, caña dulce, tabaco que exporta profusamente con provechos cada día más importantes, que va desarrollando, aunque con excesiva lentitud, los ferrocarriles del litoral, que tiene buenas carreteras y un buen servicio de obras públicas, y que sin la invasión de la plata mexicana, pesadilla allí, como en muchas partes, de un porvenir tenebroso ante el problema de la cuestión monetaria, cuya solución es tormento de gobiernos y sabios, no creo opinión optimista asegurar que la isla de Puerto Rico goza de envidiable prosperidad y que es una de las colonias que han dado y dan prestigios más justificados al colono y al comercio español.

Por la tarde, la excursión á Santurce y Río Piedras completó la breve visita hecha á la isla de Puerto Rico, de la que guardo tan grato recuerdo y tan pintorescas perspectivas. Para ir á la estación del tranvía de vapor, desde el cuartel, forzoso será desandar el camino recorrido y volver á la parte baja de la ciudad, al pie de la plaza que debe ostentar ya á estas horas la estatua de Colón.

Un modestísimo cobertizo de madera, un pequeño andén donde para un tren de una locomotora y

dos vagones á la americana, que hacen la *navette*, como dicen los franceses, en vía estrecha, no sé si de un metro ó de setenta y cinco centímetros de anchura, constituyen el vehículo que recorre, en la longitud de unos cinco kilómetros, el espacio comprendido entre la capital y Río Piedras, población de escaso vecindario, que se halla casi en el centro de la curva que cierra la bahía de San Juan de Puerto Rico. El que visita la isla y descuida por ignorancia ó indolencia el recorrido de aquella línea, bien puede tener entendido que ha perdido una de las perspectivas más deliciosas de la tierra. No se crea que hay en aquel cuadro de la naturaleza embellecido por el arte, grandiosidad, ni el espectáculo hondo de extensos horizontes colmados de accidentes, no, lo que se ve en aquel valle lo abarca la vista en conjunto y sin esfuerzo; lo que se admira es la compenetración de las obras de una naturaleza ardiente y poderosa, con el arte de construir y combinar; es el hotelito primoroso que sombrean árboles deleitosos y flores de sin igual hermosura; es la cabaña y el bohío, escondidos en un rodal que parece arrancado del fondo de la manigua y trasplantado en el seno mismo de un pueblo culto y enamorado de las artes; es la mezcla de las razas codeándose sobre el pretil del verandah, donde se ven juntas la belleza mestiza y la negra de azabache, la rubia de ojos que sueñan y la mulata de mirar

que fascina; es la continuada sucesión de hotelitos y jardines, de masas de cocoteros y palmeras, de árboles forestales gigantescos y plantaciones variadas, síntesis de la fecundidad prodigiosa de los trópicos, utilizada, con gusto exquisito, por los dichosos habitantes de la isla.

Al llegar á Río Piedras, la ilusión se desvanece; á la derecha, charcas pantanosas y tierras bajas; á la izquierda, el pueblo, de fisonomía vulgar, en cuyas cercanías vi la quinta de verano del capitán general con su jardín, donde crecen cafetales, cocoteros y plátanos en abundancia, y un edificio, como puede tenerlo cualquier burgués acomodado; á lo lejos, la manigua que atraviesa polvorosa carretera que se pierde en el horizonte... después, ansia de regresar para deleitarme otra vez en lo que no volveré á ver probablemente jamás.

Al día siguiente, el «Alfonso XII», después de cargar sendos sacos de café y azúcar, regalo ostentoso de Puerto Rico al ejército de África, levó anclas, disparó el cañonazo de despedida, atravesó la boca de la bahía, y como si despertara á la realidad, después de tener la vista fija en aquellas tierras de portentosa fertilidad y en aquella ciudad aseada, limpia, bonita, con la brusca sacudida de la mar libre, embravecida, saltando las olas en las rompientes, como catarata que se despeña de alturas inaccesibles, siento que la preocupación se apodera

de mi espíritu, que las ansias de volver á mi casa, de abrazar á los míos, de estrechar la mano amiga que auguróme buen viaje, levantan en mi corazón el dejo amargo de la duda, y mientras la isla se hunde en el horizonte y el mar nos rodea por todas partes, mar airado, ceñudo, lleno de espumas que azotan los flancos del coloso... y pasan días y días, sin descanso, oyendo como la hélice gira con estrépito en el aire, produciendo un ruido aterrador, como se rompe la vajilla y crujen las cuadernas del buque, como si no pudiera resistir las embestidas de aquel oleaje furioso, con mar de proa que modera la velocidad, con marejada gruesa que produce balanceo espantoso, pienso con ansiedad en la hora de llegada, en el día afortunado en que volveré á ver las costas de mi patria.

Llegó, por fin, la hora suspirada; el tiempo apiadóse al fin de los pobres viajeros del «Alfonso XII», y á las 2 de la tarde del día 16 de diciembre de 1893, con la vista fija en el horizonte y con algo en mi sér que levantaba oleadas de alegría que anudaban mi garganta, volví á contemplar las tierras patrias, las costas españolas del Atlántico, en cuyo fondo se divisaba la ciudad culta, la hermosa Cádiz, y mientras tomaban cuerpo y realidad en mi cerebro aquellas brumas difuminadas en el horizonte, no se me ocurrió cosa más digna de aquel suceso venturoso, que dar gracias fervorosas á Dios, que

me había colmado de dichas en mi camino y que me permitía volver sano y salvo al lado de los que siempre me amaron, para vivir y morir entre los míos, en el seno augusto de la patria española.

La conclusión de un libro

JAMÁS podré pagarte, lector querido, la gratitud que te debo por haber leído estas páginas dictadas al calor de una convicción profunda, intuitiva ayer, resultado hoy de paciente observación y continuado estudio. Y al hacer examen de conciencia, para resumir, en poquísimo espacio, el trabajo de nueve meses pasados en América acopiando datos, noticias, discursos, hechos, cuanto contribuye á labrar en el entendimiento el concepto claro de los hombres y las cosas, aun siendo corto el tiempo empleado y mi saber escaso, oblígame á decir lo que siento y pienso, á condensar en un punto concreto el objetivo de mi labor, si he de justificar, de alguna

manera, la osadía de haber escrito tantas páginas que si no por su calidad, por su número, arrojan material suficiente para sumarse en las de un libro.

Los Estados Unidos vistos al través de sus invenciones y riquezas parecen un cuento de hadas; cuando se tocan de cerca, la ilusión se desvanece, quedando en el espíritu el sombrío presentimiento de una civilización movediza, que no lleva rumbo fijo y que puede encontrar, en su camino, insuperables escollos. Han creado un Estado sin familia, han desligado á las gentes de los vínculos que ata el corazón, y la idea de patria resulta una cosa tan vaga que ha de ser para los yankees un anacronismo propio de sociedades caducas vislumbradas desde allí al través de las brumas del Atlántico, vegetando sobre las tierras cansadas de la vieja Europa.

La libertad individual absoluta, la autoridad paternal desconocida, la emancipación de los niños, aceptada apenas trasponen los umbrales de la pubertad; la madre que olvida con el divorcio á los hijos; el padre que contrae, solicitado por el instinto, nuevos vínculos que desatan las tormentas conyugales; hermanos germanos que apenas se conocen; hermanos consanguíneos que ni pueden odiarse; hogares que forma el placer y borra el dolor, no pueden ser raíces que ahonden en el suelo de la patria para constituir tronco fuerte y robusto, capaz de mantenerse erguido en las luchas sociales.

Búsquese el término de comparación en España y se verá que aquí la santidad del hogar es una necesidad sentida por todos: el hombre peor dotado, el que esconde sus delitos en cárceles y presidios, necesita creer en la santidad de su madre, en un hogar honrado donde pasó las horas más tranquilas y más hermosas de la vida, donde se desarrollaron el amor á la patria pequeña, los entusiasmos por la grande, el interés por el terruño y la casa, llena de recuerdos, de ilusiones y esperanzas, compenetrándose de tal manera esos afectos, el amor á la familia y á la patria, que forman en el corazón primero y en la inteligencia después una sola idea, como los sumandos de una adición cuando son homogéneos forman un total, un todo expresivo de una cantidad clara, precisa é indiscutible.

En los Estados Unidos, todo eso es puro romanticismo; los padres imitan á los pájaros, viendo con gusto que los hijos se emancipan cuando tienen alas para volar; el niño solicitado por el afán de acumular dinero, ansia torcedora de toda la familia yankee; la niña arrullada por la idea, aceptada por todos, de su inteligencia precoz, educada é instruída fácilmente con destinos sólo esbozados en aquellas sociedades, pero, con inclinaciones claramente manifestadas, encuentran el hogar menguado para sus iniciativas, y se lanzan al espacio, sin cuidarse nadie de averiguar si la frágil máquina de su temprana

inteligencia resultará globo dirigido por mano experta ó alas de cera que derretirá la primera ráfaga de pasión hallada en el proceloso océano de la vida.

La familia, afirmada con elementos tan deleznables, no arraiga en el corazón de nadie; los padres creen haber cumplido sus deberes, si han cuidado de que no faltara á sus hijos el pan de cada día; los hijos emancipados en edad temprana, olvidan fácilmente beneficios que no han echado raíces en el corazón, y tras largas ausencias, el hogar se borra de la inteligencia, desapareciendo con él cuanto estimula los puros afectos del alma.

Los que nos hemos acostumbrado á ver que la familia, sólidamente establecida, es la unidad sobre que descansa toda la organización de un Estado, con dificultad entenderemos que sea posible mantener un cuerpo social robusto, con elementos entecos, con unidades que por su índole y contextura no tienen aptitud alguna para contribuir á la solidez del edificio, que si falta el interés real que reside en el amor, todo lo demás resulta tan contingente como las mudanzas de los tiempos y las opiniones de los hombres.

Y si ese argumento no tuviera la importancia capital que asigno á las condiciones en que se desenvuelve la civilización norteamericana; si la fortaleza de que dió pruebas convincentes durante la guerra de Secesión pareciera signo evidente de que

las unidades, aun reducidas al individuo, cuando saben agruparse y manejarse, resultan capaces de producir organismos poderosos; si la prosperidad en que ha vivido durante los últimos años, desarrollando la riqueza de una manera verdaderamente portentosa, legendaria, de que apenas podemos formarnos aquí una idea clara, dijera que en los Estados Unidos si la familia no sabe formar grupos unitarios enlazados por el interés sagrado del hogar, se agrupan, en cambio, los elementos afines de otra manera para que los organismos económicos crezcan y se desarrollen dando al Estado grandes energías y al individuo enormes riquezas; aun así, aun admitido todo esto, hallo al individuo desarmado ante el infortunio, ante el dolor, ante la enfermedad, hallo en todas partes el desamparo más profundo en el enfermo que va al hospital ó á la casa de salud, porque en su casa, si la tiene, no hay quien pueda cuidarle; en el que busca el calor de la familia, que no se reúne para comer, como no sea á primera hora en el breakfast, rápido y silencioso, precursor de los cuidados de una jornada agobiadora; la mujer que come casi siempre en el *bar* ó el restaurant, los hijos que gozan ya de su independencia y que van ó no á compartir las alegrías y las tristezas del hogar, costumbres son de un pueblo que ha montado una civilización que entristece, quitando á todas las manifes-

taciones de la vida lo único que tiene encantos, la sola cosa que nos ata á la tierra, el amor de la familia, formando agrupación sólida, permanente, escudo poderoso contra el mal, la desgracia, la enfermedad y la miseria.

En esas condiciones, el norteamericano trabaja para satisfacer sus ideales, sus egoismos, sus ambiciones, sus ansias de poder... el español tiene la vista fija en los suyos, en el arraigo del hogar que perpetuarán los hijos, los hermanos, los sobrinos, que serán su continuación en la familia, creada con el sudor de su frente, y ennoblecida con su trabajo honrado y fecundo.

Surgen de aquí, como es natural, organismos completamente distintos en el modo de ser de aquellas sociedades comparadas con las nuestras, pero tan complicadas y tan inmorales, que cuanto se diga ha de parecer exageración de principio, y mucho más en España, en donde tantas gentes pregonan nuestra decadencia, nuestro mal gobierno, la ignorancia de nuestros hombres de Estado, lo enrevesado y difícil de nuestra Administración en todas sus ramas y poderes, sin ocurrirles cosa más halagüeña que la de compararnos cada día, y con una insistencia digna de mejor causa, á los riffeños, modelos en que se mira al parecer mucha gente, si he de juzgar las cosas por el uso de ellas, siendo triste que abusen del procedimiento nuestras eminencias

políticas y literarias, más amantes de hacer frases que nos deshonran, que de respetar á los que viven cristiana y honradamente trabajando, sufriendo y pagando culpas ajenas, culpas de unos cuantos, los menos, que arman una gritería infernal, dejando sin opinión á los más que sólo piden orden, paz, tranquilidad y respetos para la patria.

Larga sería mi tarea si tuviera que hacer un trabajo comparativo entre los organismos de carácter público norteamericanos y los nuestros; nuestra inmoralidad, con ser mucha, no puede compararse, ni en política, ni en administración con aquélla; como mecanismo político resulta aquello tan enrevesado como esto, y en el concepto del respeto debido á las leyes, desde el policía que emplea procedimientos que en España levantarían cada día una tormenta, hasta los linchamientos realizados por las masas blancas poco menos que á diario, con un refinamiento de crueldad que hiela la sangre, habría tela cortada para probar que si España es una continuación del Riff, esta comarca se extiende hasta los confines del Nuevo Mundo, floreciendo el procedimiento africano, pujante y vigoroso en las tierras vírgenes de la América del Norte.

No he de ahondar en eso, que para ello forzoso sería escribir un nuevo libro; y como mi objeto está ya alcanzado, bueno es que sepan cuantos han creído de buena fe, como yo, que somos el pueblo más

degradado del mundo porque nos lo han repetido muchas gentes, olvidando los respetos debidos á las personas honradas que abundan aquí, como en todas partes, que el país de los espejismos, de las grandes riquezas, de las ciudades llenas de prodigios, de los hombres políticos más eminentes de la tierra, de los grandes patriotas, resultan, vistos de cerca, hombres hechos del barro deleznable con que se forman también aquí los nuestros, que allí, como aquí, están las masas plagadas de miserias físicas, morales é intelectuales, dignas de redención... faltándonos sólo aquí lo que abunda ó abundaba hace poco en todas partes menos en España: un poco más de respeto, amor y consideración á la tierra donde hemos nacido, en donde tenemos y guardamos el patrimonio de las afecciones, que sólo enalteciendo el amor de patria conseguiremos la consideración de los extraños y la satisfacción de un alto deber cumplido.

FIN

ÍNDICE

